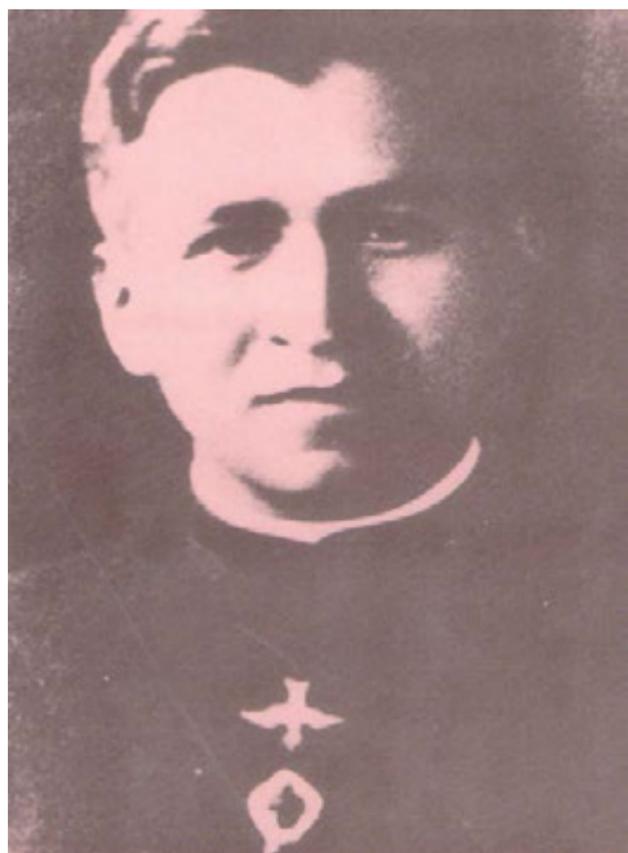




JOSE GUZMAN PONCE DE LEON

EL PRIMOGENITO I

1993



JOSE GUZMAN PONCE DE LEON, M.SP.S.

EL PRIMOGENITO

MOISES LIRA SERAFIN

Primer Novicio de los Misioneros del Espíritu Santo,

Fundador de las
Misioneras de la Caridad de María Inmaculada

T O M O I
(Segunda Edición)

Editorial La Cruz Jesús María
Jesús María, S.L.P.
1993.

Nihil obstat:

Alfredo Vizoso Andrade, M.Sp.S.

Censor deputatus.

México, D.F., 11 de agosto de 1989.

Imprimi potest:

Melecio Picazo Gálvez, M.Sp.S.

Superior General.

México, D.F., 8 de septiembre de 1989.

Imprimatur:

Por mandato de Su Excia. Revma.

Mons. Arturo A. Szymanski,

Arzobispo de San Luis Potosí.

Mons. Juan Manuel Rodríguez, Secretario.

San Luis Potosí, S.L.P., 21 de septiembre de 1989.

A mi querido Padre Félix,
a su Primogénito Moisés mi
hermano mayor, a todos mis
hermanos en el espíritu, y
naturalmente, a mis sobri-
nas, las Hijas del Primogé-
nito, en comunión de amores
de familia.

Mi gratitud a las Misioneras de la Caridad de María Inmaculada que me regalaron la idea de escribir este libro, y de manera especial a la R.M. Emilia Massimí, quien con inmenso amor filial ha recopilado todos los datos históricos, las memorias, los testimonios y los escritos del P. Moisés Lira Serafín y me los ha proporcionado para presentarlos a través de estas páginas.



Moisés Lira y Serafin
Misionero del Espiritu Santo



Parroquia de Zacatlán, Puebla

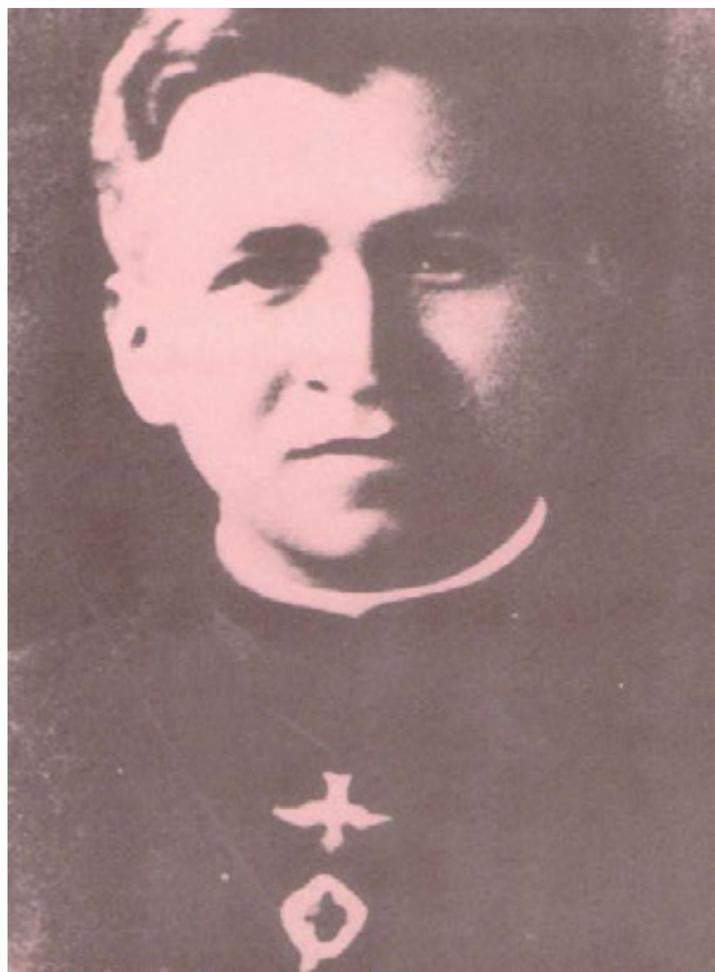
INDICE

TOMO I

| | |
|---|-----|
| Morelia 1925 | 11 |
| PRIMERA PARTE. Un predestinado desde la eternidad | 15 |
| Capítulo I. Un chiquillo llamado Moisés | 17 |
| Capítulo II. Nuevos horizontes | 25 |
| Capítulo III. Petrita Munive | 39 |
| Capítulo IV. Primeros pasos hacia el altar | 51 |
| SEGUNDA PARTE. El Padre del Primogénito | 61 |
| Capítulo V. Un auvernés de pura sangre | 63 |
| Capítulo VI. La Tierra de Promisión | 81 |
| Capítulo VII. En el mar de la amargura | 103 |
| TERCERA PARTE. Una agonía y un nacimiento | 129 |
| Capítulo VIII. La agonía de la Nación | 131 |
| Capítulo IX. Nacimiento en la agonía | 167 |
| FOTOSTATICAS | 199 |

TOMO II

| | |
|---|-----|
| CUARTA PARTE. Surge el primer noviciado | 5 |
| Capítulo X. Noviciado trashumante | 7 |
| Capítulo XI. Un año clave, 1917 | 35 |
| Capítulo XII. El Noviciado de La Fama | 45 |
| QUINTA PARTE. En el México de la Revolución | 75 |
| Capítulo XIII. Caminando en el México Nuevo | 77 |
| Capítulo XIV. Hasta el Sacerdocio y más allá | 91 |
| Capítulo XV. Preámbulos de un conflicto anunciado | 103 |
| Capítulo XVI. Consolidando la Obra en medio del vendaval | 127 |
| Capítulo XVII. La hora de los mártires | 153 |
| Capítulo XVIII. En el México de los "arreglos" | 179 |
| SEXTA PARTE. "... Yo haré lo demás" | 205 |
| Capítulo XIX. Los últimos años del P. Félix | 207 |
| Capítulo XX. Los años maduros del Primogénito | 243 |
| APENDICE | 265 |



..... -Hijo, ve corriendo al templo de La Cruz; pregunta por el Padre Moisés y dile que tu hermano Miguel se está muriendo, que venga pronto a confesarlo y que le traiga el Viático y los Santos Oleos. Ya sabes el camino: te vas por toda la Calle Real, pasas el Teresiano y el Templo de Las Monjas, y una cuadra más allá, a mano izquierda, en la esquina, está el Templo de La Cruz. Vete pronto, corre todo lo que puedas, porque tu hermano se está poniendo grave...

-Sí, mamá, ya voy corriendo. ¿Cómo me dijiste? ¿El Padre qué? Ah, sí, el Padre Moisés. Y que traiga ¿qué cosa? ¿El qué?...¿El V i á t i c o? Sí, sí y los S a n t o s O l e o s... no se me olvidará...

Ya voy a carrera tendida por la Calle Real de Morelia, la vieja Valladolid de los tiempos coloniales. Entre ahogos y jadeos voy repitiendo la lección: El Padre Moisés... sí, ya recuerdo al personaje, el de los carteles de la Historia Sagrada que miro embelesado en la escuela de Luisita Guido; aquel patriarca de largas barbas que lleva en las manos dos tablas de piedra con unas letras misteriosas y unos resplandores como cuernos que salen de su frente... Moisés, Moisés; no se me olvidará el nombre... Pero V i á t i c o... ¿qué será eso? Para que no se me olvide me acordaré de la vía del tren y del señor que tiene un puesto de verduras en San Francisco y a quien le dicen el "tico". Eso es: "vía" del tren y "tico" de San Francisco. Y ¿qué más? Los Santos Oleos... eso sí que está raro. En la casa de don Fausto Marín hay un santo feo, con una calavera en la mano; dicen que vale más de mil pesos porque es un óleo. ¿Cómo hará el P.Moisés para traer dos o tal vez tres de esos cuadros. Si me carga a mí con uno de esos óleos, voy a llegar mediomuerto.

Ahora voy llegando: Padre Moisés, Viático, Santos Oleos... En la puerta que está abajo de la torre no hay timbre; pero en la calle hay piedras, y con una de ellas me pongo a golpear hasta que me abre muy enojado el Hermano Jesús Castro.

-¡Niño, qué modo de tocar! ¿Qué traes que vienes tan agitado?

-Me manda mi mamá a decir al P.Moisés que vaya pronto a confesar a mi hermano Miguel, porque se está muriendo, y que le lleve el... el Viá-tico, sí el Viático y también los Santos Oleos.

-¿El Padre Moisés? Tienes suerte, porque ahora está aquí todavía, pero mañana mismo se regresa a México. ¿Quién es tu mamá? ¿Dónde vive tu familia?

-Mi mamá es doña Josefa y mi papá don José, hermano del licenciado don Jesús Guzmán. Vivimos en la Quinceava de Victoria, número 53, frente a

la Plazuela del Bosque.¹

-Bueno, bueno. Pasa y espera un poco. Voy a llamar al Padre Moisés.

Entro y me siento en la banqueta que hay en el corredor. Ahora reconozco el pequeño patio que ya había visto hace dos años y casi se había borrado de mi memoria. Mis recuerdos me llevan a la tarde de un Jueves Santo. Parece que estoy viendo al mismo Hermano que ahora me ha abierto la puerta. Sí, lo recuerdo muy atareado arreglando a los pequeños "apóstoles" para la cremonia del Lavatorio de Pies. Entre los chiquillos andaban mis hermanos Vicente y Miguel; los dos presentaron muy ufanos sus piescitos bien limpios y perfumados con jabón de Reuter, y luego se vistieron sus túnicas y mantos de vivos colores. Parece que vuelvo a ver la procesión entrando al presbiterio del templo y al Padre Domingo arrodillado ante cada uno de los "apóstoles", lavándoles y besándoles los pies. Y entre tanto, el Hermano Jesús Castro poniendo en los zapatos que los "apóstoles" habían dejado en la sacristía una sonora moneda de cinco centavos, con las que luego salimos contentísimos a comprar dos "judas" de a dos centavos, para tronarlos el Sábado de Gloria, y seis rosquitas de a centavo, ¡oh, aquellas maravillosas rosquitas de caramelo de bellísimos colores! ¡Qué recuerdos! ¡Hasta se me había olvidado que Miguel estaba moribundo...!

Aparece el Padre Moisés y vuelvo a la realidad. Al verlo, se esfuma de mi mente la figura del Moisés de los carteles de la Historia Sagrada. Ahora lo reconozco. Sí, sí, el Padre Moisés, el encargado del nutrido grupo de acólitos al que pertenecían mis hermanos mayores...

-Vamos, niño, vamos pronto. Tu mamá dice que el asunto es urgente. Tú me enseñas el camino y te vas calladito, porque llevamos el Sagrado Viático para tu hermano Miguel.

-Mi mamá dijo que llevara también los Santos Oleos.

-Sí, sí, los llevo también. Camina rápido.

-¿Cómo dice? No los veo... tal vez son unos santos óleos chiquitos para poder llevarlos en la bolsa...

Ya llegamos. Mis papás esperan en la puerta. Mis hermanas han alfombrado el camino con jazmines y florecitas de las macetas. Mi hermano Miguel está en la sala, en una mecedora, hundido entre cojines y con dos grandes taponos en la nariz: hace ya 24 horas que no cesa la hemorragia. Su mirada lánguida se ilumina cuando ve entrar al sacerdote. Todos

¹ La calle Quinceava o Decimaquinta de Victoria, en la nomenclatura que se estrenó a fines de los años veintes, recibió el nombre de "Sor Juana Inés de la Cruz" que actualmente lleva. La casa conserva el número 53.

permanecemos afuera, en silencio, mientras Miguel se confiesa. En seguida entramos y asistimos de rodillas a la imponente ceremonia. Vemos cómo el sacerdote va ungiendo con el Oleo Sagrado los ojos, los oídos, la nariz, la boca, las manos y los pies. No entendemos las oraciones: son todas en latín; pero sabemos que es una preparación para la muerte. A continuación, el Viático, la Hostia Divina que Miguel recibe con profundo recogimiento. Cierra los ojos y se queda inmóvil. ¿Será que ya se ha muerto...? No, el Sacramento de los moribundos y la presencia de Jesús Sacramentado le han devuelto la paz. No puede respirar por la nariz; pero su aliento es tranquilo y sosegado...

Salimos de puntitas. Ya afuera, el Padre Moisés abraza efusivamente a mis papás que se enjugan las lágrimas...

-Buenos días, don José; buenos días, doña Pepita. ¿Qué ha sido de ustedes? ¡Tanto tiempo sin vernos...!

-Sí, Padre; usted en México y nosotros en Villa Hidalgo, ¿cómo podíamos vernos? Sin embargo, no lo hemos olvidado y tenemos muy presente el cariño con que usted trataba a nuestros hijos; por eso lo hemos mandado llamar.

-Han hecho bien. Yo tampoco los he olvidado. ¿Dónde está Vicente?

-¿Vicente? Hace ya más de un año que murió. Y ya ve, ahora Miguel se está muriendo de la misma enfermedad; esas terribles reumas que les destrozaron el corazón y no hemos encontrado médico que pueda curarlos. Ya hemos perdido la esperanza... ya sólo un milagro...

-Dios lo hará, si El quiere. ¿Y éste?

-Este es José.

-¿El no está enfermo?

-No, le sobra salud; pero es muy guerroso. Quién sabe qué querrá Dios de él.

..... ¡Tus ojos, Padre Moisés, me miraron hasta el fondo del alma y yo me sentí inmensamente pequeño...!

-¡Muchacho, tienes que ser bueno, aplicado y obediente. Tal vez querrá Dios que tú vayas a la Escuela Apostólica a ocupar el lugar de tus hermanos, que se quedaron llorando cuando otros se fueron y el médico dijo que para ellos era imposible. Tú sí podrás ir, si Dios te llama....²

* * *

² Vicente y Miguel, hermanos del autor de estas memorias, murieron víctimas de fiebre reumática contraída en la infancia. José ingresó a la Escuela Apostólica de Tlalpan en noviembre de 1930, y Leopoldo, hermano menor, en enero de 1937.

¡Padre Moisés! Han pasado más de sesenta años desde el día en que estuvimos junto a mi hermano moribundo. Hoy nuestras miradas vuelven a cruzarse. Tus ojos de acerina se me clavan en el alma y me siento otra vez inmensamente pequeño. Parece que veo tu sonrisa irónica y cariñosa y oigo tu voz que me dice: "Bobo, ¿piensas escribir de mí? Vaya, pues. ¿Y qué vas a decir? ¡Cuidado con decir mentiras!"

Descuida, Padre Moisés. Cuando evoco tu figura, te me apareces como el hombre de una pieza que nunca supo mentir. ¡Descuida, descuida! No quiero que el día que se me ocurra escribir de ti una mentira, vengas por la noche a jalarme de los pies...

Jesús María, S.L.P., Mayo de 1989.

PRIMERA PARTE

UN PREDESTINADO DESDE LA ETERNIDAD

CAPITULO I

UN CHIQUILLO LLAMADO MOISES

En Zacatlán de las Manzanas (¹), don Javier era el párroco y don Pedro era el "dómine". Corrían los años de la paz porfiriana que había de durar todavía largo tiempo. Entre don Javier y don Pedro se repartían la heroica labor de sacar de la barbarie una nutrida grey compuesta de altivos ejemplares de la raza de Cuauhtémoc. A don Javier tocaba hacerlos cristianos y encaminarlos al cielo. Lavaba sus almas en las aguas bautismales, iluminaba sus mentes con la luz del Evangelio, reintegraba a los pródigos sentado en el tribunal del Padre Misericordioso y reunía en torno a la mesa eucarística toda una comunidad de gentes de ojos limpios y corazones de oro que palpitaban vigorosamente debajo de camisas de manta y de percal. Sus armas espirituales, de suyo eficaces por la virtud divina, estaban además firmemente reforzadas por un temperamento enérgico y colérico y por una autoridad inapelable que nadie había osado jamás contradecir. Todos los habitantes de Zacatlán sabían que entre Su Divina Majestad y la mítica majestad de don Javier no había más distinción que la que existe entre lo invisible y lo visible. Don Pedro, por su parte, era el "dómine", el maestro solemne de la escuela parroquial. Con abnegado empeño gastaba sus energías en la noble tarea de sacar las mentes primitivas de sus pupilos de la nativa ignorancia, convirtiéndolos en personas dignas y respetables. Sus armas eran el silabario, el ábaco y la palmeta. Con el silabario enseñaba a leer, con el ábaco, a contar, y con la palmeta, a obedecer. Manejaba estas armas con absoluta responsabilidad y con reconocida destreza, sobre todo la palmeta. Tenía aprendido de memoria el sagrado Proverbio: "El que usa la vara con parsimonia odia a su hijo" (Prov. 13, 24). Y también se sabía y practicaba el conocido aforismo: "La letra con sangre entra". Sí, don Pedro no ignoraba que, para meter en aquellas mentes la letra de la más elemental cultura, había que gastar mucha sangre: en primer lugar, la sangre del corazón del maestro, y luego la sangre del corazón del discípulo, y sólo cuando ésta no bastaba, había que auxiliarla con sangre de partes menos nobles. Sus alumnos lo amaban con rudeza y sencillez, porque sabían que con él no había componendas ni privilegios, pero tampoco dificultades; para estar bien con él, solamente era necesario y suficiente estudiar y portarse como Dios manda.

Cierta mañana de diciembre de 1899, se encontraron frente a frente

¹ Zacatlán, cabecera del Municipio del mismo nombre, en el Estado de Puebla, 100 kilómetros al Norte de la Capital del Estado.

don Javier y don Pedro.

-Lo he mandado llamar, dijo el párroco al maestro, para mostrarle esta carta.

Don Pedro tomó en sus manos temblorosas aquel papel que ostentaba el sello de la Cancillería Eclesiástica de Puebla. Con los ojos saltando las palabras y los renglones leyó con avidez. Poco a poco fue volviendo el color a su cara y la paz a su corazón. Se esperaba algo peor. Lentamente dobló el papel y lo alargó a don Javier.

-Ya veo, Padre Javier, lo cambian a Amozoc. Lo vamos a extrañar mucho, usted sabe que todos lo queremos.

-No, don Pedro, ¿cree usted que lo mandé llamar solamente para que vaya a contar a todas las comadres de Zacatlán que me cambian a otra parte, para que ellas se pongan a aullar como coyotes en noche de luna llena? No, don Pedrito. Yo me voy mañana mismo, calladito y sin mitotes ni despedidas, pero usted se va conmigo. Tómese ocho o diez días para arreglar sus cosas y allá lo espero. También en Amozoc hay niños y urge organizar cuanto antes la escuela parroquial.

-Pero, Padre, usted debe obediencia a su Obispo y por eso no es casado, para poder emigrar a donde lo manden sin complicación alguna. Pero usted sabe bien que mi obligación de padre es atender a mi familia. Apenas hace un año y medio que Dios se llevó a mi Juliana, a los pocos meses se casó Jovita, la mayor de mis hijas. Mi hogar está apenas reencontrando el camino ¿y ya quiere usted destrozarlo con mi separación? ¿Qué va a ser de mis hijos? ¿Quién se va a ocupar de cultivar mis tierritas que nos dan para comer? Usted sabe que la escuela sólo da dolores de cabeza. ¡Y mis hijos... oh, mis hijos! ¡Sobre todo Moisés, mi "zocoyote",⁽²⁾ apenas con seis años... ¡Si usted hubiera sentido lo que yo sentí cuando el chiquillo miraba azorado aquella caja negra, preguntando por qué se había quedado dormida allí su mamá! ¡Oh, Dios mío! ¡Y cómo olvidar aquel llanto con que la buscaba y la llamaba por todos los rincones de la casa...! ¡Padre Javier, por favor, comprenda mi situación y tenga compasión de mí!

-Don Pedro, lo comprendo, sí, lo comprendo. Pero hay ocasiones en que Dios nos pide un gran sacrificio, como se lo pidió a Abraham. Arregle usted sus cosas. Encomiende sus tierras a sus hermanos. En cuanto a sus hijos, los colocaremos y repartiremos en forma de que todos queden bien. Que se

2

"Zocoyote" y "zocoyotzin", palabras del idioma náhuatl que envuelven especial ternura y podrían traducirse: mi pequeñito, mi chiquitito. Recuérdese que, según el "Nican Mopohua", la Virgen de Guadalupe llama a Juan Diego: "Juanito, el más pequeño de mis hijos, mi zocoyote", y Juan Diego le responde: "Señora y Niña mía, mi pequeñita, mi zocoyotzin".

venga con nosotros Hermelinda para que tenga usted quien le haga casa, puede también traerse a su zocoyote, para que él y usted estén tranquilos. Ya verá cómo Dios los llenará de bendiciones y todo redundará en bien de toda la familia. Tenga confianza en Dios y también un poquito en mí que no lo dejaré desamparado. Así que, si no existen otras razones, nos vamos sin excusa ni pretexto.

-Bueno, Padre, se hará lo que usted manda. Dios nos ayude...

Don Pedro, pálido y tembloroso, se sorbió una lágrima indiscreta, besó la mano del sacerdote y salió en silencio, con una tempestad en el alma...

* * *

-Hijos, tengo algo importante que comunicarles. Mañana sale de este pueblo el Señor Cura don Francisco Javier Hernández. Lo cambian a Amozoc.

-¿Cómo? ¿Quién te lo ha dicho? ¿De veras es cierto? Yo no quiero que se vaya... yo ni lo puedo creer... iré a contárselo a la Superiora del Colegio y a la Presidenta de la Tercera Orden para que alboroten al pueblo y no lo dejen ir...

-Nada de ir a contárselo a zutano y a mengano; ustedes se callan y no dicen nada a nadie... Pero no es eso lo principal. Lo que quiero comunicarles es ique me voy con él!...

¡La terrible bomba explotó en el centro mismo de aquella humilde casa! Pasado el primer asombro, alguien se atrevió a preguntar:

-Papá, tu te vas... pero nosotros ¿nos iremos también contigo? ¿O has pensado dejarnos enteramente solos? Ojalá estuviera aquí nuestra mamá que Dios se llevó al cielo...

-Hijos la resolución está tomada. No me hagan sufrir más de la cuenta. Tan luego como arregle mis asuntos y deje las tierritas encomendadas a mis hermanos, Hermelinda, Moisés y yo nos iremos con el P.Javier. Arreglaré en Puebla un internado para Miguel y Benjamín. Lidia se quedará con Jovita y su esposo, al cuidado de la casa. Desde Amozoc les escribiré muy seguido y vendré a visitarlos siempre que pueda. Me van a prometer que se portarán bien en cualquier parte que se encuentren, lo mismo que si yo estuviera presente.

* * *

¡Zacatlán, Zacatlán de las Manzanas...! Pueblecillo perdido en la serranía, rinconcito risueño de huertas perfumadas y viejo convento franciscano de musgosas piedras... ¿Por qué estará tan triste? Hace ya diez días que la maravillosa campana no nos deja oír su redoble grave y solemne que alegra y pacifica el alma con sus arpegios de bronce, de oro y de plata... Hace diez días que se fue el P. Javier y el otro no ha llegado aún...

* * *

"¡Vamos, vamos, hijos. Ya están ensillados los caballos y aparejada la mula con la camuga de viaje ⁽³⁾; ya está listo el bastimento y los burros cargados con los equipajes. Miguel, cuidado con corretear; el caballo tiene que ir al paso para que aguante la dura jornada. Hermelinda ajústate bien el barbiquejo del sombrero y el paliacate colorado: el camino es largo y habrá que resistir mucho sol y mucho viento. Moisés irá sobre las ancas de la mula, bien agarrado a la camuga. ¡Hija, no se te ocurra voltear para atrás; acuérdate de la mujer de Lot, que se quedó convertida en estatua de sal...! ¡Sí, ya sé; allá se queda la casita y las hermanas y la tumba de la madre. No llores, hija; Jovita y Lidia seguirán cuidando las begonias y las madre selvas y ellas llevarán al camposanto todos los días 14 el ramito de nomeolvides! ¡No voltees, hija no voltees! ¿Pues qué le vamos a hacer? Dios lo quiere así y allá vamos, a donde El nos manda...!"

Hermelinda va callada, vaciándose por los ojos. Don Pedro carraspea nervioso y se suena las narices tres veces por minuto. Sus jadeos se confunden con el resoplido de las cabalgaduras. Miguel y Benjamín llevan ojos de ilusión y Moisés va contento. Los niños no miran hacia atrás ni viven del pasado; a ellos les gusta cambiar de casa, conocer el mundo y respirar aires nuevos. Es cierto, en Zacatlán se quedan muchos recuerdos. Aquella madre que se llevaron una tarde dentro de una caja muy negra; una madre que apenas es una imagen borrosa en la memoria del pequeño y que pronto fue sustituida por la figura de Hermelinda quien desde hace tiempo cuida al hermanito; Hermelinda, la que le da de comer, aunque él no quiera a veces; la que lo baña, la que lo cambia de ropa limpia y la que lo enseña a rezar. Bien se acuerda de que un día le dijo Hermelinda: "¿Sabes Moisés, que tienes un Papá y una Mamá en el cielo? Mira: así como a tu papá Pedro puedes pedirle lo que quieras, a tu Papá del cielo puedes también pedirle lo

³

"Camuga o camuca", especie de silla de tijera que se coloca sobre el aparejo de las acémilas para montar a mujeriegas.

que quieras. Tu papá Pedro te quiere mucho, pero a veces no puede darte lo que le pides, porque es pobre. En cambio, a tu Papá del cielo puedes pedirle todo lo que quieras, con la seguridad de que te lo dará o te dará algo mucho mejor, porque te quiere más que tu papá Pedro y porque es infinitamente rico*.

-¿Ah, sí? Pues yo siempre he querido tener un conejito.

-¿Quieres un conejito de trapo? Pues enséñate a rezar muy bien el Padrenuestro y luego le pides el conejito. A ver si tu Papá del cielo te lo manda con los Santos Reyes.

-¡Sí, sí! ¡Enséñame pronto a rezar el Padrenuestro. Pero yo quiero un conejito vivo, no de trapo ni de palo.

¿Cómo olvidar aquello? Moisés lo recuerda y lo lleva bien grabado en la memoria. Aquel día rezó bien y con mucho fervor el Padrenuestro que acababa de aprender, y luego se fue al campo a llevar a pastar una chivita blanca que le había regalado su papá Pedro. Allí se acordó del conejito que había pedido a su Papá del cielo y vio enseguida que la hierba se movía y que salía un conejito que se venía derecho a donde él estaba. Era sin duda el conejito que le mandaba su Papá del cielo; no más alargar la mano y ya era suyo...

-Mira, Linda; mira el conejito que me dio mi Papá del cielo. Ahora ya tengo dos animales: la chivita que me dio papá Pedro y el conejito que me regaló mi Papá del cielo. Yo se lo pedí cuando recé contigo el Padrenuestro...

Moisés lleva en el alma los recuerdos de aquella infancia, toda inocencia y frescura, saturada del amor de un padre bueno y de unos hermanos cariñosos y más que todo, impregnada del amor de la Madre del cielo y del Padre que sabe ser tan tierno con los niños pobres, sobre todo con los huérfanos.

* * *

Aquel don Pedro, maestrescuelas de solemnidad sacramental que dejaba Zacatlán acatando la orden perentoria del Señor Cura don Francisco Javier Hernández, era nada menos que don Pedro Lira y Batalla, hijo de Anselmo Lira y de su esposa doña Crescencia Batalla. El 10 de julio de 1879, Pedro había tomado por esposa a Juliana Seraffín, doncella de 15 años, hija legítima de Ventura Seraffín y de Soledad Salas. Dios bendijo el matrimonio de Pedro y Juliana con seis hijos: Jovita, Hermelinda, Miguel, Benjamín, Lidia y Moisés, el más pequeño. Moisés nació en Tlatempa, suburbio de Zacatlán, Estado de Puebla, el día 16 de septiembre de 1893, a las 5 de la

tarde, y fue bautizado el 18 del mismo mes y año, por el Presbítero Francisco Téllez, teniente de Cura de San Pedro Zacatlán. El acta de bautizo de Moisés aparece en el libro de los niños "no indios", según se acostumbraba en aquellos tiempos distinguir entre los niños "indios", que no llevaban apellidos por carecer de ellos, y los "no indios" que se anotaban con apellidos de padre y madre. Moisés ostentaba con dignidad los cuatro apellidos de sus abuelos: Lira, Serafín, Batalla y Salas. Por tal motivo, la fe de bautismo dice que no era indio; pero no consigna si era criollo o mestizo, cuarterón, ochavón o tentenelaire. En consecuencia, nos quedamos sin saber si en sus venas se infiltró alguna gota de sangre hispana por ministerio de alguno de sus ocho bisabuelos o de sus dieciseis tatarabuelos. Ciertamente, su aspecto físico y sus características anímicas lo asimilaban más a la noble raza de bronce: era bajo de estatura, moreno oscuro, franco, sencillo, trabajador, alegre y nunca supo mentir. Tenía humildad de convicción, adornada por cierta nativa altivez, sedimento natural de aquella que debió ser característica de la raza azteca, cuando ésta campaba por sus respetos sobre todos los pueblos del Anáhuac.

* * *

Como Abraham cuando salió de Ur de los Caldeos, iba don Pedro Lira al frente de su pequeña tribu, con la mente puesta en el mandato divino. El deseo de don Javier era inapelable. Allá iba don Pedro a lo desconocido, sin saber si le esperaba la prosperidad o la ruina.

Salió la caravana una fría mañana de invierno, en los albores del año 1900. Bajó la cueſta del camino, y dejando a su derecha el poblado de Zacatlán, fué bordeando la gran barranca en cuyo fondo se escuchaba el murmullo de un arroyo cristalino que muchas veces había refrescado los ardores de sus cuerpos y colmado sus almas de alegría. Pronto alcanzaron el camino real que conduce a Chignahuapan, meta de la caminata terrestre, donde habrían de abordar el ferrocarril que venía desde Perote para conducirlos a Puebla, la gran capital, de cuyas bellezas desconocidas estaba llena de antemano la infantil fantasía de los pequeños. Cuatro horas fueron necesarias para recorrer los 22 kilómetros de caminata terrestre, tiempo suficiente para amortiguar el bullicioso parloteo de los niños y mitigar en el alma de don Pedro la tristeza de la despedida y la inquietud del que se lanza a la aventura arrastrando consigo a los que forman el tesoro de su corazón. Se apearon en la estación del ferrocarril, descargaron la impedimenta y se pusieron a esperar el tren que no tardaría en aparecer. Moisés bebía con avidez las inusitadas impresiones. ¿Cómo sería ese tren

que rodaba sobre esos rieles tan angostos? Le habían dicho que era como un enorme animalote de hierro que alguna vez se había salido de los rieles y había rodado a una barranca arrastrando los grandes carros llenos de gente que había quedado aplastada bajo su enorme peso. Era, pues, algo temible; había que subir con cuidado y rezar mucho para que no se fuera a salir de la vía.

La espera estaba calculada para una hora; pero el tren, para imponer una costumbre que había de convertirse en ley en los estatutos de su futuro, traía una hora más de retraso. Con eso, se acrecentó la impaciencia de los grandes y la inquieta curiosidad de los pequeños. Se escuchó al fin un prolongado silbido que rasgó los aires como inmenso rebuzno de mil burros y a continuación tembló la tierra con el chaca-chaca de la locomotora. Entró el tren en la estación con gran estrépito sonando una campana y se detuvo entre el pavoroso rechinar de frenos y rieles. Fue necesario hacerse a un lado para no quedar bañados por los blancos chorros de vapor de la caldera. Moisés se agarró convulsivamente a la falda de Hermelinda. ¡Pronto, pronto! ¡A subir las maletas y meterse a empujones entre la multitud de pasajeros que gritaban y se apretujaban en los estribos! Moisés estaba fuera de sí, y sin saber si aquello era una pesadilla. Venciendo el miedo y la confusión, se metió entre la gente y de un salto subió al ferrocarril. A su derecha, había mucha gente y muchos bultos; pero a su izquierda, el camino parecía libre. Por allí se metió y vio deslumbrado el lujoso carro de primera clase, con asientos forrados de terciopelo rojo. El carro estaba casi vacío: dos señoras elegantes conversaban en voz baja y un señorón leía el periódico y fumaba plácidamente un enorme puro. Una de las señoras sonrió a Moisésito y quiso decirle algo, en el momento que Hermelinda lo alcanzaba jalándolo de la camisa: "Vente para acá, este carro es de primera, para la gente elegante. Acá está nuestro lugar". El carro de segunda estaba lleno hasta los topes; había maletas y canastas, gran algarabía de conversaciones, gritos de órdenes atropelladas y chillidos de niños asustados; olía intensamente a cebolla, a guayaba, a humo de tabaco barato y a... humanidad. No había butacas de terciopelo; solamente dos largas bancas de madera adosadas a ambos lados junto a las ventanillas. Por allí logró acomodarse don Pedro Lira con su tribu. A continuación y sin demora, se escuchó el grito agudo y prolongado del conductor: "¡Vámonooooos...! ¡Un silbido, unas campanadas, un rechinado de frenos y un tirón violento con el consiguiente clamor de pasajeros que buscan algo de qué agarrarse para no rodar al suelo...! Por las ventanillas vio Moisés al tío Miguel que levantaba las manos para decirles adiós. Atrás de él, los caballos, los burros y la mula y todo un mundo campesino que se esfumaba con su silencio, su poesía y su simplicidad

primitiva para dar lugar al mundo de las máquinas, de los ruidos estridentes y de las multitudes que se apretujan en busca de un espacio vital...

Así terminaba de golpe la primera etapa de la infancia de aquel pequeño en quien tenía Dios puestos sus ojos.

CAPITULO II

NUEVOS HORIZONTES

¡Puebla...! gritó el conductor del tren. Todo mundo se levantó de sus asientos en busca de sus equipajes. ¡Vamos, vamos aprisa para bajar los primeros!

Ya va entrando lentamente el tren en la estación. Otra vez silbidos agudos de locomotora, repiqueteo de campana, gritos de ferrocarrileros, de cargadores y cocheros que ofrecen sus servicios. Es la estación de la grande y hermosa capital: ¡Puebla, Puebla! Ciudad populosa de calles rectas trazadas por los ángeles; por eso la llaman "Puebla de los Angeles". Ya baja la familia Lira Serafín y va don Pedro en busca de transporte. Allí están las "calandrias" con sus caballos somnolientos, sus esbeltas ruedas enlantadas de hierro y su lujosa cabina tapizada de cuero negro. Moisés abre bien los ojos deslumbrado por tantas maravillas. ¿Será posible que su papá logre conseguir un coche tan hermoso para su familia? ¡Sí, sí, ya viene el cochero para ayudar con las maletas! Suben todos y se acomodan como pueden en el interior del pequeño cuartucho que parece un confesonario; las maletas van por fuera, amarradas a los flancos. Un suave cariño del látigo en las ancas del caballo y ya van trotando silenciosamente por las calles de la gran ciudad. "¡Mira qué casas tan altas! ¡Sí, son casas de dos y de tres pisos! ¡Qué ganas de vivir en el de mero arriba, para asomarse por los balcones y ver a los que están abajo y mero abajo...! Y ¿esa iglesia tan grande, con esas torres enormes? -Sí, sí; es la Catedral, la casa de Dios. Dicen que es la más hermosa de todo México!".

-¿Es la casa de Dios? ¿Entonces, allí es el cielo? Con razón hay tantos angelitos arriba de esos fierros. ¿Verdad que son los angelitos que cuidan el cielo?

-No, no, Moisés. Allí no es el cielo; el cielo está muy arriba. Aquí es sólo la Catedral. Ya verás qué grande y qué bonita es.

"Señor cochero, solamente diez minutos para que estos niños conozcan la Catedral. Es la primera vez que vienen a Puebla".

¡Qué maravillas, qué impresiones que se quedarán para siempre en el fondo del alma! Esa noche, mientras Moisés trata de dormir en el camastro que le han preparado para él y sus hermanos en la casa del buen compadre de don Pedro, piensa y piensa y por fin se queda dormido soñando que está en una gran catedral poblada por mil angelitos alrededor del trono de Dios, y junto a El, la Virgen María y san José y muchos, muchos ángeles y santos...

Al día siguiente, todos se levantan temprano, porque don Pedro tiene

primitiva para dar lugar al mundo de las máquinas, de los ruidos estridentes y de las multitudes que se apretujan en busca de un espacio vital...

Así terminaba de golpe la primera etapa de la infancia de aquel pequeño en quien tenía Dios puestos sus ojos.

CAPITULO II

NUEVOS HORIZONTES

¡Puebla...! gritó el conductor del tren. Todo mundo se levantó de sus asientos en busca de sus equipajes. ¡Vamos, vamos aprisa para bajar los primeros!

Ya va entrando lentamente el tren en la estación. Otra vez silbidos agudos de locomotora, repiqueteo de campana, gritos de ferrocarrileros, de cargadores y cocheros que ofrecen sus servicios. Es la estación de la grande y hermosa capital: ¡Puebla, Puebla! Ciudad populosa de calles rectas trazadas por los ángeles; por eso la llaman "Puebla de los Angeles". Ya baja la familia Lira Serafín y va don Pedro en busca de transporte. Allí están las "calandrias" con sus caballos somnolientos, sus esbeltas ruedas enlantadas de hierro y su lujosa cabina tapizada de cuero negro. Moisés abre bien los ojos deslumbrado por tantas maravillas. ¿Será posible que su papá logre conseguir un coche tan hermoso para su familia? ¡Sí, sí, ya viene el cochero para ayudar con las maletas! Suben todos y se acomodan como pueden en el interior del pequeño cuartucho que parece un confesonario; las maletas van por fuera, amarradas a los flancos. Un suave cariño del látigo en las ancas del caballo y ya van trotando silenciosamente por las calles de la gran ciudad. "¡Mira qué casas tan altas! ¡Sí, son casas de dos y de tres pisos! ¡Qué ganas de vivir en el de mero arriba, para asomarse por los balcones y ver a los que están abajo y mero abajo...! Y ¿esa iglesia tan grande, con esas torres enormes? -Sí, sí; es la Catedral, la casa de Dios. Dicen que es la más hermosa de todo México!".

-¿Es la casa de Dios? ¿Entonces, allí es el cielo? Con razón hay tantos angelitos arriba de esos fierros. ¿Verdad que son los angelitos que cuidan el cielo?

-No, no, Moisés. Allí no es el cielo; el cielo está muy arriba. Aquí es sólo la Catedral. Ya verás qué grande y qué bonita es.

"Señor cochero, solamente diez minutos para que estos niños conozcan la Catedral. Es la primera vez que vienen a Puebla".

¡Qué maravillas, qué impresiones que se quedarán para siempre en el fondo del alma! Esa noche, mientras Moisés trata de dormir en el camastro que le han preparado para él y sus hermanos en la casa del buen compadre de don Pedro, piensa y piensa y por fin se queda dormido soñando que está en una gran catedral poblada por mil angelitos alrededor del trono de Dios, y junto a El, la Virgen María y san José y muchos, muchos ángeles y santos...

Al día siguiente, todos se levantan temprano, porque don Pedro tiene

que ir a conseguir el internado para Miguel y Benjamín y luego proseguir el viaje hasta Amozoc, donde los estará ya esperando el P. Javier. Una buena recomendación de éste, abre con facilidad las puertas del colegio a los hijos del profesor de la escuela parroquial de Zacatlán. Allí se quedan Miguel y Benjamín, azorados y temerosos; tendrán que adaptarse a la nueva vida. No faltan lágrimas en la breve despedida; pero también hay promesas. Amozoc está cerca y de allá vendrán papá y hermanos a visitarlos con frecuencia.

La comitiva se reduce ahora a tres: don Pedro, Moisés y Hermelinda. Otra vez a la estación del ferrocarril. Allí no hay que esperar mucho tiempo. El tren llega puntual y en menos de media hora recorre los 15 kilómetros que dista Puebla de Amozoc. Al llegar, los recibe muy festivo el P. Javier Hernández, artífice inmisericorde de aquel éxodo que ha pulverizado la familia de don Pedro Lira. El omnipotente párroco necesita del maestro y no hay razón, causa, motivo o pretexto que cierre el camino cuando don Javier ha dicho: "esto quiero". Don Pedro acepta, convencido de que tal es la voluntad de Dios y con tal convicción se siente tranquilo. En cambio, nunca lograría acallar los remordimientos si decidiera desobedecer.

¿Qué les espera en Amozoc? A unos, cosas buenas, a otros no tan buenas.

El P. Javier era enérgico y dinámico. Era hombre de empresa, y como tal se puso en seguida a trabajar, no solamente en asuntos espirituales, sino también en el alivio de las necesidades materiales de su nueva grey. Los habitantes de Amozoc bebían en fuentes emponzoñadas; era, pues, urgente darles agua pura. Don Javier movió influencias, despertó la conciencia de las autoridades municipales y unió las voluntades de las fuerzas vivas del poblado. Pronto, bajo su dirección y por su dinamismo, tuvieron los Amozoqueños agua potable, beneficio del que no gozaban entonces poblados más importantes. Pero tanta actividad provocó envidias, resentimientos y rivalidades. Los antiguos aguadores que se quedaron sin trabajo dirigieron el destemplado concierto de habladurías, chismes y miserables críticas de que aquel cura se estaba metiendo en lo que no le tocaba. Así es en todas partes la triste condición humana. ¡Sea todo por Dios y vamos adelante...!

En cuanto a Don Pedro Lira, las cosas no fueron tan mal. En Amozoc no había tierras qué cultivar; así que pudo dedicarse en cuerpo y alma a la profesión y oficio que respondía en plenitud a su vocación de maestro. Abrió en seguida la escuela parroquial que había sido el móvil de su traslado y fue luego a entrevistar al Presidente Municipal para decirle que le sobraba tiempo y también ganas para regentar la escuela municipal. El Presidente vio el cielo abierto; se arreglaron en el asunto de honorarios, y de la

entrevista salió don Pedro convertido de rey en emperador. Ahora regenteaba las dos escuelas; bajo su dirección quedaba íntegra la niñez masculina de Amozoc. Estaba satisfecho viendo cómo ya empezaba a fructificar el sacrificio del traslado que tanto había hecho sangrar su corazón de padre.

Hermelinda, por su parte, no perdía el tiempo. Era la mujer hacendosa, el eje y el pilar en cuyas manos diligentes había puesto don Pedro la dirección de la casa y en quien había volcado el pequeño Moisés su confianza y su cariño. Pero la ley del Génesis se impone: "No es bueno que el hombre esté sólo" (Gn 2,18); y, por cierto, tampoco la mujer. Pasados algunos meses, un buen amozoqueño comenzó a visitar a la zacatlense con inquietante asiduidad; la juventud, las excelentes dotes de Hermelinda y la mutua comprensión hicieron su oficio y ya aquello no tuvo remedio. Don Pedro otorgó su consentimiento y se casaron como Dios manda. Ahora eran cuatro en la casa de don Pedro y pronto serían cinco y más.

¿Y Moisés? Moisés bebía con los ojos bien abiertos las novedades que le deparaba la vida. Amozoc no era lo mismo que Tlatempa. Acá había muchas cosas que ver y que aprender. Cuando iba a misa por la mañana, con frecuencia se topaba con el panadero que llevaba sobre su cabeza un gran canasto. Moisés seguía de cerca al panadero, aspirando con fruición el aroma de los panes calientitos, y pensaba: "de grande seré panadero; pero no haré bolillos y pan salado que no sabe a nada; haré hojaldres, chilindrinas, conchas, picones y biscochos de huevo, tan sabrosos con el chocolate.." Pero otro día se quedaba con la boca abierta viendo al carretero que montado en el pescante guiaba con suavidad y destreza dos caballotes que tiraban de una pesada carreta. ¡Eso sí que era emocionante: dirigir con un grito y con dos rienditas esos enormes animales que de una patada podían matar a cualquiera. "Yo quiero ser carretero -pensaba Moisés- porque me gusta dirigir y guiar, aunque los otros sean más grandotes". Sin embargo, ninguna emoción comparable con la que experimentaba Moisésito cuando iba con otros muchachos a la estación del ferrocarril. Les gustaba poner sobre los rieles toda una colección de clavos pequeños y grandes para que el tren a su paso los dejara convertidos en espaditas. Era una diversión que nunca había gozado en Zacatlán. Los chiquillos gritaban alborozados e impacientes mientras esperaban que el tren se fuera para recoger sus espaditas. Entretanto, veía Moisés al fogonero que con una enorme pala introducía gran cantidad de carbón mineral en el fogón de la locomotora. - "¿Para qué le mete Ud. ese carbón al tren? le preguntó al hombre de la cara tiznada. Este, muy digno y ufano, respondió al muchacho: "¡Cómo que para qué! Ese carbón con que atizo yo la caldera es el que hace andar el tren. Sin mí, el

tren no caminaría: yo soy quien hace andar el tren". - "¿De modo que usted mueve toda esa maquinota que arrastra los vagones? ¡Qué maravilloso! ¡Yo quiero ser fogonero; no le hace que tenga que andar lleno de tizne desde la cara hasta los pies!" Allí sí que andaba cerca de su destino: ¡cuánta leña habría de meter él en las almas y en los corazones para mover el mundo, sin importarle poco ni mucho todos los tiznes de la vida! La mente de un chiquillo es fábrica de proyectos e ilusiones. ¡Panadero, carretero, fogonero...! Pero el Ángel de la Guarda de Moisesito debió sonreír ante los proyectos de aquella cabecita, porque el Padre Celestial al confiárselo le había dicho: "Cúdamelo bien, porque lo quiero para cosas grandes".

* * *

Moisés había cumplido ya siete años y había que ir pensando en la primera comunión. Se eligió la fiesta patronal en que comulgaría por primera vez un nutrido grupo de niños y niñas. Ya Hermelinda había enseñado a Moisés a rezar y ahora habría que hacerle aprender el catecismo. Ningún trabajo le costó meter en la privilegiada memoria del chiquillo el "Todo fiel cristiano", el Credo, los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, los Sacramentos, las Obras de Misericordia y la Vida, Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Pronto Moisesito recitaba de corrido todo el catecismo de Ripalda y aun estaba listo para enseñarlo a otros niños. Llegó así el día de la primera comunión. Don Pedro hizo derroche de esplendidez, comprando vestido nuevo no sólo a Moisés, sino también a Hermelinda y a Miguel y Benjamín que vendrían desde Puebla y él mismo se compró un elegante traje de casimir, una vaporosa camisa de satén y una corbata de moñito. ¡Era el gran día de su zocoyote, su pequeñito, su consentido, y era de rigor que todos participaran en la fiesta cayéndose de catrines. La víspera del gran acontecimiento, todos se bañaron y se confesaron y ya limpios de cuerpo y alma se fueron a dormir pensando en el fiestón del día siguiente. La iglesia luciría hermosos adornos de nardos y azucenas con guirnaldas de pino y de papel de china. En la puerta estaría tocando la banda del pueblo y adentro cantarían el coro de las Hijas de María. Habría cohetes y coheteros desde las cuatro de la mañana y a las ocho sería la misa de primera comunión, con todos los niños y niñas vestidos de blanco, con sus velas adornadas y sus libros y rosarios, y toda una turba de padrinos y madrinan que rezarían con sus ahijados la preparación y la acción de gracias. Luego vendría el desayuno en los corredores del curato con profusión de champurrado, atole de fresa, pasteles y tamales...

El sueño de los niños fue ligero: en víspera de fiesta se duerme mal. A

las cuatro de la madrugada comenzó el fragor de los cohetones; imposible dormir con tales estampidos. Después de dos horas, comenzó la música; la banda recorría las calles principales del poblado y la gente se alborotaba para comenzar el día de fiesta. Moisés y sus hermanos comenzaron a despabilarse y a vestirse entre bostezos. Luego salieron a ver a los músicos y a los coheteros. Moisés, con tanto desvelo y tanto bullicio comenzó a sentir hambre. Se volvió a la casa y entró derecho a la cocina. La cocinera, viejecita tlaxcalteca de raza pura, no tuvo inconveniente en ofrecer al pequeño un jarro de café calentito y bien azucarado. De pronto, don Pedro oyó voces, gritos y lloros en la cocina. Alarmado por el bullicio, fue a ver qué sucedía y encontró a Moisés bañado en lágrimas con un jarro en la mano, Hermelinda, furiosa y la humilde cocinera, confusa. "Papá, mira nomás, dijo Hermelinda; tanta preparación y tanto gasto y nos han aguado la fiesta! ¡Ya Moisés se bebió un jarro de café y no podrá comulgar hoy!". Don Pedro, muy contrariado, se quedó pensativo y luego dijo resueltamente: "Esto no tiene remedio. Moisés, ¿qué no aprendiste en el catecismo que no se puede tomar ni siquiera una gota de agua antes de comulgar?⁽¹⁾ Ahora ya no hay remedio; tendrás que esperar hasta mañana. Hoy harás una comunión espiritual y nosotros cumulgaremos por ti. Esto no se te va a olvidar nunca y así aprenderás la lección, para que la tengas presente durante toda tu vida.

Más tarde, cuando Moisés era discípulo del P. Félix Rougier, éste le enseñaría que debemos sellar todos nuestros actos con la cruz. Moisés recordaría entonces cuán amarga fue la cruz que se le clavó en carne viva el día de su primera comunión en forma de sabroso café veracruzano. Nosotros pensamos y tal vez lo pensaría él, que Jesús Sacramentado quiso tenerlo para Sí solo, sin acompañantes, y venir a su corazón en el silencio y recogimiento de una comunión íntima, sin ruidos y sin banquetes, para que su alegría fuera enteramente espiritual.

* * *

Como todos los niños, un día Moisés comenzó a mudar los dientes y ya con los nuevos pudo comer pan con corteza. Su inteligencia se abrió al uso de la razón y se hicieron manifiestos sus impulsos de autoafirmación: quería ser niño formal, estudioso y dueño de sí mismo. Cuando Hermelinda

¹ Tal era entonces la ley del ayuno eucarístico: Desde las doce de la noche en punto, no era permitido tomar ni una gota de agua, si se quería comulgar en ese día.

contrajo matrimonio, don Pedro estuvo de acuerdo; pero no así Moisés, quien comenzó a sentirse incómodo con el cuñado en casa. ¿Para qué traer a ese señor que ahora acaparaba las atenciones de Hermelinda? ¿Qué no bastaba su papá Pedro para trabajar y mandar en esa casa?... Los niños que ocupan el centro de las preocupaciones y del cariño de una familia suelen ser terriblemente celosos. Moisés lo fue y tuvo sus razones especiales. Los huérfanos de madre tienen una psicología bien definida, con tintes marcados de independencia y de introversión esquiva. Un detalle de los últimos días de Amozoc nos habla claro. Moisés se había vuelto guerrero y retobado. Frisaba ya en los 12 años. Un día su padre tuvo que ausentarse por motivo de negocios y quedó Moisés a cargo de Hermelinda. En tales circunstancias, sintió la comezón de hacer algo que le atrajera la atención de su hermana, ya que ella parecía no hacerle caso, ocupada sólo del cuñado. La diablura que se le ocurrió debió ser muy original y muy digna de su inteligencia. Hermelinda lo llamó a cuentas y en la regañada tuvo a bien, o mejor dicho a mal, intervenir al cuñado. Esto fue el colmo, "A mí ese señor no me regaña". Se metió a su cuarto, sacó sus ahorros y se fue a la estación del ferrocarril acompañado de un amigo granduloncillo y granuja. "¡Vámonos a Puebla, dónde hay tanto qué ver!"... Esa noche, Hermelinda y su esposo tuvieron un sueño lleno de angustias y sobresaltos. "¿Dónde andaría Moisés? ¿Qué cuentas iban a dar a don Pedro cuando éste regresara? ¿Se les habría pasado la mano en la regañada?. Tres días duró la angustia. Al cuarto, regresó Moisés como el hijo pródigo: arrepentido, mugroso y muerto de hambre. Hermelinda no le dijo una palabra; pero cuando regresó don Pedro, se encontró con el gran chisme. Aquello fue como las vísperas sicilianas. Don Pedro, como buen maestro, sabía bien de argumentos y no era parco en el uso de la vara. Las razones en el cerebro y los verdugones en el trasero se le quedaron a Moisés para perpetua memoria, como buena medicina, amarga y saludable, recetada con varonil amor.

Con el año de 1905 terminó la estancia en Amozoc. El P. don Javier Hernández, con su dinamismo, su energía y su diabetes, no cupo ya en ese pueblo. El gran Arzobispo de Puebla, don Ramón Ibarra y González, tuvo a bien trasladarlo de Tlatlauquitepec, al norte del Estado, pueblecillo insignificante de la sierra, distante de Zacatlán unos 60 kilómetros, pero sin comunicación fácil entre ambos poblados. El traslado no fue ni mucho menos un ascenso para don Javier. Tlatlauquitepec tan difícil de pronunciarse, era también difícil para una labor pastoral seria y aun elemental. Allá se llevó sin discusión ni alternativa su imprescindible brazo derecho don Pedro Lira y éste arrastró consigo a su zocoyote ahora ya de 12 años. Hermelinda, en cambio, se quedó en Amozoc, porque "lo que Dios ha

unido no debe separarlo el hombre" (Mt 19,6), y por esta vez prevaleció el mandato divino sobre la voluntad del omnipotente párroco. En su nuevo destino, el pueblecillo de nombre de trabalenguas, don Pedro y su Moisés ya no tuvieron casa propia. Pasaron a vivir a la casa parroquial sujetos a la disciplina de la inefable tía del también inefable don Javier. Pasó el año de 1906 sin pena ni gloria para el párroco y sí con mucha pena y ninguna gloria para el dómine, porque los ingresos en aquel pueblo perdido eran por demás raquíticos. Nada agradable resultaba para don Pedro el tener que sentarse uno y otro día en el ángulo más desamparado de la mesa del párroco; la comida recibida como de limosna suele perturbar el metabolismo de cualquier hombre que tenga los pantalones en su lugar, y debió resultar muy desabrida para don Pedro que sabía de sobra fajarse bien los suyos. Al ver el párroco que don Pedro y su zocoyote perdían color y peso, comprendió la causa, porque al fin era hombre inteligente y sensible. Por tal motivo, terminado el año lectivo, permitió al maestro volver a sus territas para que pudiera sacarles lo que no había podido producir la escuela de Tlatlauquitepec. Fue una decisión sabia y oportuna. Don Pedro tenía ansias de tomar otra vez las riendas de su familia y Moisés no cabía de gozo al volver a la vida idílica de Tlatempa; era feliz respirando a todo pulmón los aires perfumados y correteando por las huertas exhuberantes que destilaban miel de ciruelas y manzanas. De allí había salido siendo niño de seis años y ahora regresaba a los doce, convertido en un chaval inquieto enamorado de canicas y pelotas, de trompos y resorterías; muchacho de salud rozagante que sabía jugar y pelear, hacerse amigos y también defenderse con los puños de quien quisiera ponerle valiente. ¡Qué felicidad sentirse en su casa rodeado de su padre y sus hermanos, entrar y salir a su antojo, gritar y cantar sin pedir permiso a nadie...! Su casa que había quedado en su memoria como algo muy grande, le parecía ahora chiquita; pero era su casa y allí mandaba su papá Pedro y sólo él!

Bien poco duraron las vacaciones. Si el P. Javier no cupo en Amozoc, mucho menos podía caber en Tlatlauquitepec. Por lo mismo, después de un año de regentar la insignificante parroquia de la serranía, fue trasladado, ahora sí con todos los honores, a la gran parroquia de Huejotzingo, junto al río del mismo nombre: "lugar de ahuejotes" (sauces) y también de grandes huertas. En Huejotzingo, lo mismo que en Zacatlán, hay un viejo convento franciscano con su gran iglesia, su amplísimo atrio y buenas edificaciones de gente pudiente. Ahora tenía el P. Javier algo mucho mejor que ofrecer a don Pedro: en Huejotzingo no se moriría de hambre. No lo pensó mucho; se fue derecho a Tlatempa y se trajo sin más al maestro y a su inseparable pimpollo.

Las cosas parecían haber tomado un rumbo más risueño; pero no fue así. Nuevamente hubo que ir a vivir en la casa parroquial bajo la tutela de doña Carmelita, la proveyta tía con ínfulas de soberana. Moisés con sus 13 años resultaba ideal para acólito y también para muchos otros menesteres. No era conveniente que le sobrara tiempo para holgazanear: "La ociosidad, - decía frecuentemente don Javier- es madre y comadre de todos los vicios". Para evitar tan formidable riesgo, señaló minuciosamente a Moisés múltiples actividades y obligaciones; todo un reglamento al estilo del seminario: levantarse puntualmente a hora temprana, acolitar una o varias misas, asistir a clases en la escuela de su padre, hacer las tareas, acompañar al señor Cura en sus ministerios foráneos: misas en los ranchos de la parroquia, bodas, bautizos y visitas a los enfermos. Además, ayudar en el catecismo de los niños, barrer algunas dependencias del curato y regar las macetas de los largos corredores. Y a continuación, un largo, interminable y nutridísimo etcétera: mandados, recados, composturas y suplencias... "que Moisés tráeme, que Moisés hazme favor, que Moisés cuidame; que Moisés aquí, que Moisés allá, que Moisés arriba, que Moisés abajo..." Nadie podía decir que le sobraba tiempo para travesuras o malos pensamientos. Sin embargo, por la tarde, cuando ya las principales obligaciones estaban satisfechas, se sentaba Moisés en un alto banco, a manera de púlpito, y se ponía a enseñar el catecismo y a leer la historia sagrada a un solemne auditorio compuesto por doña Carmelita y las dos sirvientas.

Don Javier y más don Pedro gozaban lo indecible viendo al chiquillo convertido en maestro. "Tiene de quién heredar", decía don Javier. Y don Pedro tosía y carraspeaba de pura satisfacción, y se alisaba nerviosamente los bigotes sin acertar a responder palabra.

Pero el destino de Moisés parecía marcarlo cada vez más cruelmente con el estigma de huérfano. A los cuatro años perdió a su madre. Quedó entonces encomendado a los cuidados de Jovita, su hermana mayor. Muy poco después, Jovita se casó y Moisés cambió de mamá en la persona de Hermelinda. Hemos visto cómo en Amozoc perdió a su tercera mamá por la ingerencia de un amozoqueño. Moisés quedó huérfano por tercera vez. Ya no buscó otra mamá. Creyó tenerlo todo con su papá Pedro, quien era para él al mismo tiempo padre y madre, y además, maestro, sostén inseparable y héroe ejemplar muy digno de ser imitado. Pero estaba escrito que también este sostén que él creía tan seguro e infalible tendría que fallarle. Poco tiempo después de la llegada a Huejotzingo, se impuso también para don Pedro la ley del Génesis. No le fue difícil encontrar una buena mujer con quien endulzar las tristezas de su ya prolongada soledad. Contrajo segundas nupcias y volvió a tener un hogar que tanta falta hacía a su solitario

corazón. Si en Amozoc, a los ocho años, fue difícil para Moisés la vida con el cuñado, ahora en Huejotzingo, a los trece, le resultaba totalmente imposible al lado de la madrastra y de la hermana de ésta que pasó a vivir con el nuevo matrimonio. Sensatamente pensaron don Javier y don Pedro que era mejor para Moisés quedarse en la casa cural donde era tan útil y tan bien querido. Ahora sí que era Moisés de veras huérfano, viviendo arrimadito con don Javier Hernández y su respetable tía.

En esas condiciones vivió Moisés por más de un año. En don Javier tenía un venerable ejemplar de sacerdote digno y celoso, dedicado al bien de su grey espiritual y que solía transfigurarse cuando predicaba desde el púlpito y más cuando celebraba lleno de unción la Santa Misa. En la escuela parroquial transcurrían serenamente sus horas de estudio bajo la mirada de su intachable padre. Le entusiasmaba cada paso adelante en lo que iba aprendiendo y gozaba con fruición en aquellos ejercicios militares que su papá organizaba en los recreos. Allí iba Moisés marcando con paso firme el compás de los tambores y tocando el clarín para indicar los movimientos y evoluciones de la "tropa". Así discurría tranquilamente la vida sin mayores incidentes. Pero algún día algo tendría que cambiar. Llegaron sin sentir los 15 años y con ellos el ímpetu furibundo de la pubertad. Los bigotes de vinagrillo que asomaban tímidamente sobre su labio anunciaban que el niño pugnaba por hacerse hombre y que allá en el fondo del alma despuntaban otras mil agujillas de inquietudes provocando impresiones desconocidas. Moisés comenzó a volverse flojo, descontentadizo y rebelde. Bajó de repente su rendimiento como estudiante y le pesaba el cúmulo farragoso de los quehaceres y obligaciones que tenía que cumplir. Acolitaba con gusto una o varias misas; le gustaba ir con don Javier a visitar a los enfermos y a los moribundos. Esas ocupaciones y otras similares lo distraían y lo llenaban de satisfacción. Pero había otras que le repugnaban cordialmente. Ninguna tan fastidiosa como tener que regar diariamente las macetas del curato. Doña Carmelita la venerable tía de don Javier, era, como todas las mujeres mexicanas, gran aficionada a las macetas: helechos, claveles, begonias, gardenias, camelias y cleredones con otras mil especies, entre las que sobresalía una maravillosa colección de azaleas multicolores. Tal era el paraíso terrenal de la residencia del párroco de Huejotzingo, orgullo de la mujer hacendosa que lo había creado para deleite del benemérito sobrino. La prosecta solterona cuidaba de aquellas preciosidades con mística devoción, y ya que Dios no le había dado hijos ni ella se había procurado un perro faldero o un cotorro, volcaba íntegro su virginal amor en las hermosas plantas; era de ver cómo se iluminaban sus ojos mortecinos cuando iba contemplando con celestial fruición aquella sinfonía de colores. Nunca

hubieran bastado sus macilentas fuerzas para dar agua a su mundo multicolor; pero allí estaba Moisés quien resultaba ideal para amanzar sus ardores puberales en aquel menester. El lo ejecutaba como autómatas, sin cariño ni convencimiento; como buen adolescente, nada le importaban todos los geranios y cleredones del mundo. Muy lógico resultaba que una y otra vez se le olvidara cumplir con aquel fastidioso trabajito. Muriéndose de sed se pasaron las plantas un día y luego otro, y cuando se acumularon más de los acostumbrados, las preciosísimas flores dieron señales inequívocas de agonía. Doña Carmelita metió la mano entre la tierra de una begonia agonizante, y al palpar los terrones completamente secos, puso el grito en el cielo. Don Javier estaba a la sazón malhumorado después de su agotadora jornada. Oyó a lo lejos los chillidos destemplados de la tía, y al enterarse de la causa, sintió que se desbordaba incontinentemente el vaso de su precaria paciencia. En ese preciso momento, el ángel de su guarda decidió abandonarlo y en su lugar se metió en el sagrado cuerpo toda una sacrílega legión de demonios. El venerable párroco tuvo la sensación de que en el centro de sus entrañas hacía erupción un volcán de lava incandescente; los ojos se le nublaron y giraron en sus órbitas y ya el infeliz no supo más de sí. ¡Oh miserable condición humana! Unos cuantos miligramos de adrenalina son suficientes para convertir un santo en un energúmeno. Don Javier era diabético, por lo que sus accesos de cólera resultaban totalmente incontrolables. Con gritos histéricos llamó a Moisés, y cuando lo tuvo en su presencia, vomitó sobre él un torrente despiadado de invectivas, improprios, reproches y hasta insultos: "¡Desobligado, haragán, zángano miserable, mantenido! ¿Estás creyendo que vas a vivir a mis expensas sin desquitar lo que a diario te devoras? Si no has de cumplir con tus obligaciones, sería mejor que te largaras de mi casa y que te mantenga el gobierno"... Nadie supo cuánto duró aquel desfogue. Cuando por fin don Javier, anhelante y tembloroso, dejó de gritar, el pobre de Moisés había quedado pulverizado y convertido también él en un volcán de rabia incontenible. Agarró convulsivo una cubeta, y en desquite del chaparrón que le había caído encima, fue echando sobre las macetas furiosos aluviones que hicieron en las hermosas plantas el efecto de una granizada y dejaron los corredores convertidos en chapoteaderos. Luego arrojó en un rincón la odiada cubeta, se sacudió las manos y los pantalones, y dando dos enérgicas patadas en el umbral, salió a la calle, jurando no volver a esa casa en los días de su vida.

Era de noche, buena hora para la fuga. Allí estaba ahora Moisés, en la calle desierta, en la oscuridad y sin saber a dónde dirigir sus pasos. Se acordó de un buen amigo con quien solía platicar y divertirse. Era pobre;

pero precisamente por eso no lo rechazaría. Se dirigió decididamente a su casucha a contarle que se había peleado con el señor Cura y que no quería regresar con él por nada de este mundo. Esa noche, Moisés compartió con el amigo la pobre cena, que casi no probó, y el humilde jergón que le servía de lecho. Pronto el amigo se quedó dormido; pero Moisés no probó el sueño. Pasó la noche revolviéndose de un lado para otro, rumiando la feroz regañada de don Javier. Había sido despiadada, cruel y además, injusta. Había en esa reprensión palabras que lo habían herido hasta el fondo del alma: llamarlo a él "haragán y zángano", cuando era en el curato el házmelo-todo a quien tenían como esclavo sin derecho a descansar ni de día ni de noche...! Y luego "mantenido y arrimado"... "¡Qué culpa tenía él de ser huérfano y pobre y de que su padre lo arrastrara a todos los lugares a donde el mismo Padre Javier lo llevaba! ¿Acaso no tenía en Tlatempa su casita, todo lo pobre y humilde que se quiera, pero muy suya? Si andaba de arrimado la culpa era precisamente del Padre Javier que sonsacaba sin miramientos a su padre! ¡Y el colmo, que no desquitaba su comida...! ¡Eso sí que era el colmo; ¿pues que más querían que hiciera? ¿Acaso quería don Javier que trabajara 30 horas diarias? Y en último caso, si él con su trabajo de esclavo no desquitaba, ¿no estaba allí su padre haciendo la mitad del trabajo de la parroquia?... No, decididamente no volvería con don Javier por todo el oro del mundo; ¡ya vería el viejo regañón la falta que le iba a hacer el zángano arrimado que no desquitaba la comida...!".

"En cuanto a él, a Moisés, no le faltaría a dónde emigrar. En Zacatlán vivía su tío, dueño de una grande y rica tienda donde había de todo. Por mucho menos de lo que hacía en el curato, su tío le daría un buen sueldo con el que podría vivir a sus anchas sin que nadie le lanzara a la cara el insulto de arrimado. Haría buenos ahorros y algún día tendría él mismo su buena tienda. Ya le demostraría a don Javier que no era ningún haragán ni zángano; ya vería cómo era capaz no sólo de mantenerse a sus propias expensas, sino aún de mantener dignamente a su padre cuando éste fuera anciano. Al fin de cuentas, la humillación que don Javier le había inferido recaía en primer lugar sobre su pobre padre, como si él lo hubiera arrojado a la calle para que otro lo mantuviera..."

Pasó por fin aquella horrible noche de pesadillas. Cuando apuntó la primera claridad del alba, Moisés se despidió de su amigo y salió sin rumbo fijo. Sentía un hueco doloroso en el hipocondrio; llevaba la cabeza salvajemente enmarañada y hecha un fogón de rescoldos incandescentes; la boca le amargaba con sabor a medalla vieja y lucía unas ojeras negras como cazuelas tiznadas. Lentamente, con pasos vacilantes, pateando los guijarros del camino, llegó como sonámbulo a la gran plaza del antiguo convento

franciscano y se paró en el ángulo más alejado de la puerta del curato. Allí se recargó en un árbol y se puso a cavilar sobre su amarga suerte.

Precisamente enfrente de aquel sitio, se levantaba ya entonces el Colegio de niñas que existe hasta el presente. Actualmente lleva el nombre de "María Goretti". Había sido fundado por las religiosas josefinas pertenecientes a la fervorosa Congregación Mexicana del P. José María Vilaseca. La Superiora de la comunidad era una egregia mujer, especie de "Monja Alférez", a quien el Presidente Municipal de Huejotzingo, don Manuel Márquez, había endilgado con acierto el sobrenombre de "Sor Pistola". Al temple varonil que la distinguía, agregaba Sor Pistola un corazón generoso lleno de amor maternal para las niñas del Colegio y para todos los pobres que llamaban a su puerta. Era bien conocida de Moisés. Ella por su parte, con intuición de mujer excepcional, había presentido el destino de aquel adolescente que se pasaba largas horas al pie del Sagrario. Con frecuencia iba Moisés a llevar recados a Sor Pistola; ella aprovechaba la ocasión para conversar un poco sobre cualquier tema, con la única intención de intimar con el muchacho, para sugerirle en el momento oportuno lo que ella llevaba en mente. Eran, pues viejos conocidos y se estimaban mutuamente.

La Madre Victoria Ortega, alias Sor Pistola, como mujer de muchos quehaceres, no era ventanera ni mucho menos; pero aquella mañana, guiada directamente por el Espíritu Santo, se asomó a la ventana de la Dirección y le extrañó ver a Moisés apoyado en un árbol, en una actitud y con un aspecto de desamparo que le escurría de toda la persona.

-Oye, Moisés, ¿qué estás haciendo allí?

-¡Nada! -contestó Moisés-, y volvió la cara a otro lado, como quien no quiere oír.

-¡Cómo que nada! ¿Qué no estás con el señor Cura?

-Estaba, -dijo él-, pero ya no estoy.

-Pero ¡cómo! ¿estás con tu papá?

-No.

-Entonces ¿qué estás haciendo allí?

- Pues ya ve, nada.

-Vaya, vaya... Tú te traes algo. ¿Qué te pasa? Ven acá, ¿qué no somos amigos? Aquí estoy para ayudarte. Ven, pasa. Acá adentro podemos hablar sin que nadie nos escuche.

Lentamente, como sin querer, fue entrando Moisés en la casa del Colegio. Sentía ganas inmensas de llorar... "¿qué no somos amigos?"... ¡Qué palabra tan dulce para un huérfano pobre y desamparado! ¡Si precisamente de hambre de cariño estaba él muriéndose!... No, no lloró; hubiera sido

vergonzoso que un muchacho se soltara llorando como un niño. Pero, cuando Sor Pistola lo tomó suavemente por un brazo y lo hizo entrar en la Dirección, Moisés estaba totalmente rendido.

-Pues es que el Señor Cura me regañó muy feo y me dijo muchas cosas. ¿Por qué me ha de regañar él? ¡Y luego haberme dicho cosas tan injustas...! A mí no me regaña más que mi padre; él sí sabe regañar, cuando hay razón y justicia... Ya me salí del curato y no volveré a poner los pies en esa casa. Prefiero morirme de hambre debajo de un árbol.

Sor Pistola no salía de su asombro. No era ese el Moisés que ella conocía.

-¡Ay, Moisés! ¿Y tu papá?

-Pues, no sabe ni le diré nada. El tiene sus problemas y no se los voy a aumentar. Me voy a Zacatlán con mi tío; él tiene una tienda...

-¡Qué disparate! ¡Tú de tendero vendiendo centavos de manteca! ¿Ya lo pensaste bien? Dios te quiere para cosas mejores. Mira, Moisés, hay momentos decisivos en la vida. Lo que sucederá en el futuro depende de tomar una buena decisión. Tú estás ahora muy herido por lo que pasó con el Señor Cura; estás muy enojado, no has probado el sueño y tienes el estómago vacío. En esas condiciones, estás en situación ideal para echar todo a perder. Oyeme bien: cuando estás enojado o dominado por cualquier pasión **NO DEBES TOMAR DETERMINACION ALGUNA**, y cuando has de decidir algo que va a influir en tu vida, solamente deberás hacerlo **DESPUES DE PENSAR, ORAR Y CONSULTAR**. Déjate ahora de pensar en disparates. Vente a vivir en el Colegio; aquí mando yo y tengo una buena pieza donde podrás vivir y estudiar a tus anchas. Aquí serás muy útil para infinidad de cosas, así que nadie podrá decirte que estás arrimado.

Moisés inclinó la cabeza y su silencio fue la mejor expresión de su asentimiento y gratitud...

En la hora más amarga, después de la fuga, había pensado mucho en su mamá Juliana y había rezado con filial confianza a su Madre del Cielo y al Padre providente que no lo abandonaría en el abismo de su desamparo.

Ahora estaba palpando la respuesta. Frente a él tenía a su nueva mamá que Dios, Padre amoroso, le deparaba en momento tan decisivo, en sustitución de la que El se había llevado al cielo... (2)

² En este incidente tan doloroso para Moisés, nos parece extraño no encontrar la ingerencia de don Pedro Lira. En sus "memorias", el P. Moisés sólo hace una alusión marginal en aquello de que "a mí no me regaña más que mi padre", lo cual indica que conservaba para él cariño y respeto. Pero, ¿por qué al fugarse del curato, no piensa Moisés, como sería obvio, en ir a refugiarse con su padre? ¿Por qué no interviene don Pedro para arreglar las cosas entre don Javier y Moisés? Aquí caben todas las conjeturas: ¿Los "problemas" de don Pedro? Sabemos, efectivamente que su segundo matrimonio, que duró poco, no fue muy feliz. Resultaría entonces que la madrastra representaba un papel decisivo en este drama. Lo cierto es que Moisés no acudió a su padre ni él intervino. La M. Victoria Ortega se encargó de la reconciliación. Moisés volvió a acolitar las misas; pero nunca volvió a vivir en el curato ni tuvo que regar jamás las hermosas plantas de doña Carmelita.

CAPITULO III

PETRITA MUNIVE

Al Noroeste de la ciudad de Puebla, Capital del Estado del mismo nombre, existe un pueblo singularísimo que creo es único en el mundo; pues, como es bien sabido, en él hay más iglesias que casas de habitación. Es el pueblo llamado Cholula. Se encuentra en el centro de un fertilísimo valle que desde tiempos inmemoriales ha sido manzana de discordia entre rivales ambiciosos. En el centro del poblado se alza una pirámide que ha sido estudiada en forma científica por el Departamento de Arqueología. Una tarde, entramos a visitar las excavaciones guiados por la notable arqueóloga doña Eulalia Guzmán. Nos fue mostrando con lujo de erudición los distintos estratos de ese monumento, que corresponden a otras tantas épocas históricas y prehistóricas que abarcan más de cinco milenios. De las explicaciones de tan insigne maestra aprendimos que, precisamente por ser el valle de Cholula fertilísimo, había sido ocupado sucesivamente por varias tribus. En la base de la pirámide hay una gran explanada sobre la cual se asentaba en tiempos prehistóricos el templo dedicado al dios de una tribu que ocupaba el valle hace más o menos cinco mil años. Vino luego otra tribu más poderosa, que atraída por la riqueza del valle, hizo la guerra a los pobladores, y una vez vencidos éstos, destruyó el templo, sobrepuso nueva explanada y sobre ella edificó otro santuario a su dios. Así sucesivamente, a través de cincuenta o sesenta siglos, fueron viniendo nuevas y más poderosas tribus que repitieron la misma hazaña y el mismo rito en honor del respectivo dios vencedor. Cuando llegaron los españoles en el siglo XVI, pasó por Cholula el Conquistador don Hernán Cortés, camino a la gran Tenochtitlán. Llevaba sin duda grandes temores ante la magnitud de la empresa y la exigüidad de su contingente bélico; no es extraño que en tal estado de ánimo hicieran mella en él ciertas sospechas de traición por parte de los cholultecos. El pánico ha sido siempre mal consejero. Atrapados los indios como en una ratonera, ordenó Cortés una horrible matanza para que sirviera de advertencia a cualquiera que en lo sucesivo tuviese la tentación de jugarle traiciones. La horrible matanza de Cholula ha quedado como un gran manchón en la historia de la Conquista de México. No nos toca discernir si fue manchón o prudente medida, lo cierto es que, una vez consumada la conquista, los nuevos vencedores no quisieron ser menos que los cholultecas de otros tiempos y repitieron a su vez lo que éstos habían hecho doscientos años antes: arrasaron el templo de Tláloc, terraplenaron el lugar y erigieron en la cumbre de la pirámide una iglesia cristiana que subsiste hasta el presente. Los nuevos vencedores se repartieron el riquísimo valle regado por el río Atoyac y dieron origen a las fincas agrícolas que

subsistieron hasta el siglo XIX, siendo muchas de ellas heredades de potentados españoles criollos o peninsulares. Cuando llegó a éstos su turno, durante las guerras y horribles atropellos que precedieron y siguieron a la independencia de México, los peninsulares tuvieron que huír en desbandada, sin lograr muchos de ellos salvar ni siquiera el pellejo. Así se explica lo que vamos a narrar.

Vivía en los aledaños de Cholula un honrado agricultor llamado Manuel Munive. Trabajando de sol a sol y también los días nublados, a base de austeridad y economía había logrado acumular una regular fortuna. Su familia era pequeña: solamente él con su esposa y su hija Petra. En realidad no tenía necesidad de trabajar demasiado; pero los agricultores suelen ser expansionistas ambiciosos. Con sus ahorros y echándose a cuestras grandes compromisos, logró realizar su sueño dorado: hacerse dueño de una de esas viejas fincas, fósiles de pasadas grandezas, que habían quedado abandonadas durante varios decenios. La compró barata, porque era una auténtica ruina y porque nadie quería vivir en ella, pues había la conseja de que apenas comenzaban a descender las sombras de la noche, vagaba por los enormes salones semirruinosos el fantasma del antiguo dueño. Don Manuel se trasladó con su familia a la vieja finca sin temor a los fantasmas y emprendió sin demora la ardua labor de convertir aquel nido de murciélagos en una digna mansión.

El dinero se había gastado en la compra del inmueble, y además había que economizar todo lo posible para el pago de la deuda pendiente. En consecuencia, muchos trabajos de reparación y adaptación tenían que ser ejecutados personalmente por don Manuel. Esto resultó providencial, porque cierto día, mientras se empeñaba en derribar un muro bajo que estorbaba, la pesada barra de hierro dio en un hueco y se fue por su propio peso hasta el fondo de un profundo agujero, produciendo al chocar un extraño ruido metálico. Don Manuel se puso pálido y sintió que las palpitations de su corazón le golpeaban las sienas con violencia. Fue en seguida a buscar a su esposa, la cuál se llevó el susto de su vida al ver a su marido pálido como un cadáver y sin poder casi articular palabra. Entre ahogos y jadeos, le explicó don Manuel lo sucedido. Ella, que se esperaba cosa desagradable, pudo dominar más fácilmente su emoción y resolvió que debían proceder con absoluta discreción y prudencia. Por principio de cuentas, mandaron a la niña y a las criadas a donde pudieran entretenerse por tres horas. Ya solos en casa, se atrancaron bien por dentro; luego empaparon en vinagre unos pañuelos y se los colocaron como filtros por delante de narices y boca. Así protegidos se aplicaron con indescriptibles ansias a la tarea que inesperadamente se les había presentado. Quitando

piedras, tierra y restos de cascote, dieron por fin con la boca de un enorme cántaro. Dió don Manuel el último azadonazo y casi no creía lo que estaba viendo. El hallazgo superaba sus más ambiciosas imaginaciones. Era una enorme cantidad de doblones de oro con la efigie de Carlos IV, aquel borbón de narices infinitas que cabalga sin rumbo por plazas y encrucijadas de la Capital Mexicana, a quien la gente, sin parar mientes en el real jinete, llama simplemente "El Caballito". También para don Manuel la efigie y el real jinete eran lo de menos; pero el oro brillaba en los doblones con destellos celestiales. Fueron necesarios varios viajes para trasportar el enorme peso. Lavaron bien las deslumbrantes monedas con agua, jabón y vinagre y las colocaron con todo cuidado en grandes bolsas de cuero que antes sólo habían conocido reales, cuartillas y tlacos de cobre.

La vida del modesto agricultor cambió radicalmente: se acabaron las penurias y las angustias por el vencimiento de las obligaciones. Don Manuel era hombre prudente como el que más y comprendió que no convenía dar señales indiscretas de su nueva y deslumbrante fortuna. Poco a poco fue sacando sus omnipotentes doblones para convertirlos en monedas de cuño corriente, teniendo buen cuidado de no delatar ante los compradores el origen de aquellas joyas de museo. "Es parte de la herencia que me dejó mi abuelo y que no me había decidido a tocar por puro sentimentalismo; es el precio de unas terneras que me pagó tal o cual avaro empedernido; son las arras de mi abuela que yo guardaba para la mayor necesidad... etc., etc." Tal parece que también los hombres honrados tienen a veces que inventar mentiras. Pero hay cosas que no se pueden ocultar. La hacienda de don Manuel comenzó a crecer a pasos agigantados: vacas, caballos, mulas, burros y grandes rebaños de ovejas y de cabras; pero sobre todo, tierras y más tierras. Pronto la finca llegaba hasta la mitad de la montaña vecina. Entonces llegaron para don Manuel las penalidades de los ricos. Su riqueza era manifiesta y había que cuidarla y que cuidarse a sí mismo y a su familia.

Fueron famosos en el siglo XIX los ladrones de Río Frío, pequeño poblado de la sierra, a mitad del camino entre Puebla y la ciudad de México. Los infelices que viajaban en las diligencias de aquellos tiempos, sabían bien que al llegar a Río Frío, era muy probable que aparecieran los salteadores a despojarlos, pistola en mano, de cuanto llevaban encima. La consigna preestablecida era "no resistir", porque era preferible seguir vivos, aunque tuvieran que llegar desnudos a su destino. En la segunda mitad del siglo, llegó a México la fiebre ferrocarrilera que comenzó por tender la vía férrea de Veracruz a México, pasando por Puebla. Con este maravilloso adelanto en las comunicaciones, no fue ya rentable la antigua lucrativa industria de asaltar diligencias. Entonces, los sucesores de Dimas y Gestas

salieron de sus guaridas de Río Frío, cambiaron de giro en su negocio y se dedicaron a plagios y secuestros a domicilio. Se dejó de hablar de los ladrones de Río Frío y se pusieron de moda los "Plateados".

Don Manuel Munive estaba hondamente preocupado; su riqueza brillaba demasiado y los rumores que le llegaban eran inquietantes. Un día le avisaron que los Plateados habían plagiado a su compadre don fulano y le habían extorcionado un rescate tan enorme que lo dejaron arruinado para siempre. Otro día le trajeron la noticia de que a su amigo don zutano le habían caído de noche los Plateados, y como él había sacado sus armas, lo habían asesinado con toda su familia... Con esto se le fue a don Manuel definitivamente el sueño; se pasaba las noches en claro sobresaltado por cualquier lejano rumor y creía ver "Plateados" detrás de cada huizache. Sus temores no eran infundados. Con su característica prudencia, resolvió optar por la huida, aunque para él era esto algo menos que la muerte. Y salió calladito y de puntitas antes que llegaran los Plateados. Allá quedaron los restos de su esposa bajo los cipreses del camposanto de Cholula y la maravillosa hacienda que se había creado con su trabajo y con el milagroso tesoro que le llovió del cielo. Se instaló con su hija Petra ya mayorcita en una confortable casa de la ciudad de Puebla y comenzó su nueva vida de obligada holganza y árido fastidio; pero siquiera podía dormir en paz. ¿Ha visto usted un agricultor convertido en ciudadano por necesidad? Es más triste que una pila seca o que una potente máquina en el desguazadero. Pronto las arterias y el alma de don Manuel se llenaron de herrumbre y le llegó la última hora, como a todos los mortales. Allí tenemos ahora a Petrita convertida en heredera única del enorme caudal acumulado por su padre. Pero, ¿qué hará la pobre muchacha con la maravillosa finca agrícola que ya los Plateados tenían en la mira de su escopeta? Ni pensar en volver allá. Aunque sangre el corazón, habrá que vender y pronto. Pero, si se quiere vender pronto, hay que malbaratar... "Pues, si no hay mejor opción, dijo Petrita, malbaratemos; cuanto antes mejor". Se anunció la venta y no faltó algún ambicioso audaz que supo medir con ojo de buen mercante la situación apurada de Petrita: ofreció una cantidad irrisoria, y como no hubo mejor postor, por una bicoca se quedó con la finca. Así y todo, lo que doña Petra obtuvo por la venta o malbarato, fue suficiente para comprar en Puebla una casa y otra y muchas otras, hasta llegar a impresionante número. Este fue el origen del respetable caudal de Petrita Munive que tanto tiene que ver con nuestra historia.

La noble matrona, inmensamente rica en bienes de fortuna, era por gracia de Dios más rica aún en caridad. Había permanecido célibe por vocación, comprendiendo que Dios le había dado bienes sin medida con el

fin de constituirla en una sucursal de la Divina Providencia. En los principios repartía a manos llenas entre los pobres ocasionales que nunca faltan; luego, subió de kilates su caridad y comenzó a fijarse en los vergonzantes, que son los verdaderos necesitados; más tarde ya experimentada con las estafas y mentiras que persiguen a los adinerados, resolvió sujetar la distribución de sus limosnas a una especie de institución que reglamentaba el reparto de sus pingües rentas. Creó con esta idea un fondo de becas para aplicarlas a seminaristas pobres. Cifrabá sus mayores satisfacciones en amadrinar a un muchacho prometedor. Por cuenta de ella corría la pensión del seminario, la ropa, los libros y demás utensilios del candidato al sacerdocio. A medida que éste se iba acercando a la ordenación sacerdotal, iba creciendo en ella la ilusión. ¡Cuántas veces esa ilusión se desvaneció la víspera del gran día, dejando a Petrita sumida en la tristeza! Pero cuando el ahijado llegaba a la anhelada meta, ella parecía rejuvenecer y gastaba sin miramientos para proveer al agraciado de todo el ajuar sacerdotal: ibreviario, sotana, ornamentos, cáliz, misal, ropa nueva de pies a cabeza y a veces también una casita para el nuevo sacerdote! Eran los grandes días para aquella mujer munificente. Ya contaba en su haber una buena cantidad de sacerdotes que ella había llevado al altar y con qué satisfacción los veía más tarde trabajando como buenos obreros en la Viña del Señor.

En su insaciable caridad, Petrita no se olvidaba de las niñas pobres. Ella había sido testigo de cómo las vocaciones sacerdotales florecen en hogares cristianos donde hay una madre santa que sepa formar el corazón de sus hijos. Había, pues, que facilitar a las niñas una buena formación cristiana; así, ellas serían más tarde buenas religiosas o madres ejemplares para echar los cimientos de una sociedad cristiana que tanta falta hacía en un mundo donde progresaban sin cesar la impiedad y el olvido de Dios. Para realizar sus planes, se puso de acuerdo con el párroco de Huejotzingo y trajeron de México a las Religiosas Josefinas para fundar el Colegio que ya conocemos. Era, pues, doña Petra Munive fundadora y bienhechora insigne de ese plantel y gran amiga de la Madre Victoria Ortega. Tenía asignada una pensión mensual para el sostenimiento de las religiosas y con frecuencia iba a ver los adelantos de las niñas.

* * *

Al finalizar el año de 1908, Moisés había terminado el 5o. curso de primaria y tenía ya 15 de edad. Seguía viviendo en el rinconcito que le había proporcionado la buena Madre Victoria. Esta veía ilusionada los indicios de

vocación sacerdotal que presentaba el muchacho: era inteligente, estudioso, abierto y sencillo de carácter y manifestaba gran amor a la Eucaristía y al apostolado. ¡Qué buen sacerdote sería este Moisésito...! Pero Moisés no decía palabra al respecto. Por lo demás no faltaban chismes ni tentaciones. Moisés tenía bien delimitado su territorio dentro del Colegio: él en su rinconcito y las niñas allá en sus salones y sus patios de recreo. ¡Cuidado con meterse con ellas! Cualquier imprudencia podría costarle una seria reprimenda y hasta una agria despedida, con lo cual se vería de nuevo en la calle. Pero, bien dice el proverbio: "Pueblo chico: chisme grande". No faltó quien llevara al párroco la noticia de que Moisés andaba deteniendo a las muchachas del Colegio para platicar con ellas. En realidad eran ellas quienes acechaban al adolescente. Una le regaló una gardenia en plena misa; otra, también durante la misa que Moisés acolitaba, se atrevió a proponerle un anillo; una más no tuvo inconveniente en besarle la mano. ¿Qué significaban aquellas cosas? Simplemente cosas muy naturales entre adolescentes. Pero, cuando don Javier recibía los chismes, respondía con gruñidos y refunfuños y se quedaba pensativo. La M. Victoria, por su parte, se inquietaba por lo que aquellas cosillas pudieran influir en la vocación del muchacho.

Un día, después de mucho meditarlo, se atrevió ella a sondear las intenciones ocultas que tan celosamente guardaba Moisés dentro de su pecho.

-Oye, Moisés, dime aquí en confianza, ¿no te gustaría ser sacerdote?

...¡De veras que aquella Sor Pistola era terrible! ¿Por qué había ella de meterse en sus intenciones íntimas? Había entre las entretelas de su conciencia ciertos puntos dolorosos que él ocultaba con pudor; un pudor que al fin de cuentas se derivaba de un orgullo profundo... ¡La pobreza de su padre! ¡Oh! ¡si pudiera él darle recursos en abundancia, para que tuviera no sólo con qué afrontar las necesidades urgentes de su familia, sino aún para levantar la frente con noble altivez, mirando de igual a igual a su tío rico de Zacatlán, ante quien siempre tenía que humillar la cabeza sencillamente porque era pobre...! Ahora, hacerse él sacerdote equivalía a renunciar para siempre a esas intenciones que con tanta ilusión llevaba ocultas en lo más íntimo del alma... Pero, aquella Sor Pistola era irresistible; tenía que contestar su pregunta, aun a riesgo de delatar sus heridas ocultas...

-Bueno... ser sacerdote... sí, sí me gustaría. Pero... pero... ¡mi padre no puede, porque es pobre...!

Moisés escuchó su propia voz como si otro, violando sacrílegamente su intimidad, hubiera pronunciado esas palabras. ¡Mi padre no puede... porque es pobre... porque los pobres no pueden ni siquiera labrar un porvenir digno a los hijos que tanto aman...!

La M. Victoria, al escuchar tal objeción, se puso contentísima; porque para ese mal tenía ya preparado el remedio.

-Bueno, si tu quieres podemos ayudarte.

-¿Y quién me ayuda?

-Bueno, tu dí con toda sinceridad si de veras quieres; lo demás dejámelo a mí. Ya verás: te voy a llevar a Puebla para que conozcas a una señorita.

-¿Y qué voy yo a hacer con esa señorita?

-Pues precisamente es ella quien podrá solucionar tu problema. Tú no más pídele a Dios; de lo demás yo me encargo.

-No, mil veces no. Esa señorita tendrá que informarse de que mi padre es pobre y no puede pagarme el seminario... No, no; ya demasiadas humillaciones ha sufrido él por su pobreza.

-Moisés, Moisés, ¿cuándo ha sido una ignominia o una vergüenza ser pobre? Ya quisieran muchos tener el padre que tú tienes. Puedes sentirte orgulloso de él ante todo el mundo.

-Bueno, que sea como Dios quiera. Sí, yo siempre he querido ser sacerdote. Pero vamos a ver qué dice mi padre...

* * *

Ese mismo día, tomó la M. Victoria el tren para Puebla y se fue decididamente a la casa de Petrita.

-¡Buenos días, doña Petrita! ¿Cómo está usted de salud? ¿Qué novedades ha tenido?

-¡Buenos días, Madre Victoria! ¿Cómo están sus monjitas! ¿Y las niñas? Ya esperaba por estos días su visita.

-Sí, doña Petrita; vengo por la pensión que Ud. nos da bondadosamente cada mes; pero ahora le traigo otro asunto.

-Sí, ya me imagino... que sus monjitas necesitan zapatos y que ya se rompieron diez ollas de la cocina y...

-No, no, por favor. Se trata de otro asunto mucho más importante; pero todo muy bueno y hermoso; ya verá.

-Bueno, Madre Victoria, ya sabe que yo estoy siempre en las mejores disposiciones y que Ud. obtiene de mí todo lo que quiere... bueno, siempre que esté dentro de mis posibilidades.

-Claro que está dentro de sus posibilidades. Ya sé que terminó Ud. su compromiso con el padre Eliseo Rendón que se ordenó el pasado 8 de diciembre (1908). ¿Ahora con quién va a seguir?

-Precisamente en eso ando. Voy a ver si me encuentro otra vocación que fomentar.

-Pues, a eso vamos. Tengo un muchacho excelente para el seminario. Si usted quiere, podría pasarle la beca del P.Eliseo que ha quedado vacante.

-Mire, Madre Victoria, Ud. es de muy buen corazón. Pero habrá que ver qué clase de muchacho es ese. Ya he tenido muy amargas experiencias. Vienen primero muy humildes; yo les ayudo sin restricciones, gasto en ellos mi dinero y pronto o peor aún después de muchos años, resultan pillos redomados y allá va todo al basurero...

-No, no; yo conozco bien al muchacho: su padre es el maestro de la escuela parroquial, hombre honesto y trabajador. El ha sido el formador de su hijo que es huérfano de madre desde los 4 años. El muchacho es serio y piadoso; lo he visto pasar largas horas ante el Sagrario, ayuda las misas en la parroquia y es muy servicial. Sobre todo, es sincero y jamás dice una mentira. Ya hace tiempo que lo tengo viviendo en un rinconcito del Colegio, porque su papá se volvió a casar y él no puede vivir con la madrastra...Ud. comprende...

-Sí, sí, comprendo... comprendo que Ud. está chiflada por su muchacho; ya lo ha tomado por ahijado y ya casi me lo canoniza. Yo quiero ver a ese joven; yo tengo buen ojo, después de tantas desilusiones.. Y que venga también su padre; porque ya tengo experiencia de que frecuentemente son los papás quienes se oponen a que se logre una buena vocación. Perdone Ud. tanta desconfianza y tantos melindres; pero la experiencia me ha enseñado tantas cosas...

-Bueno Petrita, estoy de acuerdo en todo y espero darle plena satisfacción. ¡Ya verá, ya verá... de esto va a salir mucha gloria para Dios...!

* * *

-Don Pedro, ¿sabe Ud. que Moisés tiene vocación?

-Sí madre Victoria; ya me lo había imaginado al verlo tan devoto en la iglesia y cuando ayuda a los padres de la parroquia. Pero, pobre muchacho, ¿cómo vamos a hacer para costear sus estudios? Ya ve Ud. cómo apenas puedo con la carga de mi familia.

-No se apure, don Pedrito. Ya hemos pensado en todo eso. Ud. sabe que doña Petra Munive tiene en el seminario varias becas. Ha quedado libre la del P.Eliseo Rendón que se ordenó el 8 de diciembre pasado. Doña Petra está de acuerdo en aplicar a Moisés esa pensión, siempre que él dé la medida, de lo cual estoy segura, y si Ud. otorga su consentimiento, de lo cual no sé si puedo también estar segura...

-¿Mi consentimiento? ¿Piensa Ud. que soy capaz de oponerme a que mi hijo se entregue al servicio de Dios?

-Claro que no; ya sé que es Ud. un cristiano ejemplar. Pero... sabe Ud. ... doña Petrita es muy especial y habrá que hacer ciertas renunciadas...

-¿Ciertas renunciadas? ¡Ay, Dios mío! ¡Tantas renunciadas he tenido que hacer en mi vida... y ahora una más! Madre Victoria... Ud. sabe... imi zocoyote! Déjeme pensarlo un poquito...

-No hay tiempo de pensarlo, don Pedro. A Dios hay que responderle en el acto. Váyase Ud. a la iglesia, hínquese ante el Sagrario y respóndale a Dios lo que El le inspire. Ya verá cómo basta un cuarto de hora.

Don Pedro Lira inclinó la cabeza pensativo. Ya estaba en antecedentes de lo que exigía doña Petra: nada menos que la renuncia absoluta a la patria potestad sobre los que ella aceptaba como ahijados; de ello habían conversado y comentado repetidas veces él y el P. Javier. ¡Oh, si él fuera rico y no tuviera que andar mendigando la ayuda para sus hijos! Todavía sentía en su cara el rubor con que había tenido que suplicar la caridad de las monjitas que recibieron a Miguel y Benjamín... Y ahora, su Moisés, el más querido de todos tal vez porque casi no había conocido a su madre y había concentrado en su pobre papá todo el cariño de su corazón... Su Moisés, su pequeñito... ¿Sería necesario dejarlo para siempre con Petrita Munive?

La Madre Victoria lo miraba de reojo y comprendía la terrible lucha que se había trabado en el corazón de aquel hombre, a quien ser maestro duro y exigente no estorbaba tener entrañas tiernas para el más pequeño de sus hijos. Después de largos minutos de agitado silencio, habló por fin don Pedro:

-No es necesario ir a la Iglesia, Madre Victoria. Desde este mismo momento, delante de Ud. como testigo, le digo a Dios que sí, QUE LE DEVUELVO A MI MOISES. ¿Quién soy yo para decir NO a nuestro Amo? Si El me ha dado a todos mis hijos, ¿qué más que me pida para su servicio al más pequeño? Madre Victoria me da vergüenza que Ud. me vea tan cobarde; pero no quiero pensarlo más. Vuelvo a repetirlo delante de usted: LE DEVUELVO A DIOS ESE QUERIDO HIJO QUE EL MISMO ME HA DADO. Si mi Juliana viviera, ella haría lo mismo; ella sería más valiente que yo.

-Bien, bien, don Pedro. ¡Venga un abrazo! No me esperaba de Ud. otra respuesta. Váyase a preparar su viaje para salir mañana en el tren de las once. Moisés está ya listo con todas sus cosas.

* * *

-¡Buenas tardes, doña Petrita! La promesa es deuda; aquí tiene Ud. al muchacho y aquí tiene también a su papá.

-¡Buenas tardes, Madre Victoria! ¡Buenas tardes, señor; buenas tardes, muchacho!

-¡Buenas tardes! ¡Buenas tardes!

Doña Petra los examinó con mirada inquisidora y ella, tan cauta, tan desconfiada, tan arisca, quedó seducida en un instante por aquel hombre que era todo un monumento de humildad y sencillez y por aquel muchacho que le clavó los ojos de acerina detrás de una sonrisa más limpia que una mañana de primavera. Así y todo, la seducción no llegó a tanto que renunciara ella a sus cautelas. Los invitó a pasar a la sala y durante una hora estuvo haciendo preguntas y recibiendo respuestas, para descubrir a través de ellas, el fondo de las almas y la personalidad del pretendido candidato y de su padre. Una vez satisfecha plenamente, dijo con solemnidad sacramental:

-Moisés, quiero que me digas, aquí delante de tu papá y de la Madre Victoria, si estás dispuesto por tu libre y espontánea voluntad a aceptar mi protección y a respetarme y obedecerme de aquí en adelante como si yo fuera tu madre.

Moisés, un tanto cohibido, guardó un momento de silencio y luego respondió:

-Sí, señora; ya me lo ha dicho la Madre Victoria. Ya vengo decidido a quedarme con usted; ya he traído mis cosas.

-Perfectamente, -dijo Petrita-. Y usted, señor teniendo aquí como testigos a la Madre Victoria Ortega y a su propio hijo Moisés, ¿RENUNCIA USTED A LA PATRIA POTESTAD SOBRE SU HIJO y me lo entrega para que yo responda por él de aquí en adelante y le ayude con mi protección a realizar la vocación que Dios le ha dado?

Don Pedro carraspeó tres veces, tratando en vano de soltar el nudo de su garganta. Por fin, pudo decir con voz temblorosa:

-Señora doña Petrita, esa renuncia ya se la he hecho a Dios ayer y la confirmo aquí, delante de estos testigos. No tenga Ud. cuidado; YO SE CUMPLIR LAS PROMESAS QUE HAGO A DIOS...

-Bien, bien. Creo que todos somos conscientes de nuestros compromisos. No necesito más. Que Moisés se quede desde hoy aquí conmigo. Usted, don Pedro, váyase tranquilo; yo responderé por su hijo en todo y por todo; seré para él padre y madre al mismo tiempo. ¡Muchacho hñcate para que tu padre te dé su bendición!

Obedeció Moisés y don Pedro trazó sobre su cabeza la señal de la cruz sin pronunciar palabra. Luego lo levantó y lo estrechó contra su corazón en un abrazo apretado... largo... interminable... iel último en la vida!⁽¹⁾.

¹ Don Pedro Lira cumplió su promesa en términos de renuncia completa y absoluta. Poco tiempo después de su separación de Moisés, se mudó de Huejotzingo a Cuanalá, pequeño poblado cercano a Puebla; luego emigró a Cholula y regresó nuevamente a Cuanalá. Desde allí seguía los pasos de su hijo el más pequeño a quien amaba con especial cariño. Por un escrúpulo muy propio de su carácter, no quiso intervenir en absoluto en la vida de Moisés, pues esto le parecía como volver a tomar los derechos a que con tanto dolor había renunciado. Sabiendo que Moisés estaba contento y que iba adelante en el camino hacia el sacerdocio, él se sentía muy satisfecho; nunca volvió a ver a su hijo; murió en Cuanalá el 21 de mayo de 1915, cuando Moisés era ya novicio.



De izquierda a derecha
doña Gertrudis Munive, Padre Vicente Sedeño
y doña Petra Munive

CAPITULO IV

PRIMEROS PASOS HACIA EL ALTAR

El día en que Moisés entró en casa de Petrita Munive fue día de doble lotería: Petrita tuvo un hijo y Moisés tuvo una madre. "Mi verdadero padre y madre fue Petrita Munive", diría más tarde Moisés. En realidad, desde hacía tiempo vivía como huérfano: su padre a pesar del inmenso cariño que mutuamente se profesaban, no podía estar muy cercano a él a causa de sus ocupaciones y sus "problemas" de familia. Menos aún podía haber gozado de intimidad con la Madre Victoria de quien lo separaba el temor reverencial y el respeto debido a persona consagrada. Pero, cuando entró en casa de Petrita Munive, se llenó jubilosamente el vacío que ambos llevaban en el alma. Petrita se dejó fácilmente conquistar por las cualidades excepcionales de Moisés: era franco, abierto, inteligente, limpio de alma, piadoso, alegre, etc., etc.

-¿Qué tal, doña Petrita, cómo va Moisés?

-¡Ay Madre Victoria! ¡Ni le cuento que ha traído Ud. la alegría a esta casa y la satisfacción más grande a mi corazón! Ahora comprendo por qué estaba Ud. chiflada por Moisés. Yo estoy por él loca de remate. Tengo que reprimirme para no manifestarle demasiado mi cariño, no sea que lo eche a perder. Pero él se pasa de listo, y como dice el refrán: "bien sabe el diablo a quién se le aparece". Se ha soltado dando guerra a más y mejor, porque sabe, el muy ladino, que lo consiento; ya Pachita la pobre cocinera no se lo aguanta; imagínese no más que hasta tiene un palo detrás de la puerta de la cocina para ahuyentar al muchacho cuando le colma la medida con sus travesuras. Yo no sé si hago mal en consentirlo; pero es que me lleno de satisfacción al ver que él se siente como en su casa, después de haber vivido arrimadito tanto tiempo; ahora está haciendo explosión todo lo que llevaba adentro; pero sus travesuras no pasan de graciosas ocurrencias que luego nos hacen reír. En resumidas cuentas, le diré que ya Moisés se adueñó de esta casa y que yo he dejado que se robe la casa y a su dueña.

Era doña Petra Munive tía del famoso Padre Vicente Sedeño, Superior de los Padres del Oratorio o Filipenses que atendían ya entonces el templo de La Concordia, en la calle 11 Poniente de la ciudad de Puebla.

Junto a la iglesia, por el lado de la sacristía, existía un solar que Doña Petra había comprado por consejo de su santo sobrino. Realizada la compra, abrió generosamente su bolsillo y pronto surgió un amplio edificio dividido inteligentemente en dos secciones: la primera para los Padres Filipenses y sus estudiantes y la segunda para doña Petra que vivía con su tía Gertrudis y la gente de servicio. Moisés encontró acomodo al lado de Petrita y tenía espacio de sobra para estudiar, jugar y travesear a su sabor. Además de esa

casa, Doña Petra poseía para su solaz otra cercana, en la esquina del 11 Poniente y 5 Sur; era su casa de campo convertida en jardín. Allí iba Moisés acompañando a Petrita a regar las hermosas plantas y a dar de comer a una clamorosa parvada de gallinas. Aquello le hizo recordar con insistencia la tragedia de las macetas del curato. Ni por tentación o pesadilla se le antojaba verse envuelto con Petrita en la trifulca que motivó su fuga en aquella noche fatal. La experiencia le había enseñado mucho y quería ser útil en la casa y en la iglesia: su actual situación se parecía demasiado a la de Huejotzingo: "Que Moisés, ve a tocar las campanas, que ve a acolitar la misa, que hay que dar fuelle al órgano, que ve a traer el pan, que las plantas, que las gallinas..." Pero ahora ya la adolescencia se iba quedando atrás y estaba convencido de que por amor más que por necesidad hay que cumplir el deber que nos impone la vida. Nadie volvería jamás a llamarle "zángano".

* * *

El P. Vicente Sedeño era hombre de empresa. Todavía estará vivo en Puebla alguien que recuerde al gran benefactor con marcados perfiles de santo, de quien todos hablaban con veneración y respeto. Entre sus más acuciantes inquietudes llevaba en el alma la urgente necesidad de dar a la juventud instrucción y orientaciones cristianas. Puso en la empresa todo su prestigio y dinamismo, y logró traer de Francia a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, egregios educadores de la juventud, fundados por San Juan Bautista de la Salle. En esta empresa corrieron parejos el P. Sedeño y el P. Ramón Ibarra y González. Después de luchar contra mil dificultades, llegaron por fin los Hermanos Lasallistas cuando ya el P. Ramón era nada menos que el primer Arzobispo de Puebla. El 8 de enero de 1906 se inauguró el "Colegio de San Juan Bautista de la Salle", en otra esquina del cruce 11 Poniente con 5 Sur, junto a la casa que ocuparon más tarde las Religiosas de la Cruz. Ambas casas eran propiedad del P. Sedeño y se encuentran a pocos pasos de la Concordia. A este Colegio asistían los muchachos que tenía el P. Sedeño como aspirantes a su Instituto.

Cuando Moisés llegó a la casa de doña Petra, fue de inmediato inscrito en el mismo plantel. El 7 de enero de 1909 se inauguraron las clases y Moisés comenzó su 6º año de Primaria, con la hierática seriedad y disciplina que imponían los egregios educadores.

A las 7:30 era la misa en el Colegio y a las 8:30 principiaban las clases. La primera materia del día era la Doctrina Cristiana. Terminadas las labores matutinas, salían los alumnos a las 11:30 y regresaban por la tarde a las 2:30 para salir a las 5:00. Moisés estaba deslumbrado por tanta seriedad y

eficiencia; él sólo había conocido la escuela parroquial de su papá, donde había también seriedad y disciplina; pero comparada con este gran Colegio Lasallista resultaba muy otra cosa. Recordando aquellos tiempos comentaba más tarde: "Me pareció admirable cómo explicaban los Hermanos la Religión, esas cosas que nosotros no sabíamos. El Misterio de la Santísima Trinidad fue lo primero que 'comprendí' (!) De vuelta a casa, repetía yo la doctrina oída en la escuela a las sirvientas de Petrita".

Las sirvientas lo escuchaban boquiabiertas con grandísimo interés. Sin duda que también ellas lograron "comprender" el Misterio de la Santísima Trinidad, ciencia que jamás alcanzaron ni San Agustín ni Santo Tomás de Aquino. Cuando Moisés acababa su exposición doctrinal, sus preclaras oyentes le correspondían con relatos de sus personales experiencias que resultaban tan interesantes, que cierto día Moisés se quedó profundamente dormido y como estaba sentado en el pretil de la carbonera, fue a despertar en el fondo de la misma sobre un mullido colchón de cisco. ¡Ni para qué decir cómo salió de allí el pobre dormilón, ahora que ya no quería ser fogonero tizado!

Terminó el año lectivo con el que Moisés coronaba su instrucción primaria. Sus calificaciones fueron sobresalientes. En vista de que en ese Plantel no había otra carrera que la de comercio, fue inscrito en ella, a pesar de que sus intenciones andaban por otros rumbos.

Cuando estaba por terminar el primer año de comercio, lo llamó Petrita y le dijo con toda solemnidad: "Moisés, escoge de una vez por todas tu carrera"... ¿Cómo? ¿Qué no estaba ya decidido que Moisés ingresaría al Seminario? Sin duda que ya se había hablado del asunto; pero no había aún una opción declarada y definitiva. Doña Petra tenía larga experiencia como protectora de numerosas vocaciones sacerdotales. En las deserciones de los que habían abandonado la carrera sacerdotal, aparecía con frecuencia como causal determinante el hecho de una falta de opción definitiva. Por eso quería que Moisés, libre y espontáneamente, escogiera su carrera. Moisés por su parte, no era muchacho ligero que pudiera responder a semejante pregunta sin la más concienzuda deliberación. El no era de los que decían: "por lo pronto me meto al Seminario y ya veremos..." Pidió, pues, a Petrita, un poco de tiempo para pensarlo. Dos carreras se le presentaban como posibles: en primer lugar, el sacerdocio. En favor de esta opción pesaba mucho la fe profunda que se identificaba con su ser como herencia natural de su familia: allí tenía ante sus ojos a su papá Pedro, un cristiano a carta cabal, y junto a él surgía también la figura del P. Javier, digno y celoso sacerdote, quien, a pesar de sus rabetas de diabético, era un gran ministro de Cristo, digno de ser imitado en su celo infatigable por la salvación de las

almas. En segundo lugar, como una auténtica tentación, se le presentaba la carrera militar. En la escuela que regenteaba su padre, Moisés había gozado inmensamente en aquellos ejercicios militares y simulacros de guerra. Tocando con todos sus pulmones el clarín, se sentía plenamente realizado. Pero había algo más: apenas habían pasado dos meses de la celebración del Centenario de la Independencia de México. Las suntuosas fiestas que con esa ocasión se celebraron fueron todo un derroche de lujo y esplendor. Doña Petra fue a México a las deslumbradoras fiestas y llevó consigo a Moisés. Este, nunca había visitado la Capital de la República; sus bellos paseos y avenidas, sus monumentos y las lujosas residencias de los potentados lo dejaron pasmado. Pero, sobre todo, la mítica figura de don Porfirio con el pecho constelado de medallas tintinantes, y aquellos Generales y Embajadores que lucían las suyas con tanto orgullo... ¡Por qué no podría él llegar a General, si tenía valor de sobra, si llevaba en sus venas sangre de soldado y sería tan hermoso dar la vida por la Patria...! Las impresiones que aquellas fiestas dejaron en el alma de Moisés lo traían loco; era de veras una tentación fascinadora en la encrucijada de su vida.

En tales circunstancias, se acordó del consejo de la Madre Victoria: **NUNCA TOMES UNA DECISION TRASCENDENTAL SIN ORAR Y PEDIR CONSEJO.** ¿Qué decisión más importante que esa que influiría en su vida entera y hasta en su salvación eterna? El Sagrario estaba cerca para orar despacio y en silencio; también estaba a la mano el mejor consejero que hubiera podido desear: ¡el P. Vicente Sedeño! Fue una y otra vez al Sagrario a pedir luz al Señor en asunto tan capital. Luego, consiguió la entrevista con el hombre clarividente que Dios había puesto en su camino.

-Padre Vicente, he venido a pedir su consejo. La palabra que Ud. me diga será para mí palabra de Dios.

-Moisés, de veras que me pones en grave predicamento. Yo no puedo transmitirte una palabra de Dios, porque no tengo revelaciones, y aunque las tuviera, no podría yo tomar una decisión que sólo corresponde a ti mismo, porque eres tú al fin de cuentas el responsable de contestar al Señor SI o NO. Vete ante el Sagrario y respóndele al Señor lo que El te inspire.

-Precisamente del Sagrario vengo; pero yo tampoco tengo revelaciones. Por eso he venido a pedir a usted un consejo, porque Ud. es hombre de Dios y tiene ciencia y experiencia. Dígame, si con todo lo que Ud. sabe de mi vida, juzga que Dios me llama a su servicio.

-Bueno, bueno. Sin que mi respuesta te comprometa demasiado, te diré, que por lo que me has contado en conversaciones anteriores y por lo que yo mismo he observado en ti, me parece que Dios te llama al sacerdocio. Si tú, al recibir a Nuestro Señor en la comunión, sientes allá muy adentro el

llamado de Dios, no dudes en responderle con generosidad; Dios te ayudará en las dificultades y las pruebas que surgirán a lo largo de la vida. Si oyendo la voz de Dios, por cobardía o egoísmo no correspondeste a su llamado, nunca podrás ser feliz. Acuérdate del joven del Evangelio: Nuestro Señor lo amó con predilección porque había llevado una vida pura y luego le dijo: "Si quieres ser perfecto, ve a vender todo lo que tienes y repártelo entre los pobres, y luego VEN Y SIGUEME" (Mc 10,21). El muchacho no se resolvió, porque era muy rico y le faltó generosidad para renunciar a sus riquezas, y se retiró triste y se perdió en el anonimato, cuando hubiera podido ver su nombre en la lista de los Apóstoles... Todo esto es muy aleccionador y muy claro. Pero, si Nuestro Señor no obligó a aquel muchacho, mucho menos voy a obligarte yo. Tú y sólo tú eres quien tiene que decirle a Nuestro Señor: "SÍ, SÍ. AQUI ME TIENES PARA SEGUIRTE A DONDE TU ME LLAMAS". Pero debes estar perfectamente convencido de que eres tú mismo quien toma el compromiso con Dios con toda libertad y conocimiento. Jamás se te vaya a ocurrir decir y ni siquiera pensar: fue el P:Vicente Sedeño o fue doña Petra Munive quien me metió de cura... Oye bien lo que voy a decirte y recuérdalo ahora y siempre: ¡VALE MIL VECES MAS UN BUEN GENDARME QUE UN MAL SACERDOTE!".

Moisés salió de aquella entrevista bien confortado y decidido. El, que nunca supo mentir a nadie, mucho menos iba a mentir a Dios en el asunto de su vocación. Sí, ya él había escuchado en el fondo de su alma el llamado divino. Aquello de la milicia con sus medallas y oropeles no pasaba de una tentación, y los castillos de los potentados que había visto en México no eran más que castillos en el aire. Tan luego como pudo, fue a decirle a Petrita que estaba listo para entrar al Seminario.

Ella recibió el anuncio ya esperado con entera satisfacción. Se concertó la fecha y se encaminó al Seminario, acompañada del P. Sedeño, a presentar a su pupilo. Petrita era bien conocida de los Superiores, reconocida y estimada por ellos como bienhechora insigne y madrina generosa de varios seminaristas. Además, era hija espiritual del Rector don Enrique Sánchez Paredes, por lo que fue recibida inmediatamente con muestras de sincero afecto. El mismo Rector, don Enrique, juntamente con un sacerdote apellidado Lapará, se pusieron a examinar al candidato. Lo hicieron leer un trozo de la Sagrada Escritura y a continuación le preguntó el P. Enrique:

-¿Conque quieres ser padrecito?

-Sí, señor.

-¿Qué quieres ser, Papa?

- No, señor.

-¿Obispo?

-No.

-¿Canónigo?

-¡No, no, Señor. Eso menos que nada!

-Entonces ¿Párroco?

-No, Señor, tampoco quiero ser Párroco.

-Entonces ¿qué quieres ser?

-Quiero ser Vicario, solamente eso.

-Y ¿por qué quieres ser Vicario?

-Porque el Vicario es el que más trabaja y yo quiero trabajar.

El P. Enrique miró de reojo al P. Lapaquí quien tosió nerviosamente con la cara teñida de un maldito rubor... ¡Qué lección le estaba dando ese pillito...!

Sobra consignar que el avisado pupilo de Petrita salió airoso del examen y fue recibido sin objeción en el Seminario de Puebla en calidad de alumno externo.

Era esa institución la misma entidad jurídica que antiguamente llevaba el título de Seminario Palafoxiano y que en los tiempos que relatamos había sido elevada a la categoría de Universidad con el nombre de "Universidad Católica Angelopolitana". En ella se estudiaban las materias correspondientes a la carrera sacerdotal y también las correspondientes a las profesiones civiles: jurisprudencia, medicina, arquitectura, etc. El curso de humanidades era común para todos los alumnos y se hacía en cuatro años llamados de Latín. Terminado el 4o. curso, los estudiantes se dividían por facultades, según la elección de cada uno. Moisés ingresó con el firme propósito de hacerse sacerdote, el 4 de enero de 1911.

El 16 de enero comenzaron solemnemente las clases con la Misa del Espíritu Santo y la lección breve, que era un especie de presentación de profesores y alumnos. A lo largo del año, Moisés, como alumno externo, iba y venía mañana y tarde, acompañándose siempre con los estudiantes filipenses, aunque nunca perteneció propiamente a su grupo. Iba con ellos simplemente porque eran vecinos y por el nexo de amistad que los unía. En el Seminario, profesores y alumnos los llamaban "los de La Concordia".

Así transcurrió el primer año de Latín sin mayores incidentes, salvo la solemne Consagración de la Arquidiócesis al Espíritu Santo, que hizo el Metropolitano Mons. Don Ramón Ibarra y González, con gran concurso de fieles y con el Seminario en pleno. Las impresiones de aquella ceremonia quedaron hondamente grabadas en el alma de Moisés, aunque sólo más tarde comprendió el alcance del acontecimiento. Por entonces, solamente

registró en su memoria el entusiasmo bien mojado en lágrimas con que Mons. Ibarra iba enfatizando las palabras de esa Consagración y el clamor ingente de la multitud que coreaba a gritos lo que el santo Pastor iba diciendo.

Terminado el año escolar, vinieron las alegres vacaciones. Petrita tenía una casa de campo en Huejotzingo, junto al Colegio de las Josefinas. Se presentó con oportunidad para presidir la fiesta de premios del Colegio, en compañía del P. Sedeño y de Moisés. Estuvo también presente en la fiesta el Párroco don Javier. Las chiquillas que habían conocido a Moisés tres años antes, miraban con ojos de asombro y de envidia al bizoño seminarista, seriamente enfundado en un traje de ceremonia que lo elevaba sobre el nivel común de los mortales. Las alumnas iban recibiendo sus medallas y diplomas de manos de uno u otro de los que presidían la fiesta, y no faltó quien quisiera besar la mano de Moisés, como lo hacían con los sacerdotes. Moisés se ponía coloradillo y nervioso acordándose de aquella ocasión en que casi lo excomulgaron por una ocurrencia de tal calibre.

Fueron para Moisés esas vacaciones un dulce despertar de recuerdos, buenos unos y otros amargos. ¡Qué misterioso resulta ese placer con que recordamos las espinas que nos martirizaron en el pasado... tal vez por el gozo de vernos para siempre libres de ellas! Hubo oportunidad de conversar largamente con la M. Victoria y de volver a escuchar sus sabios consejos que tanto lo habían iluminado en momentos cruciales. También fue al curato, no solamente a recordar las horas serenas transcurridas al pie del Sagrario, sino también a platicar sin agravios con el P. Javier y de manera especial a contemplar con embeleso aquellas malditas macetas que un día lo hicieron sentir el peso de su orfandad. Viéndolas y contemplándolas, pensaba cuál habría sido el derrotero de su vida si aquella ominosa tarde no se hubieran secado las begonias de doña Carmelita... Ya entonces se grabó indeleblemente en su alma la certeza de que Dios sabe escribir derecho en renglones torcidos; porque, a consecuencia del olvido involuntario se habían secado las macetas; vino en seguida la regañada brutal de don Javier; luego la fuga, la noche de insomnio, la maternal acogida de Sor Pistola y más tarde la inmensa bondad y solicitud de Petrita, a cuya sombra tutelar podría continuar sin preocupaciones ni contratiempos hasta la luminosa cumbre del sacerdocio...! ¡Oh benditas macetas secas!

El 4 de enero de 1912, Moisés estaba ya de regreso de sus alegres vacaciones, puntual como siempre para comenzar el nuevo año en que cursaría el 2º de Latín. Leemos en las Crónicas del Seminario un dato curioso: "Después de los saludos de rúbrica, algunos 'pimpollitos' muy 'a la dernière' (léase: al último grito de la moda), recibieron la fatal noticia de

que era preciso, por orden superior, tomarles el pelo... en la peluquería". ¡Oh ritornelos de la moda, ama tiránica de noveles y noveleros!

El día 6 comenzaron los ejercicios espirituales; para los filósofos y teólogos en el recinto de la misma Universidad Católica Angelopolitana; para los latinos, en el templo y el anexo de La Concordia. Aunque los temas eran diferentes para adecuarse a la mentalidad de los oyentes, la disciplina y la seriedad eran las mismas. Ambos locales se convertían en "cartujas" silenciosas donde sólo se escuchaba la voz del predicador y el murmullo de las plegarias o el eco de los cánticos piadosos. "Para escuchar a Dios, hay que guardar silencio", rezaba el conocido aforismo, y esto se tomaba con absoluta seriedad.

El predicador de los latinos fue el ilustre P. Jesús Camacho, de la Compañía de Jesús. La palabra incisiva de aquel hombre de Dios cayó en el corazón de Moisés como semilla en tierra bien abonada. Aquellos ejercicios fueron decisivos en su vida; porque en ellos, no sólo afianzó su vocación al sacerdocio, sino que sintió el llamado de Dios a la vida religiosa. El final de los ejercicios fue coronado, como era de costumbre, con la comunión general en una Misa solemne en que la Schola Cantorum hizo gala de virtuosismo ejecutando maravillosos motetes.

Pasados los ejercicios espirituales, siguió la rutina de la vida del seminario, que se repetía cada año con pequeñas variantes ocasionales. El 15 de enero fue el principio de las clases. El 7 de marzo, la Distribución de Premios, en la que se leyeron las calificaciones obtenidas por los alumnos del año anterior. Moisés mereció la máxima calificación: "Laudatus verbis amplissimis" en el Primer Curso de Latinidad. Siguió la fiesta de San José el 19 de marzo, celebrada cada año con especial solemnidad. Vino luego la Semana Santa, la gran fiesta de Pascua, la celebración del mes de María, las fiestas de la Ascensión, Pentecostés y Corpus Christi con su solemne procesión eucarística, etc., etc. y pronto, pronto, sin sentirlo, los exámenes y el fin del curso, con la inmensa satisfacción de haber dado un paso más hacia el anhelado sacerdocio. La Universidad Católica Angelopolitana era un verdadero plantel de sabios y de hombres ilustres. Al leer el elenco de autoridades y de maestros, tenemos la impresión de estar leyendo un santoral, en el que destacan como estrellas de primera magnitud los nombres del Gran Canciller Mons. don Ramón Ibarra y González; el Rector Magnífico, Mons. don Enrique Sánchez Paredes, inmediato sucesor de Mons. Ibarra en el Arzobispado de Puebla; el Vice Rector y Maestro de Espíritu, don Luis Ma. Altamirano y Bulnes, futuro Arzobispo de Morelia, etc., etc.

El más exigente alumno no hubiera podido pedir más. Con tales maestros, quien quisiera y tuviera madera de santo podría llegar muy lejos

con sólo aprovechar las lecciones, la experiencia y el testimonio vivo de hombres tan insignes.

* * *

Parece táctica invariable de la Divina Providencia que los buenos tiempos no duren demasiado, no sea que nos sintamos ya en el Paraíso Celestial.

Desde los últimos meses de 1910, comenzaron a llegar lejanos rumores de una tormenta que pronto habría de convertirse en deshecha tempestad. Nada más engañoso que la calma chicha que precede a los furiosos vendavales que pasan por la tierra arrasando todo y dejando pavorosa estela de miseria y destrucción. La Universidad Católica Angelopolitana, inmersa en la plácida serenidad de su rutina, escuchaba con creciente ansiedad los roncros truenos cada vez más cercanos y se aprestaba a recibir el impacto furibundo de la tempestad fortaleciendo su fe y haciendo acopio de confianza en el Señor, Pastor solícito que no abandona jamás a su rebaño: "En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: Yo he vencido al mundo (Jn 16,33).

SEGUNDA PARTE
EL PADRE DEL PRIMOGENITO

CAPITULO V

UN AUVERNES DE PURA SANGRE

El hombre ha sido creado "a imagen y semejanza de Dios". Lo dice la Biblia (Gn 1, 26) y lo creemos sin dudas ni vacilaciones. Pero la verdad es que no sabemos de dónde sacan los hombres, sobre todo los mexicanos, la facultad de improvisar; porque es cosa bien averiguada que Dios jamás improvisa. Mientras en México estaba preparando al avispado seminarista de la Universidad Católica Angelopolitana, preparaba con designio definido desde la eternidad a un "auvernés de pura sangre" para el día también determinado "ab aeterno" en que ambos habrían de encontrarse para seguir unidos en un mismo destino.

Bien podría escribirse un libro que resultaría interesante sobre los encuentros del Padre Félix, en los que brilla el maravilloso designio divino que lo va guiando con seguridad hacia el cumplimiento de una misión admirable. Providencial fue sin duda el encuentro de dos campesinos auverneses, que sin ellos buscarse, se encontraron un día y unieron sus destinos para formar un hogar. Benedicto Rougier y María Luisa Olanier, se encontraron por convenio de sus respectivos progenitores, y sin que ella hubiera podido averiguar siquiera el color de los ojos de su novio, contrajeron matrimonio en el pequeño villorrio de Meilhaud, el 2 de febrero de 1859. El novio tenía 21 años; la novia sólo 19. No se habían conocido ni tratado; eran sus padres quienes habían concertado el matrimonio. ¿Qué garantías tenían de ser felices? Contaban con la bendición de sus padres y esto era para ellos prenda segura de las bendiciones divinas. Dios no les falló, pues nunca falla, y fueron felices. El primogénito nació el 17 de diciembre del mismo año de 1859 y fue bautizado al día siguiente con los nombres de Benedicto Félix. Antes de nacer fue consagrado por su madre al Padre Celestial, y cuando ella pudo salir por primera vez con su pequeño hijo, lo llevó ante la imagen de la Virgen Santísima para ponerlo bajo la especial custodia de la Madre de Jesús. Ahora que sabemos lo que fue la vida del pequeño, podemos asegurar que el Padre Celestial y la Virgen Santísima aceptaron con agrado aquellas consagraciones.

La infancia y la adolescencia de Benedicto Félix Rougier Olanier quedaron marcadas profundamente por el influjo de una madre santa y un padre trabajador que amaba la rectitud y la honradez hasta hacer de estas virtudes la norma de su propia vida. Padre y madre formaban la pareja ideal en un hogar en que la ley de Dios era lo primero y luego el bien espiritual y material de toda la familia. Cuando Félix no contaba aún dos años de vida, la familia Rougier Olanier salió de Meilhaud y fue a radicarse a Rafayet,

pequeña aldea del Departamento del Alto Loira en el corazón de Francia. Este éxodo tiene un singular parecido con el de Abraham, cuando Dios mandó a éste salir de su tierra y de su parentela para constituirlo en el "Padre de los creyentes". Luisa, la madre de Félix, llama a este día "bendito", porque "un vago presentimiento le decía que Nuestra Madre del Cielo les reservaba favores excepcionales". En efecto, la separación de los parientes permitió a los jóvenes esposos atender con esmero a la formación de sus hijos, a salvo de influencias extrañas que les hubieran sido perjudiciales. En efecto, Luisa era hija única; pero Benedicto tenía hermanos y primos fuertemente inficionados de ideas materialistas y anticristianas, sedimentos trasnochados de las ideas libertarias de la Revolución Francesa.

Dios concedió al matrimonio Rougier Olanier tres hijos varones: Félix, Manuel y Estanislao. Los dos primeros llegaron a ser sacerdotes y miembros de la Sociedad de María (Maristas); Estanislao heredó el patrimonio familiar con la misión de perpetuar el noble apellido de los Rougier.

Doce años duró la estancia en Rafayet. Desde allí veían los jóvenes esposos la cercana finca de Les Iles con ojos de ilusión, pidiendo a Dios que un día llegaran a entrar en esa heredad, como en la tierra prometida. Por fin, en la primavera de 1872, realizaron el sueño de su vida. Con grandes trabajos y a base de austeridad lograron la adquisición de lo que sería en adelante la gran casa solariega, santuario de honrado trabajo, paz inalterable y simples alegrías que forman la trama de la verdadera felicidad en este mundo. En la vieja finca que había sido en tiempos remotos de la Abadía Benedictina de Lavaudieu se dedicaron en cuerpo y alma a la formación de sus hijos.

Luisa había recibido esmerada formación intelectual y religiosa de las Hermanas de la Compañía de María, fundadas en 1607 por Santa Juana de Lestonac. En lo relativo a cultura, superaba con mucho a su marido; éste reconocía llanamente esta superioridad y le dejaba íntegra la responsabilidad en la educación de los hijos. Fue ella quien escogió los maestros y los colegios donde ellos debían formarse para afrontar la vida. Cuando Félix frisaba en los 13 años, ya establecida la familia en Les Iles, mamá Luisa lo inscribió como interno en el Seminario Menor de la cercana ciudad de Le Puy. Llamaban a este Seminario "La Cartuja", por haber sido en otros tiempos monasterio de esa Orden. De acuerdo con la costumbre de entonces, en el Seminario Menor estudiaban humanidades y ciencias toda clase de jóvenes. Era pues "La Cartuja" una especie de escuela secundaria y preparatoria para cualquier carrera. A la misma institución fueron ingresando a su tiempo los hermanos de Félix, Manuel y Estanislao.

Cuando Félix cursaba el último año de bachillerato, se presentó en La

Cartuja Monseñor Eloy, Obispo Misionero de la Sociedad de María. Era un venerable anciano que había gastado sus fuerzas en las misiones de las islas Samoa en la Polinesia (Oceanía) y que ahora empleaba los últimos días de su vida en buscar relevos que fueran a tomar la estafeta de aquella lejana y heroica empresa. Varias veces tuvimos oportunidad de escuchar de labios del mismo Padre Félix el emocionante relato de aquel acontecimiento. Así más o menos nos lo narra: "Unos dos meses antes de terminar el año escolar (mayo o junio de 1878), llegó al Seminario Menor de la Cartuja Monseñor Eloy a dar una conferencia a los alumnos, para despertar en sus corazones el deseo de ser misioneros. En el Seminario éramos como 400 alumnos. Nos reunió en el patio principal ante la imagen de la Santísima Virgen y ahí reunió todas las fuerzas de su alma para hablarnos con fuego de las misiones de Oceanía. Nos habló sobre todo de las grandes dificultades materiales y morales de esas misiones: el aislamiento de los misioneros; de los grandes peligros que hay que soportar en el mar, yendo de una isla a la otra; de la mala e insuficiente alimentación; de las enfermedades, etc., etc. Agregó que los misioneros eran muy pocos y muchas las islas de esos inmensos archipiélagos que todavía no habían sido visitadas por los misioneros. Citó una isla de 80,000 habitantes, los cuales no habían oído hablar de Nuestro Señor. Todos eran paganos, antropófagos. Las tribus vivían en continuas guerras y después de los combates devoraban a los prisioneros. Yo me entusiasmé. agrega el P. Félix, y cuando al fin de su conferencia, ya como extenuado, dijo: "Los que se sientan llamados por Dios para ir a ayudarme en esas lejanas misiones levanten la mano", yo miré en torno mío, sin que ninguna mano se levantara; sentí un movimiento irresistible, y me determiné en un segundo a irme con el Obispo Misionero y levanté la mano, sin duda por inspiración de Nuestro Señor. Entre los profesores y alumnos de la primera división hubo una manifestación de extrañeza al ver esta determinación repentina que nadie esperaba, y al día siguiente el Padre Director Espiritual, confidente de mi mamá, me llamó, pensando que había sido mi determinación repentina y sin reflexión y procuró desviarme de ella, habiendo él y mi mamá pensado otra cosa para mí, a la salida del colegio. Pero sin duda que mi resolución venía de Dios, porque me encontró tan firme en ella, como si la hubiera tenido desde mi infancia. Me resistí muy respetuosamente a todo lo que me dijo para orillarme a otra Congregación¹).

A más de cien años de distancia, podemos meditar sobre las infinitas

¹ PADILLA, Jesús María, *o.c.* Pág. 135 y ss.

consecuencias de aquel acontecimiento que revela con claridad meridiana ciertas características del P. Félix. "Yo levanté la mano -nos decía él- porque era y he sido siempre impulsivo". Pero, pensamos nosotros, los impulsivos son por naturaleza inconstantes e inconsistentes. Nada más lejano de la psicología de Félix Rougier; él demostraría a lo largo de los años, llegando en esto al heroísmo, que sabía sostener la palabra dada aun a costa de la vida. Tal vez en aquella ocasión memorable Mons. Eloy salió desilusionado por la exigua cosecha. Pensaría el santo Obispo que la red que había lanzado no había sido a propósito para atrapar corazones juveniles, porque la había tejido de verdades descarnadas; porque no había ofrecido grandezas humanas ni emocionantes aventuras, sino al contrario, sufrimientos, penurias, soledad, peligros... cosas impropias para atraer a los que sueñan con un porvenir de triunfos y de felicidad mundana. Después de tanto esfuerzo y a pesar del fuego que creía haber puesto en sus palabras, -nos contaba el P. Félix- paseaba sus pequeños ojos azules por aquella turba de muchachos inquietos esperando una respuesta que no llegaba. "Yo volví la mirada en torno mío, y al ver al Obispo a punto de llorar, sentí inmenso rubor por nuestra cobardía y me determiné en un instante"...

Cuando visitamos La Cartuja de Le Puy, contemplando el gran patio embaldosado, nos trasportamos al día en que estaban allí aquellas largas y apretadas filas, y oímos la voz cansada de Mons. Eloy y vemos sus ojos rasados de lágrimas, y una mano que se levanta sobre la vulgaridad de 400 anónimos cobardes y nos hace estremecer el eco eterno de una voz juvenil fuerte y vigorosa que grita: ¡MOI!... ¡MOI!... ¡Un solitario pez ha caído en la inmensa red lanzada; pero ¡Dios mío! ¡qué pesca milagrosa!

Ante la firme decisión de Félix, papá Benoit y mamá Luisa otorgaron su consentimiento, dando gracias a Dios porque se había dignado tomar a uno de sus hijos para su servicio. Con sencillez hicieron saber a su primogénito que a donde quiera que lo llevara el llamado divino, así fuera al fin del mundo, lo seguiría siempre la bendición de sus padres.

Terminados los cursos escolares, fue Félix a pasar en Les Iles las vacaciones. Fueron días de una felicidad inolvidable. Se pasaba las horas en lugares solitarios, deleitándose íntimamente en el llamamiento divino y en la respuesta dada en un momento de gracia que había definido para siempre su destino.

El P. Félix, en sus apuntes autobiográficos, refiere lo que aconteció el último día de estas vacaciones en Les Iles:

"Muy temprano me llevó mi madre, en medio de espesa neblina, a despedirme de una imagen de la Santísima Virgen que estaba en el hueco de un árbol a poca distancia de la casa y a donde habíamos ido con

frecuencia los dos a saludar a nuestra Madre del Cielo. Mi madre comenzó a rezar en alta voz el 'Ave Maris Stella' ('Salve Estrella del Mar', himno tradicional del Oficio de la Santísima Virgen), y cuando llegó a la estrofa: ¡Virgen incomparable! luz suave que consuela los corazones tristes... al llegar a la palabra LUZ, repentinamente se desgarró la espesa neblina y un chorro de luz del sol cayó sobre la imagen de María y sobre nosotros. Nos vimos asombrados y después de pocos segundos volvió a cerrarse sobre nosotros la negra y oscura niebla. En esta manifestación vimos los dos como una promesa de la protección de la Santísima Virgen ⁽²⁾.

El día 21 de septiembre de 1878, después de recibir la bendición de sus padres, se despidió de ellos y tomó el tren para Lyon, a donde llegó al atardecer e inmediatamente se dirigió a Sainte-Foy-les-Lyon, donde estaba el noviciado de los Padres Maristas. "Los Padres, dice el P.Félix, me recibieron muy caritativa y amablemente y al día siguiente me pusieron la sotana".

El noviciado, según el testimonio del P. Félix, fue muy fervoroso. Así debió ser sin duda, por las cualidades del novicio y porque la Sociedad de María se encontraba aún en su primitivo fervor, a distancia de tres años de la muerte de su Fundador, el Venerable Padre Claudio Colin. El joven novicio bebía con avidez las instrucciones y ejemplos del maestro de Novicios, P. Jorge David, quien según testimonio del Fundador era "el más marista de los maristas", y como "una Regla viviente".

Serena y tranquilamente se deslizaban los días del noviciado, cuando quiso Dios visitar al joven Félix con una pesada cruz. El origen de Ella fue una inocente aventura de aquellas alegres vacaciones que disfrutaba en Les Iles cuando aun era estudiante en La Cartuja de Le Puy. Los santos en su juventud suelen ser inquietos y traviosos como cualquier muchacho sano. Dicen que San Juan Bosco, cuando era niño, andaba trepado en un árbol; de repente la rama en que se apoyaba se rompe y allá viene de cabeza el predestinado niño, comprometiendo en su caída la existencia de su gran familia religiosa que tanta gloria habría de procurar a Dios. Recogieron inconsciente y sin aliento al santo trepador y sólo por un milagro pudo seguir en esta vida para realizar la gran misión que Dios le tenía reservada. El adolescente Félix Rougier era fogoso y sabía gozar a todo pulmón de las limpias alegrías de un montañés del Alto Loira. Le gustaba especialmente ir a pescar en los arroyos helados de aquellos parajes en los que abundan

² ROUGIER FÉLIX DE JESÚS. *Autobiografía*. Editorial La Cruz Jesús María, 1989. Pág. 14.

truchas de gran tamaño. Un día, pidió permiso a mamá Luisa y salió con un grupo de amigos a pescar. No había tiempo que perder y se fueron a carrera tendida bajo el ardiente sol del verano. Apenas llegados al arroyo, echó Félix el anzuelo y tuvo la suerte o la desdicha de que picara en el mismo instante un magnífico ejemplar. En el forcejeo por capturarlo, cayó la trucha al agua y ya se escapaba libre; Félix metió la mano y el brazo hasta el hombro en el agua helada en persecución de la fugitiva. No sabemos si logró cobrar la codiciada presa; lo que sí sabemos es que la imprudente acción fue origen de una terrible artritis reumatoide que permaneció larvada por mucho tiempo y vino a manifestarse en el tiempo del noviciado con síntomas tan alarmantes que pusieron en entredicho la vocación de aquel novicio tan prometedor. Los Superiores Maristas comenzaron a dudar de la aptitud de Félix para la vida religiosa y sobre todo para el sacerdocio: ¿Qué podría hacer aquel muchacho con la mano derecha atrófica y paralítica? Mandaron llamar a mamá Luisa y le expusieron crudamente el lastimoso problema. Ella vio en perspectiva un dolorosísimo calvario y con resolución de santa se aprestó, como nueva Dolorosa, a seguir a su hijo por la calle de la amargura. Los médicos opinaron que era necesaria una intervención quirúrgica; tal vez se llegaría a la amputación de la mano... ¡Oh tiempos tenebrosos tan próximos a la era de las cavernas! Los ilustres compatriotas del gran Pasteur no encontraron otro remedio que practicar en la muñeca y el antebrazo del enfermo salvajes cauterizaciones con hierro candente! Después de cien años de progresos espectaculares en el campo de la medicina, nos preguntamos ¿qué pretendían aquellos galenos con tan bárbaros procedimientos? ¡Pobre muchacho y pobre madre que asistía heroicamente a la crucifixión de su hijo! El resultado fue que el mal empeoró a tal grado que la mano artrítica se convirtió en un guiñapo sanguinolento que no servía a Félix ni siquiera para vestirse. Mamá Luisa, afligida hasta lo íntimo de su alma y habiendo ya perdido la fe en médicos tan sabios y tan trogloditas, resolvió recurrir a los médicos celestiales. Multiplicó sus penitencias y oraciones, y cuando ya otros habían perdido la esperanza de una curación que parecía imposible, seguía ella pidiendo a Dios, a la Virgen Santísima y a todos los santos el ansiado milagro. Importunaba con sus ruegos a cuanta persona piadosa encontraba en su camino para que intercediera ante Dios por su hijo Félix. Leyendo el diario de Luisa no encontramos en aquellos días otra cosa que la misma súplica insistente, apremiante con una esperanza desesperada. Nos parece estar escuchando a Santa Mónica importunando a cuanto sacerdote encontraba, hasta que aquel Obispo africano, ya fastidiado de tan importuna insistencia, le dice: "¡Vete en paz, mujer, es imposible que perezca el hijo de tantas

lágrimas!" (Cf. San Agustín, Confesiones). Dios quiso diferir el milagro de Félix, como había diferido el de Agustín, para que brillara la fe y la perseverante confianza de una madre admirable.

Terminado el año del noviciado, Félix hizo su promesa solemne de obediencia, según los cánones de aquellos tiempos. El informe que los Superiores dieron del Hermano Félix fue plenamente satisfactorio en todos sentidos, menos en lo tocante a la salud que seguía poniendo un grave interrogante sobre su aptitud para el sacerdocio.

Félix fue enviado a Beley, cuna de la Congregación de los Maristas, donde pasó un año estudiando filosofía. Luego pasó a Tolón, al Sur de Francia, donde estuvo dos años de profesor. La actividad que este destino le exigía era verdaderamente abrumadora para un joven sano, mucho más para un pobre lisiado que no podía valerse de la mano derecha, reducida en la muñeca a la piel sobre el hueso, y seguía sangrando y supurando. La necesidad lo obligó a usar la mano izquierda casi exclusivamente y logró escribir con ella aceptablemente.

Al terminar cada año escolar, iba unos días a pasar vacaciones con sus padres y hermanos a la hermosa granja de Les Iles. Su madre le prodigaba toda clase de cuidados y le aplicaba remedios y medicinas en su mano enferma, con lo cual regresaba un tanto aliviado. Sin embargo, cuantos veían aquel espectro de mano, movían la cabeza pensando que jamás sanaría. Sólo la madre perseveraba inmovible pidiendo el milagro de la curación completa.

Por aquellos días, pasó por Tolón el gran Fundador de los Salesianos, Don Bosco, levantando gran revuelo con su fama de santo taumaturgo. Cuando Luisa supo que Don Bosco iba a pasar por Tolón, escribió al Superior del H. Félix incluyéndole una carta para Don Bosco en la que le suplicaba que bendijera a su hijo y pidiera a Dios la curación de la mano enferma para que pudiera ser sacerdote. El santo recibió al joven Félix con su bondad habitual. En las memorias autobiográficas del P. Félix³, encontramos en este punto una especie de santo chantaje de Don Bosco. "Me recibió el santo, -relata el P. Félix- me interrogó preguntándome si había hecho ya los votos". Habiendo yo leído su vida, publicada recientemente por el Dr. de Espiney, que Don Bosco había curado jóvenes con la condición de que entraran al noviciado de los salesianos, le contesté que no había hecho votos (había hecho solamente la promesa de obediencia), pero que estaba muy adherido a mi Congregación y que esperaba hacerlo más tarde.

Entonces se sonrió y me dijo que me arrodillara delante de él para darme la bendición. Me arrodillé y él me puso las dos manos sobre la cabeza apoyándolas fuertemente durante algunos minutos, y por intercesión de Don Bosco, quedé repentinamente curado, sin necesidad de recurrir más al médico. Pocos días después, estando yo en la catedral de Tolón con el Padre Copéré (futuro Procurador General de la Sociedad de María), nos íbamos a retirar después de oír el sermón de Don Bosco, cuando el padre me dijo: "Vámonos cerca de la puerta de la sacristía para verlo más de cerca". El santo llegó luego, teniendo entre las manos una gran bandeja llena de billetes de banco y monedas de oro y de plata, producto de la colecta que acaba de hacer para su nueva fundación; iba a entrar a la sacristía, cuando repentinamente se desvió, y sin mirarnos vino directamente cerca de nosotros y me dijo a mí: "DÍOS LE HARÁ GANAR MUCHAS ALMAS". Se volvió para entrar a la sacristía. El P. Copéré me miró muy extrañado y más tarde me ha recordado varias veces esa profecía de Don Bosco, mientras éramos profesores juntos en la Escuela de Teología de Barcelona.

* * *

Durante los años de sus estudios y de su magisterio, tuvo Félix que sufrir una y otra vez las consecuencias de la política jacobina y antirreligiosa que había adoptado el gobierno francés. El 15 de marzo de 1879, un energúmeno llamado Jules Ferry, había presentado a la Cámara de Diputados un proyecto de ley sobre la "libertad de la enseñanza superior". El artículo 7º, el más importante del proyecto, desautorizaba ("en obsequio a la libertad") a todos los miembros de Congregaciones religiosas ya sea a participar en la enseñanza pública o libre, ya sea a dirigir establecimientos de enseñanza de cualquier naturaleza que fueran. La discusión se llevó varias sesiones de los meses de junio y julio. Finalmente el 9 de julio de 1879 el artículo fue rechazado por mayoría de votos; pero la ley en conjunto fue aceptada. El mismo resultado se obtuvo en la discusión del Senado del 23 de febrero de 1880. A pesar de la protesta de los Obispos, la ley fue promulgada el 18 de marzo de ese mismo año. Diez días después, el 29 de marzo, para reglamentar la ley, fueron promulgados dos decretos. El primero daba a los jesuitas tres meses de plazo para disolverse y desalojar todos los establecimientos que tuvieran en Francia. El segundo decreto disponía que toda Congregación o comunidad religiosa no autorizada estaba obligada a hacer, en el plazo de tres meses prorrogables hasta el 31 de agosto, todas las diligencias necesarias para obtener la verificación y aprobación de sus estatutos y reglamentos. Las Congregaciones de hombres no podían ser

autorizadas sino por medio de una ley. El primer decreto fue ejecutado el 30 de junio de 1880 y los jesuitas fueron expulsados de Francia. Pocos días después salía Félix de Les Iles con destino a Tolón. La Sociedad de María, que tiene entre sus fines la educación de la juventud, se encontraba amenazada por estos decretos. Félix no se amedrentaba por tales temores y mamá Luisa lo animaba a sufrir por Cristo y a ir al martirio, si fuera necesario, por tan noble causa.

A los cuatro meses de haber llegado Félix a Tolón, se desató la tempestad incubada por los diligentes ministros de Satanás. El 23 de septiembre de 1880, fue nombrado Ministro de Educación el mismísimo energúmeno de marras, Jules Ferry. Uno de sus primeros actos fue la ejecución del segundo decreto del 29 de marzo. En consecuencia el 4 de noviembre de ese año, todas las casas de los Maristas fueron clausuradas, sus capillas selladas y los religiosos expulsados. Pero la prudencia de León XIII y la valiente resistencia de los católicos franceses no permitieron a los sectarios hacer todo el mal que deseaban. Con la aprobación y aún con el estímulo del Papa, la Sagrada Congregación de Religiosos secularizó a los religiosos que tenían colegios y así pudieron continuar, bajo la benévola dirección de los Obispos, su ministerio de educadores. Después de algunos años, las capillas volvieron a abrirse, las casas recibieron a sus antiguos moradores y las obras resucitaron⁴.

Nos llena de estupor la maravillosa Providencia divina que preparaba a Félix para las arduas luchas que tendría que sostener en el futuro contra los jacobinos de ultramar. Cuando esas luchas y vejaciones se le echaron encima, lo encontraron bien templado y lleno de fortaleza sobrehumana. Entonces llevaba él la principal responsabilidad de su obra y tendría que comunicar a sus hijos la serenidad que proviene de la confianza en Dios fundamentalmente, pero también de la experiencia del que ha pasado impávido por otros vientos y por otras tempestades. En las horas más críticas de las persecuciones, cuando agitaban nuestros corazones los más negros presagios y temores, la sola presencia del P. Félix nos galvanizaba y la paz más deliciosa impregnaba nuestro espíritu cuando escuchábamos de sus labios aquellas palabras: "¡Animo! No hay por qué temer: no sucederá ni más ni menos de lo que Dios tenga dispuesto!"

* * *

4

Cf. PADILLA JESÚS MARÍA, *o.c.* Págs. 163 y 167.

Cuando en 1880 los religiosos fueron expulsados de Francia, los novicios y escolásticos de Belley se refugiaron en Givisier, cerca de Friburgo, en Suiza. En 1882, fueron también expulsados de allí, por creerlos afiliados a los jesuitas, prohibidos por la Constitución. Entonces el Escolasticado se trasladó a España, a la hermosa ciudad de Barcelona, en la costa del Mediterráneo. La casa que ocupó llevaba el nombre de "Torre de Santa María". Era de modesta apariencia y estaba situada en el barrio de San Martín de Provencals, uno de los lugares más agradables de los alrededores de la gran ciudad, al pie de una colina sombreada de algarrobos. Desde allí se disfrutaba un espléndido panorama y en los días calurosos podía entrar la brisa por las ventanas. A esa casa llegó Félix Rougier en octubre de 1884; le faltaban unos meses para cumplir 25 años de edad. Todo su empeño e ilusión consistía en prepararse lo mejor posible para recibir el sacerdocio que ya veía al alcance de su mano. La comunidad estaba formada por cinco profesores y unos 18 estudiantes de teología. El Superior era el mismo que había sido su Maestro de Novicios, el edificante P. David. Removido ya el único obstáculo por la milagrosa intervención de San Juan Bosco, la vida de estudiante de Félix había transcurrido sin tropiezos. El 2 de febrero de 1883, pronunció sus primeros votos religiosos en la Sociedad de María. Una vez terminados sus estudios teológicos, llegó el día mil veces soñado de su ordenación sacerdotal. La recibió de manos de Mons. Gonindard, Arzobispo de Rennes, el 24 de septiembre de 1887. Lo acompañaron sus papás Benoit y María Luisa y su hermano Estanislao. Allí se hartaron de gozo los que por tantos años habían estado a punto de hundirse en el pantano movedizo de la duda, cuando la incurable enfermedad de Félix aparecía como obstáculo infranqueable. Mamá Luisa que nunca dudó de la predestinación de su hijo, recibió ese día la cumplida respuesta divina a su inquebrantable fe: "¡Feliz tú que has creído...!" Fueron días inolvidables, como son para todo sacerdote los días de su ordenación y sus primeras misas; pero más para Félix y para sus padres que después de tantas penas y angustias habían visto por fin colmados sus anhelos.

Terminados los festejos y las horas deliciosas al lado de sus padres, regresó Félix al Escolasticado de Barcelona y reanudó la serena rutina de su vida de maestro. Dios le tenía reservada una gran sorpresa: el Padre J.B. Descreux, maestro de Sagrada Escritura, había sido nombrado Provincial de América y la cátedra había quedado vacante. Los Superiores buscaron el sustituto idóneo y pensaron en el neosacerdote, a quien juzgaron apto y digno de tamaña empresa. ¡De veras que era una muestra excepcional de confianza, porque en esos tiempos los estudios bíblicos pasaban por una verdadera crisis de superación! Grandes hombres habían naufragado en su

fe cuando la Iglesia Católica buscaba con angustiosa cautela el camino de la conciliación entre los nuevos avances bíblicos y la tradicional interpretación de las Sagradas Escrituras. El joven sacerdote Félix Rougier, escogió el camino seguro de la adhesión incondicional e irrestricta al Magisterio infalible de la Iglesia, a la vez que se adentraba en el estudio y la meditación de la que él llamaba "la carta de amor del Padre Celestial". Ocho años, con inmensa fruición y gratitud ocupó la cátedra de Sagrada Escritura y ya le parecía que en esa deliciosa ocupación habría de consumir su vida entera.

¿Cómo comprender los sentimientos de su alma en tales circunstancias? Por una parte, su dedicación al estudio, a la investigación y al magisterio lo tenían plenamente satisfecho. Pero desde el día que Mons. Eloy lo había pescado para hacerlo misionero, el ideal de las heroicas misiones de Oceanía llenaba de ilusiones su mente juvenil. Este ideal se había acrecentado inmensamente cuando, el día 17 de noviembre de 1889, el Papa León XIII había beatificado al Padre Pedro Chanel, primer mártir marista de las Misiones de Oceanía. ¡Quién pudiera ir allá y recibir la corona del martirio!... Sin embargo, la Voluntad de Dios parecía manifiesta: con la debilidad de su mano derecha y con la garganta atrofiada por una pertinaz laringitis, el ideal de las misiones se esfumaba entre las brumas de lo imposible. Su hermano Manuel Rougier había sido ordenado sacerdote en la capilla de Les Iles ante la mirada extasiada de sus padres y había partido al día siguiente para las misiones de Oceanía. De allí enviaba cartas y fotografías que enloquecían de envidia al pobre Félix atado cruelmente a una vida cómoda y sin riesgos en su oficio de maestro... ¡Oh! ¡las misiones... las misiones...! Para acallar la amargura de su frustración, Félix repetía el estribillo que había de convertirse en el lema de su vida de fe: "¡Así lo quieres Tú, mi Jesús; así lo quiero yo...!"

Como suele suceder con las grandes ilusiones de la vida, una vez que Félix hizo formal renuncia a las misiones, entró de lleno la paz de Dios en su alma. Pero los planes de Dios eran otros. Al terminar el año escolar de 1895, cambió por completo el panorama. "Estaba yo feliz, -escribe el P. Félix en sus 'Recuerdos'- estaba yo feliz en esta vida retirada y entregado totalmente a la piedad y al estudio, e iba a comenzar el duodécimo año en Barcelona, cuando recibí una carta del P. General, fechada el 12 de octubre de 1895, en que me decía que la Santísima Virgen me necesitaba para una fundación en Colombia". Esta orden tan inesperada dejó al P. Félix como aturdido; pues, como escribió en su diario, "aunque uno sea religioso, no puede permanecer insensible en vísperas de dejar una casa donde se han pasado largos años (once) entre hermanos, alumnos queridos y libros amados". Pero inmediatamente bajó a la capilla, se arrodilló a los pies de

Nuestro Señor "y la alegría, -dice-, me inundó por completo. ¡A Colombia...! El sueño de toda mi vida, el sueño que había nacido en mí a los 19 años de edad; el sueño de ser misionero, el sueño que había llenado de entusiasmo mi noviciado, finalmente se iba a realizar! No era ciertamente Oceanía, ese inmenso archipiélago donde yo vivía con el corazón desde hacía tanto tiempo; tampoco era Nueva Caledonia, ni la nueva Zelanda. Era un país nuevo en el cual no encontraría las santas huellas de los primeros apóstoles y de los primeros mártires de mi amada Sociedad de María. ¡No importa! Mi Madre, la dulce Virgen María, me llamaba a aquellas lejanas tierras, a 2,500 leguas de los seres queridos, y tal vez para siempre. Sentí que esta era una gracia inmensa, aunque inmerecida, y esto me conmovió profundamente".

Cuando se supo la noticia, llovieron cartas de felicitación para el P. Félix, entre las cuales no podía faltar la de su gran amigo el P. Luis Copéré: "Permítame felicitarlo, -le decía-, por el gran entusiasmo con que Ud. se prepara para ir a ocupar el puesto de confianza que la obediencia acaba de asignarle. Para fundar una casa en un país lejano será necesaria una virtud sólida y perseverante... Al designarlo a usted, la Divina Providencia ha provisto a ello. Confiada en manos tan abnegadas y bendecidas por la Santísima Virgen, la obra no podrá menos que tener éxito".

Los admirables papás del P. Félix, Luisa y Benedicto, cuando recibieron la noticia se arrodillaron ante un crucifijo y la aceptaron con dolor, pero con santa resignación. Vinieron luego los preparativos para la partida. El P. Félix emprendió sin demora el viaje de Barcelona a Lyon donde se encontraba el P. General; de él debería recibir las minuciosas instrucciones que la nueva fundación exigía. Allí se reunieron también los otros Padres que acompañarían al P. Félix a la lejana Colombia. Como la Hacienda de Les Iles se encontraba en la línea del ferrocarril que va de Lyon a Burdeos, donde el P. Félix debería embarcarse, Luisa vio la ocasión de poder ver por última vez a su hijo predilecto. Escribió, pues, en seguida, una hermosa y comedida carta al P. General solicitando esta gracia. "¿No podrían Félix y sus compañeros partir de Lyon dos días antes y pasarlos con nosotros en Les Iles? ¡Venerado Padre mío, por amor a María, concédanos esta dicha...!" Por razones que ignoramos fue imposible condescender. El 24 de octubre por la tarde, salió el P. Félix de Lyon y el 26 se embarcó en Burdeos. El P. Manuel Rougier había salido para Oceanía dos días después de su ordenación sacerdotal. Ahora el P. Félix se embarcaba para Colombia sin poder despedirse de sus padres y recibir de ellos la última bendición. Ni Félix ni Manuel volverían a ver en este mundo a Luisa, la heroica madre que los entregaba a Dios sin regateos... para volver a verlos en el cielo. ¡Así eran

aquellas madres y así eran aquellos hijos!

Después de una noche que pasó el P. Félix "soñando despierto", el sábado 26 de octubre de 1895, entraba juntamente con la comitiva colombiana en un vaporcito que los llevaría por el río Garona hasta el muelle donde los esperaba el transatlántico "Canadá", que zarpó a las 11 de la mañana hacia la grande América.

Hay días en que se da la vuelta a una página de la vida. Tal fue para el P. Félix el día en que dando un pequeño paso desde el muelle pisó el bamboleante puente de abordaje para subir al bajel que lo alejaba de la patria, y más aún el 28 del mismo mes, cuando divisó entre brumas el Cabo de Finisterre, último jirón de Europa donde quedaban, tal vez para siempre, los seres queridos. Vino luego el mar con sus encantos: las olas multicolores en movimiento rítmico y perpetuo, el cielo de pureza inmaculada, el horizonte infinito... A las 3 de la mañana, pasó el "Canadá" frente a las Azores y luego... ¡hasta las Antillas! "¡Oh, -exclama-, la vida a bordo, vivida durante 15 días...! El tiempo pasa rápidamente entre hermanos simpáticos. El camarote blanco y limpio; los corredores por donde los pasajeros pasean alegremente! ¡Y qué agradables las noches tibias y las frescas mañanas, sentado en el puente leyendo o escribiendo su diario! Pasó el barco entre las Antillas Francesas, la Martinica y la Guadalupe. El P. Félix se sentía aún en su casa, porque hablaban en su lengua, aunque los interlocutores eran todos negros o mulatos.

Por fin, el domingo 17 de noviembre, a las tres de la mañana, ancló el "Canadá" en el muelle de Puerto Colombia. Llovía torrencialmente, como signo y presagio de otras mil incomodidades a las cuales se lanzaban los misioneros con ánimo entero y decidido, como quien viene impulsado por el viento impetuoso del Espfritu de Dios.

Los seis años de misiones en Colombia que la Divina Providencia deparaba al P. Félix, resultaban un oportunísimo fogueo para luchas más arduas. De golpe se acabaron la rutina y las comodidades de la vida ordenada del Escolasticado de Barcelona. Pero, además, había que habituarse a cosas nuevas muy propias de las misiones en tierras lejanas: personas de cultura primitiva, costumbres extrañas y más que todo manjares desconocidos de aromas insólitos. Colombia es en la actualidad una gran nación progresista y adelantada; pero aquellos eran otros tiempos, sobre todo en materia de transportes. Los 1,200 kilómetros que dista Puerto Colombia de Neiva, destino de los viajeros, se hacían en su mayor parte navegando por el gran río Magdalena en unos barquitos de vapor, en condiciones infrahumanas. Los barcos de la Compañía Naviera del

Magdalena estaban diseñados admirablemente para que los pasajeros pagaran, de una vez por todas, las penas del purgatorio que hubieran podido merecer por sus pecados y aún apuntarse algunas en crédito para los futuros. Eran cajas de hierro caldeadas por el sol ecuatorial, sobre las cuales se apretujaban en abigarrado desorden las máquinas, la leña para el combustible, cajas y cajones, vacas y puercos, tripulantes y pasajeros, entre los cuales resultaba a veces algún apestado de cólera o viruela, epidemias que asolaron el país en aquellos precisos tiempos. Sufrían sin tregua y sin misericordia los cinco sentidos de los atribulados pasajeros; pero la tortura del gusto y del estómago sobrepasaba a veces los límites de la resistencia humana: "La sopa, -dice el P. Félix- no correspondía a ninguna cosa conocida, la carne despedía olores extraños, como salvajes. Así que, para comer, no bastaba tener buen apetito; era necesario además tener buena voluntad y privarse absolutamente de pasar por donde estaba el negro que fungía como jefe de cocineros". "Se adivina, -dice a su vez el P. Till-, a qué indisposiciones condena semejante régimen alimenticio al pobre estómago... ¿Y el agua? No se consumía otra que la terregosa del río, medio filtrada! Creemos fundadamente que desde el primer viaje por las aguas del maravilloso río Magdalena invadieron el organismo del P. Félix las amibas, aquellos terribles "amibos" que habían de llevarlo a la tumba 42 años más tarde y fueron responsables de la debilidad extrema que tantas veces lo postró en el lecho del dolor.

Sin embargo el P. Félix y sus compañeros, los padres José Gauven y Luis Gandy, a los cuales se agregaron más tarde los PP. Juan María Thill, Ollier y Francisco Helliet, fueron felices en Colombia. No habían venido a buscar comodidades ni ventajas humanas. En cambio sus almas sedientas de la gloria de Dios gozaban lo indecible con los adelantos que hacían sus discípulos y feligreses en el conocimiento de Cristo y en las virtudes que florecieron con el cultivo de su labor apostólica. El Obispo de Tolima, Mons. Esteban Rojas, seguía con atención y con grande complacencia el desarrollo de los trabajos de los PP. Maristas. El era cabalmente quien había solicitado el envío de esos misioneros y en ellos depositaba su confianza, especialmente en el Superior, el P. Félix, a quien nombró dos veces Vicario General de su Diócesis. Muchas responsabilidades confió a los PP. Maristas, de acuerdo con las variadas circunstancias que se fueron presentando. En manos de ellos puso permanentemente la dirección de los colegios de Santa Librada en Neiva y de San Simón en Ibagué.

En aquellos tiempos, Neiva era la capital eclesiástica del Departamento del Tolima e Ibagué la Capital civil. "La distancia entre ambas ciudades -decía valientemente el Gobernador-, no es para espantar a nadie: solamente

unos seis días a caballo", único medio de transporte. Nunca había soñado el P. Félix que algún día llegaría a ser tan gran jinete que podría soportar jornadas de 50 y 60 kilómetros. Él y sus compañeros gozaban con esa vida de auténticos misioneros, tal como la había descrito Mons. Eloy en aquella ocasión memorable. Ahora, las heroicas hazañas que habían llenado la imaginación del muchacho impulsivo de antaño, eran una cruda y dulce realidad que colmaba su alma de íntima satisfacción.

Seis años duró aquel fogueo. A lo largo de ellos, tuvieron los misioneros grandes logros y satisfacciones y llegaron a encariñarse con las almas sencillas y agradecidas que Dios había puesto en su camino. Hubo también penas y penurias, contradicciones e ingratitudes, especialmente de los funcionarios del Gobierno que les exigían lo que para ellos era imposible y querían exprimirles hasta la última gota; pero se mostraban tacaños e incumplidos cuando llegaba la hora de pagar.

Cuando llevaban los misioneros 4 años en Colombia, quiso Dios pedir al P. Félix el más grande sacrificio de su vida. Mantenía él constante correspondencia epistolar con sus Superiores y con sus padres. El correo en esos lugares era esporádico y lentísimo. Cuando el caso era urgente, se recurría a los cablegramas que resultaban caros en extremo. Un día de tantos, se anunció la llegada del barco del río Magdalena. Entre los voluminosos paquetes del correo venía una carta para el P. Félix; era carta de su familia. Con grande ilusión rasgó el sobre y comenzó a leer con avidez. A los primeros renglones, su ilusión se convirtió en espanto: ¡su madre, su adorada mamá Luisa había dejado este mundo, víctima de una terrible pulmonía! Cuando la carta llegó a manos del P. Félix, mamá Luisa llevaba ya tres meses en el cielo... Su hijo, el hijo de sus lágrimas y de sus angustias, no volvería a verla sobre la tierra. El P. Félix leyó y releyó varias veces el papel amarillento: luego se fue ante el Sagrario y allí se hartó de llorar... Sus hermanos misioneros, los amigos, los alumnos del Colegio y todo el pueblo de Ibagué le dieron sus sinceras condolencias y lloraron con él. Dios suele pedir al misionero que riega lejanas tierras con sus sudores, grandes renunciaciones y sacrificios, incluso la misma vida; ¡pero hay renunciaciones que cuestan mil veces más que la vida!

* * *

Las postrimerías del siglo XIX fueron trágicas para la Nación Colombiana. Lo que el P. Félix había temido tanto, llegó por fin: la guerra civil. La ciudadanía estaba dividida en dos tendencias sociopolíticas irreconciliables: la conservadora, que optaba por el status sostenido por el

gobierno y la liberal, apoyada por los revolucionarios. Como suele suceder en tales circunstancias, las polémicas se multiplicaban y a veces se llegaba a escaramuzas violentas entre ambos bandos. Los rumores inquietantes pululaban, produciendo en los ánimos ese malestar característico de quien percibe los retumbos subterráneos que preceden a la erupción del volcán.

El año de 1899 había sido de gran tranquilidad para los PP. Maristas dedicados en cuerpo y alma a la atención espiritual e intelectual del Colegio de San Simón de Ibagué y al ministerio sacerdotal con los habitantes del mismo poblado. El 18 de octubre de ese año, se celebró en forma nunca vista el 70o. aniversario de la muerte del General José María Córdoba, uno de los compañeros de Bolívar. Los alumnos del Colegio de San Simón tomaron parte importante en los festejos. Al día siguiente, notaron los Padres una alegría inusitada entre los alumnos, que eran mayoritariamente liberales. Al preguntarles la causa, supieron que había estallado la revolución. En efecto, en el silencio de la noche húmeda había nacido la insurrección liberal, tan temida por unos y tan deseada por otros. Fue el inicio de la guerra fratricida llamada de "los tres años o de los mil días" (1899-1903). En la madrugada de ese día, los liberales de Ibagué habían huido para sustraerse a las represalias del Gobierno e ir a reunirse con sus correligionarios. Los alumnos del Colegio se desbandaron y por lógica consecuencia hubo que clausurar el plantel que había quedado desierto. El edificio fue convertido en cuartel. Los PP. Maristas siguieron ocupando el piso superior de la casa. Se acabó la serena rutina del Colegio y comenzó otra nueva, la del cuartel, salpicada profusamente de gritos, clarinazos, órdenes militares, etc. El P. Félix fue nombrado Capellán Militar y juntamente con sus compañeros cambió su oficio de maestro por sus nuevas ocupaciones y responsabilidades: celebrar misas de campaña, confesar soldados, recoger heridos y enterrar muertos.

Como suele suceder, el azote de la guerra vino acompañado de la peste. Los padres hicieron derroche de heroísmo asistiendo a los apestados del cólera, fiebre amarilla y viruela. El 24 de junio de 1900, Ibagué fue atacada por los revolucionarios y se combatió encarnizadamente cuerpo a cuerpo en las calles y a las puertas mismas del Colegio de San Simón. A los tres días tuvieron que retirarse derrotados los asaltantes, dejando el campo de batalla sembrado de cadáveres y heridos. Las escenas de venganza fueron espeluznantes llegando los vencedores hasta a ensañarse con los cadáveres de algunos notables liberales que perecieron en aquella acción bélica. El P. Félix solía narrarnos algunos episodios terribles de aquellos días. Muchos años después, recordaba con viveza los gritos desgarradores de los inelúcidos prisioneros sometidos a salvajes palizas por sus captores. Hasta su

habitación del piso alto llegaban los lamentos, sin que pudiera él hacer algo para inducir a clemencia a los jefes militares del cuartel convertido en prisión. "Quédese Ud. en su cuarto, P. Félix, y no se meta en nuestras cosas. La caridad cristiana y las leyes de la guerra son algo muy diferente. Tenemos que usar mano dura con estos infames que están causando la ruina de la patria".

En tales circunstancias, la situación de los misioneros maristas, en su calidad de extranjeros era particularmente delicada. A la distancia de 10.000 kilómetros, el P. General debió sentirse terriblemente inquieto temiendo por la vida de sus hijos, envueltos en un conflicto que nada tenía que ver con ellos, ya que no era precisamente la lucha de Cristo con el diablo. Después de varios angustiosos meses de incomunicación, por fin el 30 de noviembre de 1900, pudo el P. General hacer llegar a los padres de Ibagué un cablegrama por el que ordenaba que los PP. Ollier y Thill se trasladaran a México y los otros tres regresaran a Francia. Comenzaron inmediatamente los preparativos para el viaje que no se presentaba nada fácil. Se comprende la inseguridad de los caminos en aquellos ominosos días. Llegar de Ibagué a Barranquilla sano y salvo era entonces un milagro de primer orden. Para colmo, no había dinero, porque el Gobierno se había visto obligado a vaciar por completo las arcas de la tesorería con los gastos de la guerra y consecuentemente, no tenía con qué pagar a los maestros. Pudieron al fin salir los que habían sido destinados a México, quienes llegaron a su destino sin novedad. Creemos que éstos hicieron cumplido y amplio panegírico de los Padres que iban a regresar a Francia, porque el Provincial de México anduvo diligente en gestionar ante el P. General el envío de todos a México. La Divina Providencia tenía sus planes; el P. Provincial era solamente dócil instrumento. Habiendo logrado venturosamente su intento, telegrafió muy gustoso al P. Félix el 28 de febrero de 1901: "Por orden del P. General, vengan todos a México".

¡Padre Félix, no volverás por ahora a Francia tu amada Patria donde tu padre, santo anciano, te espera con ilusión... por ahora te espera México, tu nueva Patria, donde Dios te prepara una tierra de promisión que no han pisado tus pies ni han visto tus ojos y ni siquiera tu corazón ha sospechado en tus sueños más ambiciosos por la gloria de Dios...!(⁵)

⁵ Para todo lo relativo a esta etapa de la vida del P. Félix, remito a mis lectores a la obra tantas veces citada, de la cual he extractado estos datos: PADILLA JESÚS MARÍA, M.Sp.S. *El P. Félix Rougier*, Segunda Parte, Seis años en Colombia. México, 1964.



Padre Félix Rougier S.M., en 1903

CAPITULO VI

LA TIERRA DE PROMISION

El 10 de febrero de 1902, el P. Félix Rougier, apoyado en la barandilla del Barbadian, barco de matrícula inglesa, rezaba la hora de Sexta en su breviario y contemplaba a intervalos el deslumbrante paisaje marino: un reguero de líquidos diamantes en movimiento continuo sobre las olas de plata. "Me tomaste de la mano derecha y me llevaste a tu albedrío, y ahora me recibes entre esplendores de gloria"... (Sal 72, 24) ¿Qué sentido tenían para él esas palabras que acababa de leer? Diez días antes el 1º de febrero, se había acostado muy noche para poder contemplar desde la barandilla de popa el último jirón de Colombia, tierra bendita que había aprendido a amar regándola con sus sudores de misionero. ¡Allá se quedaba para siempre un pedazo de su corazón! Ahora en la proa del barco, donde se mira hacia adelante, contemplaba el P. Félix la línea borrosa de una playa que llevaba el nombre sugestivo de Veracruz, la Verdadera Cruz, y por encima de ella, más arriba de la luminosa bruma meridiana, una cumbre nevada que parecía tocar el cielo. Todo en aquel viaje resultaba preñado de misterio: Desde aquella orden cablegráfica de su Padre General que con tres palabras lo arrancaba de su labor misionera y lo llamaba a la patria, y luego la contraorden que otra vez con tres palabras y en el último momento le torcía el derrotero de su vida. ¡Cómo resonaban en su corazón de padre las quejas y los sollozos de su hijos colombianos que lo veían partir sin esperanzas de regreso, dejándolos a ellos sumidos en la desesperación de una guerra fratricida! Y luego, la travesía, lenta y ardorosa a través del Mar Caribe, mar deslumbrante de azul turquesa donde se incuban los negros huracanes... Ahora llegaba a México al mediodía y también en la hora meridiana de su vida, a los 42 años. ¿Sería acaso la realización de aquello que había visto en Les Iles una tarde de verano? ¡Nunca había podido olvidarlo! En el fondo de un crepúsculo que teñía el cielo de un rojo intensísimo, había visto, precisamente en dirección a México una cruz que parecía hundirse en un mar de fuego... y la había visto dos veces, y llevaba en el alma la impresión imborrable de aquella visión misteriosa. Allí frente a él, estaba Veracruz, la verdadera cruz de su vida, y por encima, hundiéndose en el cielo una cumbre nevada, el Citlaltépetl, el "Cerro de la Estrella", ¡oh sí, en su vida siempre había una Estrella para iluminar el camino...! Ella también lo espera en esa tierra misteriosa a donde Dios lo llama. El amadísimo Padre Celestial ha tomado la mano derecha de Félix y lo lleva a su albedrío para colmarlo de gloria, porque Félix se ha dejado llevar como un pequeñito, a ciegas, con filial abandono; porque sabe que El lo ama.

La obediencia guiaba los pasos del P. Félix; una obediencia sobrenatural

identificada a ultranza con la voluntad divina; porque de acuerdo con su más sincera y profunda convicción, era Dios quien lo había enviado 6 años a Colombia, y era Dios quien ahora lo traía a México y lo enviaba a la reciente fundación de los PP. Maristas en Oaxaca. Pero a última hora, otra vez a última hora, Dios cambió sus planes y lo envió a la ciudad de México. Los PP. Maristas tenían a su cargo en la Capital una iglesia llamada "El Colegio de Niñas" o "Nuestra Señora de Lourdes", en la esquina que forman las calles de Bolívar y Venustiano Carranza, que entonces llevaban los nombres de Coliseo y Capuchinas respectivamente. En esa iglesia se hallaba establecida la Parroquia Franco-Americana, bajo la administración de los PP. Maristas. Se nota un dejo de frustración en lo que el P. Félix escribe a uno de sus amigos: "Me encuentro de Párroco en la iglesia Franco-Americana de México. Te confieso que nunca había tenido este ideal. Pero la Sociedad de María se ha encargado de algunas parroquias para los extranjeros... y de la noche a la mañana me veo al frente de una de ellas". Ciertamente la Parroquia Franco-Americana era poca cosa para las ansias apostólicas del P. Félix en el pleno vigor de sus 42 años. Para colmo la parroquia estaba postrada en un abandono que era para desanimar a cualquiera, pues el predecesor del P. Félix no había tenido tiempo más que para iniciar la reconstrucción del inmueble que desde los años de Benito Juárez había quedado clausurado y convertido en bodega y nido de ratas. Cuando el P. Gente, anterior Superior, cayó en cama postrado por larga enfermedad que lo llevó al sepulcro, la asistencia de los fieles llegó a cero. "Ayer, escribía el P. Félix al P. General, cuando fui a dar la bendición con el Santísimo, no había en la iglesia ni un alma"...

El celo apostólico del P. Félix cambió en breves días aquel panorama de desolación. Pronto estuvo la iglesia llena a reventar. Fundó varias asociaciones y obras sociales, convocó a los católicos franceses y americanos, estableció horario conveniente para el culto, y en la antigua iglesia desierta y solitaria hubo trabajo para diez. Sin embargo, los ideales misioneros no dormían en el corazón del P. Félix; instalado cómodamente en esa confortable habitación capitalina, sufría de intenso aburrimiento. Era un auténtico león enjaulado, mientras seguían agitando su alma inquieta las ilusiones que de joven habían despertado los inmensos horizontes de la Polinesia.

Iba a cumplirse ya un año desde el día en que desembarcó en playas veracruzanas. El P. Félix se rebelaba en su interior en contra de aquella vida gris. Pero, ¿qué hacer si era Dios mismo quien lo tenía allí preso? Pues si Dios así lo disponía, él aceptaba morir encarcelado. Sólo Dios podía remediarlo y a El precisamente había que recurrir con súplica filial e

insistente. El 25 de enero se celebraba la fiesta de la Conversión de San Pablo. ¿No sería posible que Cristo se apareciera también al P. Félix para mostrarle un inmenso campo de apostolado donde trabajar con entusiasmo hasta consumir la vida entera?

El P. Félix decidió orar, suplicar, insistir ante el Señor de la Mies para que abriera un amplio horizonte a sus inquietudes apostólicas. Comenzó, pues, una novena de misas al Espíritu Santo poniendo en ella todo el fervor de su alma. Cuando el novenario tocaba a su fin, quiso Dios darle cumplida respuesta, en forma jamás imaginada.

El 4 de febrero de 1903 era un miércoles cualquiera. Temprano había celebrado el P. Félix la Santa Misa y en ella había estado insistiendo ante el Señor con su petición acostumbrada: "¡Mi Jesús, quiero hacer más por tu gloria... quiero hacer más por tu gloria!"

A las 10 de la mañana tomó el P. Félix su sombrero: había que acudir a una cita que se había concertado para las 11. Pero inexplicablemente no se resolvía a salir; parecía como si alguien lo detuviera... "¿Qué tengo que llevar a la cita? Las cartas... los papeles... el dinero para el transporte... No sé, no sé... ¡Tantas veces he tenido que devolverme por haber olvidado algo importante. Pero ahora lo he previsto todo! ¡Vamos, vamos; ya se me está pasando el tiempo en inútiles cavilaciones!..."

-Padre Félix, está allí abajo una señora que quiere confesarse.

-¿Una señora? ¿Confesarse a esta hora? ¿Se estará muriendo o tiene prisa por quitarse de encima un escrúpulo o pacificar sus remordimientos por el pleito que acaba de tener con su marido? Oye, Miguel, ya le dijiste que no es hora de confesiones? En último caso, tal vez podría bajar el P. Bénier; lo he visto leyendo en su cuarto; yo tengo que salir urgentemente a la cita. Miguel, dile al P. Bénier....

-No, Padre Félix; la señora me ha dicho expresamente que quiere confesarse con el Padre Superior.

-Bueno, bueno; he hecho el propósito de no negarme, aunque se trate de mujeres escrupulosas que no se llenan jamás de decir lo mismo y de oír la misma respuesta...

El P. Félix sacó el reloj de su bolsillo. ¡Las 10:15! "Espero que la devota no me ocupe más de 5 minutos. Si es una escrupulosa, le daré cita para más tarde y una buena penitencia para que no se le vuelva a ocurrir venir a deshora. ¡Que Dios me ayude y me descuenta de purgatorio las horas gastadas con las escrupulosas!"

Baja de prisa el P. Félix y deja el sombrero y el portafolio sobre la mesa de la sacristía. Luego se persigna y entra con decisión al confesonario; ni él

ve a su penitente ni ella lo ve a él.

-¡Ave María Purísima!

-Sin pecado original concebida.

¿Cuánto tiempo hace que se confesó?

-Padre, me da pena, me confesé esta mañana en Santo Domingo, pero....

El P. Félix está a punto de estallar. "¡Ya me lo imaginaba! ¡Tanta urgencia que tengo de ir a la cita donde me estará ya esperando el señor X, y venir a perder el tiempo con las impertinencias de esta mujer... ¡Señor, dame paciencia, que ahora la necesito de veras...!".

-Diga Ud. sus pecados.

-Bueno, Padre, mis pecados... sabe Ud. una mujer viuda, pobre, con ocho hijos y mi madre... y mi hermana y mis cuñadas... Bueno, Ud. sabe... no faltan impaciencias y olvidos y cansancio y...

-Bueno, bueno... rece Ud. tres rosarios y vuelva dentro de quince días y no antes.

-Sí Padre, volveré si Dios me da licencia; pero antes tengo que decirle que el Señor le manda decir que...

-¿El Señor, ha dicho Ud.? ¿Qué Señor?

- Sí, el Señor, Nuestro Señor. Le manda decir que le ha gustado mucho su celo por la salvación de las almas...

Vaya, vaya, -piensa el P. Félix en sus adentros- ya comenzamos con halagos; luego me dirá que soy un santo. No me dejaré embaucar por esta charlatana...

... y que esa novena de misas -prosigue la señora- que está Ud. ofreciendo para pedirle un campo más amplio de apostolado...

"Dios mío, -piensa el P. Félix- ¿a quién o cuándo he comunicado yo eso del novenario de misas? ¿Se me habrá salido en alguna conversación indiscreta?"

... y dice Nuestro Señor que el ofrecimiento de sí mismo y la petición que hizo en aquella cueva donde Ud. acostumbraba orar cerca de la casa de sus padres, le gustaron mucho. Y que le diga que a lo primero que Ud. pidió le diga que SÍ; a lo segundo, que NO, y a lo tercero, que MAS TARDE...

... "¡Dios mío! Si yo jamás he comunicado a nadie, ni siquiera a mi director espiritual aquellas peticiones que hice en aquella cueva... Sí, allí dejé grabada una cruz en la roca, para acordarme de lo que pedí a Nuestro Señor; pero jamás lo he revelado a nadie... y esto sucedió hace tantos años y en un lugar que dista de aquí más de 10,000 kilómetros..."

El P. Félix era en ese momento como Saulo derribado por tierra,

deslumbrado por la luz cegadora que le llegaba del cielo. Y aquella mujer desconocida seguía hablando... seguía hablando tras la reja del confesonario, y sin haber visto nunca su cara, con voz serena y segura le iba descubriendo los más recónditos repliegues de su alma con tal veracidad y realismo como no podría hacerlo un director espiritual con quien él se hubiera confesado toda su vida. Luego, comenzó a descubrirle el vastísimo panorama de aquel campo de apostolado que él estaba pidiendo a Dios: Hacia ya nueve años que habían nacido las Obras de la Cruz; Dios mismo la; había suscitado en la Iglesia para su Gloria y para la salvación de los hombres. Ya estaba plantada la Cruz del Apostolado en muchos lugares de la tierra y ya se habían establecido el Apostolado de la Cruz y el Oasis de las Religiosas de la Cruz. No había todavía Oasis de hombres; pero Nuestro Señor había dicho que existiría más tarde.⁽¹⁾

Iban ya más de dos horas. El P. Félix no hablaba, solamente sollozaba escuchando aquella voz desconocida que con un acento indescriptible que no era de este mundo, le revelaba tantos y tan hermosos secretos del amor de Dios...

- Padre, -dijo ella-, siento que hablo demasiado; ya lo habré cansado.
- No, no; a mí nunca me cansa oír hablar de Dios
- Gracias, muchas gracias Padre. Pero ya seguiremos hablando en otra

¹ Además del relato que hace el P. Félix en su Autobiografía (Cf. ROUGIER FÉLIX DE JESÚS, *Autobiografía*, Editorial La Cruz, Jesús María, S.L.P. 1989, Pág. 23 y ss.) tuvimos la dicha de escuchar repetidas veces de labios del mismo P. Félix el relato detallado de su trascendental encuentro con la Señora Concepción Cabrera de Armida. Varias veces, condescendiendo a nuestras súplicas, nos repitió ese relato durante las sabosas "chorchitas" de la Escuela Apostólica y del Noviciado. Ocasión inolvidable fue aquella del 14 de enero de 1933, cuando en la Casa General de las Hermanas de la Cruz, Calle del Tránsito No.12 en Tacubaya, D.F., tuvimos la dicha de escuchar el relato del encuentro, estando presentes el P. Félix y la Sra. Concepción Cabrera de Armida: cada uno relataba sus recuerdos y se completaban mutuamente: que si duró dos o tres horas; que si lloró o no lloró el P. Félix; que la señora no quería dar su domicilio, que por pena o discreción, etc., etc. La conversación fue deliciosa, mientras todos escuchaban boquiabiertos, bebiendo con el corazón y con toda el alma cada uno de los detalles. En lo relativo a las tres peticiones del P. Félix, él mismo nos relató cómo había enviado las mismas preguntas con una vidente colombiana que veía a su Ángel Guardián. Las respuestas fueron las mismas: a lo primero, Sí, a lo segundo, NO, y a lo tercero, MAS TARDE. Envié las preguntas en sobre cerrado; cuando la vidente se lo devolvió, olía intensamente a jazmín. El P. Félix guardó ese sobre por largos años; pero un día, queriendo hacer un desprendimiento muy sensible, sacó el sobre de entre sus papeles; al abrirlo, allí estaban todavía muy claras las peticiones, pero no estaban escritas las respuestas; el sobre aún olía a jazmín intensamente. El P. Félix, después de volver a leer lo que había escrito 25 años antes, lo quemó completamente. Nunca quiso revelarnos cuáles habían sido esas tres peticiones ni lo sabremos jamás.

ocasión. Yo le traeré mañana un librito que habla del genuino espíritu del Apostolado de la Cruz, a ver si quiere establecerlo Ud. aquí en su Iglesia.

-Claro que estableceré el Apostolado de la Cruz. Pero yo mismo iré a recoger el librito a la casa de usted. Déme su domicilio.

-No, no, Padre; me da pena... es tan pobre mi casa y tan desordenada con esa turba de niños que tengo.

-No importa nada de eso; déme Ud. su domicilio, porque me gusta hacer sin la menor demora lo que será para la gloria de Dios.

-Bueno, Padre; la casa de Ud. está en la 7ª de Alzate N° 3124.

-Muy bien, allí estaré esta misma tarde, con el favor de Dios.

* * *

Era ya cerca de la una de la tarde. Al arrodillarse ante el Sagrario para dar gracias a Dios por aquel encuentro, se acordó la señora que llevaba una medicina urgente para su hija enferma. "¡Jesús mío, que no se haya agravado mi hija, Tú sabes lo que ha pasado y perdonarás una vez más mis olvidos...!".

El P. Félix permaneció unos minutos en el confesonario tratando de serenarse y de borrar de sus ojos las huellas de las lágrimas. Luego fue también ante el Sagrario y estuvo allí hasta que sonó la hora en el péndulo la iglesia. Se dirigió lentamente hacia la sacristía; sobre la mesa estaban el sombrero y el portafolios... Se acordó del señor X... Ya le presentaría sus excusas: un asunto inesperado lo había impedido. Sí, un asunto sumamente importante. No le diría que una señora había sido más importante, ni menos le diría que esa señora le había traído un mensaje de otro Señor muchísimo más importante... ¿El domicilio de la señora? No se le olvidaría: 7ª de Alzate N° 3124; pero por las dudas, había que anotarlo por escrito. Sacó del portafolios un papel y tomó la pluma: Señora... ¿cómo se llama la señora? ¡Válgame Dios! se me olvidó preguntarle cómo se llama. Bueno, no habrá otra señora en ese domicilio: 7ª de Alzate N° 3124. Colonia Santa María. Habré de tomar el eléctrico en la esquina de Independencia y Coliseo. Ahora vamos a comer...

* * *

¿Qué tendrá el P. Félix? ¿Estará cansado? ¿Estará enfermo? Sus compañeros, los Padres Dunne y Bénier no salen de su asombro. Lo notan extraordinariamente callado y preocupado; casi no ha probado la comida. Luego, contra toda su costumbre, en lugar de ir con ellos a la recreación, se

ha ido directamente a su recámara y a las 3 y media ha salido a la calle sin decirles a dónde ni a qué va...

Ya llega el P. Félix a la calle de Alzate; pero ¡oh desilusión! en la 7ª de Alzate no hay número 3124! ¿Habré tomado mal la dirección? O lo peor del caso ¿todo habrá sido un engaño? ¡Oh no, imposible, imposible! Las cosas que aquella señora me dijo no las puede inventar nadie en este mundo...! Sin duda que Dios quiere poner a prueba mi tezon. Pero, ¿cómo dar con ella? ¿Por quién voy a preguntar? ¡Válgame Dios! ¡Si al menos supiera su nombre...! Ya sé lo que voy a hacer: en la conversación me dijo que tenía muchos niños, creo que son ocho; no habrá muchas mujeres viudas con tal turba de niños pequeños. Vamos, pues. Estoy dispuesto a recorrer toda la calle de Alzate, y luego seguiré por las de Carpio y las de Díaz Mirón y las de Mirto y mañana volveré a continuar con todas las de esta Colonia Santa María. ¡Oh sí, Santa María, mi Madre amadísima, Tú me harás encontrar lo que busco...!

-Comencemos por el número 3100. Perdone Ud. ¿vive por aquí una señora viuda, muy piadosa que tiene muchos niños?

-Padre, dispense Ud. ¿no sabe Ud. cómo se llama?

-Pues, no; ¡qué pena! Se me pasó preguntarle su nombre.

-Pues de veras que es pena, porque creo que con esas señas que me ha dado no la va a encontrar. En esta colonia hay muchas señoras piadosas y un hervidero de niños...

-¡Gracias, gracias!... Sigamos adelante. Número 3102, 04, 20, 12, 07, 05... los números están saltados y horriblemente revueltos...

-Perdone Ud. ¿no vive por aquí ...?

-No, Padre, aquí precisamente no vive esa señora que Ud. busca. Pero es probable que en el número 3224, que está un poco más allá, la encuentre Ud.; al menos lo de los niños sí coincide: son una turba que ya ha puesto a todo el vecindario a las puertas del manicomio.

-¿Qué número dice?

-3224, un poco más adelante en esta misma acera.

-¡Gracias, gracias señora; Dios le dé el cielo! Por fin tengo una pista. ¿Será aquí en el 3224? Creo que sí; esta es una casa grande, con una pila en el centro del patio, muy a propósito para una familia con muchos niños... Tan, tan, tan...

-Perdone Ud.; ¿vive aquí...?

-Padre, pase Ud.; lo estoy esperando desde hace una hora.

-Pues de milagro la encuentro. Se me olvidó preguntarle su nombre y no sé si Ud. se equivocó al darme su domicilio o yo apunté mal el número de la casa. Trafa anotado "7ª de Alzate No. 3124". No hay en la calle ese

número.

-Padre, mil perdones; es número 3224; pero estaba yo tan impresionada, que sin duda me equivoqué al darle el número.

-Pues yo no lo estaba menos. Pero, por principio de cuentas ¿cómo se llama Ud.?

-Me dicen Concha. Y Ud., Padre ¿cómo se llama?

-Pues, me dicen el P. Félix, Como no somos ingleses no necesitamos más presentación

-Claro que no. Desde este momento, Ud. es mi Padre Félix y yo Concha, su humilde servidora. Aquí tiene Ud. a mis hijos: Francisco, Ignacio, Concha, Manuel, Pablo, Salvador, Lupe y Pedrito, el benjamín. Tengo otro en el cielo, Carlitos, que murió chiquito de cuatro años. Como Ud. ya sabe, hace un año y medio que murió Francisco mi marido. Desde entonces, soy Concepción Cabrera viuda de Armida, para servir a Ud.

-¡Qué hermosa familia!

-Sí, Padre, qué hermosa cruz y qué pesada para mis débiles espaldas. ¡Sólo Dios, que me ayuda...! Pero, pase, pase a sentarse. Aquí le tengo el librito que le prometí y quiero platicarle muchas cosas. ¡Muchachos, vayan a hacer sus tareas. Conchita, cuida bien a Lupe y a Pedrito; que no vayan a mojarse en la fuente!

-Este librito, señora doña Concepción, ¿lo ha escrito Ud.?

-Antes de contestar su pregunta, le suplico, Padre, que me quite eso de "señora" y "doña"; no merezco tales tratamientos ni es necesaria tanta formalidad. Llámeme sencillamente Concha, como todo mundo me dice. No sé si pedirle también que me hable de "tú", como lo hace mi director el P. Alberto Cuscó Mir; él es precisamente el autor de ese librito "El Genuino Espíritu del Apostolado de la Cruz", aunque aparece a nombre de Mons. Ramón Ibarra y González. Pero le diré que en todo lo que se refiere al Apostolado de la Cruz, a su espíritu y a su doctrina, no se puede distinguir qué cosa es de ellos y qué cosa no. Yo comunico a mi director espiritual lo que Nuestro Señor me da a entender, y él con su prudencia y su gran ciencia teológica le quita o le pone lo necesario para luego publicar lo que conviene.

-El P. Alberto Cuscó Mir, de quién Ud. me habla ¿es del clero de esta Arquidiócesis?

-No, Padre mío, es un jesuita catalán; lo conocí en San Luis Potosí, cuando él estaba en aquella ciudad donde yo nací. Es mi director espiritual desde hace diez años; ahora está en Oaxaca y desde allá me manda sus cartas de dirección espiritual.

Una hora o más duró aquella primera conversación. El P. Félix

estuvo preguntando con mucho interés sobre todo lo referente a las Obras de la Cruz, su espíritu, su finalidad, su situación jurídica. La Señora Armida contestaba con sencillez todas las preguntas. Por ella supo el P. Félix los detalles de las dos Obras ya existentes; la difusión y la dilatación que tenía entonces el Apostolado de la Cruz y las condiciones en que se encontraba el recién fundado Oasis de las Religiosas de la Cruz. La casa del Oasis se encontraba cerca de allí, en la calle de Carpio. Si el P. Félix aceptaba, al día siguiente o cualquier otro día, lo llevaría para presentarlo en el Oasis.

-Claro que sí, -dijo el P. Félix-; mañana mismo me llevará Ud. a conocer el Oasis: me interesa muchísimo. Por hoy, es ya suficiente lo que hemos hablado. ¡Adiós señora! Bueno, ¡adiós Concha! Desde hoy la llamaré sencillamente "Concha", pero no de "tú". Yo he vivido muchos años en Barcelona y sé que los catalanes hablan de tú a todo el mundo, con mucha naturalidad y les cae bien; pero a los franceses nos resulta imposible hablar de tú; eso en Francia es casi un insulto; sólo los "hijos del 89", o sea los que hacen gala de las ideas igualitarias de la Revolución Francesa, se atreven a usar el "tú" para hablar a su prójimo. ¡Adiós Concha, adiós... o mejor, hasta la vista, hasta prontito! ¡Au revoir, a bien tot!

* * *

... ¡Qué día, Señor, qué día! ¡Imposible dormir...!

El P. Félix daba vueltas y vueltas en el lecho, sin lograr conciliar el sueño...

"¿Qué querrá de mí el Señor? ¿Será verdad todo esto? ¡Oh, Dios mío... imposible dudar...!".

Recordaba y volvía a escuchar aquella voz serena, imperturbable, que le iba desentrañando los más íntimos repliegues de su alma, con tal precisión y claridad como no podría hacerlo él mismo.... Y en cambio, la persona que le había traído el mensaje no podía ser más desconcertante. ¡Qué desproporción entre el mensaje y la mensajera! Una mujer viuda, con ocho hijos en este mundo y uno en el cielo... y aquella sencillez y naturalidad con que hablaba de sus cosas y de las cosas de Dios... Ciertamente; Dios se complace en escoger instrumentos muy humildes para que brille su poder divino y no los valores humanos... Se acordaba de Magdalena y las otras mujeres, escogidas por Dios para llevar nada menos que a los Apóstoles el gran mensaje de la Resurrección... y se acordaba también de Bernardita la humilde pastorcita de Lourdes y del indio Juan Diego, el pobrecillo embajador de la Virgen de Guadalupe. Todos ellos, por ser humildes provocaron la duda, el escepticismo; porque con criterio humano pensamos

que es indigno de Dios, valerse de tan viles mensajeros. Pero Dios nos desconcierta precisamente por ser Dios. Ahora, en respuesta a sus anhelos por un campo más amplio de apostolado, Dios le manda la respuesta por un humilde mensajero: una pobre mujer mexicana, viuda y con 9 hijos, sencilla, sin instrucción, como bien se descubre en sus maneras y en su lenguaje... Sí, Dios escoge a quien quiere; pero acostumbra escoger a gente de gran virtud, porque la santidad del mensajero es el mejor aval de su veracidad... "Sabemos que Dios no escucha a los pecadores", dijo el famoso ciego del Evangelio (Jn 9,31). "Mañana conoceré el Oasis y veré quiénes son esas Religiosas de la Cruz. Luego lo más pronto posible, iré a ver al P. Mir, él me informará quién es esta Concha y qué hay de verdad en este asunto.."

Por fin un poquito de sueño y comienza a clarear el alba. "Un nuevo día que Dios me manda.... Heme aquí, Dios mío, para hacer tu voluntad...".

Es día 5 de febrero. A los oídos del P. Félix llega el alegre repiqueteo de la esquila de San Felipe de Jesús, protomártir mexicano. Se oye el rumor de la gente y el estampido de los cohetes. ¡Oh los mexicanos, nunca se llenan de echar cohetes! El P. Félix comienza ya a querer a los mexicanos y a identificarse con sus costumbres.

Ahora, baja el P. Félix a su iglesia a celebrar la Santa Misa. Asisten a ella dos o tres viejitas que han superado la tentación de irse al santo bullicio de San Felipe. A unas cuantas cuadras del templo del Colegio de Niñas se encuentra la maravillosa iglesia de San Felipe, donde seis años antes ha erigido Mons. don Antonio Plancarte y Labastida el Templo Expiatorio Nacional. El monumento es grandioso y el templo está de moda; allá habrá gente a reventar... ¡Qué bien que esté solitaria la iglesia del P. Félix, porque así podrá él dar rienda suelta a su fervor; tiene miedo que las lágrimas lo traicionen. Ayer no podía quitar de sus labios la plegaria: "¡Dios mío quiero hacer más por tu gloria... quiero hacer más por tu gloria...!". Hoy en cambio, sólo puede decir: "¡Gracias, gracias, Dios mío; dame luz para saber con claridad qué quieres de mí! ¡Ya mi alma vislumbra un horizonte infinito...!".

* * *

-Padre Félix, aquí tiene a las religiosas del Oasis. Están felices y muy agradecidas con Dios. Ayer todas rezaron el Te Deum con los brazos en cruz para dar gracias a Nuestro Señor por el encuentro.

-Gracias, mil gracias. Yo tampoco me canso de bendecir a Dios por haber conocido la Obra de la Cruz.

El P. Félix, desde el fondo de sus ojos profundos mira inquisidoramente a las religiosas. Parecen muy buenas y muy sencillas. Se nota que algunas

son de familias distinguidas. Se van presentando una por una: Julia Navarrete, Ana Ma. Cabrera, Virginia Rincón Gallardo, Luz Monterrubio, etc., son 22 en total. La Superiora Julia, reboza juventud, apenas pasará de los 20 años. La Señora Armida está contentísima de ver cómo el P. Félix mira a sus monjitas con simpatía y gran interés. Hace ya seis años que comenzó esa humilde comunidad en medio de gran pobreza y poco a poco se ha ido encauzando en su vida de oración ante Jesús Sacramentado.

El P. Félix sale de aquel primer encuentro lleno de satisfacción; todo le parece ideal en la pequeña casa del Oasis: la pobreza, la sencillez, la alegría, el fervor... "Nuestro buen Jesús deberá estar muy contento en ese nidito que es de veras un Oasis para El".

* * *

Como todo el que ha tenido un encuentro vivo con Dios, el P. Félix siente que se abre un nuevo horizonte en su vida; pero es un horizonte borroso, indefinido. "Aquel día, -escribe en sus Memorias- mi vida se orientó vagamente hacia nuevos derroteros". Por su parte, la Señora Armida se encuentra igualmente pensativa, sin atinar qué dispondrá Nuestro Señor después de aquel encuentro tan raro. Para tener alguna luz al respecto, le parece oportuno y necesario dar cuenta a su director espiritual, el P. Alberto Cuscó Mir, que se encuentra en Oaxaca. Inmediatamente se pone a escribirle narrándole con entusiasmo lo que le había ocurrido el 4 de febrero; "ha sido, le dice, un triunfo para las Obras de la Cruz". El P. Mir se deja contagiar por el entusiasmo de la Sra. Armida y le contesta aprobando todo y encargando que tanto las Religiosas de la Cruz como ella den gracias a Dios por este gran favor. Concluye su carta con estas palabras: "Gracias sean dadas al Corazón Divino por lo que me dices del P. Rougier... Yo me esperaba que algo semejante produciría tu encuentro con él. Tiempo hace que quería hablarte de ese Padre. Aquí me dijo uno que el P. Félix va a ser Provincial... Cien hombres de esos pegan fuego al mundo". (2)

* * *

El P. Dunne y el P. Bénier, muy en secreto, no dejan de comentar que algo extraño ha ocurrido al P. Félix. Sin causa aparente ha cambiado de

² Cf. PADILLA JESUS MARIA, *Concepción Cabrera de Armida*, México 1982. Tomo II, Pág. 309 y 310.

un momento a otro. Ya no es tan desenvuelto y tan conversador en las recreaciones. Se pasa las horas enteras ante el sagrario con los brazos en cruz. Ayuna con frecuencia y se mortifica en forma impresionante... ¿Qué le habrá sucedido? Los trae de veras preocupados...

Pasan así los meses de febrero y marzo. Comienza la primavera de 1903; para Conchita y para el P. Félix despunta igualmente una fascinante primavera con una exuberante floración de rosas; pero ya sabemos que las rosas más delicadas y bellas nacen y crecen entre punzantes espinas...

El 7 de abril era Martes Santo. Conchita Armida estaba cosiendo en su recámara y Pedrito, el más pequeño de sus hijos, estaba sentado a su lado, mientras sus otros hijos jugaban en el jardín. Pedrito mostró deseos de ir a divertirse con sus hermanos y Conchita lo bajó de la silla y lo dejó ir, quedándose ella sola en la pieza. Minutos después, oyó repentinamente una voz interior que le dijo: "¡Pedrito está en la fuente!". Los otros chicos corrieron a encontrarla gritando: "¡Sí, mamá, allí está!". Al llegar Conchita a la fuente, se le nublaron los ojos, vio oscuro y por unos instantes no supo de sí. Cogió a su hijito en sus brazos, empapado, helado... ¡muerto! Se sintió como loca; hizo cuanto pudo por volverlo a la vida, pero el corazón del niño ya no latía, no tenía pulso, sus pupilas estaban horriblemente dilatadas, sin vida. Siguió todo lo cruel e inhumano que se sigue en tales casos: vinieron médicos, actuarios del Ministerio Público, fotógrafos, reporteros. La noticia apareció en los diarios deformada al gusto y conveniencia de los informantes, quienes cargaron las tintas sensacionalistas para medrar a costa del dolor de una madre. Conchita recortó el reportaje y guardó entre sus papeles íntimos aquel pedazo de periódico que hablaba de la "tragedia ocurrida en la Colonia Santa María, donde se había ahogado un niño inocente en la pila de sórdida vecindad, por el punible descuido de una madre desnaturalizada".

El P. Félix acudió tan luego como supo la noticia; estuvo al lado de Conchita y de sus otros hijos en el velorio y luego acompañó el cadáver hasta el cementerio, participando íntimamente en el dolor de aquella familia. No trató de consolar a Conchita con frases huecas, porque sabía muy bien que el secreto del consuelo de una madre es algo que se reserva Dios.

El corazón de Conchita sangraba por la terrible herida; su cerebro no tenía capacidad de pensar en otra cosa que en los detalles dolorosos de la muerte de Pedrito. Allá en el fondo de su alma, la martirizaba también el remordimiento por la culpa que ella o sus otros hijos hubieran podido tener en la tragedia. "Sórdida vecindad.. punible descuido... madre desnaturalizada..." Así decía el diario capitalino, y ella pensaba que tal vez habría en esas crueles palabras algo de verdad... Sus escritos de esos días nos

hablan insistentemente de tales pensamientos que laceraban su alma sobre todo en las horas inquietas de la noche.

Es verdaderamente admirable que en tales circunstancias haya habido en la mente de Conchita lugar para cosas tan trascendentales como las que Dios iba a inspirarle. El Miércoles Santo sepultó a Pedrito. Después de una noche de insomnio, llena de pesadillas y remordimientos, se levantó temprano el Jueves Santo y fue a buscar al P. Félix para confesarse. Su alma necesitaba urgentemente algún consuelo y no pensaba ella tratar en la confesión algo especial ni menos el tema de la fundación de los "Religiosos de la Cruz" que era un secreto en lo íntimo de su alma. Ese mismo tema inquietaba al P. Félix como algo que Dios le ponía ante los ojos con una insistencia que lo traía medio loco. Por eso, a una palabra incidental que ella dijo sobre el asunto, el P. Félix creyó entenderlo todo: ¡Dios lo quería para esa empresa! Ya en la noche, mientras Conchita adoraba al Divino Prisionero oculto en la urna del Jueves Santo, claramente oyó que el Señor le decía: "Sí, quiero que mi Félix sea el fundador del Oasis de Hombres; lo quiero para las Obras de la Cruz". Poco después, cuando el P. Félix recibió el mensaje, sintió en su corazón el impacto indescriptible de la elección divina y con absoluto abandono repitió una vez más: "Heme aquí, Dios mío, para hacer tu voluntad".

Los que después de muchos años podemos utilizar el criterio de discernimiento que nos da Cristo para conocer a los auténticos profetas: "Por sus frutos los conoceréis", no tenemos dificultad en afirmar que todo aquello venía de Dios. Por su parte, el P. Félix que recibía sin mezcla de intereses o pasiones humanas la luz purísima del Espíritu Santo, no dudaba ni podía dudar por un instante. Así lo afirma categóricamente: "Desde ese día, no he tenido la menor duda del llamamiento de Dios". Pero los que entonces tenían que intervenir en la realización del plan divino se hallaban imposibilitados para utilizar tales criterios de discernimiento. El P. Félix, como religioso marista, tenía sus Superiores. ¿Qué pensarían ellos de cosas tan increíbles? Era fácilmente previsible que ellos dudarían y no sería fácil convencerlos. Podía, pues, el P. Félix prever un futuro colmado de escepticismo muy legítimo y explicable y vendría como consecuencia lógica la incompreensión y las negativas por parte de ellos. ¿Y sus hermanos maristas qué pensarían? Además del natural escepticismo, habría de parte de ellos burlas, sarcasmos, tal vez envidias... no faltaría quien lo llamara crédulo, iluso y hasta traidor. Por eso mismo, su entrega incondicional a la obra que Dios ponía ante sus ojos, era arrojarse a ciegas en un mar de tribulaciones. Pero él, con la luz y la fortaleza que había recibido del Espíritu Santo, con fe inmovible podía exclamar: "Es más fácil que el

soplo de un niño apague el fuego del sol, que alguien o algo apague en mi alma el entusiasmo que han despertado en mí las Obras de la Cruz".

Pronto iba a delinearse con rasgos bien definidos la enorme y pesada cruz que el P. Félix tomaba sobre sus hombros.

El 8 de abril de ese año de 1903, mientras Conchita velaba a su hijo muerto, el Provincial de los PP. Maristas había comunicado al P. Félix que el P. General lo llamaba a pronunciar el "voto de estabilidad" en la Sociedad de María. Era esto, una distinción que los Superiores hacían al P. Félix, pues no todos los religiosos hacían ese voto, sino sólo los que eran hallados dignos por su calidad de auténticos maristas. Esta prueba de confianza vino a suscitar en el corazón del P. Félix una tempestad angustiosa: ¿Cómo pronunciar el voto de estabilidad en la Sociedad de María, si estaba convencido de que Dios lo llamaba a las Obras de la Cruz? Pero los conflictos humanos de cualquier clase, no pueden perturbar la marcha de los planes divinos. Dios se dignó enviar al P. Félix la solución perfecta de su conflicto interior. En respuesta a sus angustias Conchita le dijo con toda sencillez: "Nuestro Señor me da a entender que cuando llegue la hora, Ud. verá a su Padre General y que, sin salir de su Congregación y con la autorización del mismo P. General, Ud. empezará la obra (de la fundación de los Religiosos de la Cruz)... Después se hará la separación, pero sin ruido". Estas palabras fueron una verdadera profecía, pues las cosas sucedieron muchos años después tal como las anunció Conchita. ⁽³⁾ Y fueron también el programa y línea de conducta inalterable que había de seguir el P. Félix a través del camino largo y doloroso que lo conduciría hasta la meta de sus anhelos. Fue ya entonces cuando él y Conchita hicieron un propósito firme y jamás desmentido: "Seguiremos en la realización del plan divino EL REGIO CAMINO DE LA OBEDIENCIA".

El P. Félix no tenía duda alguna sobre el llamamiento divino; pero por tranquilidad de sus Superiores y Hermanos, y más tarde de sus hijos, creyó que debía consultar con hombres calificados. La primera consulta como era obvio, sería con el director espiritual de Conchita, P. Alberto Cuscó Mir; él era, sin duda el hombre mejor informado sobre el espíritu de su dirigida y sobre las Obras de la Cruz. La ocasión se presentó con motivo de los ejercicios espirituales que el P. Mir predicó en Oaxaca del 17 al 23 de abril, al P. Félix y a otros Padres Maristas como preparación al voto de estabilidad en la Sociedad de María. El P. Mir y el P. Félix dedicaron todo el domingo 19 a examinar la Voluntad de Dios, según las reglas de los Ejercicios de San

³ Cf. PADILLA JESUS MARIA, o.c. Pág. 314 y 315.

Ignacio: "Tres tiempos para hacer una sana y buena elección". Sin vacilación concluyeron los dos que la Voluntad de Dios era que el P. Félix fundara la Congregación de los "Religiosos de la Cruz", y resolvieron que al día siguiente, en la Misa a la hora de la Comunión, el P. Félix hiciera el ofrecimiento. En consecuencia, el lunes 20 de abril, con plena calma, libertad y tranquilidad de espíritu, el P. Félix hizo su entrega total en las manos de Dios, para fundar dicha Congregación. Como estaba programado, el 23 hizo su voto de estabilidad y el 24 se despidió del P. Mir. El 25 llegó a México y tan luego como pudo fue a ver a Conchita para contarle todo lo ocurrido en Oaxaca. Ella lo invitó otra vez a que se hiciera santo⁽⁴⁾.

Pero no todo lo acontecido en Oaxaca fue "vida y dulzura". El P. Mir quedó complacido del P. Félix; no así el P. Félix del P. Mir. Su fino olfato espiritual alcanzó a percibir que el P. Mir manejaba el Oasis, o sea la Congregación de las Religiosas de la Cruz, como cosa y posesión suya, al margen de las leyes canónicas y de las autoridades legítimas. Antes de despedirse en Oaxaca, había dado al P. Félix una lista de facultades para ejercerlas en el Oasis, entre las cuales destacaban: "Tomar el nombre de Director; explorar a las pretendientes; exponer los jueves el Santísimo Sacramento de 6 a 7 de la noche para la Hora Santa, o cualquier otro día a petición de la Superiora hacerles pláticas, ser confesor ordinario cuando se pudiera y ponerse de acuerdo en todo con la Superiora (Julia Navarrete). Además, permiso para leer los papeles de la casa (los cita ahí)". Al P. Félix le pareció esto raro; vio en dicho sacerdote algo clandestino que no le agradó, llegando con pena y decepción. Vislumbró que obraba debajo de los Superiores⁽⁵⁾.

El P. Mir había escrito a Julia Navarrete informándole de las facultades que había dado al P. Félix y diciéndole que a él sí podían tomarlo como director y que le podía dar a leer con toda confianza los "papeles de la fundación". Cuando el P. Félix fue al Oasis a conversar con la Superiora, le dijo con toda franqueza lo que pensaba sobre las facultades concedidas por el P. Mir. Que esas facultades solamente las podía dar el legítimo Superior Eclesiástico, que era, según los Cánones, el Arzobispo de México, por ser el Oasis Congregación de derecho diocesano. Que, por lo tanto, si el Ilmo.Sr. don Próspero María Alarcón no le concedía esas facultades, él no las aceptaría. Que de ninguna manera quería él entrar al Oasis "por la

⁴ Ibidem, Pág. 316.

⁵ CABRERA DE ARMIDA C., *Historia de los Misioneros del Espíritu Santo*. Inédita.

ventana o saltándose la barda", sino por la puerta y a la luz del día; que el Evangelio era muy claro al respecto: "El que no entra por la puerta al redil de las ovejas, sino que se mete por otra parte, es un ladrón y salteador que sólo entra para robar y matar" (Jn 10, 1). La M. Julia Navarrete, bisoña Superiora del Oasis que apenas llegaba a los 22 años, profesaba grandísima estima y veneración al P. Mir, en quién veía a su padre fundador, su maestro y su oráculo divino. Al oír las expresiones del P. Félix se sintió tocada en la fibra más delicada de su corazón filial y por poco se desmaya al impacto del escándalo. ¡Cómo! ¿Ladrón y salteador su amadísimo y santísimo Padre? ¡Eso sonaba punto menos que a blasfemia! El P. Félix advenedizo de la víspera, no le iba a cambiar el corazón ni arrancararía de su alma el amor filial y la inmensa gratitud que ella tenía por su amadísimo padre... Se puso inmediatamente a escribir una larga y detallada carta al P. Mir, contándole con tintas bien cargadas lo que le había dicho el P. Félix. Menudo susto se llevó el P. Mir al recibir la carta de Julia. ¡De modo que aquel humilde sacerdote que hasta quiso besarle los pies no era ningún ingenuo, sino que tenía criterios bien cimentados y no estaba dispuesto a someterse ciegamente a su forma de proceder con el Oasis...! Había que cerrarle a cal y canto las puertas del Oasis. Que no se le diera a leer nada ni se le informara sobre las cosas íntimas de la fundación. Su influencia sería en extremo perniciosa. En tal sentido escribió inmediatamente a Julia, para que retirara en absoluto al P. Félix.

Los hombres honrados suelen tener ciertos repliegues en su conciencia: tortuosidades, trastiendas, recovecos, de cuyo contenido solamente Dios puede juzgar: "No conozco la conciencia de un criminal, decía un gran hombre, sólo conozco la de un hombre honrado (la suya propia), y os aseguro que es algo horrible".

Es cosa bien sabida que en la conciencia de un hombre "honrado" caben las mentiras piadosas, las restricciones mentales, las interpretaciones benévolas, los permisos presuntos y mil cosas similares que forman el caldo indigesto en que nada la conciencia "honrada" del que quiere hacer las cosas a su antojo. El P. Mir era un hombre honrado; pero el P. Félix era mucho más que un hombre honrado. Nuestro Señor lo llamaría: "el Hijo de la Pureza", porque su conciencia poseía una transparencia diáfana que no admitía componendas ni restricciones mentales. Era imposible que entre ambos hombres existiera un entendimiento duradero. El rompimiento se realizó a las primeras de cambio y fue definitivo e irreversible. Las terribles consecuencias de este rompimiento habrían de ensombrecer el curso de los acontecimientos futuros.

La Señora Armida había hecho grandes progresos en la virtud desde que

tomó la dirección del P. Mir, allá por los años de 1893. En vista de tales progresos, había hecho el voto de no cambiar jamás de director espiritual. Pero con el correr de los tiempos, se había creado entre director y dirigida una situación terriblemente tensa. Sabía ella que el P. General de la Compañía de Jesús había prohibido al P. Mir que la tuviera por dirigida. También había prohibido que cualquier Jesuita tuviera algo que ver con el Apostolado de la Cruz. Sin embargo, el P. Mir se formaba la conciencia y seguía procediendo al margen de tales prohibiciones. Esto la hacía sufrir lo indecible, porque ella no quería saber nada de ocultamientos o secretos. Su temperamento y también sus convicciones espirituales la llevaban a la claridad, a la luz, a la franqueza. Al ponerse en contacto con el P. Félix, sintió que encontraba un alma gemela. El le declaró categóricamente que el voto de no cambiar de director espiritual había sido totalmente inválido, y para avalar su opinión le llevó la respuesta unánime de cuatro teólogos calificados. Después de mucho orar y habiendo consultaó con personas virtuosas y sabias, entre las cuales destacaba el Ilmo. Sr. don Leopoldo Ruiz y Flores, Obispo de León, decidió Conchita dejar la dirección espiritual del P. Mir. No fue fácil llegar a esta resolución. Ante su conciencia aparecía el negro fantasma de la ingratitud. Por otra parte, el P. Mir a quien estaba acostumbrada a obedecer ciegamente, le aseguraba que él obraba rectamente, que ella se perdería si se alejaba de su dirección; le decía que estaba engañada y le ordenaba que se apartara sin demora del P. Félix; que si no lo hacía, habría un cisma en el Oasis y que ella sería la culpable. Esta última amenaza aparecía ya como algo inminente e inevitable.

Pronto se planteó para las religiosas el terrible dilema: ¿con quién elegían quedarse, con el P. Alberto Mir o con doña Concha Cabrera? Eran en el Oasis 22 piadosas mujeres; de ellas unas cuántas habían hecho sus votos religiosos; las más eran novicias o postulantes recién llegadas. Muchas jamás habían oído hablar de la parte que correspondía a la Sra. Concha en el origen del Oasis; sabían sólo que era una devota que iba con frecuencia a orar a la capilla y a conversar con la Superiora. No había que pensarlo mucho: la mayoría eligieron quedarse con el sacerdote jesuita que tanto prestigio tenía como padre y director del Oasis. Las que eligieron quedarse, al ser interrogadas acerca del partido que deseaban tomar, respondieron que ellas seguían a la Iglesia y no a personas. Quedaron fieles a la primigenia inspiración del Instituto solamente siete religiosas, precisamente las que poseían información y razones suficientes para permanecer en lo que ellas estimaban que era la Voluntad de Dios. Fue nombrada Superiora del pequeño grupo de las fieles, la Madre Ana María Cabrera, prima de Conchita. Las profesas que optaron por separarse solicitaron del Ilmo. Sr.

Arzobispo la dispensa de sus votos religiosos; las novicias y postulantes simplemente se dispersaron para volver a reunirse cuando fuera posible. El grupo de las disidentes era capitaneado por las MM. Julia Navarrete y Virginia Rincón Gallardo que habían sido Superiores del Oasis y gozaban de prestigio entre las Hermanas. Ellas creían tener razones sólidas para optar por la separación, pues juzgaban que se quería cambiar las constituciones que ellas habían profesado guardar y que con ese cambio no se respetaba el genuino espíritu del Instituto. Sería ingenuo pensar que tales razones existían en la mente de las que habían ingresado en fechas recientes; más bien debieron ser determinantes en ellas los sentimientos de adhesión incondicional a quien consideraban como su padre fundador.

Si alguien cree que tales rompimientos entre mujeres piadosas pueden hacerse en forma muy cerebral y muy pacífica, ese tal demuestra que no sabe el A B C de la psicología femenina. Aquel dolorosísimo cisma aportó enormes sufrimientos a unas y a otras y hubo momentos terribles y detalles bochornosos. Así es la triste condición humana. Conchita sufría lo indecible viendo convertido el Oasis en un berenjenal donde no podía haber consuelo ni descanso para el Corazón de Cristo. Llorando amargamente durante su oración nocturna, oyó la voz del Señor que le decía: "¡Salva mi Oasis!" El P. Félix la sostenía en su fe y trataba de pacificarla diciéndole: "Todo esto tenía que suceder; era necesario arrancar, eliminar, purificar; de otro modo, las cosas irían por mal camino". El cisma quedó consumado el 21 de julio de 1903 a las 5:40 de la tarde.

* * *

Nos cuenta San Lucas en su Libro "Los Hechos de los Apóstoles" (Hch 15, 37 y sigs.) que cierto día Pablo y Bernabé, egregios Apóstoles de Cristo, se pelearon, nada menos que por causa de Marcos el Evangelista. No debió ser un pleito cualquiera porque acabó en rompimiento definitivo. Lástima que San Lucas, tal vez por respeto a los protagonistas, no nos trasmite las palabras textuales que cada uno profirió desde lo profundo de su ronco y sacratísimo pecho. Solamente consigna que Pablo tomó consigo a Silas (Silvano) y prosiguió su misión; Bernabé por su parte, se quedó con Marcos y continuó tranquilamente difundiendo la Buena Nueva entre los gentiles. El resultado fue que de aquel sonado pleito entre puros santos de primera categoría resultaron dos mancuernas de misioneros en lugar de una. Y allí en el Sagrado Libro de los Hechos quedó consignado por inspiración del Espíritu Santo que Dios tiene sus caminos que no siempre coinciden con los nuestros, pues nosotros quisiéramos que en la marcha de los

acontecimientos del Reino de Dios todo fuera "muy bonito".

De manera similar, del rompimiento en el Oasis resultaron dos Congregaciones Religiosas: Las Religiosas de la Cruz que permanecieron con el P. Félix y Conchita, y las Religiosas de la Pureza de María, fieles al P. Mir que siguieron a la M. Julia Navarrete y se fueron a fundar en la Diócesis de Aguascalientes. Ambas Congregaciones pasaron por el crisol del sufrimiento. En la actualidad (1989) se encuentran en pleno florecimiento dando frutos de santidad para la Iglesia de Dios⁶.

* * *

Consumado el rompimiento con el P. Mir y el cisma en el Oasis, como sucede al final de toda guerra, hubo que emprender la ingente labor de la reconstrucción. En las grandes conflagraciones y lo mismo en las pequeñas guerras familiares quedan ruinas, escombros, rescoldos humeantes, bombas ocultas que un día podrán explotar. Lo que aconteció en aquel entonces en el Oasis fue el origen de muchas dificultades, resentimientos y problemas que obstaculizaron la realización de los planes de Dios. Aquella soñada fundación de los "Religiosos de la Cruz" no sería empresa fácil. Encontraría oposiciones, despertaría dudas y avivaría el fuego de viejos rescoldos mostrando que aún estaba vivo y era capaz de suscitar incendios. Pero Dios lo había prometido y no podría fallar: tal era la convicción inmovible del P. Félix.

Impulsado y ayudado por Conchita, se aplicó con todo su dinamismo a la reconstrucción, o digamos mejor a la resurrección del Oasis que había quedado casi desierto: dos profesas, dos novicias y tres postulantes. Ya en su parroquia de Nuestra Sra. de Lourdes había establecido el Apostolado de la Cruz con la bendición y aprobación de su inmediato Superior, el Padre Roustan, Provincial de los Maristas. Pero el proyecto central de las ilusiones del P. Félix y de Conchita, era la fundación de los "Religiosos de la Cruz"; algo que ambos miraban en el borroso

⁶ Se encuentran muy adelantados y sin tropiezo los procesos de beatificación de Concepción Cabrera de Armida y del P. Félix de Jesús Rougier. Recientemente se ha introducido la causa de beatificación de Julia Navarrete y tal vez se promueva la del P. Alberto Cuscó Mir. Todo esto es muy explicable y legítimo: infeliz del hijo que no puede decir: "mi padre fue un santo, mi madre fue una santa". Pero la historia no siempre coincide con nuestros sentimientos filiales. En definitiva será la infalible autoridad del Vicario de Cristo la que nos dirá si algún día podremos alegrarnos diciendo a boca llena: Santa Conchita, San Félix; santa Julia, San Alberto, rogad por nosotros...

horizonte de un porvenir incierto. Al P. Félix, por su temperamento impulsivo y por su celo apostólico, le gustaba realizar a la máxima brevedad posible las empresas en que se hallaba implicada la gloria de Dios. En medio de su actividad de Párroco y Superior, llevaba como idea parásita aquel llamamiento de Dios. Su oración, su vida de abnegación y sacrificio, su intención diaria en la celebración de la Misa era siempre la misma: "Muéstrame, Señor, tus caminos y correré por ellos..." Sus Hermanos, los PP. Maristas, eran espectadores desconcertados por el cambio que notaban en el P. Félix. El guardaba en lo íntimo del alma su secreto, cuidando celosamente de no revelarlo a nadie. Pero es imposible ocultar por largo tiempo un fuego que arde con violencia. Tuvo la ingenuidad de comunicar sus íntimos planes y proyectos a quién creyó confidente discreto y digno de confianza. Fue éste su hermano carnal, el P. Manuel Rougier, quien, como ya sabemos, era también Marista y gran misionero en la Oceanía. Alguna cosa le dijo el P. Félix en una de sus cartas que picó la curiosidad del P. Manuel. Debió ser éste un hombre inteligente y además astuto, porque le puso una trampa muy sutil. Le dijo que las fatigas de su apostolado como misionero entre infieles habían llenado su alma de un ardiente deseo de soledad; que estaba pensando muy en serio en retirarse al Císter, la beatífica Orden contemplativa de San Roberto y San Bernardo. El P. Félix mordió el anzuelo y se puso en seguida a escribir una larga y fogosa carta en que decía a Manuel: "Déjate de pensar en el Císter; Dios me ha llamado a fundar una Congregación que estará dotada de una espiritualidad maravillosa; en ella encontrarás la plena satisfacción de tus anhelos. Espera un poco, porque Dios no falla en sus promesas y pronto esa Congregación será una realidad". El P. Manuel, al recibir la carta, creyó tener en sus manos la prueba palmaria de que Félix estaba loco; era un soñador, un iluso a quien había engatusado una beata mexicana. En tal sentido contestó al P. Félix, poniéndolo en guardia contra las ilusiones. Pero, no contento con esto, envió las cartas confidenciales al P. Provincial de México y éste las turnó al P. General. Ellos creyeron haber descubierto una conjura. Ambos Superiores tuvieron un mal rato al recibir las denuncias y escribieron sendas cartas al P. Félix reprendiéndolo severamente: "Lo creían más firme en su vocación... ellos que lo habían llamado a pronunciar el voto de estabilidad... ellos que ya lo estaban proponiendo para Provincial...! ¡Cuándo hubieran imaginado que andaba tramando su salida de la Congregación! ¡Padre Félix, déjese de ilusiones; persevera en su vocación de Marista que es para Ud. la más segura. No sea crédulo ni sueñe en grandezas que no son más que tentaciones en contra de su humildad!".

Sí... ya el P. Félix había pensado que habría muchas espinas y cruces en

su camino: incomprendiones, sarcasmos, envidias... Ahora estaba viendo lo que nunca había imaginado: que era su propio hermano quien lo lanzaba inerme a recibir las afrentas... Ahora comenzaba el tiempo de endurecer su cara para recibir bofetadas y salvazos sin hurtar el rostro... ¡como Cristo el día de su Pasión!

Había llegado la hora, no había que pensarlo más. La obra no era suya; era obra de Dios y era necesario defenderla de insultos y calumnias. Su vocación de fundador no era, como algunos pensaban, sueño de grandezas. Bien había comprendido desde un principio que sería semillero inagotable de penas muy amargas y así la había aceptado aquel Viernes Santo, cuando hizo su entrega total e incondicional a las Obras de la Cruz. Respondió a sus superiores con grandísima humildad, pero cuidando mucho de aceptar que aquello que traía en mente era idea suya sugerida por vanidad o ilusión. Quiso exponer a sus Superiores las razones que tenía y que para él eran indubitables, para creer en el auténtico llamamiento de Dios. Pidió, pues, permiso a su Padre General de ir a Francia a conferenciar con él. Era esto el inevitable y temido paso que le imponía su condición de religioso.

A vuelta de correo envió el P. General respuesta afirmativa, y el P. Félix se puso sin demora a preparar el viaje.

* * *

Conchita tenía en el P. Félix un director espiritual seguro por su absoluta rectitud y espíritu sobrenatural. Tenía además en él un sólido sostén para la reconstrucción del Oasis y un consejero experimentado para la educación de sus hijos. Ahora, él se alejaba al otro lado del océano y era imposible saber si sería por corto o largo tiempo... ¿Y si se enfermaba y se moría allá lejos...? ¿Y si naufragaba y se ahogaba en el mar...?

Llena de angustia, orando fervorosamente y preguntando al Señor, oyó su divina voz que le dijo: "El P. Félix tendrá que purificarse como el oro en el crisol antes de tocar mi obra; ¡EL SE AHOGARA EN UN MAR DE AMARGURA... !"

* * *

La despedida fue emotiva y hubo lágrimas. El P. Félix dijo a Conchita: "Hemos escogido el regio camino de la obediencia. Voy confiado en Dios que no puede fallar en sus promesas. Pero, pase lo que pase, esté Ud. segura de que en cualquier lugar y en cualquier circunstancia ESTARE SIEMPRE OBEDECIENDO.

* * *

El 16 de julio de 1904 se embarcó en Veracruz el P. Félix. Aquella playa brumosa que había contemplado tres años antes, se alejaba ahora entre brumas más densas... Allí se quedaban las más caras ilusiones que jamás hubiera soñado su corazón...

CAPITULO VII

EN EL MAR DE AMARGURA

Ha llegado el temido y anhelado momento. El viernes 5 de agosto de 1904, se apea el P. Félix en la bien conocida estación del ferrocarril de la ciudad de Lyon. Lleva el alma agitada por incontenibles ansias; quisiera encontrarse ya delante de su Padre General para exponerle el proyecto en el que piensa gastar su vida entera, en perfecto acatamiento de la Voluntad Divina. Pero antes habrá que pedir una especial asistencia a la Madre solícita sin cuyo auxilio y protección no hará jamás cosa grande ni pequeña. Celebra la Santa Misa en la Basílica de Fourvière y allí repite ante su amantísima Madre la extraña petición que dos días antes le había hecho en su Basílica de Lourdes: "Te pido, por favor, cruz, humillaciones, desprecios; te pido pasar por loco, alucinado, temerario, falta de juicio y todas las pruebas que sean del agrado de Nuestro Señor; pues comprendo que para purificarme de toda escoria he de sumergirme en ese mar de dolor... Lo deseo con toda mi alma. ¡Madre querida, que pronto se funden los "Religiosos de la Cruz" y que se cumplan así los deseos de Jesús! ¡Oh Madre, Madre, dame tu bendición, ahora que voy a entrar al combate, para empezarlo con entusiasmo y que lo termine con éxito!"

Ese mismo día, por la tarde, llega a Saint-Foy-les-Lyon. Con el pulso acelerado y las manos sudorosas, entra a la presencia del P. Antonio Martin, su majestuoso y taciturno Superior General. El P. Martin lo abraza cariñosamente y lo envuelve en una mirada paternal... "¿Dónde está el loco, el infautado, el iluso...? Si este hombre, a través de sus ojos limpios deja ver un alma de cristal, diáfana, transparente, serena, toda de Dios...".

-Siéntese, mi querido hijo. ¿Cómo le ha ido en su viaje? ¿Cómo anda de salud? ¿Cómo están nuestros Padres de México? Ahora tengo para Ud. todo el tiempo que quiera. Hábleme de su alma y de sus proyectos; estoy para oírlo sin ninguna prisa...

-Gracias, gracias, Padre mío. Había deseado tanto llegar a este momento. Míreme cómo vengo: hecho un haz de nervios, tembloroso, dispuesto a oír de sus labios mi sentencia de muerte.

El P. Martin sonríe compasivo y le dice con voz amable:

-¿Acaso soy juez implacable que dicta sentencias de muerte?

-No, no, mi amadísimo Padre. Pero Ud. me comprende. Su decisión marcará mi vida entera... Ahora su paternal acogida me da confianza. Vengo a poner ante sus ojos mi alma y mi corazón abiertos de par en par. No le ocultaré absolutamente nada, porque quiero ante todo hacer la voluntad de Dios. Aquí tengo preparado un memorándum para que no se me escape un solo detalle: ¿Por qué esa fundación? ¿De dónde me ha venido esa

vocación? ¿Por qué creo ciegamente en esa persona? ¿Qué pasos pienso dar? A esto último, que resulta lo primero en la ejecución, respondo que lo primero que pienso hacer y ya lo estoy haciendo, es obtener el permiso de Vuestra Reverencia, porque he decidido ante todo y sobre todo SEGUIR EL REGIO CAMINO DE LA OBEDIENCIA. Por lo tanto, si su V. Rev. me dice NO, yo obedeceré ciegamente, prontamente, alegremente, teniendo presente que obedecer a V. Rev. es obedecer a Dios; pues no pretendo otra cosa que hacer en todo la Santa Voluntad de Dios. Pero si V. Rev. me dice SI, VAYA, partiré inmediatamente a Roma, para continuar allá y obtener del Vicario de Cristo su bendición y los permisos necesarios.

El P. Félix hablaba con la entereza que da una convicción sin sombra de duda. El P. Martín, por su parte, escuchaba en silencio, haciendo de vez en cuando una breve pregunta y tomando anotaciones. Pasaron así varias horas. Por fin dijo el P. General al P. Félix:

-Bien, mi querido hijo, por hoy hemos hablado lo suficiente. Usted estará cansado a resultas de su largo viaje. Vaya por ahora a descansar y mañana seguiremos hablando. Vuelvo a repetirle: no tengo prisa, he reservado para Ud. todo el tiempo que sea necesario, porque su asunto es de máxima importancia; yo también quiero cumplir en esto la voluntad de Dios.

El P. Félix salió de aquella primera entrevista pletórico de gozo. Creía ver que su buen P. General se iba convenciendo. Postrado ante el sagrario dio gracias a Nuestro Señor una y mil veces. Por la noche, su sueño y su desvelo fue de alegres presentimientos. Volvió al día siguiente muy alegre a la presencia del P. Martín y siguieron hablando con toda calma los días 6, 7, 8 y 9, hasta que ambos quedaron satisfechos. Al terminar la última entrevista, el P. General dijo al P. Félix: "Yo le aseguro que si el Señor lo quiere para esta obra, no vacilaré en darle mi permiso. Pero antes de tomar una decisión quiero orar y reflexionar, estudiar detenidamente su caso y someterlo al exámen de los Asistentes Generales. Vaya entretanto a visitar a su anciano padre; hace ya 10 años que no lo ve. Quédese con él 15 días y vuelva por mi respuesta.

* * *

¡Qué impresiones, qué sentimientos encontrados...! ¡Les Iles, amada granja paterna con sus cedros, sus castaños y su cielo azul... el árbol de la Virgen, la capilla votiva, testigo de aquella mañana inmortal que señaló la cumbre de las alegrías de la familia, cuando allí se reunieron todos para la Ordenación Sacerdotal de Manuel...! ¡Todo igual, sólo un tanto envejecido

por la acción de 10 años de inviernos helados y veranos luminosos...! ¡Pero las personas... cómo han cambiado: su padre ya casi septuagenario convertido en un ermitaño, con los ojos marchitos como fuentes que han agotado el manantial de sus lágrimas... y el vacío incolmable de la madre muerta; ella que era el alma y el corazón de esa casa y que ahora es ya sólo un nombre más sobre la estela funeraria de La Chomette... Y Estanislao, nuevo patriarca de Les Iles, y los alegres rostros de los pequeños que miran con curiosidad inquisidora al tío Félix de quien tanto han oído hablar...! ¡Qué cambios, Dios mío! Diez años en la vida de los hombres son mucho más que en la existencia de las cosas!

-¡Félix, hijo mío! ¡Bendito Dios que me concede verte antes de morir! ¡Déjame abrazarte otra vez en este mundo; déjame darte el beso que tu madre guardaba para ti cuando te fuiste! ¿Por qué no te dejaron verla por última vez para que ella pudiera abrazarte y besarte...! Pero ¡para qué llorar, si ella está en el cielo y allá nos reuniremos pronto!

-Sí, mi querido papá; esta vida pasa y demasiado pronto. Pero, mira: Dios no te ha dejado solo. Mira estos niños que te ha dado como angelitos para que alegren tu corazón con sus risas inocentes... ¡Tantas cosas tenemos que contarnos! Me han concedido 15 largos días para dártelos todos enteros y conversar íntimamente hasta saciarnos de veras.

¡Quince días: un suspiro para estar junto a papá Benoit y Estanislao y los inquietos sobrinos...! Pero ¡qué largos para vivirlos en la espera del momento en que Félix escuchará de labios de su Padre General un "SI" que será tan alegre como el primer día de la Creación, cuando Dios dijo: "Hágase la luz..." o un NO, más negro y fúnebre que una mortaja en que sepultará la ilusión más grande que su misma vida...

* * *

Miércoles 24 de agosto de 1904. El P. Félix está nuevamente ante su Padre General. El corazón le palpita con violencia. Un presentimiento infalible le dice que la respuesta no le dará la felicidad que tanto anhela.

-Siéntese, mi querido hijo. Tengo ya para usted una respuesta relativa a sus proyectos. Voy a leerle este papel. Lo escribí para estar más seguro de mis expresiones y para que Ud. lo guarde y recuerde mejor mis órdenes y se atenga fielmente a la Voluntad de Dios.

"MI QUERIDO PADRE FELIX, DESPUES DE HABER REFLEXIONADO Y ORADO MUCHO Y DE HABER CONSULTADO EL PARECER DE MI CONSEJO;

CONTANDO CON SUS PROTESTAS DE SUMISION Y OBEDIENCIA A LA DECISION QUE YO TUVIERA A BIEN TOMAR SOBRE LA MISION DE FUNDAR UNA NUEVA CONGREGACION RELIGIOSA QUE SE LLAMARIA 'CONGREGACION DE LOS RELIGIOSOS DE LA CRUZ DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS',

ES MI VOLUNTAD

1º QUE USTED NO SE OCUPE DE NINGUNA MANERA DE LA FUNDACION DE LA NUEVA CONGREGACION;

2º QUE USTED DEJE DE COMUNICARSE POR CARTA O DE CUALQUIER OTRA MANERA CON LA SEÑORA ARMIDA, YA SEA DIRECTA, YA SEA INDIRECTAMENTE;

3º EN CUANTO A SUS PENITENCIAS, CONFESIONES Y DIRECCION ESPIRITUAL, CONFORMESE A LO QUE MANDAN LAS REGLAS DE LA SOCIEDAD DE MARIA. PARA UN MARISTA ELLAS SON EL CAMINO RECTO Y ALLI ENCONTRARA LAS LUCES Y LAS GRACIAS DEL CIELO".

Después que el P. General leyó estas disposiciones, las entregó al P. Félix y le dijo:

-Ahora, si Ud. no tiene ninguna dificultad, lo mando a España, a la casa de Barcelona, donde tendrá al P. Gauven como Superior.

-Iré con mucho gusto lo mismo a España que a Oceanía, -contestó el P. Félix sin vacilar- y voy con alegría, pues estoy segurísimo de hacer así la voluntad de Dios y no pretendo otra cosa.

-Esa es la disposición en que debemos estar siempre, -agregó el P. General-, edificado de la pronta sumisión del P. Félix.

Entonces, éste se arrodilló ante el P. General, le pidió su bendición y luego se fue a la capilla a rezar el Te Deum con los brazos en cruz, en acción de gracias, sumiéndose así con decisión en aquel mar de amargura previsto y anunciado.

Los Superiores habían sido justos y prudentes. Las cosas humanas se gastan, se acaban o se olvidan con el tiempo; pero las cosas de Dios permanecen y se agigantan con los días y con los años. El amor que El alienta sabe perseverar en la fe en medio de las más densas tinieblas y sabe

vivir en la esperanza... contra toda esperanza...

* * *

Aquí tenemos ahora al P. Félix en la ya familiar casa de Barcelona donde había vivido once años. Su Superior es el P. Gauven, su antiguo súbdito en Colombia. Son viejos amigos y se estiman mutuamente; pero el P. Gauven ha recibido órdenes expresas de hacer dura la prueba para que pueda ser convincente. Hay que dar mucho trabajo al P. Félix para que se le olviden sus sueños de grandezas. El trabajo, además de agotador, tendrá que ser a propósito para conservarlo en la humildad: ya no será la honorífica y fascinante cátedra de Sagrada Escritura; ahora habrá que dar clases de gramática española a niños de 8 años, confesar varias comunidades de monjitas, recoger de numerosos bienhechores la limosna de una peseta mensual para el sostenimiento de obras de caridad... El P. Félix cumple a la perfección sus deberes y observa escrupulosamente la prohibición de comunicarse con la Señora Armida directa o indirectamente; también hay prohibición de comunicarse con los Obispos mexicanos y con cualquier persona conectada con su proyecto de fundación. Pero el P. Félix predica con fuego encendido sobre la Cruz; eso nadie se lo ha prohibido. La gente que lo oye se entusiasma y ya hay revuelo en torno de él. Entonces, habrá que prohibirle predicar sobre la Cruz y además quitarle cualquier ocasión de hacerlo: en adelante celebrará su misa dominical en un oratorio privado, sin auditorio...

¿De qué te admiras, Félix, de qué te quejas? ¿No dijiste al P. General que estarías dispuesto a obedecer si él te ordenara no pensar voluntariamente en las Obras de la Cruz y en tu pretendida vocación a ellas? Tus Superiores han sido bondadosos y prudentes: todavía no te han ordenado no pensar... ¡aunque han estado muy cerca de ello!

A solas en su oración, el P. Félix desahoga su corazón... solo, aislado, sin esperanza... prisionero en la cárcel de su obediencia que tiene muros más altos que cualquier prisión del mundo. Y como todo prisionero, se avivan y acrecientan en su alma las ilusiones, las ansias, los espejismos del día mil veces soñado en que se romperán sus cadenas. Sabe o sospecha que su Padre General ha quedado convencido y que solamente desea someterlo a una prueba para que aparezca clara la voluntad de Dios. Pero ¿cuánto durará esa prueba? ¿Serán unos meses o tal vez un año? ¡Oh, un año en esta inactividad, cuando a él le gusta ejecutar sin dilación las obras de Dios! Llevado de estas ansias incontenibles escribe una y otra vez a su Padre General, manifestándole reiteradamente su disposición de obedecer siempre;

pero suplicándole con las más sentidas expresiones que no retarde más la gloria de Dios. El P. Martín le contesta paternalmente animándolo y consolándolo: "Dios tiene su hora, y si El de veras lo quiere, esa hora llegará". Un día escribe el P. Félix una carta excepcionalmente apremiante; es el 4 de febrero, aniversario inolvidable: "Hace ya dos años de aquel encuentro providencial con la inspiradora de las Obras de la Cruz: dos años idemasiado tiempo para tener detenida la gloria de Dios...!" Pero esta vez, la respuesta del P. General no viene; en cambio llega poco tiempo después la fatal noticia: El P. Antonio Martín, Superior General vitalicio de los Maristas, ha muerto: el 25 de marzo de 1905, ha vuelto a la Casa del Padre. ¡Oh Dios mío, ha muerto, cuando tal vez ya estaba próximo a desatar las cadenas del P. Félix! ¿Quién vendrá ahora como sucesor? Meses después sabe que el nuevo Superior General es el P. Juan Raffin. El P. Félix vuelve a la carga; manifiesta sus disposiciones de obediencia plena y reitera la urgencia de obsequiar los deseos de Nuestro Señor. Pero el nuevo Superior no tiene conocimiento minucioso del caso, ni tampoco tiene prisa por conceder al P. Félix un permiso que parece contrario a la opinión general de la Congregación de los Padres Maristas. Sus respuestas a las reiteradas solicitudes del P. Félix son fríamente uniformes: "Hay que esperar sin ansias y sin precipitaciones. Si la pretendida vocación del P. Félix viene realmente de Dios, El abrirá caminos para que se cumpla su voluntad". Así se esfuma para siempre el espejismo de una pronta liberación. Se ve claramente que el nuevo P. General no acepta el origen divino de la nueva vocación del P. Félix. Del P. Juan Raffin no cabe esperar respuesta favorable. ¡Si al menos hubiera un plazo definido! Pero en la Congregación de los PP. Maristas el cargo de Superior General es vitalicio... Así la esperanza se pierde en la lejanía... cuando venga otro posiblemente más dispuesto a creer. Pero entonces el P. Félix se habrá hecho viejo, y si algún día se rompen sus cadenas, ya no tendrá energías para nada... "¡Así lo quieres Tú, mi Jesús; así lo quiero yo!"

Pasa el resto del año de 1905, pasa 1906 y luego otro y otro hasta completar cinco. El alma del P. Félix se ha purificado como el oro en el crisol del sufrimiento y de las humillaciones; en todos sus deseos y proyectos, en todos sus gustos e inclinaciones ha sido rudamente contrariado por expresa indicación de los Superiores. Entre sus Hermanos de Congregación se habla de él como de un loco, un iluso, un megalómano; hay interpretaciones malévolas, sonrisitas compasivas, comentarios y críticas tras de las cuales se asoma muchas veces el espectro amarillo de la envidia. El P. Félix lo absorbe todo, lo soporta todo, lo disculpa todo... Tiene muy presente aquella oración que hizo ante la Virgen de Lourdes en la que pedía

"por favor" todo lo que ahora le viene encima en avalancha sin tasa ni medida. "¡Oh Señor, -decía Santa Teresa-, cómo tratas a tus amigos... con razón tienes tan pocos!".

Pasan los días, los meses y los años, breves y ligeros para el que goza despreocupadamente de la vida; lentos, pesados, inacabables para el pobre preso que espera tras las rejas el día de su liberación. Así era el P. Félix. Le parecía que su vida era un túnel oscuro, interminable. De vez en cuando, un acontecimiento inusitado, un cambio en su rutina, una noticia breve le traía una pálida esperanza. Era como una rendija de luz que se filtraba fugazmente en el túnel para cerrarse en seguida y volver a la negra oscuridad.

En la situación del P. Félix había elementos irreconciliables: por una parte, la decisión que él había tomado irrevocablemente de no proceder a la soñada fundación de los Religiosos de la Cruz sino con la plena aprobación y bendición de sus Superiores Maristas; por la parte contraria, o sea por parte de ellos, la falta de convencimiento de que tal vocación de fundador viniera de Dios. Ellos tenían sus razones: la pretendida vocación había venido al P. Félix por medio de "una señora piadosa que decía tener revelaciones". ¡Qué cosa más ridícula! ¡Y más, pretender que ellos tomaran la responsabilidad de tamaña empresa fiados en las "revelaciones" de una mujer piadosa de un país subdesarrollado donde apenas sabrían los cristianos recitar el Padrenuestro! ¡Quién con un gramo de sindéresis podía creer en las revelaciones de una mujer mexicana, viuda y de ribete en plena crisis climática! ¡Qué locura! Sólo la ingenua credulidad del P. Félix y tal vez el humo de la vanidad que se le había subido a la cabeza eran capaces de inclinarlo a creer ciegamente en tales disparates! ¿Y los obispos que avalaban empresa tan descabellada? ¡Bah, sin duda eran dignos pastores de su grey: muy piadosos, muy crédulos y muy ignorantes! Al fin de cuentas, si la cosa era de Dios, El les daría pruebas convincentes que los hicieran abrir los ojos! Por lo demás, si el P. Félix estaba tan convencido, podía pedir la dispensa de sus votos y salir correctamente de la Congregación de los Maristas para hacer lo que le dictara su conciencia sin comprometer la responsabilidad de los Superiores y el prestigio de la Congregación, en el caso muy probable de que la susodicha Señora Armida resultara una vulgar ilusa y todo viniera a parar en un gran fiasco.

Estando así las cosas, la situación llevaba trazas de prolongarse por los siglos de los siglos, mientras el P. Félix consumía los mejores años de su vida esperando y esperando.

Tantas penas y contradicciones minaron la robusta salud del P. Félix. En febrero de 1908, sufrió un vulgar resfriado invernal que no alarmó a nadie: por algo febrero se llama así: "februarius", el mes de las fiebres. El P. Félix no se cuidó como era debido ni abandonó sus habituales quehaceres. Pero aquel resfriado degeneró en una bronquitis pertinaz, con tos de tísico que le salía desde el fondo de las entrañas y no lo dejaba ni en la vigilia ni en el sueño. El médico recetó reposo absoluto: nada de clases, nada de confesiones ni predicaciones: tenía que permanecer el día entero echado en una poltrona, tomando el sol cuando era posible, como un pobre anciano consumido y deshauciado... en la madurez de su 49 años. Una vez más repetía su estribillo favorito: "¡Así lo quieres Tú, mi Jesús; así lo quiero yo!".

En vista de que el mal iba en aumento, aconsejó el médico un cambio de clima, pues el de Barcelona sería fatal para el enfermo. Los Superiores tomaron debida cuenta del riesgo y mandaron al P. Félix al famoso balneario de La Bourboule, en la Auvernia, no lejos de Les Iles donde vivía papá Benoit y los demás familiares del P. Félix. La Providencia Divina conducía los acontecimientos por el cauce de su sabiduría infinita. El P. Félix llegó a La Bourboule en tal estado de agotamiento, que casi no podía dar paso; pero el clima de su tierra, las saludables aguas termales y la proximidad de su anciano padre comenzaron a devolverle las fuerzas casi extinguidas. Pero hubo algo más: a los pocos días de su llegada al balneario, llegó también en busca de alivio nada menos que el P. General de los Maristas, Juan Raffin. Ni soñando podía presentarse mejor ocasión para hablar largamente. El P. Raffin con bondad paternal, invitó al P. Félix a los paseos vespertinos que tomaba por prescripción médica. Pudieron de esta manera conversar una tarde tras otra. El P. Félix le abrió de par en par su corazón y le contó sin restricciones todo lo que él tenía que decirle y todo lo que el P. General deseaba saber sobre sus proyectos de fundación. Al final de aquellas conversaciones, el P. Félix tuvo el consuelo de oír del P. General estas palabras: "En un principio, no tan sólo no creía en su nueva vocación, sino que pensé que eran proyectos sin consistencia y aun **me burlé** de ellos en presencia de los Padres. Pero ahora, por lo que Ud. me ha contado, creo que Nuestro Señor lo llama a esa fundación y le daremos el permiso que Ud. desea a la primera indicación de la Santa Sede". El P. Félix pidió la bendición al P. Raffin, le dio las gracias lleno de júbilo y regresó a Barcelona. Poco a poco se fue restableciendo; pero en enero de 1909 volvió la tos. Todo el año lo pasó así: con la espina del "destierro" clavada en el corazón, con la cruz de la enfermedad a cuestas y con el peso del trabajo

encima¹).

Al finalizar el año lectivo, los Superiores y el mismo P. Félix tuvieron que aceptar que el clima de Barcelona era perjudicial para su salud. Fue enviado entonces a Saint-Chamond, ciudad cercana a Lyon, que presentaba grandes ventajas: estaba sólo a 150 kilómetros de la casa paterna del P. Félix, tenía el mismo clima en que él se había criado y además tenía cerca a los Superiores de la Congregación que ordinariamente residían en Saint-Foy-les-Lyon. Por otra parte, el hermoso colegio que los Maristas tenían en esa ciudad, era campo propicio para trabajar con ahínco y entusiasmo. El P. Félix, aunque todavía enfermo, llegó allí con ánimo decidido a gastar sus energías en el nuevo destino que le deparaba la Divina Providencia. Fue nombrado Director espiritual del colegio y ejercía las labores de todo profesor: dar clases, corregir cuadernos, cuidar muchachos y organizar los deportes. La ciudad era pequeña solamente 13.000 habitantes, no había conventos ni casas religiosas; solamente minas de hulla, industrias siderúrgicas, locomotoras que salpicaban alegremente con sus silbidos el silencio profundo que reinaba en las noches del pequeño poblado. El P. Félix, con la paz y tranquilidad que lo rodeaba y con los aires de la patria, comenzó a restablecerse rápidamente. Después de las conversaciones de La Bourboule, el P. General había tenido a bien mitigar su aislamiento: ya podía escribir a la Sra. Armida varias veces al año y lo mismo a los Obispos Mexicanos interesados por las Obras de la Cruz y a la M. Ana Ma. Cabrera, Superiora del Oasis. Ciertamente, el permiso le había sido dado con la limitación de no tratar en su correspondencia el tema de la fundación del Oasis de Hombres, pero al menos, podía decir con insistencia a la Sra. Armida: "Soy el mismo para las Obras de la Cruz; con el favor de Dios, no ha fallado ni fallará nunca mi fe". Sentía y estaba palpando que las cadenas de su prisión se aflojaban y alimentaba la ilusión de que pronto se romperían por completo. Pero ¿cuándo llegaría el soñado momento? ¿Sería tal vez mañana o pasado mañana? Dios misericordiosamente le ocultaba su sabio designio. ¡Cuánto hubiera sufrido y llorado el P. Félix si alguien le hubiera revelado que apenas iba a la mitad de su destierro...!

* * *

Entre tanto, los que trabajaban en México por la empresa no dormían. La Sra. Armida, eje y pivote del asunto, encontraba tiempo en

¹ PADILLA JESÚS MARÍA, *o.c.* 3a. parte, Pág. 184.

medio de sus múltiples ocupaciones de viuda responsable de numerosa familia, para inquietar a medio mundo. Sabía perfectamente que las Obras de la Cruz quedarían trucas y desprotegidas si no había una Congregación de Sacerdotes, que siendo parte de ellas, se ocuparan de su dirección y consolidación. Iba y venía visitando Obispos, Superiores Religiosos y cuanta persona pudiera prestar eficaz ayuda. Era tanto su celo por la gloria de Dios, que su nuevo director espiritual, el Canónigo don Emeterio Valverde, tuvo que moderar sus ansias diciéndole que había desorden en tanta premura. Ella se sometió humildemente a la indicación de su director, pero ¿quién puede reprimir el fuego divino que se ha posesionado de un alma? Conquistó para la empresa, además de varios Superiores Religiosos y personas connotadas, al Arzobispo de México don Próspero María Alarcón, al Obispo de León, Mons. Leopoldo Ruiz y Flores y sobre todo al Arzobispo de Puebla, don Ramón Ibarra y González, quien se había alejado de las Obras de la Cruz, cuando éstas se habían apartado del recto camino, y según su criterio, bajo la dirección del P. Mir se habían vuelto "sospechosas, sospechosas".

Mientras el P. Félix vivía hora por hora los largos años de su destierro, varios Obispos Mexicanos estuvieron insistiendo ante el P. General de los Maristas para que prestara al P. Félix. También, con todo el peso de la autoridad que les confería su dignidad episcopal, estuvieron dirigiendo reiteradas súplicas a la Santa Sede y personalmente al Papa Pío X para que diera su beneplácito y aprobara la fundación de la que esperaban tantos bienes para la Iglesia Mexicana. Pero estaba en los designios divinos que la anhelada empresa recorriera aún largo y doloroso camino, porque así convenía para que brillara la sabiduría de Dios, el poder de su omnipotencia y la santidad de los actores de este drama.

Los enemigos tampoco dormían. Hay en los procesos de canonización de un santo, un personaje indispensable que se ha dado en llamar "abogado del diablo". Su cometido es de primordial importancia para que pueda probarse la santidad de una persona, porque habrá que responder satisfactoriamente a todas las objeciones que este individuo ponga en cumplimiento del oficio que le toca desempeñar. En el nacimiento y desarrollo de las Obras de la Cruz y especialmente en la fundación de los "Religiosos de la Cruz" o Misioneros del Espíritu Santo, hubo varios "abogados del diablo", y debemos reconocer que cumplieron su cometido con extraordinario celo, sin que nos atrevamos a juzgar si ese celo fue inspirado por Dios o por el personaje que da nombre a tales abogados. De la intención buena o mala solamente juzga el Divino Juez; pero ciertamente los abogados del diablo anduvieron muy activos. La gestión de ellos no era

difícil. Si el origen de esta iniciativa eran las revelaciones que decía tener la Sra. Armida, bastaba cualquier minucia, la más pequeña duda o incertidumbre para desacreditar la empresa y para echar por tierra todo el edificio aniquilándolo desde sus cimientos. La Iglesia es especialmente cauta cuando se trata de revelaciones y jamás ha comprometido la infalibilidad que le compete en materia de fe o de costumbres afirmando "ex cathedra", la veracidad de revelaciones particulares. La fe católica no depende de que sean verdaderas las revelaciones del Sagrado Corazón a Santa Margarita, ni las apariciones de la Santísima Virgen de Guadalupe, de Lourdes o de Fátima. Pero acepta la bondad de tales acontecimientos cuando no son contrarios a la fe católica, cuando van avalados por la vida santa del mensajero de Dios o de la Virgen María, y cuando tales revelaciones producen frutos de santidad entre los cristianos. En la historia de la Iglesia, al lado de los auténticos mensajeros de Dios, han existido también falsos profetas; han abundado las ilusiones de gente desequilibrada y no han faltado engaños y supercherías que acarrearón grandes males a las víctimas de tales errores y mentiras. La milenaria experiencia de la Iglesia le ha enseñado a proceder con máxima discreción y cautela cuando se trata de revelaciones privadas. Nada más fácil, pues, que suscitar cualquier duda sobre la credibilidad de las revelaciones de la Sra. Armida o sobre su misma persona. Los enemigos de la Obra supieron aprovechar la extrema sensibilidad de la Iglesia en estos asuntos y estuvieron vigilantes para poner la artera zancadilla en el momento oportuno. Era cierto que los examinadores del espíritu de la Sra. Armida sin excepción habían constatado que su espíritu era de Dios; era cierto también que esos examinadores eran personas de indiscutible autoridad por su virtud, su ciencia teológica, su experiencia en la dirección de las conciencias y también por su autoridad, ya que la mayor parte de ellos eran arzobispos, obispos o superiores religiosos. Todos ellos conocían personalmente a la Sra. Armida y estaban firmemente convencidos de su bien probada virtud. Sin embargo las reiteradas instancias que ellos dirigían a la Santa Sede tropezaban invariablemente con la hostilidad de las autoridades romanas. Ellos no se detuvieron ante las dificultades ni se ahorraron gastos o molestias haciendo varios viajes a Roma con el único objetivo de lograr la anhelada fundación y la intervención directa del Papa para obtener el permiso de los Superiores para que el P. Félix pudiera dedicarse a dicha empresa. En estas gestiones anduvieron particularmente activos, además del Arzobispo de México don Próspero María Alarcón, Mons. Leopoldo Ruiz y Flores, Arzobispo de Morelia, Mons. Emeterio Valverde y Téllez, Obispo de León, y más que todos Mons. Ramón Ibarra y González, Arzobispo de Puebla. En uno de los

viajes que este último hizo a la Ciudad Eterna, aprovechando el gran prestigio que tenía ante los funcionarios de las Congregaciones Romanas, logró meter las narices en los archivos de estos Dicasterios y se fue de espaldas al descubrir el cúmulo inmenso de prejuicios que se habían amontonado contra las Obras de la Cruz: había malévolas advertencias, falsas interpretaciones, equívocos intencionados y hasta calumnias... "Tenemos dos grandes enemigos, escribía Mons. Ibarra a la Sra. Armida; son miembros de grandes Ordenes Religiosas". Entonces se acordaron de las revolturas que rodearon el cisma del Oasis en 1903; creían que todo lo de aquel entonces era ya cosa del pasado; pero ahora estaban viendo que seguía viva la lumbre debajo de las cenizas y que aún había muchos polvos de aquellos lodos. El diablo no dormía, ni tampoco los "abogados del diablo".

* * *

Cuando Mons. Ibarra vio que el principal obstáculo eran las dudas y calumnias en contra de la inspiradora de las Obras de la Cruz, concibió el proyecto de llevarla al centro mismo del combate, a Roma, para que allá fuera examinada por el mismo Papa, si era posible. Para que el viaje no se prestara a las habladerías de la gente, pensó darle el cariz de peregrinación piadosa a Roma y a los Santos Lugares. Organizar una peregrinación de esa naturaleza en aquellos tiempos no era cosa tan sencilla. En el viaje habría que gastar varios meses y mucho dinero; habría que reunir un número considerable de peregrinos y, para colmo, la situación política de México era no sólo inestable, sino conflictiva y angustiada. Corría el año de 1913 cuando gobernaba la República Mexicana el Gral. Victoriano Huerta después de la "Decena Trágica". Nada de esto arredró a Mons. Ibarra y con inmensa abnegación y entusiasmo se puso a preparar la peregrinación. Logró reunir 123 peregrinos, entre los cuales iban otros dos Obispos: Mons. Leopoldo Ruiz y Mons. Rafael Amador, Obispo de Huajuapán; iban también 33 sacerdotes y entre los seglares la Sra. Armida con dos de sus hijos. Era 1913 "Año Santo" por celebrarse el XVI centenario del Edicto de Milán por el cual Constantino el Grande había dado libertad a la Iglesia. Los peregrinos llevaban entre sus propósitos lucrar la indulgencia del jubileo concedido por el Papa. Salió la peregrinación el 26 de agosto de aquel año; después de una feliz travesía, pasó por el Santuario de Lourdes a postrarse ante la Virgen Inmaculada y se embarcó nuevamente en Barcelona para Egipto. Visitaron Alejandría y El Cairo y llegaron por fin a la Tierra Santa. Entre los inolvidables recuerdos y las impresiones incomparables que iban saboreando en la tierra de Jesús, sucedió algo inesperado con ribetes de tragedia.

Andaban embelesados en una barquita sobre las aguas del lago de Genezareth, cuando los sorprendió una tempestad como aquella que sorprendió a los apóstoles. Se asustaron, porque allí no iba Cristo dormido, solamente iba Mons. Ibarra bien despierto y temeroso. Penosamente llegaron a la orilla; pero al desembarcar entre las olas alborotadas, el borde afilado de la barquita golpeó a Monseñor en la espinilla de la pierna derecha. El santo Arzobispo era diabético, con lo cual se volvió incurable la famosa llaga, amenazando constantemente con volverse gangrenosa. "Ahora sé de qué voy a morir", dijo un día contemplando su llaga horriblemente necrosada, y no se equivocó. Aquel pequeño incidente fue para Monseñor el principio del fin. Cosas de Dios para enaltecer a su fiel servidor; porque, después de todo, no cualquiera puede morir de una llaga recibida nada menos que en el Lago de Genezareth.

Al llegar a Roma, la honorífica llaga de Monseñor Ibarra fue causa y ocasión de muchísimos heroísmos. Casi arrastrándose iba y venía subiendo y bajando las interminables escaleras de los Dicasterios Romanos. Era necesario entrevistar a muchas personalidades del Vaticano; había que disipar dudas, corregir errores, deshacer prejuicios, refutar calumnias, enderezar entuertos. Solamente un santo poseído de ardiente celo por la gloria de Dios puede hacer lo que él hizo en esa ocasión.

Lo principal fue la audiencia privada con San Pío X, conseguida por Monseñor para él y para la Señora Armida. Tuvo lugar el 17 de noviembre de ese año de 1913. La Señora, que tanto deseaba ver al Papa, se "heló" al saber que se le había concedido la audiencia y se preparó con especiales penitencias y oraciones.

El día de la audiencia, primero habló Mons. Ibarra a solas con el Papa y después entró la Sra. Armida. "No sé qué emoción sentí, -dice ella en sus memorias-. Estaba el Papa sentado frente a su escritorio y Mons. Ibarra enfrente. Yo me arrodillé y le besé los pies llorando. Por fin me repuse y él me dijo que que deseaba.

-Que su Santidad apruebe a los Sacerdotes de la Cruz, -le dijo la Sra. Armida sin soltarle la mano.

-Están aprobados y antes de que pase el Centenario de la Cruz quedará este asunto arreglado.

-Santísimo Padre, yo no quiero ser estorbo para las Obras de la Cruz y le ruego que me eliminen de ellas, que no me tomen en cuenta, que hagan caso omiso de mí para que sigan su curso.

-Ya hablé con Mons. Ibarra sobre eso y todo se arreglará este mismo año. ¿Qué más pides?

-Una especial bendición para las Religiosas de la Cruz, para las

Obras y para mis hijos.

-Sí, y para ti muy especial también...

"Me veía a los ojos con su mirada penetrante y dulce y yo sentía que estaba a los pies de Nuestro Señor. Varias veces me dijo: 'prega per me, prega per me'... Habló largo con Monseñor. Al fin oí que le dijo que por obediencia viera al médico y se curara".

Mons. Ibarra y la Sra. Armida salieron de la audiencia radiantes de alegría y dando gracias a Dios. Había razón de sobra para ello. En esa entrevista se habían disipado en un instante los nubarrones que se cernían amenazadores sobre la anhelada fundación. Se ha dicho con razón que, cuando dos santos se encuentran suelen entenderse pronto y bien. Esto es cierto, y aun creemos con fundamento que allí se encontraron no dos sino tres santos y que entre ellos el entendimiento y la comprensión fueron completos. El Papa ordenó que se siguieran los trámites con toda diligencia y que la nueva Congregación llevara el nombre de **MISIONEROS DEL ESPIRITU SANTO**.

Transcurrido un mes entre oraciones, penitencias y anhelantes inquietudes. El 18 de diciembre recibió Mons. Ibarra un Oficio de la Congregación de Religiosos firmado por el Secretario de la misma, Mons. Sbarretti, en el cual le comunicaba oficialmente: "Me apresuro a comunicarle que el Santo Padre, en audiencia concedida al Emmo. Cardenal Prefecto el 16 del corriente diciembre, ha recibido bondadosamente la súplica de Vuestra Señoría Ilustrísima y de los Reverendísimos Arzobispos de México y de Michoacán, pidiendo la facultad de fundar una nueva Congregación de hombres, etc. ..."

La Sra. Armida estaba a punto de morir de gozo... después de tantos años de luchas y penas, la obra de Dios había triunfado.

El 22 de diciembre Mons. Ibarra tuvo la última audiencia con San Pío X para darle las gracias y despedirse de él. Después de algunas aclaraciones respecto a la proyectada fundación, Mons. Ibarra dijo al Papa que el deseo expreso de los Arzobispos de México y Michoacán y el suyo propio era que precisamente el P. Félix Rougier comenzara la Obra, bajo la protección y vigilancia de dichos Prelados; le habló de las virtudes y cualidades de dicho padre y le pidió autorización para pedirlo al Superior General de la Sociedad de María. El Papa, no sólo le dió esta autorización, sino que dos veces le dijo que lo comisionaba para que en su nombre pidiera este favor al P. General de los Maristas, como una obra de caridad hacia la Sede Apostólica.

La misión en Roma estaba felizmente terminada. Ahora Mons. Ibarra y la Sra. Armida volvieron sus ojos ansiosos a la ciudad de Lyon, a donde

irfan a dar la batalla por el P. Félix.

El 23 de diciembre, a las 9 de la mañana, profundamente emocionados, dejaron la Ciudad Eterna donde tanto habían gozado, sufrido y luchado. Orando ante Jesús Sacramentado, en el preciso momento en que el asunto de la fundación se decidía en la Congregación de Religiosos, oyó la divina voz de Jesús que le decía: ¡MI OBRA HA TRIUNFADO!

* * *

Mientras acontecía todo lo que venimos narrando, el P. Félix, se consumía de ansiedad, esperando... esperando... "Que se acuda a su Padre General, había dicho el Señor diez años antes, y Yo haré lo demás". Por lo mismo, lo único que el P. Félix tenía que hacer era seguir creyendo y seguir **esperando...**

Hasta el Instituto de Santa María de Saint-Chamond, lugar de su destierro, llegaban a sus oídos los rumores lejanos de lo que acontecía: Mons.Ibarra, Mons.Leopoldo Ruiz y la Sra. Armida andaban en Europa, en el centro mismo de la Iglesia, ien Roma! jugando de una vez por todas la última carta en favor de la fundación de los Religiosos de la Cruz. Era la prueba de fuego, la batalla decisiva: "Roma locuta, causa finita", reza el conocido aforismo "Cuando Roma se ha pronunciado, la causa ha terminado". ¿Y si el Papa dijera que NO a la soñada fundación...? Pero... ¿y las promesas del Señor? Todo habría sido vana ilusión, imaginaciones inconsistentes de una piadosa mujer...? No, no, imposible que todo fuera un engaño, una burla del demonio. ¡Había que seguir orando, había que seguir creyendo... había que seguir esperando...!

El 3 de enero de 1914, llegaron a Lyon Mons. Ibarra y la Sra. Armida. Monseñor iba muy enfermo de su llaga. Por su parte, la Sra.Armida, buscando el sacrificio más costoso para ofrecerlo por la causa, decidió no ver al P. Félix que tan cerca se encontraba. El mismo día de la llegada, Monseñor escribió una larga carta al Superior General, P. Juan Raffin, en la que le comunicaba el permiso dado por el Santo Padre para la fundación de los Misioneros del Espíritu Santo, y el encargo que el mismo Papa le había hecho de ir a Lyon a decirle en su nombre que prestara al P. Félix para empezar la Obra; que el Santo Padre se lo pedía como un acto de caridad hacia la Santa Sede. "Reverendísimo Padre, le decía, oiga nuestras súplicas y no se niegue a prestarnos al P. Félix para la mencionada fundación, bajo las condiciones que a Ud. le parezcan, hasta que haya sacerdotes que puedan dirigir la Congregación".

El día 5 de enero, después de reunir el Consejo General, el P.

Raffin fue personalmente al hotel donde se hospedaba Mons. Ibarra a darle verbalmente la decisión: "Por falta de personal **NO PODIAN DESPRENDERSE DEL PADRE FELIX**".

Mons. Ibarra no durmió, rumiando la amargura de aquella negativa que frustraba en el último momento la consecución de los planes que parecían tocarse ya con la mano. Después de aquella noche de insomnio, se levantó decidido a seguir en la brega y se puso en seguida a escribir una nueva carta al P. General. "Rvmo. Padre, le decía, hace tres años que supe que Ud. estaba bien dispuesto para las Obras de la Cruz y a obedecer los deseos del Romano Pontífice. Aunque enfermo, pero fundado en esto, emprendí el viaje para ver a Vuestra Reverencia. ¿Será posible que nuestra esperanza se desvanezca? Nosotros hemos recibido con mucho gusto en nuestra Diócesis a su Congregación y ahora Ud. ¿no quiere concedernos por un tiempo un favor que será para gloria de Dios, salvación de las almas y bien de su Congregación? ¡Esto no puede ser, Revmo. Padre! Esperamos seguros una respuesta favorable que nos quite el dolor y la decepción y nos llene de alegría". Esta vez Monseñor le pedía que le contestara por escrito, para poder enseñar la respuesta a los Arzobispos de México y de Michoacán a quienes representaba.

Nadie está obligado a lo imposible. Seguramente la falta de personal era causa perentoria, pues ni el deseo del Papa, ni la gratitud para los Obispos Mexicanos doblegaron al P. General, quien contestó el día 7 por escrito, diciendo que veía la importancia y utilidad de la nueva Congregación y que sería para él una satisfacción acceder a los deseos de Monseñor en vista de la bondad con que él y otros Obispos Mexicanos habían recibido en sus Diócesis a los PP. Maristas cuando hufan de Francia; pero que le era imposible disponer del P. Félix, ni siquiera por dos años. La única razón era la falta de personal, pues en Francia no podían disponer ni siquiera de un maestro, y el Colegio de México estaba a punto de cerrarse, pues de Francia no podían enviar profesores y si mandaban uno para dedicarse a la fundación de los Misioneros del Espíritu Santo ¿cómo verían los Padres de México el que se prestara un Padre para una obra, muy importante, sin duda, pero con detrimento de las obras propias de la Congregación? Por lo tanto, Excmo. Señor, concluía el P. Raffin, le ruego que no tome a mal esta respuesta negativa que con pena me he visto obligado a dar, por la grave necesidad en la cual parece manifestarse la voluntad de Dios".

No había, pues, nada más qué hacer. Mons. Ibarra y la Sra. Armida, apenadísimos y sin esperanzas humanas, partieron de Lyon el 8 de enero en medio de una fuerte nevada. "De lejos, dice la Sra. Armida, vi entre la nieve el precioso colegio de Saint-Chamond, donde se quedaba el P. Félix, quizá

para siempre, y con el corazón oprimido ofrecí a Dios el sacrificio de prescindir de él para las Obras de la Cruz, si esta era la divina voluntad. Yo sabía que el P. Félix, herido por Dios con la cruz, se moriría obedeciendo, pero que en su interior no cambiaría en su amor a las Obras de las Cruz. Comprendía yo lo que él estaría sufriendo..."

* * *

Por noticias recibidas de sus amigos de México, el P. Félix estaba al tanto de la peregrinación mexicana a Lourdes, Tierra Santa y Roma. Cuando Mons. Ibarra llegó a Lyon, el P. Félix se encontraba en Les Iles pasando las vacaciones de Navidad al lado de papá Benoit, de la familia de Estanislao y del P. Manuel que había venjdo de Oceanía. El 3 de enero, a la hora de la comida, recibió el P. Félix una carta del P. Julián Mulsant, su Superior inmediato, en que le comunicaba que ese día llegaba a Lyon, Mons. Ibarra. En el primer tren salió el P. Félix para Saint-Chamond, y al día siguiente por la tarde fue a ver al P. General "para felicitarlo por el Año Nuevo". Cuando llegó, el P. Raffin estaba hablando con el Secretario de Mons. Ibarra que le había llevado "un documento". Por benévola intervención de uno de los Asistentes Generales, recibió el P. General al P. Félix unos momentos. El P. Félix nos refiere esta brevísima entrevista: "Me recibió muy fríamente y me dijo que no era probable que se pudiera hacer lo que pedía el Ilmo. Sr. Arzobispo de Puebla. Que hablaría con su Consejo. El P. Mijolla me dijo que la contestación sería dada al día siguiente a las tres de la tarde. Me volví a Saint-Chamond por el tren de las cuatro, muy triste, pero muy resignado a la voluntad de Dios. Rechacé bruscamente con energía el pensamiento de ir a ver al Sr. Arzobispo y a la Sra. Armida al Hotel de Rusia".

El día 6 de enero, dos señoritas del grupo de peregrinos que había seguido a Monseñor, fueron a Saint-Chamond a ver el P. Félix. Mucho gusto dio al P. Félix aquella visita inesperada; pero ni él les preguntó ni ellas le dijeron una palabra del asunto que tanto le preocupaba. Después de esta visita, escribió el P. Félix en su diario: "Estoy en calma, pero con mucha emoción".

El P. Félix nos narra con lujo de detalles lo acontecido el siguiente día:

"Miércoles 7. A la 1.30 telefona María del Carmen (una dirigida suya) del Hotel de Rusia:

-Salimos mañana a las 7 a.m. para Paray-le-Monial. El Sr. Arzobispo está muy triste porque no tuvo éxito en el asunto que Ud. sabe. Conchita también muy triste.

-Hágase la voluntad de Dios, contesté.

-¿Quiere Ud. hablar con el Sr. Arzobispo o con Conchita?

-Llámelos sin decir que yo le he dicho.

-Aquí están.

-No, contesté, si pudiera verlos o hablarles ya habría ido. No me creo autorizado para ello por mis Superiores. Hasta la vista, María; si no es en este mundo, será en el otro".

"Un cuarto de hora después, me vuelven a llamar por teléfono. Es María del Carmen.

-Conchita pregunta si le puede decir una palabra.

-Sí, por supuesto, contesté; con mucho gusto.

Escuché, of algo, como dos o tres sílabas inarticuladas...

-Concha, ¿es usted?

Escuché varios minutos y no oí nada más..."

¿Qué había pasado? Conchita misma nos lo explica:

"Un día -dice-, que una de las muchachas hablaba al P. Félix por teléfono, tomé yo la bocina siquiera para despedirme; pero al tomarla y oír que se acercaba, me arrepentí. La dejé luego y me retiré, pues me pareció más perfecto ofrecerle a Dios ese sacrificio en favor de las Obras. Confieso que mucho me costó; pero la gracia todo lo puede".

"Después de la primera llamada, -continúa el P. Félix-, me fui a la capilla y al pie del altar di gracias a mi Jesús y recé el Te Deum en agradecimiento de **esa cruz terrible** que en su bondad, y sin merecelo yo, me mendaba con ese nuevo retraso".

El día que Mons. Ibarra se fue de Lyon, el P. Félix dice que estaba "triste, pensativo, resignado, queriendo sólo lo que Dios quiere". Quería saber exactamente qué era lo que había sucedido y cuál era la voluntad del P. General. Dudaba qué sería más perfecto, si ir a preguntar a alguno de los Asistentes o al mismo P. Raffin, o quedarse en paz abandonado a la voluntad de Dios. Celebró la Santa Misa para pedir luz al Espíritu Santo, y luego consultó a su Superior. Este fue de parecer que preguntara, por lo cual partió inmeditamente para Lyon. Allí habló con el P. Aubry, el cual le dijo que Mons. Ibarra lo había pedido para dos obras: los Guadalupanos y los Misioneros del Espíritu Santo, y que el P. General, después de consultar a su Consejo, había contestado que no convenía mandar a México a un sujeto en el mismo momento en que por falta de personal iba a cerrarse el Colegio de esa ciudad. Le aconsejó que no viera por ahora al P. General, que dejara calmar un poco las cosas. Le aseguró que no dudaban de su obediencia, pero que el próximo miércoles hablara ampliamente en Saint-Chamond con el P. Mijolla, también Asistente General, y que insistiera que

jamás había escrito a Mons.Ibarra, pues tal vez habían dudado que lo hubiera hecho.

El P. Félix escribió a su Director, P. Gauven, a Barcelona, comunicándole todo esto y después volvió a su silencio acostumbrado a esperar con delirante paciencia la hora de Dios que estaba más cerca de lo que él imaginaba.⁽²⁾ Dios purificaba como el oro en el crisol al P. Félix y a todos lo que iban "a tocar su Obra"; pero tenía guardada la última y decisiva carta para jugarla con éxito rotundo en el momento oportuno.

* * *

De Lyon, Mons.Ibarra y su pequeña comitiva se fueron a Paray-le Monial. Allí en el altar donde se apareció a Santa Margarita el Sagrado Corazón de Jesús, pidieron fervorosamente por el feliz arreglo del asunto del P. Félix que en ese momento parecía perdido para siempre. De allí se fueron a París, a donde llegaron el 9 de enero al anochecer. Al día siguiente, la Sra. Armida recibió la visita inesperada del Sr. Jorge Gréville y su esposa Isabel. El P. Félix y la Sra. Armida habían conocido a estos señores en México, cuando el Sr. Gréville fungía allí como Ministro Plenipotenciario de Inglaterra. El matrimonio Gréville era extremadamente religioso, como nos lo demuestra el hecho de que sus tres hijas abrazaron la vida religiosa. Desde que conocieron al P. Félix lo tomaron como director espiritual de toda la familia. Por él conocieron a la Sra. Armida y todo lo relativo a las Obras de la Cruz, por las cuales tomaron extraordinario interés.

Estando ellos en Londres, donde ahora residían, supieron que por esos días pasaría por París la Sra. Armida y decidieron ir a saludarla. El día 10 de enero conversaron largamente con ella y con Mons.Ibarra. Salió a cuento que el P. General de los Maristas era finísimo y muy consecuente con la familia Gréville. Mons Ibarra, quien aún no se resignaba con la derrota sufrida, tuvo la idea de aprovechar esa amistad para insistir una vez más ante el P. Raffin; era una santa tosudez impropia de aquel hombre tan fino y delicado, y que creemos inspirada directamente por el Espíritu Santo. Suplicó, pues, a los señores Gréville que fueran a Lyon a insistir ante el P. General. Aceptaron éstos con mucho gusto la comisión y salieron para Lyon el día 12. Entre tanto, Mons. Ibarra y la Sra. Armida fueron a Montmartre y a Nuestra Señora de las Victorias y empezaron un triduo a la Virgen de Guadalupe para pedir la victoria definitiva.

El P. Raffin recibió a los Sres. Gréville muy amable. Entre otras cosas, les dijo que tenían la más amplia libertad para hablar con el P. Félix "de todo"; que la Señora fuera a Saint-Chamond a confesarse con él si así lo deseaba y que el mismo Padre podía venir a Lyon a confesar al Sr. Gréville. Pero, cuando le expusieron el objeto principal de su viaje, el P. Raffin cambió su amable sonrisa por una seriedad amarilla que expresaba elocuentemente el disgusto que le causaba ese tema. Muy cortésmente, pero con toda energía se negó rotundamente a acceder a su petición alegando la misma perentoria razón: la falta de personal por la cual el Colegio de México tenía que clausurarse.

Ante la palmaria negativa del P. General, el asunto parecía definitivamente sobreesfdo. Se hizo durante varios minutos un silencio embarazoso hasta que intervino nuevamente el Espíritu Santo. ¡Oh maravillosa omnipotencia suplicante de las mujeres! ¡Desde que en ciertas Bodas de Caná de Galilea una Mujer intervino para adelantar la hora de Dios, ellas parecen haber tomado por su cuenta tal oficio! En ese momento crucial para las Obras de la Cruz, tuvo Doña Isabel Gréville (de santa y perpetua memoria) una idea luminosa que hasta entonces a nadie le había ocurrido: Si la razón era real y efectivamente la falta de personal, la solución consistía en dar al P. General el personal que tan urgentemente necesitaba. ¿Pero cómo? Pues muy sencillo: le daremos no uno sino CUATRO suplentes en cambio del P. Félix, ya que él vale por más de cuatro. Mons. Ibarra daría tres Sacerdotes como profesores para el Colegio de México y pagaría un profesor suplente para el de Saint-Chamond!

Esta proposición trafa destellos de luz divina. El P. Raffin, quien visiblemente sufría al contrariar taimadamente las súplicas de tan calificados intercesores y los deseos del mismo Papa, sintió el alivio de quien encuentra la salida de un laberinto. Por su parte, Mons Ibarra aceptó gustosísimo, pues no había gasto o sacrificio que le resultara costoso cuando se trataba de dar curso a la anhelada fundación.

Comenzó entonces un nutrido bombardeo de telegramas en uno y otro sentido y por fin el 20 de enero de 1914, envió Monseñor al P. General una carta con los puntos concretos del convenio:

1º El P. General de los Maristas se comprometía a prestar al P. Félix por dos años a lo menos, para trabajar en la fundación de los Misioneros del Espíritu Santo.

2º El P. Félix saldría para México a fines de julio, cuando terminaran los cursos escolares en Saint-Chamond.

3º Monseñor Ibarra se comprometía:

a) A dar por el mismo tiempo tres profesores sacerdotes para el

Colegio de la Ciudad de México, los cuales recibirían los alimentos y alguna retribución del mismo Colegio.

b) A dar mil francos anuales durante el mismo plazo de dos años, para pagar el profesor que supliría al P. Félix en el Colegio de Saint-Chamond.

c) A pagar todos los gastos del viaje a México del P. Félix.

Inmediatamente comunicaron estos arreglos a México: Mons. Ibarra a los Sres. Arzobispos de México y Michoacán, y el P. Raffin al P. Routan, Director del Colegio. Todos quedaron satisfechos: el P. General, los Asistentes y los PP. Maristas de México porque se había salvado el Colegio. Mons. Ibarra y la Sra. Armida estaban plétóricos de gozo por la increíble victoria de las Obras de la Cruz, y otro tanto los Señores Gréville, instrumentos oportunos de la Divina Providencia en el momento decisivo.

Huelga poderar la inmensa alegría del P. Félix: ¡la hora de Dios, tan ardientemente deseada durante largos diez años y conquistada a precio de tanta sangre y tantas lágrimas, había sonado por fin! ¡Aquellas duras cadenas, enmohecidas ya por el paso del tiempo, habían caído rotas! ¡Dios había sido fiel a sus promesas y El había sostenido la fe y la inquebrantable esperanza del humilde P. Félix! ¡Después de 10 años de espera, acrisolado por el sufrimiento, volvía a la "tierra prometida"; el fuego que en su alma habían despertado las Obras de la Cruz, lejos de enfriarse o extinguirse, era al presente un incontenible volcán a punto de estallar y su erupción sería un río de lava ardiente para incendiar miles de almas!

"Diez años, escribía el P. Félix en sus memorias, son un tiempo relativamente corto, pero al que espera le parecen siglos. Es cierto que todo lo endulza el amor, y yo tuve la dulce experiencia de eso en el tiempo de mi destierro. Cada vez que pensaba en México y en la fundación sentía como si una terrible puñalada atravesara mi corazón; pero, cosa inexplicable, sentía al mismo tiempo en el mismo corazón herido una suavidad profunda llena de paz, de esperanza y de seguridad en el porvenir. Estas impresiones, sin embargo, me dejaban sentir todo el peso de mi destierro".

Tan luego como los señores Gréville le comunicaron el resultado de sus gestiones, el P. Félix se fue ante el sagrario a dar gracias a Nuestro Señor recitando con los brazos en cruz el Te Deum una y otra vez sin cansarse de hacerlo. ¡Tantas veces había rezado ese himno de gratitud aceptando con sincero corazón las cruces que amorosamente le enviaba el Padre Celestial! ¡Ahora lo hacía con la misma sinceridad, pero ya no desde el fondo del "mar de amargura", sino en el gozo inconmensurable de ver colmados sus anhelos! Luego que se sació de dar gracias a Dios, se puso a escribir a su Padre General para darle efusivas gracias y pedirle los permisos necesarios en vista

de los preparativos que había que realizar.

Se aplicó sin demora a escribir directorios y reglamentos para el noviciado de los Misioneros del Espíritu Santo. Ya se sentía en México dirigiendo un buen número de escogidos muchachos en cuyos corazones generosos inocularía fácilmente el entusiasmo que desbordaba de su propio corazón. Contaba los días y las horas que lo separaban del soñado momento que parecía acercarse con desesperante lentitud. En esos meses sostuvo nutrida correspondencia con Mons. Ibarra y con las demás personas que se interesaban por la fundación y entre uno y otro correo iba y venía a Lyon para comprar libros y más libros que serían útiles a sus futuros novicios.

La noticia del permiso concedido al P. Félix, cundió como reguero de pólvora entre sus Hermanos Maristas. Muchos se alegraron, otros se alarmaron, otros más lo lamentaron. Entre los que se alegraron hubo alguno que quiso hacerle un insigne servicio y lo convidó repetidas veces a ir a visitar al Padre Crozier, Canónigo de la Catedral de Lyon que tenía una gran reputación de santidad. Oigamos cómo nos cuenta este incidente el P. Félix en sus memorias.

"Yo me resistí unos meses, diciendo que ya tenía mi derrotero trazado y no quería hacer más consultas que las que habían hecho mis Superiores. Casi contra mi voluntad, me arregló con el Canónigo una entrevista de cuatro horas y fui a pedir permiso al P. Provincial para que, si lo tenía a bien, me lo concediera. Fui, pues, a ver a ese hombre de Dios, que me recibió como reciben los santos. Me escuchó toda la mañana con suma paciencia, limitándose de vez en cuando a hacer algunas preguntas. Cuando acabé mi largo relato, dándole a conocer muchas cosas de las que se me dijeron en 1903 y 1904, se quedó un momento silencioso, y luego me dijo: 'Ud. Padre, no ha dudado hasta ahora; pero si más tarde le vienen tentaciones de dudar, no les haga caso, porque todo lo que le ha pasado es de Dios'. Hubo otro silencio y luego agregó: 'En prueba de lo que le digo, Nuestro Señor le va a dar unos Padres jóvenes que le ayudarán mucho en la fundación'. Yo le contesté sonriendo: '¿Es profecía o es solamente un deseo de su caritativo corazón?' 'No, -me dijo-, es que Nuestro Señor se los quiere dar'. Y luego me contó cómo Nuestro Señor le mandó 12 años antes las llagas en sus pies, en sus manos y en su costado como a San Francisco de Asís. 'Un día, me dijo, mientras estaba celebrando la Santa Misa, después de la elevación, mientras tenía los brazos extendidos, según el rito especial que seguimos aquí, sentí repentinamente como si entraran a la vez en mis manos y en mis pies gruesos clavos y que una lanza penetrara también en mi costado. Todo esto duró unos segundos, pero con un dolor tal que creo me hubiera muerto si una fuerza superior no me hubiera sostenido. Desde

entonces, los dolores han seguido, y este altar (en este momento me hacía visitar su capillita) dijo, es cada mañana mi calvario, porque al celebrar la Santa Misa, me invade el miedo de no poderla terminar, aún apoyándome contra el altar, tan grande es el dolor de las llagas de los pies'. Salió de ahí muy consolado, dando gracias a Dios por esta nueva marca de la Providencia de Dios, en favor de la fundación".

* * *

Sonó al fin la hora de la liberación. El 15 de julio de 1914, salió de Saint-Chamond el P. Félix para regresar a su "tierra prometida". Diez años atrás, exactamente el 15 de julio de 1904, había abordado el tren en México para ir a su "destierro". Dos días estuvo en Lyon donde recibió la bendición del P. Juan Raffin y se despidió de sus hermanos Maristas. Luego tres días en Les Iles al lado papá Benoit y sus familiares y el 21 de julio muy temprano tomó el tren para el puerto de Saint Nazaire, donde debía embarcarse en el transatlántico Le Flandre. Pero todavía le faltaba pasar por nuevas pruebas y superar imprevistos obstáculos. En ese viaje de leyenda vemos al P. Félix como un venado perseguido por una jauría o mejor, como el mensajero de Dios a quien el demonio va pisando los talones con el propósito de detenerlo en el último instante de su fuga desesperada.

Al ir a registrar en Saint Nazaire su boleto y el equipaje consistente en un enorme baúl y siete cajones de libros, le dieron la pésima noticia de que el buque no partiría porque los marineros estaban en huelga! Era la primera huelga que sufría la Compañía Naviera. ¿Qué hacer? Aquella inoportuna huelga, decretada sin duda por el demonio en persona, alargaba indefinidamente la espera. Los empleados de la Compañía le aconsejaron que se fuera a El Havre a tomar el "Lorena" que en pocos días zarparía para Nueva York. El P. Félix aceptó la sugerencia y tomó en seguida el expreso para París. En estas peripecias lo acompañaban y lo ayudaban los señores Gréville con quienes estaba tan agradecido. La noche del 24 al 25 de julio quiso pasarla en adoración ante el Santísimo Sacramento "velando sus armas" en presencia de su Señor expuesto en la Basílica de Mont-Martre, para luego lanzarse con denuedo a la gran empresa que el mismo Soberano Señor le tenía aparejada.

El 25 de julio de 1914, levaba anclas el "Lorena" llevando a bordo al hombre feliz más cargado de ilusiones que cualquiera otro en el mundo. Como en día ya lejano, vio cómo se alejaba lentamente la playa de su patria que paradójicamente había sido la playa de su destierro.

Mientras el P. Félix navegaba rumbo al Nuevo Mundo, se iban

encendiendo en Europa las hogueras que pronto se convertirían en la terrible conflagración de la primera guerra mundial. El 28 de junio, un estúpido magnicidio había llenado al mundo de estupor: El Príncipe Francisco Fernando, heredero de la corona imperial de Austria y su joven esposa, habían caído abatidos por las balas de un fanático anarquista, en Sarajevo, ciudad de Servia parte de la actual Yugoslavia. Ese mismo día se rompían las hostilidades entre Austriacos y Servios. Se habían seguido rápidamente las declaraciones de guerra entre las naciones europeas. El mismo día de la partida del P. Félix de Saint Nazaire, Rusia movilizaba sus tropas. El 3 de agosto, cuando el barco había recorrido más de la mitad de su camino, supieron los viajeros por un mensaje de la telegrafía inalámbrica, que había estallado la guerra entre Francia y Alemania y que el Capitán del barco había recibido la orden de desembarcar con toda premura a los pasajeros en Nueva York y regresar sin tardanza a cualquier puerto francés. Las huestes infernales perseguían al P. Félix; pero esta vez se le fue a Satanás el barco y así pudo el P. Félix llegar al Nuevo Mundo. Si la declaración de guerra hubiera ocurrido dos días antes, es muy probable que la orden transmitida al "Lorena" hubiera sido de regresar en el acto. El P. Félix contempló con alivio la hermosa estatua de la Libertad que pocos años antes Francia había regalado a la grande América. Al atracar en el muelle de la Ciudad de Hierro, descargó su pesada impedimenta entre el barullo inmenso y la ensordecedora algarabía de cargadores y estibadores. Mascullando un rudimentario inglés pudo darse a entender lo suficiente para conseguir un pasaje para Veracruz en el "Habana", barco de la Word Line que zarparía algunas horas más tarde; documentó en él su baúl y sus cajones de libros y ya con la seguridad de proseguir su viaje, aprovechó las horas que faltaban para ir a visitar a los Hermanos de las Escuelas Cristianas del Colegio La Salle. Casi al mismo tiempo llegaba allí un grupo de Lasallistas que habían sido desterrados de México por los revolucionarios. Uno de los Hermanos desterrados, coterráneo del P. Félix, cuando supo que éste venía a México a fundar una Congregación Religiosa, gastó íntegra toda su saliva para disuadirlo: "¿No ve, Padre Félix, -le dijo-, que todos los barcos que vienen de México están repletos de sacerdotes y religiosos que huyen?". - "Sí, -respondía el P. Félix-, sin embargo yo voy a fundar". "Esta fue siempre su contestación firme y terminante, -agrega el Hermano Lasallista-, parecía convencido de que Dios haría milagros, si fuera necesario, pero que la fundación se haría de cualquier modo".

Apresuradamente llegó el P. Félix al barco y minutos después ya iba rumbo a Veracruz con breve escala en La Habana, donde desembarcó el 5 de agosto. Hacía un calor sofocante, pero más lo fue para el P. Félix, la

noticia de que el barco no seguiría para México, porque la situación política de ese país era tal, que todos los viajes hacia allá se habían cancelado. Ahí vemos otra vez al pobre viajero con su enorme baúl y sus siete cajones de libros, desolado y sin saber qué hacer. Las Compañías navieras se negaban a meterse o acercarse siquiera al colosal avispero de la revolución mexicana. ¿Tendría pues que morir el P. Félix como había muerto Moisés contemplando la "tierra prometida" desde el Monte Nebo?... Al día siguiente de su llegada, informándose por aquí y por allá, se enteró de que unos comerciantes habían logrado que el vapor "Esperanza" realizara el arriesgado viaje a México. Esta vez el dios "Mamón", dios del dinero, ganó la batalla al diablillo del miedo... Inmediatamente se dirigió el P. Félix a las oficinas de la Compañía a solicitar un pasaje. Se encontró allí con el problema artificialmente creado de que todos los boletos de primera y de segunda estaban agotados. - "No hay ya ni un solo boleto, le dijo el empleado; si Ud. quiere ir a México, tendrá que hacerlo en tercera clase entre los turcos; ya sabe Ud. que en tercera no hay camarotes para dormir, se duerme sobre cubierta; tampoco hay comedor: cada pasajero come lo que lleva en sus provisiones". - "Anóteme Ud. inmediatamente en tercera clase, -respondió el P. Félix-, y si se agotan las localidades en esa categoría, apúnteme para irme trepado en un mástil; estoy dispuesto a irme allí, con tal de llegar a México". El mulato que lo atendía lo miró de reojo y sonrió maliciosamente sospechando que en tantas premuras, había inaplazable, urgencias de amor. Cuando salía de la oficina el P. Félix alcanzó a oír que el empleado decía a alguno de sus compañeros: "Oye chico, e'te tipo anda enamora..." y de veras que no se engañaba, sólo se equivocaba. Cinco días pasó el P. Félix sobre el puente de la "Esperanza", comiendo pan duro y durmiendo a la "bella luz de las Estrellas". Menos mal que la brisa marina disipaba el humo del hachís que salía de las pipas de sus compañeros turcos y los aromas salvajes de sus humanidades irredentas. Al llegar a tierras mexicanas, el barco estuvo anclado en Puerto Progreso dos terribles días de calor infernal y finalmente, el 14 de agosto a mediodía arribó a Veracruz. "De muy lejos, -escribe el P. Félix-, había visto las montañas de México, dominadas por la cima nevada del majestuoso volcán de Orizaba (el Citlaltépetl o Cerro de la Estrella). ¡Lo que mi corazón sintió al ver por fin la tierra prometida, no lo podría explicar. Le di gracias a Dios con toda mi alma, y al llegar al Puerto de Veracruz, me encaminé al templo de la Divina Pastora (de los PP. Redentoristas) a celebrar la misa de acción de gracias por el feliz (?) y

sensacional viaje".⁽³⁾ Al terminar la misa, se encontró el P. Félix con Mons. Francisco Orozco y Jiménez, Arzobispo de Guadalajara, que venía en plan de huida hacia La Habana y ya tenía pasaje en el mismo barco en que había llegado el P. Félix. Le contó éste en breves palabras sus planes de fundación que venía a realizar con inmenso entusiasmo, pues ya traía por fin todos los permisos de sus Superiores Religiosos y la bendición muy especial del Santo Padre. Monseñor Orozco sonrió compasivamente y le dijo:

-Padre Félix, eso por el momento es una empresa descabellada; ahora no están las cosas para fundar nada, ni siquiera para trabajar; casi todos los Obispos están escondidos o fuera de la República. Véngase conmigo a La Habana, allí yo le ayudo. En México estamos en LA AGONIA DE LA NACION.

-Monseñor, contestó el P. Félix, supe hace 10 años que dijo Nuestro Señor que esa nueva Congregación se fundaría precisamente en LA AGONIA DE LA NACION.

Monseñor se quedó un momento pensativo, y luego encogiéndose de hombros dijo al P. Félix:

-En verdad es una locura, humanamente hablando, querer empezar ahora una obra de esa naturaleza; pero, habiendo dicho Nuestro Señor esa palabra, vaya en paz; pero créame que de veras la Nación está agonizando...

Besó el P. Félix la mano del Arzobispo y éste lo fue siguiendo con la vista pensando sin duda en sus adentros: "¡Vaya un loco de remate! ¿O acaso será un santo...?"

Pues sí que era las dos cosas y en grado superlativo: ¡un enorme santo poseído hasta la médula de los huesos de la locura de la Cruz!⁽⁴⁾.

⁽³⁾ DON F. DE J. *Autobiografía*. Editorial La Cruz, Jesús María, Pág.

⁽⁴⁾ DON F. DE J. *ESUS MARIA* o.c. III Parte, Págs. 270 y ss.

TERCERA PARTE
UNA AGONIA Y UN NACIMIENTO

CAPITULO VIII

LA AGONIA DE LA NACION

Cuando el P. Félix, pisó tierras mexicanas por primera vez, en los albores del Siglo XX, la época del "Porfiriato" vivía aún sus mejores días de pacífico esplendor. Porfirio Díaz era una figura legendaria. Los mexicanos le llamaban simplemente "Napoleón", y todos, mexicanos y franceses sabemos quién es Napoleón y quién es don Porfirio, aunque hayan existido muchos Napoleones y muchos Porfirios.

Porfirio Díaz, mestizo oaxaqueño descendiente de españoles e indios mixtecos, fue General juarista a quien correspondió organizar la ostentosa entrada triunfal de Benito Juárez, cuando éste, habiendo liquidado el Imperio de Maximiliano, regresó a la Capital convertido en héroe y amo indiscutible de la Nación, por obra y gracia de sus padrinos norteamericanos, quienes "no deseaban la conquista de México... ni el ensanchamiento de los Estados Unidos, sino solamente... ver al Pueblo Mexicano libre de toda intervención militar extranjera" para hacer realidad el postulado de la doctrina Monroe "América para los americanos", naturalmente en beneficio de sus propios intereses⁽¹⁾.

Benito Juárez, engrdeído por la victoria, no quiso compartir con ningún otro la gloria que creía corresponderle a él solo. Recibió con frialdad y casi con indiferencia los homenajes de Porfirio Díaz y del pueblo que lo vitoreaba: saludó a Porfirio, que los estaba esperando en las goteras de la ciudad y siguió impertérrito su camino arrellanado en él y solamente él en el asiento de la legendaria carroza negra que desde entonces se elevó al rango de las cosas sagradas para los juaristas, como símbolo de una "gesta heroica" que marcó el nuevo rumbo de los destinos de México. El desaire de Juárez para Porfirio se le atragantó a éste y se le quedó en el estómago como manjar indigesto en espera de vomitarlo, si fuera posible, contra la misma cara del zapoteca engrdeído.

Cuando Juárez se hubo instalado definitivamente en el Palacio Nacional. Porfirio prefirió volver a la vida privada. La entrada triunfal de Juárez tuvo lugar el 15 de julio de 1867, casi un mes después del fusilamiento de Maximiliano acaecido el 19 de junio anterior. Díaz era un hombre que sabía desempeñar un papel valiente y romántico en la guerra y magnánimo en la paz. Había peleado en muchas batallas y había conquistado para la causa juarista nada menos que la Capital de la Nación; pero al día

¹ Cf. SCHLARMAN JOSEPH H.L. *México Tierra de Volcanes*, XIII Edición, Editorial Porrúa, S.A. Pág. 423 y ss.

siguiente de la entrada triunfal de Juárez, viendo y palpando que éste no admitiría hombre alguno que le hiciera sombra, se dió de baja de su bien armado ejército de 20.000 hombres, y conforme con haber hecho flotar la bandera republicana sobre el Palacio Nacional, se retiró a su querida Oaxaca, después de haber devuelto al erario de guerra cien mil pesos, sin robarse un solo centavo.

Rumiando sin digerir el despecho por el desaire recibido, Díaz supo aprovechar la impopularidad de Juárez que pronto comenzó a manifestarse. No era don Benito hombre de muchos amigos, le estorbaba para ello su orgullo de dimensiones egolátricas y su adusta idiosincrasia de indio puro. Una vez terminada la guerra, licenció sin más trámite a la mayor parte de los 90.000 hombres que se encontraban sobre las armas. Según la personal estimación de don Benito, los soldados no habían hecho más que cumplir con su deber patriótico y ya podían retirarse satisfechos a sus respectivas casas: el Gobierno no tenía para ellos responsabilidad alguna. Fueron dados de baja cerca de 70.000 hombres y resultaron lógicamente otros tantos resentidos. En una nación desgarrada por la guerra, no había muchas oportunidades para los que habían quedado sin trabajo y llevaban el estómago vacío. Cada uno de ellos se convirtió en un pregonero de resentimiento, diciendo por donde quiera que Juárez era un ingrato inhumano, y que, puesto que ellos habían luchado exponiendo su vida, debían también gozar de los frutos de la victoria. Fue así como nació un nuevo partido político, el de los "porfiristas" con Porfirio Díaz al frente, en oposición de los "juaristas" que habían quedado bien instalados a la sombra de don Benito.

Porfirio tenía entonces 37 años y ya gozaba de enorme prestigio entre sus soldados y también entre los civiles por su magnanimidad con los vencidos, a diferencia de la política cruel y vengativa de Benito Juárez. Pero también era hombre prudente que sabe esperar. Tenía bien aprendido el conocido refrán: "No le robes la novia al recién casado". En espera de la oportunidad propicia, se retiró a sus tierras, se quitó el uniforme militar y cambió la espada por el arado y la hoz. En un pacífico rincón de Oaxaca se consagró a cultivar caña de azúcar. Ese mismo año, contrajo matrimonio con Delfina Ortega, piadosa oaxaqueña sobrina suya, a quien quiso de veras. Ella se quedaba en la ciudad de Oaxaca cuidando a los niños, educándolos y rezando con ellos, mientras Porfirio pasaba la mayor parte del tiempo cultivando caña en el llano con sus peones y adiestrando tropas de "porfiristas" en la montaña. También instaló clandestinamente una pequeña fundición para fabricar cañones, con lo que su hacienda de La Noria, se convirtió en cuartel general secreto de la intriga y de la rebelión que se iba

extendiendo por todo México.

El año de 1871 hubo elecciones y para ellas se presentaron como candidatos Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz. Ninguno obtuvo la mayoría requerida por la Constitución, por lo que el Congreso declaró vencedor a Benito Juárez y Lerdo de Tejada recibió el nombramiento de Presidente de la Suprema Corte, que era equivalente a Vicepresidente. Los porfiristas levantaron la voz contra los supuestos fraudes electorales y ya se hablaba de una rebelión armada. Los oficiales porfiristas se pusieron en seguida a cepillar sus uniformes y a limpiar sus carabinas mientras sus caballos comenzaban a piafar y a relinchar.

Don Benito Juárez, héroe epónimo de monumentos, avenidas, pueblos y grandes ciudades; Benito Juárez, el vencedor de Maximiliano de Habsburgo, el Patricio, el Benemérito de las Américas, el indio zapoteca de dimensiones inconmensurables, el estadista de fama mundial en cuyo honor fue bautizado con el nombre de "Benito" otro legendario Estadista, el Duce Benito Mussolini; el sublime Benito Juárez, cargado de títulos honoríficos y abrumado de méritos revolucionarios, fue llamado sin miramientos ni trámites protocolarios a la presencia del Divino Juez en las primeras horas del 18 de julio de 1872. A la misma hora que expiraba víctima de causa misteriosa hasta el presente no bien esclarecida, dicen que celebraba la misa en su catedral el santo Obispo de León, Mons. Sollano, y cuentan testigos presenciales que lo hizo con marcada agitación y con muestras de turbación interior. Cuando terminó la Misa, se acercaron algunos a preguntarle el motivo de sus angustias y él con espanto les contestó: "Mientras celebraba la misa, vi caer en el infierno el alma de Benito Juárez". Nada se sabía en ese momento y hasta algunas horas más tarde llegó a la ciudad del Bajío la fatal noticia: "¡El Presidente de la República había sido encontrado muerto en su recámara...!" Sinceramente deseamos que el Obispo se haya equivocado y que aquel dantesco abismo que a él le pareció el infierno haya sido solamente el purgatorio; de esta manera nuestro héroe podría encontrarse ahora gozando del perdón de Dios.

Purgatorio o infierno, sólo Dios lo sabe. Lo que nosotros sabemos es que la muerte de Benito Juárez marcó a México nuevos derroteros en el orden político. De acuerdo con la ley, le sucedió en la Presidencia de la República, Sebastián Lerdo de Tejada, quien al terminar el cuatrienio correspondiente a Juárez, pensó reelegirse para comenzar por su cuenta un nuevo período presidencial que comenzaría el 1º de diciembre de 1872. Los porfiristas clamaron: ¡Reelección indefinida!

A raíz de la Constitución de 1857, Lerdo había colaborado con Juárez en la promulgación de las llamadas "Leyes de Reforma" que

despojaron a la Iglesia de todos sus bienes. Ahora, llegado al poder, confirmó dichas leyes elevándolas al rango de constitucionales, y en su clerofobia fue más lejos, pues desterró a los Jesuitas, a los Pasionistas y a otros sacerdotes y arrojó a las Hermanas de la Caridad tan queridas de los mexicanos, que ni el mismo Juárez se había atrevido a expulsar⁽²⁾.

Aprovechando la impopularidad que Lerdo se había conquistado con tales atropellos, Porfirio Díaz y su segundo, Manuel González redoblaban sus actividades subversivas desde la penumbra de "La Candelaria", carpintería que Díaz había creado para camuflar sus intrigas políticas. A principios de 1876, desapareció de pronto el pacífico carpintero de La Candelaria y fue encontrado en Nueva Orleans en compañía de Manuel González. Allí arrojaron la máscara y promulgaron el llamado "Plan de Tuxtepec", cuya cláusula medular daba por depuesto a Lerdo de Tejada y reconocía a Porfirio Díaz como Jefe del "Ejército Regenerador" y exigía, entre otras cosas, algunas reformas a la Constitución. Comenzaba así una nueva revolución con su respectivo "plan" como era de rigor. Su estrategia consistía en lanzar un ataque desde el Norte, mientras se combatía en Oaxaca en dirección opuesta. La ciudad fronteriza de Matamoros cayó en poder de Porfirio Díaz sin disparar un tiro, con lo cual se hizo de hombres de material bélico; pero al dirigirse a Monterrey al frente de 2.500 adeptos, fue derrotado contundentemente en el pequeño poblado de Icamole. Díaz huyó a los Estados Unidos donde fue bien recibido por antiguos amigos, mientras Lerdo gozaba de la momentánea victoria que él creía decisiva y se refa a mandíbula batiente del Plan de Tuxtepec y de sus ilusos autores.

Ayudado por sus amigos, Porfirio se embarcó en New York y logró desembarcar en Veracruz burlando la vigilancia de un buen piquete de soldados lerdistas que habían subido al mismo barco en Tampico. Cargando una paca de algodón se escabulló entre los demás alijadores y se ocultó entre las pacas que estaban apiladas en el muelle. Por la noche, apareció sano y salvo en la casa de su gran amigo el Coronel J. Luz Enríquez, quien le proporcionó un buen caballo en cuyo lomo se trasladó a Oaxaca para recomenzar la lucha.

Díaz era excelente guerrillero y conocedor de sus montañas. Entre las mil peripecias de la guerrilla fue ganando terreno acercándose poco a poco a la Capital. Al frente de un respetable contingente se encontró frente al ejército lerdista en Tecuac, al pie del volcán La Malinche, a cien kilómetros de México. El ejército lerdista era comandado por el General

Alatorre; pero ni él ni Díaz podían presentar batalla hasta recibir refuerzos ansiosamente esperados por uno y otro. Porfirio Díaz esperaba el refuerzo del General Manuel González mientras Alatorre oteaba el horizonte creyendo ver detrás de cada polvareda el auxilio que debía aportarle el General Alonso. En el momento más apurado se oyeron cañonazos lejanos. "¡Es Alonso!" -exclamó Alatorre. "¡Es González!" -gritó jubiloso Díaz. Fue éste último quien acertó, y ya con el auxilio de González, arremetió con ímpetu contra el ejército lerdistista infligiéndole una derrota decisiva en la que el imperio de Lerdo de Tejada se hundió para siempre. Esto sucedía el 16 de noviembre de 1876. A mataballo llevaron a Lerdo la infaustísima nueva que le congeló a flor de labio la carcajada con que solía celebrar los descalabros de su rival. Dos días después, don Sebastián Lerdo de Tejada, acompañado de un grupo de incondicionales y después de saquear diligentemente las arcas de la Tesorería de la Nación, huyó hacia el Sur en vertiginosa carrera y logró alcanzar el puerto de Acapulco, donde se embarcó rumbo a los Estados Unidos.

Porfirio Díaz, hizo su entrada triunfal a México el 21 de noviembre de 1876 y se instaló provisionalmente en el Palacio Nacional. Este fue el principio del "Porfiriato", época que marca un hito bien definido en la historia de México. Como aún no se sentía enteramente seguro, quiso guardar las formas legales, se declaró solamente Presidente interino y convocó a elecciones democráticas. Realizadas éstas de acuerdo con los cánones de la democracia mexicana que ya regía entonces, resultó electo por lógica perentoria y sin lugar a dudas. Se verificaron las elecciones el 17 de febrero de 1877 y pudo ya don Porfirio exhibirse como legítimo Presidente Constitucional para terminar el período inconcluso de Lerdo, o sea, hasta el final de noviembre de 1880. Al término de este lapso, el partido porfirista era ya dueño de la situación y no tenía enfrente rival alguno de consideración; pero en vista de que aún estaba a flor de piel la causa o pretexto del derrocamiento de Lerdo, o sea la "reelección indefinida" contra la que ellos habían vociferado, don Porfirio, por un resto de pudor político, no quiso reelegirse y se sacó de la manga a su héroe el Gral. Manuel González, aquél que le había dado la victoria en Tecuac, para sentarlo en la silla presidencial mediante una elección elaborada "democráticamente" por el mismo don Porfirio. Terminado el período de González en noviembre de 1884, el dictador indiscutido, sintiéndose ya seguro en su sitial político e histórico, echó por la borda todos sus pudores y escrúpulos, y alegando siempre el interés de la Patria que sin él no podría subsistir, aceptó "abnegadamente" la reelección por siete veces consecutivas.

Como todas las dictaduras, la de don Porfirio tuvo sus ventajas.

Regaló a México un largo período de paz de la que estaba hambriento un pueblo que desde los lejanos días del Cura Hidalgo no había conocido más que guerras, insurrecciones, invasiones de extranjeros y guerrillas de todas clases con los correspondientes sobresaltos y despojos de toda clase de bandidos disfrazados de revolucionarios. La paz genera prosperidad casi en forma espontánea y la prosperidad, bienestar, mientras el estómago está satisfecho a plenitud. Todavía recuerdo en mis mocedades la nostalgia con que la gente del pueblo solía expresarse de los tiempos de don Porfirio, cuando el frijol se vendía a dos reales el almud, las tortillas a cincuenta por cuartilla y los cacahuates a centavo el cuarterón... Era más o menos como el pueblo israelita suspirando por los ajos y las cebollas de Egipto llorando por aquellos tiempos en que podían sentarse junto a las ollas repletas de carne.

En materia de seguridad social, el férreo gobierno central extendió sus tentáculos tutelares mediante los "Rurales", reclutados entre antiguos soldados del ejército juarista, que con medidas enérgicas y crueles limpiaron el campo de abigeos y salteadores. En las ciudades, los ladrones que caían en manos de la justicia eran ahorcados públicamente sin misericordia para escarmiento de todos.

Fue durante el Porfiriato cuando llegó a México la fiebre ferrocarrilera que comenzó a unir con sus caminos de hierro las principales ciudades de la Nación. En abril de 1882 se descubrió por primera vez petróleo en Tuxpan, Veracruz, y en seguida acudieron como moscas, las compañías americanas y europeas. Don Porfirio entregaba con despreocupada prodigalidad a los extranjeros, la vital industria de la comunicación al igual que las minas y el petróleo mexicano. El Porfiriato fue el paraíso del capitalismo extranjero que cosechó pingües dividendos de sus industrias dejando las sobras para el país de cuyas entrañas extraía sin escrúpulos los tesoros no renovables de sus metales y de su oro negro.

* * *

En lo referente a las relaciones del gobierno porfirista con la Iglesia, don Porfirio escribió la pauta que siguieron más tarde los gobiernos que se mostraron benévolos, a diferencia de los francamente hostiles y perseguidores: dejó intactas las leyes anticlericales de la Constitución, otorgando a la Iglesia una tolerancia o libertad precaria, en calidad de favor personal que había que agradecer a la benevolencia del jefe supremo de la nación. Don Porfirio era liberal y masón, lo mismo que muchos de sus inmediatos colaboradores; pero ni él ni ellos querían conflictos con la

Iglesia. De allí que la tolerancia habitual, se constituyó en un status derivado del pacto de "no agresión", tácitamente concertado. Esto permitió a la Iglesia vivir en paz, con lo cual volvieron a florecer y proliferar las Curias Episcopales, las Parroquias, los Seminarios y las Comunidades Religiosas, despreocupadamente amparas por la engañosa paz porfiriana.

Magistralmente resume Joseph H.L. Schlarman en su obra tantas veces citada, la situación socio-político-religiosa del porfirato, a la que llama "tolerancia oportunista".

"El despojo de bienes de la Iglesia, llevado a cabo por Juárez y Lerdo, siguió casi paso a paso los ejemplos dejados por Thomas Cromwel en 1535, con una diferencia, y fue que en el caso de Cromwel, éste sacó una gran fortuna de sus rapiñas, mientras que en el de Juárez, no fue él el enriquecido, sino sus amigos. En todo caso, ellos compraron las propiedades confiscadas por una bicoca; pero además, la desamortización de los bienes del clero trajo como consecuencia una enorme revolución social que Juárez tal vez ni siquiera pretendió, pues creó un fuerte interés contrario a la reconciliación con la Iglesia. Lo mismo que en Inglaterra, la tierra robada fue vendida y revendida, y a medida que pasaba el tiempo, ciertas familias que no habían resultado enriquecidas, quedaron emparentadas por matrimonios con familias que sí se habían enriquecido, y de esta suerte las familias ricas y los hacendados vinieron a quedar comprometidos con el Partido Liberal. Tan abominable sistema enriqueció más a los ricos y empobreció más a los pobres, dejando las cosas preparadas para la era de explotación capitalista que vino con Porfirio Díaz.

... Porfirio Díaz logró dejar satisfechos a los liberales manteniendo a lo menos teóricamente la Constitución de 1857 y las leyes juaristas de la Reforma, así como la intervención exclusiva del Gobierno en los matrimonios y en la educación, en los hospitales e instituciones de beneficencia, y además nombrando muy pocos católicos para puestos de gobierno.

Ocampo, Juárez y Lerdo se atuvieron al falso principio político según el cual 'la religión del Príncipe es la de sus dominios' ('Cuius regio eius et religio'), y a los principios doctrinales anticlericales del Liberalismo imperante, aplicando según eso las leyes penales que por eufemismo dieron en llamar 'Leyes de Reforma'.

Por su parte, Porfirio Díaz, que era un sagaz, práctico y oportunista hombre de estado, no cambió un ápice en estas leyes penales inicuas, pero la dejó en los libros y en muchos puntos no las hizo cumplir. Tal es el sistema mexicano hasta la fecha, y sin que hayan sido abrogadas las leyes

llenas de parcialidad contra la Iglesia, unas veces han sido urgidas y otras no se les da cumplimiento, según sea el talante del presidente o gobernador, y según se presente la atmósfera política del momento.

Esta amplia tolerancia agradó a los conservadores y dio algún respiro a los muy oprimidos católicos, obispos, sacerdotes y fieles. Los obispos abrieron sus seminarios, los religiosos, conventos y monasterios donde preparaban a los miembros de sus respectivas religiones, y las órdenes que eran al mismo tiempo docentes, reorganizaron sus escuelas católicas, sus hospitales, casas de huérfanos y obras de caridad semejantes. Todo era permitido de un modo paternal; pero de tal manera que todos tuvieran que reconocerse deudores de Don Porfirio Díaz, quien en el censo oficial dijo de sí mismo que como individuo y cabeza de familia era católico, apostólico y romano". (SCHLARMAN JOSEPH H.L., *o.c.*, Pág. 462).

Parte muy sustancial en esta tolerancia debemos atribuirle a la influencia de la Primera Dama, a quien los mexicanos de esos tiempos llamaban con embeleso "Doña Carmelita". Era ésta la segunda esposa de don Porfirio. Habiendo quedado Doña Delfina Ortega, primera esposa del antiguo General Juarista, sepultada en paz en el camposanto oaxaqueño, se convirtió don Porfirio en el viudo más codiciado dentro de los límites de la nación. A sus 52 años era un auténtico desocupado, ya que por entonces ocupaba la silla presidencial su muy leal ahijado don Manuel González. Para ocupar sus ocios, le vino la peregrina idea de aprender inglés. Para realizar su utópica pretensión, tomó como maestra a una encantadora jovencita de 19 años, Carmelita, hija del acaudalado don Manuel Romero Rubio, quien había sido Jefe del Gabinete en el gobierno de Lerdo de Tejada. Muy poco debió ser el aprovechamiento en el aprendizaje del inglés; pero en cambio prosperaron cosas mucho más medulares. Sin que fuera obstáculo la absurda diferencia de edades, ni el desnivel cultural, ni los rescoldos de rencillas políticas, Porfirio Díaz y Carmelita Romero Rubio contrajeron matrimonio ante Dios y ante la Ley en los albores de 1883. Con esto la labor de Carmelita a niveles más profundos: ya no era sólo enseñar a don Porfirio la morfología y la sintaxis de la lengua de Shakespeare, cosas que él olvidaba con sólo pasar a la siguiente página; ahora había que comenzar las primeras lecciones de urbanidad y buenas maneras, para convertir en un caballero al rudo campesino de la Noria. Ya no podría don Porfirio seguir sentándose a la bartola en las reuniones de etiqueta; tendría también que aprender a bañarse, cortarse las uñas y peinarse con alifio la hirsuta cabellera y el salvaje mostacho. La tarea era formidable; pero el amor todo lo vence y Carmelita poseía encantos de sobra para domesticar a todas las fieras del mundo. Porfirio y Carmelita se entendieron bien: ella fue buena maestra y

él, discípulo aprovechado.

La educación de Carmelita produjo tan excelentes frutos, que el cincuentón salvaje transformado en exquisito caballero pudo representar a México con dignidad ante ministros y embajadores y rodeado de un halo de leyenda se elevó a tales alturas que las damas de la más alta sociedad se desmayaban al contemplarlo.

Pero hubo algo más: Carmelita había sido educada con esmero por unas religiosas americanas y había asimilado bien sus enseñanzas relativas a la caridad cristiana. Como fruto de esa educación, se dedicaba ejemplarmente a obras de caridad y en el santuario íntimo de la familia fue siempre una ejemplar y devota dama. Don Porfirio tuvo la grandeza de reconocer la superioridad moral y cultural de su esposa y fue el primer beneficiario de su saludable influencia. La Iglesia Católica y sus ministros se reconocían deudores de aquel ángel tutelar sabiendo que nada tenían que temer de don Porfirio, mientras estuviera a su lado Carmelita. Don Porfirio, como muchos liberales de aquellos tiempos y "ateos" de épocas más recientes, siendo fervorosos católicos en lo íntimo del santuario familiar, se declaran masones de alto rango para colarse hasta los sitios más jugosos de la política. De esta manera están contentos, prendiendo una vela a Dios y otra al diablo y pretenden disfrutar de la protección de ambos patronos.

* * *

Toda dictadura se sustenta en una base de gente contenta y muy contenta; gente que aprovecha las mil oportunidades que se le presentan a la sombra del dictador a quien rinden pleitesía y adoración. Esta clase privilegiada, muy notoria en los últimos días del porfiriato, estaba compuesta por las familias adineradas que gozaban plácidamente del esplendor de sus enormes fortunas; entre ellas descollaban los latifundistas que explotaban inicua y cruelmente a sus trabajadores a quienes trataban como esclavos; pero el plato gordo del festín se lo llevaban los "Científicos", un grupo de acaudalados que participaban en la política y podían enriquecerse a placer sin traba alguna. Se comprende que el pueblo mediano y bajo deseara ardientemente un cambio en las estructuras socio-políticas. En cualquier etapa de la historia, los satisfechos son siempre conservadores y los marginados, revolucionarios. El terreno en México, después de 30 años de dictadura porfirista estaba más que preparado y bien abonado para la insurrección revolucionaria.

En 1910, don Porfirio había llegado a los 80 años de su edad. Era año de elecciones y todos aquellos que deseaban que don Porfirio no

envejeciera ni muriera jamás se aprestaban a apoyar la reelección de aquel anciano que ya comenzaba a chochear. Pero los descontentos, que eran muchos, se iban aglutinando en torno a una nueva figura: el pequeño y simpático hijo de un latifundista coahuilense llamado Francisco I. Madero, quien había levantado el grito de la revolución creando el Partido Antirreeleccionista, con el lema "Sufragio efectivo No Reelección". El cansancio de la dictadura porfirista y la ilusión de un cambio que es pasión endémica de los pobres, explotaron en forma de un clamoroso entusiasmo popular en apoyo de la candidatura de Madero. El pequeño rival no era para quitar el sueño al gran don Porfirio. Pero como aquel entusiasmo popular iba creciendo con la voracidad de un incendio, comenzó ya a preocuparse en serio. El expediente que ideó para sofocar el entusiasmo democrático acusa su avanzada arterioesclerosis: mandó a sus esbirros a prender a Madero, nada menos que en la Capital de Coahuila, estado natal del candidato, donde él era especialmente querido y andaba levantando revuelos entusiastas de dimensiones cósmicas. Llevaron preso a Madero y lo encerraron en la cárcel de San Luis Potosí; allí tuvo tiempo de sobra para meditar y madurar sus planes revolucionarios. Monseñor Ridolfi, Delegado Apostólico y Mons. Ignacio Montes de Oca, Obispo de San Luis Potosí, lograron que don Porfirio dejase a Madero libre bajo caución; pero éste, tan luego como se vio del otro lado de las rejas, huyó a San Antonio Texas con su familia y sus partidarios.

En San Antonio lanzó su "Plan de San Luis Potosí", fruto sin duda de sus meditaciones de prisionero, en cuya parte medular declaraba nulas las elecciones que se habían celebrado en el mes de julio, en las que había resultado vencedor, por consigna oficial preestablecida, don Porfirio Díaz. En su Plan de San Luis, Madero excitaba a la Nación a declararse en rebeldía: Todos los mexicanos como un solo hombre deberían levantarse en armas el 20 de noviembre inmediato, fecha que ha quedado como oficial para el inicio de la Revolución.

Entre tanto, don Porfirio gozaba de su pretendida victoria y se aprestaba a celebrarla en forma apoteósica, aprovechando la ocasión del primer Centenario de la Independencia de México, que acació el 16 de septiembre de 1910. Tales fueron las fiestas del Centenario que se grabaron en la memoria de nuestros abuelos con perfiles de gloria celestial. A ellas asistieron Ministros y Embajadores de todos los países de la tierra; hubo derroche de lujo y esplendor. En ellas brilló con nimbo de majestad divina la mítica figura de don Porfirio, a quien algunos con insano entusiasmo llamaban 'el estadista más grande de todos los tiempos'. Pero una vez pasadas las fiestas, las luces de gloria se apagaron y quedó la cruda realidad

del viejo esclerótico y medio sordo que caminaba inexorablemente hacia la tumba.

* * *

El 18 de noviembre de 1910, dos días antes del señalado para la insurrección general, un insigne partidario de Madero, Aquiles Serdán, fue acorralado por la policía porfirista en su domicilio en la ciudad de Puebla. Aquiles fue muerto en la refriega, después de la heroica resistencia que hicieron él y su hermana, quien sobrevivió para continuar la lucha, tomando por bandera el nombre de su hermano, primer mártir de la Revolución.

El día 20, Francisco I. Madero, cauteloso y vacilante cruzó la frontera de México en Piedras Negras. Dos jefes habían prometido salir a su encuentro, cada uno con 300 hombres, poca cosa sin duda. Pero al llegar Madero, uno de ellos no se presentó y el otro tenía sólo 10 hombres. Madero completamente desilusionado, regresó a San Antonio.

Mientras tanto, Pancho Villa y Pascual Orozco con sus respectivas tropas se concentraron en Ciudad Juárez que se encuentra junto al Río Bravo frente a El Paso, Texas. Ciudad Juárez estaba defendida por el General Navarro. Se trabó la batalla con salvaje fiereza; en ambos campos se fusilaba sin piedad a los prisioneros de guerra; pero los porfiristas comenzaron a ceder terreno, pues estaban mal equipados y tenían un jefe mediocre.

El 14 de febrero de 1911, Madero, todo temeroso, volvió a cruzar la frontera de México cerca de Ysleta, Texas. No las trafa todas consigo, en parte porque a Villa y Orozco no les iba del todo bien y en parte por el temor de que las autoridades americanas lo atraparan.

El gran drama de la caída del porfiriato, se nos presenta con perfiles de opereta o de simple tragicomedia familiar. Cualquiera piensa que una monolítica dictadura que llegaba ya a los 30 años y que había a parecido como espléndido y sólido imperio en las recientes fiestas del Centenario de la Independencia, no podía sucumbir en forma tan ridículamente simple. Los mexicanos de mediana cultura somos semejantes a niños que contemplan boquiabiertos una función de títeres: vemos los actores, oímos las voces; pero no entendemos nada de los hilos que los mueven ni de todo lo que pasa detrás de bambalinas. En la escena final del drama del porfiriato intervinieron unos cuantos individuos y para derribar al enorme don P o r f i r i o, se requirió menos sangre de la que suele derramarse en un pleito de cantina.

Mientras Pancho Villa y Pascual Orozco asediaban Ciudad Juárez,

don Porfirio en México clamaba por la presencia de Limantour, báculo de su vejez y lumbré de su mente crepuscular. Limantour andaba vacacionando plácidamente en Europa. Allá lo alcanzaron los apremiantes telegramas de don Porfirio. Se vino en volandas en el primer barco disponible y al desembarcar en New York tuvo oportunidad de conversar informalmente con Gustavo Adolfo Madero, hermano de don Francisco, y con el doctor Vázquez Gómez, quien habiendo sido médico de cabecera de don Porfirio, era a la sazón decidido partidario de Madero. Convencido Limantour de la gravedad de la situación, al regresar a México dijo a don Porfirio que las cosas estaban a tal punto que los americanos podían echarse sobre la Capital de México con cinco mil hombres. Para colmo de males, el pobre viejo sufría horriblemente con una muela infectada... ¡Qué fatal coincidencia, con los gringos ya encima, a México le dolfan las muelas!

En medio de sus villanos dolores que no lograba mitigar se egregio dentista el Dr. Soriano, en sus noches insomnes repasaba con mente calenturienta las cuentas que tenía pendientes con Taft, el maquiavélico Presidente Americano a quien había ofendido negándose a reconocer el atropello de Panamá y sacándole de las garras a Zelaya, Presidente de Nicaragua, cuando éste había cometido el crimen de ahorcar sin más trámite a dos filibusteros gringos que merodeaban en sus dominios. Además, allí estaba a la vista el molestísimo problema de la Bahía Magdalena y el otro no menos ominoso del Chamizal, aquel pequeño jirón de tierra que nos robó primero el Río Bravo al cambiar de cauce en una noche invernal y luego el mismo Taft al no reconocer el arbitraje de La Haya. Allí estaban también las reclamaciones de los americanos petroleros, mineros y ferrocarrileros resentidos porque Díaz no les había dejado la tajada entera, sino que trataba de arrebatarla coqueteando con el Japón, con Alemania y con la Gran Bretaña... ¡Oh los gringos, siempre los gringos...! Los soñaba despierto de día y los miraba dormido de noche...!

Es un hecho comprobado que, así como no puede entenderse la Historia de la Salvación sin la ingerencia del demonio, así es imposible entender la historia de México (si es que puede entenderse) sin la parte que corresponde a los Estados Unidos. Perdón, la similitud no es intencional, es del orden histórico-pragmático-irrefutable. No se trata, desde luego, del pueblo Estadounidense, ni siquiera se trata siempre de su Gobierno; pero no pueden borrarse de la historia, entre otras, las ingerencias de las Logias Masónicas de New Orleans en los tiempos de Hidalgo y de Iturbide, ni los turbios manejos de Poinset y Zavala con los traidores texanos en tiempos de Santana y Gómez Farías, y lo que corresponde a Seward y Campbell en los tiempos de Juárez y la parte que toca a Taft y Henry Lane Wilson en el

derrocamiento de don Porfirio y Madero y el encumbramiento de Victoriano Huerta y en los apocalípticos infortunios de la revolución mexicana cuando ellos y más tarde Woodrow Wilson en contubernio con empresarios norteamericanos provocaron y fomentaron el caos en México para pescar a lo grande en río revuelto... ¡Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!" (Frase atribuida a Mons. Eulogio G. Gillow, Obispo de Oaxaca).

Una mortal angustia apretaba a don Porfirio y había confusión entre todos sus partidarios. Los gobernadores pedfan tropas federales cuando Díaz no tenía siquiera las suficientes para hacer frente a Villa y Orozco en Ciudad Juárez. Estos se habían disgustado con Madero porque había mandado retirar las tropas rebeldes de Ciudad Juárez, lo cual era un gran desacierto militar del que la casualidad vino a salvarlo. Sucedió que en una tregua los soldados maderistas se estaban bañando en el Río Bravo y los federales dispararon sobre ellos, dando por resultado que Villa y Orozco furiosos por tan cobarde agresión, lanzaron un ataque fulminante contra Ciudad Juárez. El Gral. Navarro, cogido de sorpresa, tuvo que rendirse con 400 hombres y 300.000 cartuchos. Villa y Orozco, después de una sesión tumultuosa, tenida durante la noche del 11 de abril de 1911, exigían el fusilamiento inmediato de Navarro, a lo cual se oponía resueltamente Madero. Este, saliendo subrepticamente de la sesión, trajo su automóvil y metió en él a Navarro. Ya en las afueras de la ciudad, Navarro muy asustado preguntó a Madero: "¿A dónde me lleva usted?". "A la orilla del río, le contestó Madero, voy a ayudarle a pasarse al otro lado". Con esto, la oscura noche del 11 de abril fue testigo de la fuga sigilosa de uno de los más conspicuos "espaldasmojadas" que haya cruzado las aguas internacionales, con el consiguiente berrinche de Villa y Orozco que ya se relamían su sangre.

Don Porfirio, al conocer la derrota de Navarro, designó delegados que conferenciaran con Madero acerca de los cambios que éste pedía en el gobierno. Francisco era incapaz de tomar una decisión de tales dimensiones sin aconsejarse de su padre y de otros parientes. Acudieron éstos a prestarle auxilio, pero fue el Dr. Vázquez Gómez quien se plantó firme y rechazó todas las concesiones, exigiendo a Díaz que enviase emisarios provistos de credenciales competentes. Accedió don Porfirio enviando a Francisco Carvajal, Presidente de la Suprema Corte, quien se entrevistó con Madero y los suyos en El Paso, Texas. Todos estuvieron de acuerdo en que los cambios que Díaz prometía hacer en el gobierno acabarían con las recientes desavenencias, menos el Dr. Vázquez Gómez, quien dio a entender con claridad a Madero que no se trataba de un asunto privado de la familia

Madero, sino de todo México, por lo que no habría arreglo alguno mientras no dejaran el poder, Díaz, Corral y Limantour.

Con el alma desbordante de rabia y amargura, tuvo que ceder don Porfirio. Las cláusulas del convenio fueron firmadas del otro lado del río, en Ciudad Juárez a las diez y media de la noche del 21 de mayo de 1911, a la luz de las velas y de fanales de automóviles, porque la Aduana estaba ya cerrada y nadie tenía llave.

La caída de Ciudad Juárez, en sí misma sólo fue una pequeña derrota militar, allá en las lejanas orillas del Río Bravo; pero demostraba que la ostentosa fachada del imperio de don Porfirio ocultaba un edificio carcomido de polilla. Viose, pues, el legendario dictador abandonado y vencido... así, tan pronta y simplemente. En la última elección fraudulenta, se había jugado el todo por el todo y lo había perdido. Ahora, apresuradamente, hizo empacar sus bienes personales y en un tren especial partió para Veracruz con su fiel Carmelita, sin que nadie fuera a darle la despedida, ni siquiera Limantour. El Gral. Victoriano Huerta mandaba la escolta que custodiaba a don Porfirio, el octogenario desilusionado y abatido, ocho veces Presidente de la República, en su viaje al destierro.

Porfirio Díaz firmó la renuncia como Presidente de la República a las 4.30 de la tarde del 25 de mayo de 1911, y en esa hora terminó la era de un gobierno personal que ha tenido pocos paralelos en la historia del mundo. ⁽³⁾

Edith O'Shaughnessy, esposa del que fue más tarde Encargado de Negocios en México por el Gobierno Norteamericano, escribe: "Aún en la noche de su partida final de México, Porfirio Díaz, estaba en plena posesión de su serenidad... no se le notaban señales exteriores de emoción. Pero, cuando ya a bordo del Ypiranga en Veracruz, hubo oído por última vez las voces de millares de personas que se habían reunido para saludarlo, y hubo dado los últimos abrazos y el Ypiranga puso proa al mar abierto, entonces lloró" ⁽⁴⁾

Pocas veces habrá tenido cumplimiento más literal y más dramático la palabra de Luis XV Rey de Francia: "Après moi, le déluge: Después de mí, el diluvio..." Don Porfirio, se alejaba derrotado, dejando tras él un México en llamas. Pero los mexicanos, borrachos con la embriaguez de la victoria, se entregaban al más demente delirio: ¡El Rey ha muerto... viva el

³ SCHLARMAN, *o.c.* Pág. 494 y ss.

⁴ O'SHAUGHNESSY, Edith, *Intimate Pages of Mexican History*, Pág. 59. Citada por SCHLARMAN, *o.c.* Pág. 496.

Rey! ¡VIVA MADEROOO! resonó por todo México.

* * *

Desde su origen, el caso de Francisco I. Madero, se nos presenta como un acontecimiento místico, más que político. Aun en el concepto histórico- popular se le conoce como "El Apóstol", y pocos le llaman "El Caudillo" de la Revolución.

Era don Francisco oriundo de Parras, en el Estado de Coahuila, hijo de don Evaristo que fue Gobernador de su Estado natal en tiempos de don Porfirio. La familia Madero, de rancia aristocracia, era profundamente católica y porfirista de corazón, pueso que, siendo grandes terratenientes, la política de don Porfirio convenía a sus intereses. Sin embargo, Francisco, que había sido educado por los Jesuitas, tuvo posteriormente contacto con espiritistas de alta alcurnia durante su larga estancia en París. Era en este sentido un convencido, un auténtico creyente de los dogmas y prácticas del espiritismo. Cuando regresó a México, ya hacía tiempo que había dejado las prácticas católicas de misa y sacramentos, cambiándolas por las meditaciones espiritistas y la evocación de los espíritus con quienes conversaba cada noche y de quienes recibía inspiraciones y mandatos. El Dr. Vázquez Gómez afirma que Madero, era fanáticamente adicto al mundo de los espíritus, y Edith O'Shaughnessy afirma que Madero, siendo joven había consultado la mesa adivinatoria "ouija" y había obtenido la respuesta de que sería Presidente de México. ⁽⁵⁾ Desde ese día vio claro su destino y consagró su vida entera a realizarlo. Es increíble el influjo que la mística, falsa o auténtica, ejerce en la vida del hombre. Todos los incidentes, todos los acontecimientos de su propia vida, eran para don Pancho Madero otros tantos avances en su inexorable destino. Su convencimiento sincero le comunicaba un dinamismo interior totalmente exento de dudas y vacilaciones. Era a la verdad un "visionario iluso", como le llama Schlarman. ⁽⁶⁾

México entero, sin respuesta de "ouija" de ninguna clase, era también un colosal iluso, creyendo que había llegado el "Mesías" que lo había de redimir de su miseria y de su esclavitud. Desde Parras hasta la ciudad de México, a lo largo de 1.000 kilómetros, la figura del Pequeño Francisco I. Madero, saludando sonriente a las multitudes con el sombrero

⁵ SCHLARMAN, *o.c.* Pág. 500.

⁶ *O.c.*, Pág. 497.

en la mano, recorrió los caminos de la Patria, entre aclamaciones delirantes. Su entrada triunfal a la Capital evocó la de Cristo a Jerusalén; sólo faltó que le gritaran ¡Hosanna! Hubo algunos que habiendo logrado saludarlo de mano, se pusieron un guante y durante meses no se lavaron la mano para guardar el efluvio divino que les había dejado el contacto de aquel mesías.

Don Pancho, confirmado en la fe de los espíritus, reventaba de felicidad y con él toda la gran familia Madero. Unos días después de la entrada triunfal, hubo una recepción en el Palacio Nacional. Allí estaban sonrientes y elegantísimos don Pancho y su esposa Doña Sarita Pérez, y detrás de ellos, apretujados en el salón de recepciones y rebosando por corredores y estancias, nada menos que 232 miembros de la familia Madero con sus amigos y los amigos de sus amigos.

Según las estipulaciones de Ciudad Juárez, a la salida de don Porfirio, debía quedar como Presidente Provisional, Francisco León de la Barra; cosa que muchos reprobaron, pues tal designación equivalía a una claudicación, ya que De la Barra, había sido Secretario de Relaciones Exteriores en el Gabinete de don Porfirio.

Tocó a León de la Barra, organizar la entrada triunfal de Madero, pacificar el país y preparar las elecciones. Por supuesto, que Madero sería el candidato a Presidente; pero no estaban todos de acuerdo en quién sería el Vicepresidente. Muchos querían al Dr. Vázquez Gómez, el mismo que había jugado como segundo en la planilla de 1910; pero otros, preferían al Lic. Francisco León de la Barra y otros más, al Gral. Bernardo Reyes, el "procónsul" porfirista del Norte. Por fin, en la convención del 27 de agosto de 1911, quedó como candidato a la Vicepresidencia un oscuro político, don José María Pino Suárez, traído de la "hermana República de Yucatán". Como opositor quedó el Gral. Bernardo Reyes con su planilla.

Verificadas las elecciones, resultó electo quien debía resultar. Fueron las elecciones más limpias que ha habido en la historia del México independiente; aunque no faltaron detalles chuscos, pues las cosas estaban ya tan definidas antes de las elecciones, que muchos las tomaron a chacota y hubo millares de votos por el Cura Hidalgo, por Benito Juárez y hasta por los toreros y payasos de la época.

La bondad congénita de Madero, que rayaba muchas veces en bonachonería, aunada a su mística mesiánica de iluso visionario, comenzó sin tardanza a producir amargos frutos y el mismo don Pancho, caería pronto inevitablemente como víctima de su ingenuidad, de su misticismo y de sus consiguientes errores. Ya hemos mencionado el piadoso secuestro que salvó al General Navarro después de la derrota de Ciudad Juárez; esto lo malquistó incluíblemente con los sanguinarios Villa y Orozco. Poco

después, ya infautado don Pancho por la gira triunfal y por la apoteósica entrada a la Capital, cometió otro disparate de una ingenuidad increíble. Sucedió que Emiliano Zapata, insatisfecho porque Madero no prometía en sus planes ninguna ventaja positiva para los campesinos empobrecidos, se había alzado en el Estado de Morelos al grito de "Tierra y Libertad". Zapata se acuarteló con sus bravos rancheros en la ciudad de Cuautla, unos 100 kilómetros al Sur de México. Todavía era Presidente Provisional, León de la Barra, quien tuvo que enviar al Gral. Victoriano Huerta a someter al salvaje y pintoresco guerrillero. La moral de la tropa federal, acuartelada en Cuernavaca, se robusteció cuando el dinámico Huerta se encargó del mando de aquellos soldados que lo adoraban, porque, aunque era duro y exigente, los llevaba siempre a la victoria. La empresa resultaba para Huerta, un juego de niños, al menos así lo estimaba él; pero aquí intervino don Pancho con su inoportuno mesianismo. Fue a ver a De la Barra para pedirle permiso de visitar a Zapata, con intenciones de convencerlo de que debía deponer las armas. ¡Pobre don Pancho! Hasta su última tragedia fue siempre el mismo. Para él, los más salvajes y despiadados revolucionarios, no eran mas que muchachos traviesos a quienes se puede convencer con regaños paternales y palmaditas de amigo... De la Barra era más cauto y desconfiado. "Señor, dijo a Madero, será mejor para usted y para mí, y también para el país, no meternos por ahora con Zapata". Pero, aquí fue donde Madero, se sintió mesías, pensando que él era personalmente quien había derrocado a don Porfirio y que bastaba con su presencia y su figura para que Zapata se le rindiera como buen amigo. Para infundir a éste más confianza, se llevó a su esposa Doña Sarita y a otros miembros de la familia Madero. Gustavo Adolfo, se había quedado en México y a las diez de la noche recibió de Cuautla, un telegrama extraurgente por el que supo que su hermano don Pancho con otros familiares estaban allí y que los zapatistas ya estaban sospechando que fuera un traidor quintacolumnista, pues Huerta los asediaba desde muy cerca. No había otro modo de salvarle la vida que ordenar a Huerta que se retirase de inmediato, pues el cadáver del Presidente Electo, al ser traído a la Capital hubiera desencadenado un catástrofe de alcance nacional. Huerta tenía a Zapata y a los suyos en una trampa y casi había logrado rodearlo, faltando sólo cerrar el cerco. En esos momentos llega la orden perentoria de levantar el asedio porque no había otro recurso para salvar al ingenuo don Panchito, que se había metido en la ratonera por su cuenta y riesgo. Huerta hizo el más sustancial berrinche de su vida, en presencia de sus subalternos, y sacando de sus entrañas entre estertores de rabia el más florido yapestoso vocabulario que reservaba para ocasiones solemnes, juró una y otra vez vengarse de todos los Maderos que

así se burlaban y jugaban con él... La ocasión de satisfacer su rabia y su juramento no estaba demasiado lejos. (7)

En consecuencia, Zapata y los zapatistas sobrevivieron para bien o para mal. Cinco días antes de la toma de posesión de Madero, Zapata lanzó su "Pan de Ayala" como un clamor de reivindicación de los campesinos despojados y oprimidos, contra los científicos y hacendados enriquecidos a costa de la miseria y de la sangre de los pobres. Como jefe de la nueva revolución, se proclamaba al Gral. Pascual Orozco, y si no aceptaba, al Gral. Emiliano Zapata. Madero, tomó posesión de la Presidencia de la República el 1º de diciembre de 1911. Todo el año de 1912 fue de altibajos sobreabundando con mucho los bajos sobre los altos. El idilio de Madero, se esfumó con la misma rapidez con que había surgido. Otro tanto sucedió con el ilusorio embeleso del pueblo. El favor popular suele ser tornadizo; pero en el caso había razones que estaban a la vista. Madero no había cumplido casi ningunas de las innumerables promesas que había hecho, sencillamente porque eran tantas y tan exorbitantes que se hallaba físicamente imposibilitado para cumplirlas. Las finanzas nacionales estaban en bancarrota y había hambre en el pueblo. La seguridad pública estaba amenazada por ladrones y salteadores que hacían su agosto, libres ya de los Rurales de don Porfirio. La prensa se dedicó a lanzar ataques incesantes, burlas y caricaturas hirientes y a veces injustas contra la persona del que apenas ayer llamaban el "Mesías". En resumen, el que antes era aclamado con entusiasmo delirante, era ya sólo un inepto: así lo llamaba Zapata en su "Plan de Ayala".

Ante el desbarajuste generalizado comenzaron a trabajar de nueva cuenta las maquinaciones, intrigas, traiciones y toda clase de fuerzas disolventes. Se manejaban como sospechosos los nombres de Huerta, Félix Díaz y Venustiano Carranza. Los rumores no eran infundados. Pronto se levantó en armas en Veracruz el Gral. Félix Díaz, sobrino de don Porfirio. Madero logró someterlo y lo encerró en la prisión militar de Tlaltelolco. De Europa había regresado el Gral. Bernardo Reyes, el famoso "Procónsul del

7

Cf. SCHLARMAN, *o.c.* Pág. 499. - El historiador ALFONSO TARACENA, maderista declarado, en su *Historia Extraoficial de la Revolución Mexicana*, Editorial Jus, México 1987, Pág. 70 y ss., da una versión muy distinta de este incidente, suponiendo un buen entendimiento entre Madero y Zapata. El "Plan de Ayala" de Zapata, no abona en favor de esta versión benévola. Es uno de tantos casos, en que las versiones de los historiadores de la Revolución, difieren sustancialmente por influjo de sus ideologías o militancias. Para el lector de cultura media, es sensato atenerse a la versión que presenta quien por su desinterés personal tiene mayor garantía de imparcialidad.

Norte" de Porfirio Díaz; también él levantó su revolución, pero fue derrotado en Camargo, cerca de la frontera Norte, y fue encerrado en la Penitenciaría de la Capital. Venustiano Carranza tenía ya preparado su levantamiento para fines de marzo de 1913, pero los acontecimientos se le adelantaron. (8)

La situación política estaba a punto para el cuartelazo. La insurrección del Plan de Ayala se presentaba como la más peligrosa. Madero envió a combatir a Pascual Orozco a un pariente suyo, el Gral. González Salas; éste sufrió una vergonzosa derrota, al grado que, no pudiendo sufrir tan gran afrenta, se suicidó. Entonces Madero, encomendó el asunto al Gral. Victoriano Huerta, quien pronto dio cuenta de Pascual Orozco; pero Zapata se hizo fuerte en Morelos y continuó la rebelión.

El 1º de febrero de 1913, pocos días antes de la caída de Madero, el buenazo de don Pancho dio una recepción pública en el Castillo de Chapultepec, en honor del Gral. Victoriano Huerta, quien acababa de regresar victorioso después de la derrota de Pascual Orozco. Presentes a la recepción se hallaron, además del Cuerpo Diplomático, representantes de la alta sociedad mexicana. Todos pudieron ver al Presidente que del brazo con el Gral. Huerta, recorría los salones diciendo: "Este es mi héroe". Podemos imaginarnos al orgulloso indio cora ocultando detrás de su impenetrable máscara de ídolo, toda la soberbia del triunfador y con ella el odio, la sed de venganza y el desprecio hacia aquel ingenuo chaparrito a quien antes de un mes llevaría a rastras como oveja al matadero.

* * *

Existe abundantísima literatura y aún se emprenden estudios serios sobre los últimos días de Francisco I. Madero y su trágico fin durante la llamada "Décena Trágica". En un caso tan turbulento y con tal abundancia de datos, testimonios y juicios históricos, el lector se siente perdido y confuso. Si siempre es cierto que en cuestiones históricas nadie es poseedor de la verdad completa, mucho más lo es que en casos turbulentos que han marcado los hitos de la historia, cada historiador u observador pone el acento en aquello que le resulta más interesante bajo su personal punto de

8 Varios historiadores prueban que Carranza tenía ya el plan de rebelarse contra Madero. Entre ellos ALFONSO JUNCO y el Gral. JUAN BARRAGAN, en su *Historia del Ejército y de la Revolución Constitucionalista*, Pág. 19. Citado por SCHILARMAN, o.c. Pág. 505.

vista.⁹⁾

Sobre la caída de Madero y en general sobre la Revolución Mexicana en sus diversas fases, es imposible escribir una verdadera historia, por la sencilla razón de que no es un acontecimiento del pasado, sino algo que está aún presente en sus consecuencias, tanto en la misma Nación Mexicana como en cada una de las clases sociales y en los individuos. La verdad histórica debe buscarse y acaso podrá encontrarse en un clima de serenidad y sinceridad. Pero cuando un acontecimiento nos está afectando aún en nuestros valores, en nuestros intereses o en nuestras opciones ideológicas, es totalmente imposible la imparcialidad del historiador. Todavía encontramos en la actualidad (1989) "historiadores" que se deshacen en invectivas y virulentos ataques contra sus adversarios ideológicos.¹⁰⁾ Tenemos en la actualidad rabiosos maderistas y rabiosos antimaderistas, claro está que en lo particular, porque a nivel oficial es obligado exaltar a Madero lo mismo que a Juárez y a Carranza. Maderistas y antimaderistas, todos tienen que reconocer que Victoriano Huerta, alias "El Felón", hizo a Madero el más señalado servicio; puesto que estando ya don Pancho a punto de salir por la puerta poco honorífica de los ineptos, Huerta lo sacó con un brutal empujón por la de los héroes y los mártires, con los cual ha quedado don Francisco I. Madero como estrella de primera magnitud en el Olimpo de la Patria.

Como ya hemos dicho, el desbarajuste del gobierno de Madero puso las cosas a punto. El acto final comenzó con la rebelión del Gral. Manuel Mondragón, quien se levantó en armas el 9 de febrero de 1913, en la misma Capital de la República, con la caballería, la artillería y unos 800 hombres. Al frente de ellos fue a la prisión militar y a la penitenciaría y puso en libertad a los Generales Bernardo Reyes y Félix Díaz. Reyes se dirigió al

⁹ Sobre la *Decena Trágica* han escrito testigos de primer orden como MANUEL MÁRQUEZ STERLING, Embajador de Cuba en México, testigo ocular de los acontecimientos, en su libro: *Los últimos días del Presidente Madero*. Porrúa, México, 1975. Edith O'SHAUGHNESSY, *Intimate Pages of Mexican History*, New York 1920. ALFONSO TARACENA, *Historia Extraoficial de la Revolución Mexicana*, Editorial Jus, México 1987. LORENZO MEYER, *México y los EE.UU. en el Conflicto Petrolero*, Colegio de México. Jesús SILVA HERZOG, *La Revolución Mexicana en Crisis*, México 1944; *Un Ensayo sobre la Revolución Mexicana*, México, 1944. También el funesto Embajador de los EE.UU. en México. HENRY LANE WILSON, escribiendo sobre la caída de Madero bajo su muy discutible e interesado punto de vista, etc. etc.

¹⁰ Cf. TARACENA ALFONSO, *Historia Extraoficial de la Revolución Mexicana*. Editorial Jus, México 1987, Pág. 107 y *passim*.

Palacio Nacional, creyendo que la guarnición ya se había rendido. Pero al llegar a la puerta del Palacio, entabló breve diálogo con el Gral. Villar, jefe de la guarnición: "Ríndase Ud., dijo Reyes. "El que se va a rendir es Ud.", respondió el otro, acompañando la respuesta con un certero disparo a la frente. Fue la señal de "ábrase el fuego" y comenzó la absurda balacera entre los de Reyes y la guarnición del Palacio. Mondragón y Félix Díaz se hicieron fuertes en la Ciudadela con unos 1.500 hombres y buena dotación de cartuchos y piezas de artillería. Llevaron la noticia a Madero al Castillo de Chapultepec. Don Pancho, muy de acuerdo con sus procedimientos místicos, se llenó de sobrenatural inspiración, seguro de que todo quedaría sossegado con sola su presencia y su figura. Montó, pues, su hermoso caballo blanco, se envolvió en la sagrada bandera de la Patria y seguido de la guardia montada y de una exigua comitiva ocasional emprendió el camino hacia Palacio por el Paseo de la Reforma. La sublime escena que aún se contempla en murales y cuarteles no podía ser más sugestiva y arrobadora: ¡El Presidente ungido por el voto de la Nación entera, encarnando en su persona a la Patria Mexicana, montado en apolítico caballo blanco y envuelto en el sagrado lábaro, iba con la frente en alto, seguido de sus leales, decidido a dar la vida en holocausto...! Pero al llegar a la Plaza del Zócalo, se percató de que no era cuestión de desplantes teatrales, pues vio el suelo cubierto de más de 500 cadáveres e innumerables heridos. Pálido y tembloroso, acompañado del concierto de gritos y lamentos, penetró en el Palacio Nacional que había de ser su última prisión.

En la refriega había sido herido el Gral. Villar, Comandante Militar de la Plaza, por lo que Madero nombró en su lugar, nada menos que a Victoriano Huerta. ¡Había sonado para el indio taimado la hora de la venganza!

Francisco Martín Moreno demuestra ⁽¹¹⁾ con abundantes documentos que ya con anterioridad andaba Huerta en tratos con el Embajador de los Estados Unidos, Henry Lane Wilson, mendigando vergonzosamente el reconocimiento de los EE.UU. para su futuro gobierno que nacería del derrocamiento de Madero. Asegura este autor que la Decena Trágica se fraguó con todos sus detalles en el Salón de Consejos de la Embajada Americana. El aserto de Moreno no tiene nada de inverosímil, ni tampoco la afirmación de que los petroleros andaban en el complot, pues es bien sabido que los grandes consorcios americanos, con sus turbios

11 MARTIN MORENO FRANCISCO, *México Negro*. México, 1986 Editorial Planeta, Pág. 200 y ss.

intereses y los largos tentáculos de su potencial económico, han armado la mano de los magnicidas de su propio país. De cualquier modo, fue intensa la actividad de la Embajada Americana durante la Decena Trágica y el ir y venir de Embajadores y políticos que se reunían en sus instalaciones y también los centenares de extranjeros que buscaron refugio dentro del edificio.

Los días de terror y de sitio se sucedían y el pueblo no se explicaba por qué Huerta no acababa de una vez con los insurrectos de la Ciudadela, cuando él mismo sabía y había dicho que con sólo apuntar sus cañones hacia el sitio bien conocido por él, donde se guardaban los explosivos, volarían por los aires hechos trizas todos los rebeldes y no quedarían con vida ni las ratas letrínas. Lo que pasaba era que Huerta andaba a la rebatinga con Félix Díaz por quién de los dos quedaría como Presidente de la República, iy esto lo discutían para colmo de ignominia ante Henry Lane Wilson! Después de mucho discutir, quedó convencido Félix Díaz de que Huerta debería quedarse con el hueso más sustancioso. Así lo había decidido Wilson quien tomó debida cuenta de las capitulaciones de Huerta y en reciprocidad, quedó comprometido a conseguir el reconocimiento de su gobierno para el criminal usurpador. En arras de sus promesas, llenó los bolsillos de Huerta con gruesos fajos de billetes de 500 pesos, que debieron recordarle a éste las 30 monedas que otro traidor recibiera por la venta de otra sangre.

Gustavo Adolfo Madero, quien desde la infancia dominaba a su hermano menor Francisco, comunicó a éste en forma apremiante sus bien fundadas sospechas sobre la lealtad de Huerta. Don Pancho mandó llamar a Huerta y le pidió, en prueba de lealtad, que en un plazo de 24 horas estuviera solucionado el asunto de la Ciudadela. Con esto, Madero estaba señalando el plazo perentorio en que el Felón tenía que arrojar la máscara. Inmediatamente Huerta se apoderó por traición de Gustavo y lo arrojó indefenso en la cueva de víboras de la Ciudadela. Allí sus enemigos saciaron su sadismo, y en una orgía de chacales, le hicieron saltar el único ojo útil que tenía y lo remataron a culatazos con saña infernal.

El desorden y la confusión en la Capital eran indescriptibles. Ante la gravedad de la situación, temiendo por la seguridad de los americanos residentes en México, Henry Lane Wilson y otros Embajadores que también tenían por sus connacionales, decidieron enviar a Madero, representaciones no oficiales pidiéndole que presentara su renuncia y dejara los Poderes en manos del Congreso. Comisionaron a Cologan, Embajador de España, para llevar la representación extraoficial. Aquí sí estuvo Madero a la altura de su dignidad de Presidente y de su vocación de mártir. Respondió a Cologan con toda entereza: "Los extranjeros no tienen derecho de entrometerse en los

asuntos internos de México". Otro tanto hizo con nueve Senadores que le llevaron la misma proposición como único recurso para salvar su propia vida. A ellos les manifestó su inmenso desprecio dejándolos con la palabra en la boca. Bien podía haberles contestado: "No conviene que un apóstol muera vulgarmente acostado en su cama...".

Los ejércitos rebeldes de Huerta y Félix Díaz se habían apoderado de la ciudad y había desaparecido toda autoridad civil. Continuaba la escaramuza del fuego de artillería entre el Palacio Nacional y la Ciudadela, causando más bajas entre la población civil que entre los militares. Comenzaron a surgir por todas partes bandas y pandillas de ladrones y salteadores. La gente del pueblo padecía hambre.

Madero muy preocupado, celebraba una junta con el Consejo de Ministros para tratar el aumento de raciones alimenticias para los pobres. De pronto, entró atropelladamente el Coronel Riveroll y le dijo a Madero que, por orden de Huerta, debía acompañarlo a un sitio seguro, porque el General Rivera que acaba de llegar de Oaxaca se había rebelado. Un ayudante de Madero, furioso por el atropello, ordenó de mala manera a Riveroll que se largase de ahí; pero éste dio a sus hombres orden de disparar. Sólo que alguien de los de Madero tomó la delantera disparando sobre Riveroll quien cayó muerto al instante. Madero, sin perder la compostura, suplicó a los soldados que se mantuviesen quietos y se dirigió tranquilo al elevador para bajar. Cuando salió del elevador, se topó con el Gral. Aureliano Blanquet, otro vil traidor que días antes había jurado lealtad a Madero. Los esbirros de Blanquet se apoderaron del Presidente, quien quedó indefenso a merced de sus captores. La guarnición del Palacio, desde dos días antes era ya de los traidores capitaneados por Blanquet.

Ese mismo día, Huerta notificó a los Gobernadores de varios Estados y a los Embajadores extranjeros, que él con autorización del Senado de la República, se había hecho cargo del Poder Ejecutivo. Luego, mandó echar a vuelo las campanas de la Catedral para anunciar la caída de Madero. Victoriano Huerta y su gran compinche Aureliano Blanquet, salieron sonrientes al balcón del Palacio Nacional. El populacho, siempre voluble y estúpido, lo aclamaba con gritos delirantes. En respuesta, el Felón les gritaba satisfecho: "Desde hoy tendréis pan en vez de balas." Esto sucedía el 18 de febrero de 1913. El 19, la familia Madero, suplicó a Francisco que renunciara y tanto éste como el Vicepresidente Pino Suárez (también preso), firmaron los artículos de su renuncia y los entregaron a Pedro Lascuráin, Ministro de Relaciones Exteriores. A cambio de su renuncia, Francisco suplicaba que a él y a su familia se les permitiese emigrar a Cuba.

Por la noche, el Congreso tuvo una sesión extraordinaria en la cual se

aceptó la renuncia de Madero y Pino Suárez. De conformidad con la Ley, el Ministro de Relaciones Exteriores quedaba convertido en Presidente. Recayó, pues, la investidura en Pedro Lascuráin, quien, hecho el juramento de rigor, nombró a Victoriano Huerta Ministro de Gobernación y a los veinte minutos renunció a la Presidencia, convirtiéndose así, en el Presidente de México que haya ocupado el cargo por el más breve lapso de tiempo. La abdicación de Lascuráin fue aprobada unánimemente por el Congreso, y al cabo de un cuarto de hora, el Gral. Victoriano Huerta era ya Presidente Provisional de México. Esta farsa de procedimiento legal, bajo el patrocinio de las pistolas, daba a Huerta una precaria sombra de legitimidad que inmediatamente repudiaron varios generales y gobernadores, entre ellos principalmente Venustiano Carranza, Gobernador de Coahuila y el Coronel Alvaro Obregón, sonoreense que ofreció incondicionalmente sus servicios para combatir a Huerta.

El Felón, reventando de satisfacción y de "cristiana" gratitud, celebró su encumbramiento con un solemne Te Deum de acción de gracias en la Catedral Metropolitana. No sabemos si Dios haya aceptado aquel homenaje sacrilego; lo que sí sabemos es que los ecos destemplados de aquel Te Deum y el aroma pestilente de su incienso habrían de tener enorme repercusión en los anales de la Revolución Mexicana, dando a los impíos un buen pretexto para involucrar a la Iglesia en la caída de Madero y el encumbramiento de Huerta.

Huerta prometió que perdonaría la vida a Madero y Pino Suárez, y aseguró a los que intercedían por ellos que ya tenía aparejado un tren especial para conducirlos a Veracruz, donde podrían embarcarse e ir a donde quisieran. Posiblemente era sincero; pero aconteció que el General Velasco, comandante militar de Veracruz, por instigaciones de algunos maderistas, ofreció levantarse en favor de Madero. Esto puso inquieto y furioso a Huerta, quién después de "lavarse las manos" como Pilato, culpó de lo que iba a suceder, a las intrigas de la familia Madero.

Por informaciones confidenciales de personas que estuvieron muy cerca de los acontecimientos de esos días, hemos sabido que Huerta, consciente de lo que había decidido hacer con Madero y Pino Suárez, les mandó secretamente un sacerdote para que arreglaran sus almas para el viaje sin retorno. Pino Suárez aceptó el auxilio espiritual y pudo así morir críticamente perdonando a sus verdugos. Don Francisco, en cambio, ya no creía más que en los espíritus, quienes probablemente le aconsejaron morir como había vivido. Este incidente, con sus detalles de aceptación y no aceptación de los protagonistas, nos ha sido transmitido por persona fidedigna y nos permite penetrar un poco en la contradictoria personalidad de

Victoriano Huerta. El también, cuando le llegó la hora de la verdad, moriría cristianamente perdonando a quienes tenía que perdonar. ¿Quién se atreverá a escrutar el corazón humano? ¡Qué bueno que Dios se reserva el juicio de los hombres!

El día 22 de febrero de 1913, por la mañana, Huerta, Félix Díaz y Blanquet, con casi todos los miembros del nuevo gabinete, se reunieron en Palacio para decidir la suerte de Madero y Pino Suárez. Después de unos minutos, Huerta se retiró dejando el asunto en manos de Blanquet. Este dispuso que los prisioneros fueran trasladados a la Penitenciaría y arregló que hubiera un simulacro de ataque al convoy de parte de Cecilio Ocón (el canalla que había mutilado y asesinado a Gustavo A. Madero en la Ciudadela) y por el Mayor Francisco Cárdenas. A las 11 de aquella tétrica noche, Madero y Pino Suárez fueron despertados y se les dijo que serían trasladados a la Penitenciaría. En el camino sucedió lo que ya se tenía premeditado. Al día siguiente, a la una de la tarde, Huerta dio la versión oficial de las trágicas muertes: "Un ataque irresponsable había causado la muerte de los prisioneros cuando eran trasladados a la Penitenciaría". ¡Qué casualidad! ¡Sólo ellos habían resultado muertos; los demás del convoy no sacaron ni un rasguño!.

* * *

Porfirio Díaz viejo, sordo y con dolor de muelas, cayó por ineludible ley biológica y porque Limantour, le dijo que en la frontera estaban 5.000 soldados yanquis ansiosos por lanzarse sobre México. Madero a su vez cayó, porque lejos de ser el gran estadista capaz de sustituir al enorme don Porfirio, resultó un visionario iluso, y también porque Henry Lane Wilson, hizo correr extraoficialmente el rumor de que los Estados Unidos ya preparaban sus soldados y marineros yanquis para intervenir en México y acabar, de una vez por todas, con el desgarrate del gobierno maderista que tanto estaba perjudicando los intereses de las Compañías Petroleras y de los demás industriales americanos que explotaban a México.

* * *

Victoriano Huerta, indio cora con alguna gota de sangre hispana, militar de carrera de los tiempos porfirianos, quedó constituido Presidente provisional de México por efecto de su brutal golpe de estado. La historia universal está llena de golpes de estado y muchos de tales golpistas, triunfadores por supuesto, son tenidos por héroes y se les han dedicado

monumentos, avenidas y ciudades. Huerta se parecía a tales autócratas por sus procedimientos brutales. En realidad no tuvo tiempo de manifestarse en las enteras dimensiones de sus instintos sanguinarios; por tal motivo, no sabemos si hubiera sido capaz de igualar o superar a los caudillos de la Revolución que sacrificaron miles y miles de vidas inocentes en aras de su ambición personal. Bien sabemos que son los vencedores quienes escriben la historia, y como a la postre la Revolución triunfó, los caudillos y los gobernantes emanados de ella son reconocidos oficialmente como héroes y en cambio Victoriano Huerta ha pasado a la historia como el "Felón", el "Usurpador", el "Asesino", el "Traidor", etc. etc.

Desde el principio de su expulso gobierno, Huerta tuvo varios enemigos declarados, siendo los más conspicuos Venustiano Carranza, Gobernador de Coahuila, José María Maytorena, Gobernador de Sonora, Alvaro Obregón, Francisco Villa y Emiliano Zapata. Ninguno de ellos le hubiera quitado el sueño si no hubieran sido ayudados y sostenidos por la maquiavélica protección de otro adversario, a saber: Woodrow Wilson, Presidente de los Estados Unidos.

El barniz de legalidad que Huerta dio a su cuartelazo no engañó a nadie; pero dio pretexto para que los gobiernos extranjeros, lavándose las manos y encongiéndose de hombros dieran su reconocimiento oficial a Huerta. Faltó solamente el reconocimiento de los Estados Unidos y de pocos países latinoamericanos por insinuación de los Yanquis. Por los días del cuartelazo, el Presidente de los EE.UU., William H. Taft, estaba ya por terminar su gestión y prefirió no actuar, a pesar de las instancias del Embajador Henry Lane Wilson. El sucesor de Taft, Woodrow Wilson, pensó al principio reconocer a Huerta, pero pronto cambió de opinión y se le declaró decididamente en contra. "Nunca podremos reconocer a un asesino", dijo garbosamente, dándose un celestial baño de pureza. La política y la hipocresía suelen ir de la mano en amistoso consorcio. Con esto, la suerte de Huerta quedaba definida.

Los Gobernadores de los Estados de la República, menos Coahuila y Sonora, también se encongiaron de hombros y aceptaron el nuevo Gobierno. Es claro que no estaban satisfechos con Madero y seguramente preveían el trágico final de aquel desbarajuste. Allá en su fuero interno dirían: "Tan malo es el giro como el colorado; veremos si este generalote salvaje gobierna mejor o menos mal que el visionario iluso". Consta que alguno dijo: "Viva mi General Huerta, él sí sabe hacer las cosas y tratar a cada uno como merece". El pueblo en general se limitaba a observar y aguantar, siempre con la esperanza ingenua ya entonces vieja y sostenida hasta el presente de que el nuevo será mejor, porque en su simpleza cree que es

imposible que sea peor.

La Iglesia como institución no había intervenido en la caída de don Porfirio, pues los Obispos y Sacerdotes estaban contentos, aunque no satisfechos con la amplia tolerancia que les permitió ejercer su ministerio con relativa tranquilidad. Tampoco intervino la Iglesia en la elevación de Madero ni menos en su derrocamiento. Durante el breve gobierno de Madero, fue posible la creación de un partido político llamado "Partido Católico", que fue abolido por Huerta, quien arrestó y desterró a Gabriel Fernández Somellera, fundador y presidente del mencionado Partido. ⁽¹²⁾

El historiador Alfonso Taracena ⁽¹³⁾, apunta que "Henry Lane Wilson, con el Arzobispo de México, Mons. José Mora y del Río, Victoriano Huerta y otros antimaderistas se reunían en el Templo de La Profesa, entrando de noche por la puerta del Convento que existía en la calle Cinco de Mayo, para buscar la forma de terminar con el gobierno de Madero y jurar la muerte de éste". Por lo visto, el Convento de la Profesa era clásico lugar de reuniones subversivas, pues en él se habían reunido con don Agustín de Iturbide los criollos que fraguaron el Plan de Iguala para la consumación de la Independencia de México. No he tenido oportunidad de leer en ningún otro autor la noticia que nos da Taracena, ni nos dice él de dónde tomó la información. De cualquier modo, si existieron tales "reuniones tenebrosas", no consta cuál haya sido el papel que en ellas desempeñó Mons. Mora y del Río, quien debió sentirse como "rara ave" entre los conspiradores. Cualquiera que haya conocido a don José Mora y del Río, discípulo muy amado del P. Antonio Plancarte, podrá decirnos si aquel santo hombre era capaz de conspirar, intrigar y peor aún jurar la muerte de alguien. Nos parece sintomático el hallazgo de Taracena, ilustre y exaltado maderista de hueso colorado; porque otros historiadores igualmente serios buscan afanosamente la causa formal del rabioso anticlericalismo de los revolucionarios, y nos dejan convencidos de que las causas que cada uno descubre son totalmente insuficientes para explicar la diabólica saña que mostraron en su odio a la Iglesia y a sus ministros.

Victoriano Huerta, debió sentirse inseguro en la silla presidencial sin el reconocimiento de los Estados Unidos; máxime cuando fue removido del cargo de Embajador su amigo Henry Lane Wilson. La lealtad del ejército

¹² SCHLARMAN, *o.c.* Pág. 506.

¹³ TARACENA, *o.c.* Pág. 75.

no le inspiraba confianza. Pero, ¿cómo podía inspirársela cuando la traición estaba siempre a flor de tierra y él mismo la había fomentado y tan bizarramente se había valido de ella para colocarse en el puesto en que se hallaba? En tal situación, buscó la benevolencia de la Iglesia: con ella no quería problemas, más valía tenerla por aliada y tenderle una mano de amigo dándole toda clase de garantías. Los jerarcas de la Iglesia, de grado o por fuerza tuvieron que estrechar aquella mano ensangrentada. Este maridaje morganático había de engendrar a la Iglesia innumerables tribulaciones, dando a los revolucionarios pretexto para perseguirla. En los grandes conflictos políticos, la Iglesia lleva siempre la de perder: si hace política, está cometiendo un delito por meterse en lo que no le toca; si no la hace, su actitud es oportunista y cobarde. Pero ¿era realmente posible y aún pensable que la Iglesia levantara enérgicamente la voz de "yo acuso" contra el salvaje y prepotente usurpador?

La caída de Madero y la subsiguiente elevación de Victoriano Huerta dieron la señal de arranque de la verdadera revolución. Durante la Decena Trágica, Venustiano Carranza observaba desde Saltillo y deliberaba qué partido tomar. Por esos días los carrancistas habían luchado en Chihuahua contra los maderistas. Pero luego Carranza vio su oportunidad y se alzó como vengador de Madero, jurando arrojar al usurpador. La verdad es que antes del cuartelazo de Huerta, Carranza se atrevía descaradamente a negar la autoridad de Madero. ⁽¹⁴⁾ Y también es verdad que el 19 de febrero de 1913, Carranza se había negado a reconocer a Huerta como Presidente. Sin embargo, tres días después, el 22 de febrero, entró en arreglos con él y en su correspondencia lo llamaba "Señor Presidente". Algunos califican estos requiebros como "habilidad política" de Carranza⁽¹⁵⁾. Bueno, es claro que cualquier mentira, falsedad, traición o turbio manejo puede caber en el denominador de "habilidad política". El 4 de marzo de 1913, Carranza decidió arrojar la máscara y rompió con Huerta. El 26 del mismo mes, ya levantado en armas, proclamó su indispensable "Plan" en la Hacienda de Guadalupe, al Norte de Saltillo, que por el lugar en que Carranza se hallaba, se llama "Plan de Guadalupe", base ideológica de la Revolución Carrancista y justificación de su levantamiento. El Plan desconoce a Huerta y a todo su gobierno, tanto federal como estatal; se crea un ejército para derrocar a Huerta y se nombra al Gobernador de Coahuila, don Venustiano Carranza

¹⁴ Cf. JUNCO ALFONSO, *Carranza y los Orígenes de la Revolución*, Pág. 69 y ss. Citado por SCHLARMAN, *o.c.* Pág. 519.

¹⁵ TARACENA, *o.c.* Pág. 88.

"Primer Jefe del Ejército Constitucionalista". Sustancialmente el famoso Plan encierra una idea única: derrocar a Huerta y poner en su lugar a Carranza. No apunta reformas políticas o sociales y carece de promesas: todo beneficio y ordenamiento se reserva para cuando haya triunfado la Revolución.

Una vez proclamado el Plan de Guadalupe, Carranza emprende el viaje hacia Sonora para reunirse con Alvaro Obregón, quien le había ofrecido sus servicios militares. A caballo, impertérrito e infatigable, vemos al "Varón de Cuatrociénegas" desde Saltillo hasta Hermosillo a través del desierto. Es Mahoma en su "hégira", huyendo de La Meca hacia Medina para encender la inmensa hoguera de la guerra santa. Es Benito Juárez redivivo, encarnando en su mítica figura la legalidad y la dignidad de la Patria. Hubiera sido fácil y mucho más cómodo hacer el viaje dando un pequeño rodeo por tierras norteamericanas; pero esto equivalía a ensuciar su figura, lo cual jamás permitiría el "Varón de los retratos y de los monumentos", amante hasta el narcisismo de su estampa física y de su figura política. Aquel que un día fuera llamado por don Francisco I. Madero "viejo pachorrudo"; aquel que en el día fatal llamarían sus asesinos "viejo barbas de chivo", es hoy por hoy el héroe legendario cuya estampa se perfila en el rosicler del desierto envuelto en un halo divino. Se van engrosando día a día las filas de sus seguidores. En Hermosillo se abraza efusivamente con Alvaro Obregón. Luego se le van adhiriendo Pancho Villa, Pablo González, Felipe Angeles, Plutarco Elías Calles, Lucio Blanco y otros de menos significación. Como auxiliar de oportunidad viene por su cuenta y riesgo Emiliano Zapata con su "Plan de Ayala" y su grito de "tierra y Libertad".

Así comenzó "la más sangrienta guerra social del Hemisferio" (Luis Lara Pardo) que había de dejar a México cubierto de cadáveres y de ruinas. Los caudillos, cada uno con honda ambición personal y camuflada de patriotismo y de interés por los desheredados y oprimidos, sacrificaban sin piedad cuanto se atravesaba en su camino. Después lucharían unos contra otros por la presa conquistada y se irían eliminando uno a otro hasta quedar el más fuerte: ni más ni menos como los lobos del Norte o los coyotes de nuestros desiertos. Desde la caída de Madero en la Decena Trágica de 1913, hasta la caída de Carranza en 1920, México fue escenario de todas las crueldades y todos los atropellos imaginables. Existen historias serias y relatos novelados de aquellas espantosas calamidades; pero los que vivimos cerca de aquellos acontecimientos y escuchamos a testigos presentes y a las víctimas directas de tales horrores sabemos que los relatos escritos se quedan pálidos y desteñidos ante la cruda realidad, sencillamente porque la pluma del más procaz se resiste a escribir en letras de molde tan ignominiosas e inhumanas crueldades.

Al conocerse las primeras hazañas victoriosas de los caudillos del Norte, comenzaron a brotar por todas partes revolucionarios y cabecillas de bandoleros que se daban a sí mismos el título de revolucionarios. Tal fue en Michoacán el sanguinario Inés Chávez García, "una hiena nacida hombre por equivocación", sin plan alguno de revolución social, pero muy contento de aprovechar la oportunidad que se le brindaba para dar rienda suelta a sus bestiales instintos; en Oaxaca surgieron Guillermo Meixueiro y José Ma. Dávila; en San Luis Potosí, los hermanos Cedillo, y en la Huasteca continuó, ahora como revolucionario Manuel Peláez defendiendo desvergonzadamente los intereses de los petroleros americanos en contra del Gobierno Federal. Tales "revolucionarios", en su mayoría no eran más que bandoleros sin ideología de ninguna clase, que se lanzaban a la matanza y al pillaje por su atávica sed de venganza contra los ricos, seguidos y apoyados por una turba de miserables salvajes ávidos de sangre y de lujuria, que iban a la guerra por deporte sintiéndose reyes del universo con el pecho cruzado por sus cananas y la cintura ceñida con doble carrillera repleta de cartuchos; ebrios y felices en el orgasmo de aquella fiesta infernal en que podían matar, robar y violar a mansalva. Tal fue en verdad la "gloriosa Revolución Mexicana".

En forma casi incidental se vió la Iglesia involucrada en la contienda revolucionaria. La rebelión de Carranza fue en su principio asunto puramente político y la Iglesia no intervino. Pero a renglón seguido comenzaron los revolucionarios una persecución sangrienta contra todo lo que oliera a religión católica. Se hacían a la Iglesia los cargos más absurdos y ridículos: que no había protestado enérgicamente por la usurpación de Huerta; que el *Te Deum* después del cuartelazo; que el Arzobispo de México había prestado 25.000 pesos a Huerta, que éste le había pedido en un apuro para repeler a sus adversarios, etc. etc. Tal vez, habría que agregar que la Iglesia censuraba los atropellos de las hordas revolucionarias. Pero había una razón más pragmática: la guerra necesita dinero, dinero y dinero. Por tal motivo, cuando los revolucionarios tomaban una ciudad o un pequeño villorrio, lo primero era apoderarse del cura o del obispo y de todos los ricos. Rico era todo el que tenía algo que quitarle: un pequeño negocio, una hodega con granos o un caballo; el Cura era rico... pues, porque era el Cura. El caso fue que la Revolución se convirtió pronto en violenta y fanática persecución contra la Iglesia; en esto la mexicana no difiere de otras revoluciones que registra la historia. Los adictos a Carranza creían halagarlo rivalizando en su fobia anticlerical. El Gral. Villarreal, nombrado por Carranza, Gobernador de Nuevo León, expulsó a los jesuitas y a todos los sacerdotes extranjeros, saqueó los templos de Monterrey y mandó quemar en la plaza pública las imágenes de los santos y los

confesonarios. Obregón, entre otros atropellos, sentenció a ocho años de cárcel al Obispo de Tepic y desterró del país a todos los sacerdotes que pudo, echándolos a los EE.UU. por Nogales. El Gobernador carrancista de Jalisco, Manuel M. Diéguez, mandó detener a todos los sacerdotes de Guadalajara y se apoderó de los templos; ocupó con tropas montadas el Seminario Conciliar y el Colegio de los jesuitas. La soldadesca se dio al pillaje, arrojando por las ventanas los libros de la biblioteca o vendiéndolos a los comerciantes a 10 centavos el tomo, para que envolvieran su sal o manteca, por la escasez de papel. Pululaban por la ciudad piquetes de soldados apresando sacerdotes y hasta los mozos de los templos a quienes arrojaban a inmundos calabozos entre soeces injurias y amenazaban, después de despojarlos de cuanto llevaban encima. Lo que sucedió en Guadalajara se repitió con ligeras variantes en las principales ciudades de la República. En Durango, entraron los revolucionarios en la iglesia de los jesuitas y la saquearon. Las monjas Carmelitas fueron insultadas y ultrajadas... En el Palacio Arzobispal apresaron al Arzobispo y le exigieron una multa de \$ 500,000 pesos, y como no los entregó, fue conducido a la cárcel a pesar de estar casi moribundo y lo arrojaron en inmunda celda sobre el piso húmedo, porque no había en ella ni una silla ni un camastro. También eran encarcelados los sacerdotes que no podían entregar el dinero que se les exigía. Las penitenciarías de numerosas ciudades estaban repletas de sacerdotes. Los soldados que saqueaban los templos salían adornados de ropas y ornamentos sagrados con los cuales cubrían sus caballos o los entregaban a mujeres públicas que se paseaban por las calles luciendo ropa hecha con telas y galones de sacristía. Lo peor eran los sacrilegios cometidos en la Eucaristía. Cuando las hordas llegaban inesperadamente, asaltaban el templo y se iban derechos al sagrario a robar los vasos sagrados, arrojando al suelo las hostias consagradas; pero otros, con saña más diabólica se comían las hostias con sardinas o las arrojaban a los puercos. Tales actos no tienen sentido en un incrédulo; solo pueden atribuirse a una fe alrevezada y auténticamente diabólica. Carranza veía complacido la fiesta anticlerical, aunque reprobaba el negocio anticlerical de los carrancistas, que dio origen al verbo "carrancear" que ha sobrevivido hasta el presente en el léxico de los mexicanos.

* * *

Desde Washington, el fervoroso presbiteriano Woodrow Wilson observaba como ave de rapiña, esperando el momento propicio para arrojarse sobre los despojos que pudieran quedar de aquella contienda

fratricida. Mucho se cuidó de otorgar reconocimiento oficial al gobierno de Huerta, ni podía hacerlo después que había declarado: "Nunca reconoceremos a un criminal". Retiró al Embajador Henry Lane Wilson, quien abogaba por el reconocimiento de Huerta por efecto de los compromisos que con él había contraído. En lugar de Henry Lane fue enviado como simple encargado de negocios para proteger a los súbditos americanos, Nelson O'Shauhghnessy. Además, para mejor información, mandó como agente confidencial a John Lind, un sueco naturalizado estadounidense. Era Lind el hombre más inadecuado para entender el problema de México; no tenía ninguna preparación diplomática, no hablaba pizca de español, conocía los asuntos de México por la prensa de su país, era poco más que un rudo campesino de Minnessota; protestante luterano, desconocedor y despreciador de la religión y de la idiosincracia de los mexicanos. No es difícil encontrar entre la nulidad del bajo pueblo americano ejemplares de esta ralea, estúpidamente orgullosos de su nacionalidad y profundos despreciadores de todo lo mexicano. Tal era el individuo que mandó Woodrow Wilson por consejo de su ministro Bryan, como observador del álgido problema mexicano. Con las informaciones suministradas por Lind, se puso Wilson a deliberar con sus consejeros sobre los posibles candidatos y entre ellos elegir uno a quien dar el espaldarazo americano que lo convertiría en indiscutible triunfador. Se barajaron los nombres de Pancho Villa, el Centauro del Norte, Zapata, el pintoresco del guerrillero del Sur y Carranza, el Varón de Cuatro Ciénegas. Algunos se inclinaban por Villa, el audaz y valiente centauro que siempre salía victorioso en las batallas, hombre austero que no bebía y ni siquiera fumaba; pero era rudo e inculto, apenas sabía leer, pero no escribir; además, era temperamental, cruel y sanguinario. Zapata, tenía a su favor el más avanzado programa de revolución social, expresado en su "Plan de Ayala" y en su lema "Tierra y Libertad"; pero era casi tan inculto como Villa, y además era un bebedor empedernido que solía dictar sentencias de muerte al calor de los vapores etílicos. Fue, pues, elegido Venustiano Carranza poseedor de una personalidad extraordinariamente distinguida, con su alta estatura de 1.90 metros, sus luengas barbas bien cuidadas y sus anteojitos azules que le conferían cierto aire de misterio. Don Venustiano era además el único entre los caudillos de la Revolución que poseía experiencia política y no era militar, aunque al ser declarado "Jefe del Ejército Constitucionalista", se le dio o se dio a sí mismo el grado de General, como requisito de ordenanza militar, por lo que Villa burlescamente lo llamaba "General chocolatero", es decir, oportunista. Para los intereses de la Iglesia fue la peor elección, porque Zapata nunca persiguió a la Iglesia y tomó como estandarte la

imagen de la Virgen de Guadalupe, emulando en esto al Cura Hidalgo; Villa, sin declarar guerra sistemática a la Iglesia, cerraba templos y mataba curas, o los perdonaba y dejaba libres, según el humor con que hubiera amanecido. En cambio, Carranza que había escogido a Benito Juárez como su héroe y modelo, veía en la Iglesia el enemigo número uno y se rodeaba de civiles y militares rabiosamente anticlericales.

Una vez hecha la elección de Carranza, el gobierno americano, por instigación de John Lind, levantó el embargo de armas y abrió las fronteras para que los carrancistas tuvieran todos los pertrechos que necesitaran o desearan para asesinar, violar y robar sin restricción alguna.

Con esto, la situación del ejército federal se volvió insostenible y Huerta se sintió perdido. Por el Norte, en oleadas incontenibles avanzaban Villa, Obregón y Pablo González; por el Sur hostigaba Zapata con sus hambrientos rancheros, y los cabecillas de bandoleros de Michoacán, Jalisco y Oaxaca colaboraban eficazmente a crear el más horripilante caos. Hacía falta sólo un incidente cualquiera para que el régimen huertista se derrumbara. Los americanos asechaban y a la postre ellos mismos fabricaron el ridículo incidente de Tampico para echarse sobre México.

Sucedió que en la Primavera de 1914, los carrancistas pusieron sitio a Tampico que se hallaba en poder de las tropas federales huertistas al mando del Gral. Zaragoza. Huerta sabía que buques americanos estaban llevando armas a los carrancistas, por lo que dio orden de bloquear la entrada del puerto. Wilson objetó que se hiciera el bloqueo, por ser Tampico puerto abierto y mandó dos cruceros a aguas mexicanas, bajo cuya protección varios buques entregaron su cargamento a los carrancistas. Sucedió entonces que el Jueves Santo, 9 de abril de 1914, los carrancistas atacaron a los federales que defendían los muelles, y como era natural, a nadie se permitía cruzar por aquellos lugares. A pesar de dicha orden militar, una lancha llevó al pagador del barco americano Dolphin a nueve marinos uniformados, quienes desembarcaron en el muelle de Tampico, en la zona que estaba en poder de Huerta. Los ocupantes del bote fueron rápidamente aprehendidos por el Coronel Hinojosa y conducidos ante el Gral. Zaragoza, quien al punto los dejó libres, pidiéndoles gentilmente disculpas. Todo este asunto no duró más de 30 minutos. Sin embargo, el Contralmirante Mayo, que mandaba la escuadra americana en Tampico, pretendió que la detención de 30 minutos de los marinos había constituido un insulto a la bandera americana y exigió que Zaragoza ofreciese una reparación haciendo un saludo de 21 cañonazos a la bandera americana. Se negó Zaragoza y Huerta, apoyó la negativa, por considerar que esto era una derogación de la soberanía nacional. Se siguieron dimes y diretes y hasta se

propuso por parte de México llevar ese ridículo incidente al Tribunal de La Haya. Wilson se presentó ante el Congreso Americano el 20 de abril, proponiendo la declaración de guerra a México. El Senador Lodge con otros de sus colegas, desaprobó la opinión del Presidente Wilson, por la razón de que, no habiendo reconocido a Huerta como Presidente de México, se estaba a punto de declarar la guerra a un solo hombre. Además, agregó indudablemente no podría ocuparse el puerto de Veracruz sin alguna manifestación de resistencia. Wilson insistió que el caso era urgente, porque sabía que el barco alemán Ipiranga estaba a punto de llegar a Veracruz con 17 millones de cartuchos para Huerta. "Y, eso qué nos importa, -dijo Lodge-; ¿acaso no estamos permitiendo la entrada de municiones para Villa? En definitiva, lo mismo es Villa que Huerta". Wilson salió furioso del Congreso; pero a las 2:30 de la mañana del 21 de abril, lo despertaron con un telegrama extraurgente que le notificaba que había llegado ya a Veracruz el Ipiranga. Wilson convocó a Bryan su Secretario de Estado y a Josephus Daniels, Secretario de Marina, y en seguida, haciendo a un lado la opinión del Congreso, telegrafió al almirante Fletcher, ordenándole que el Ipiranga fuera capturado y que se apoderara también de la Aduana de Veracruz. Este era Woodrow Wilson, el mismo que al final de la primera guerra mundial, se presentaría en el Palacio de Versalles como "campeón de la autodeterminación de los pueblos"...

A la 1:30 p.m. del 21 de abril de 1914, el acorazado americano *Praire*, abrió fuego contra la indefensa ciudad de Veracruz y continuó disparando mientras desembarcaban los marinos. En vista de que Veracruz era ciudad no fortificada, Huerta ordenó al General Mass que la tenía a su cargo, que no presentara resistencia formal. Pero los habitantes del pueblo salieron de sus casas locos de rabia patrótica a matar gringos invasores con pistolas, mosquetes, escopetas y hasta con hondas y piedras. Los cadetes de la Escuela Naval sacaron un cañoncito de 25 milímetros y resistieron heroicamente durante 48 horas, hasta que fueron literalmente arrollados por la abrumadora superioridad de los asaltantes. Al final, resultaron muertos 19 americanos y 193 mexicanos, cadetes o civiles, y un número indeterminado de heridos. Frente a la Escuela Naval de Veracruz hay un monumento con la inscripción: "A los Héroes de la Patria, 22 de abril de 1914". El pueblo recordaba con amargura el asalto a Chapultepec del 1847, igualando al asesino Wilson con el asesino Polk.

Desde Ciudad Juárez, Carranza protestó contra la invasión del territorio nacional. Huerta, por su parte, dio sus pasaportes al Encargado de Negocios de los Estados Unidos. Por un momento se creyó que la agresión extranjera uniría a los mexicanos pasando por encima de sus rencillas y

ambiciones personales; pero pronto se disipó la ilusión, al extinguirse como un relámpago el súbito resplandor de patriotismo.

El gobierno de Huerta, nacido del cuartelazo de la Decena Trágica, estaba irremisiblemente destinado a desaparecer. Ya los odiados vecinos del Norte habían puesto su pie sobre el sagrado suelo de la Patria. No tendrían escrúpulo en plantarlo sobre la misma Capital, cuando les viniera en gana. Huerta tenía que luchar contra Carranza, Villa, Obregón, Pablo González y una turba innumerable de bandoleros, todos bien pertrechados de armas americanas y ahora, de ribete, el mismo Wilson estaba ya encima: los marinos americanos habían ocupado Veracruz y una abigarrada flota de guerra, compuesta por cerca de 80 destroyers, torpederos y barcasas bloqueaban el puerto. Los soldados de "green coat" (casaca verde, que a los oídos del pueblo mexicano sonó "gringo") no tardarían en profanar el suelo de la Patria instalándose otra vez en Chapultepec, como en las horas más negras de nuestra historia...

Acorralado, pues, en un callejón sin salida, Huerta se presentó ante la Cámara de Diputados el 15 de julio de 1914 y firmó su formal renuncia a la Presidencia de la República. El Lic. Francisco Carvajal hizo el juramento de rigor como Presidente interino; Huerta y sus adictos partieron cerca de la media noche hacia Puerto México, al sur de Veracruz, y se embarcaron en el barco alemán "Dresden" con rumbo a Europa.

Carvajal se puso en comunicación con Carranza a fin de arreglar la pacífica transmisión del Poder al Primer Jefe. Pero éste, y también su leal padrino Wilson, exigían la rendición incondicional y sin garantías. Después de largas discusiones, logró Carvajal que Obregón firmara el llamado "Acuerdo de Teoloyucan (pueblo ladrillero del Estado de Hidalgo, al norte de México), por el cual Obregón prometía que no habría violencias en la ocupación de la Capital, cosa que, por supuesto, no cumplió¹⁶).

CAPITULO IX

NACIMIENTO EN LA AGONIA

De veras que era necesario estar loco de remate para intentar la fundación de una Congregación religiosa en tales circunstancias. Sin embargo, el P. Félix, contra viento y marea, VENIA A FUNDAR, porque Nuestro Señor había dicho: "ESA CONGREGACION NACERA EN LA AGONIA DE LA NACION".

No sabemos qué dificultades tuvo que superar el P. Félix para conseguir la visa de inmigración para entrar a México. Los diplomáticos y autoridades consulares estarían en esos días empacando sus equipajes para marcharse a cualquier parte.

El mismo día que Victoriano Huerta presentaba su renuncia ante las Cámaras, el 15 de julio de 1914, salía el P. Félix de Saint-Chamond lleno de entusiasmo, al encuentro de aquella cruz que había visto en dirección a México un día ya lejano de su juventud. Hemos visto ya las peripecias de aquel viaje que fue toda una odisea y cómo faltó poco para que el P. Félix llegara a Veracruz colgado de los mástiles del "Esperanza".

El 14 de agosto al anochecer, llegó el P. Félix a Puebla. Inmediatamente fue a buscar a los Padres Maristas; pero no los encontró ni logró averiguar su paradero. Tuvo que ir a pedir hospedaje a un antiguo amigo y así pasó la primera noche. Al día siguiente, supo que los Padres estaban en el anexo del templo de San Cristóbal, cerca del Fuerte de Loreto, lugar de la histórica batalla del 5 de mayo. Los Padres Maristas le informaron sobre la angustiada situación política y le comunicaron sus bien fundados temores. Le informaron también del paradero del Vicario General de la Arquidiócesis, Mons. Enrique Sánchez Paredes; éste gobernaba la Arquidiócesis, porque Mons. Ibarra estaba escondido en México, por temor de que los carrancistas lo expulsaran del país. Mons. Sánchez Paredes le informó que ni él mismo sabía con exactitud el lugar donde se escondía Mons. Ibarra; pero que había algún modo de hacerle llegar una carta valiéndose de un contacto confidencial. Inmediatamente el P. Félix, se puso a escribir pidiendo a Mons. Ibarra, instrucciones para dar curso a la soñada fundación.

Gratísima sorpresa recibió Mons. Ibarra al saber que ya el P. Félix estaba en Puebla, pues creía que, en vista de las circunstancias, su llegada se aplazaría indefinidamente. A vuelta de correo le contestó nombrándolo director espiritual del Seminario para que en él pudiera buscar vocaciones para la futura Congregación. Le decía, además, que podía irse a vivir al Seminario para mayor contacto con los alumnos. El P. Félix recibió la carta de Mons. Ibarra el 20 de agosto y hubiera querido irse en seguida al

Seminario; pero el 22 entraron a Puebla los carrancistas al mando del Gral. Pablo González quien dio orden de apoderarse inmediatamente del Seminario. Un tal Escobedo, piadoso carrancista (que también los había), intercedió ante Pablo González y logró que se suspendiera la ejecución de la orden, con la condición de que permanecieran allí los seminaristas que el P. Rector había mandado a sus casas. Pudieron así reanudarse las clases y el P. Félix pasó a vivir al Seminario el 25 de agosto por la tarde. El Rector, Mons. Sánchez Paredes, quien a la vez era Vicario General de la Arquidiócesis, recibió al P. Félix con los brazos abiertos y le pidió que además de la dirección espiritual de los seminaristas diera dos cursos de francés, uno a los profesores y otro a los alumnos de teología. De esta manera tuvo el P. Félix oportunidad de tratar a muchos sacerdotes y seminaristas, algunos de los cuales se entusiasmaron por entrar a la nueva Congregación. Fueron sólo unos días de relativa calma, pues la situación política estaba muy lejos de ser tranquilizadora.

A la renuncia de Huerta siguió el avance arrollador de las hordas revolucionarias. Carranza había ordenado amnistía para los que militaban en el ejército huertista; pero exceptuaba de la amnistía a los más altos jefes militares y a los que habían colaborado en el derrocamiento de Madero. Esta excepción resultaba demasiado elástica y quedaba al criterio de los caudillos carrancistas, sanguinarios y sedientos de venganza. Por lo mismo, los gobernadores y militares al servicio del gobierno federal huertista, presentaron desesperada resistencia, prefiriendo morir con las armas en las manos a caer en poder de los jefes carrancistas. Las armas que Wilson suministraba con liberalidad a los carrancistas fueron determinantes en esta fase de la contienda. Villa, Obregón y Pablo González avanzaban desde el Norte por diferentes caminos. Villa se distinguía por sus fulgurantes ataques y sus avances espectaculares, por lo que había tomado la delantera y tenía de su parte todas las ventajas para llegar primero a la Capital. Pero Carranza andaba desde hacía tiempo carcomido por el gusano de la envidia hacia el legendario Centauro cuya fama había traspuesto las fronteras de México. Por tal motivo giró una orden tras otra para distraer a Villa y entretenerlo de cualquier manera. Logró así su propósito y Obregón llegó primero a la entrada triunfal. Villa se retiró a Chihuahua a rumiar su despecho.

Una vez firmado el "Acuerdo de Teoloyucan", el Presidente interino, Lic. Francisco Carvajal, partió para Veracruz el 13 de agosto. Es muy probable que se haya embarcado en el mismo vapor "Esperanza" que había traído al P. Félix. Mientras ésta andaba en Puebla buscando a sus Hermanos,

la población de la Capital veía temerosa el desfile de las hordas carrancistas, en su mayoría indios yaquis, bajo el mando de Obregón. No hubo manifestaciones de regocijo, ni música, ni repiques de campanas; tampoco los indispensables coheteros ni los "vivas" a Obregón o a Carranza. Se notaba frialdad, temor, inquietud ante el desfile de aquella abigarrada turba de fascinerosos. La declaración de Carranza poco después del cuartelazo de Huerta, de que cualquier resistencia activa o pasiva a su Plan de Guadalupe sería castigada con la muerte, helaba los corazones del pueblo. No se engañaban en sus temores. En el Acuerdo de Teoloyucan, Obregón había exigido el licenciamiento total de las tropas federales; nada tenía, pues, de extraño que no encontrara un sólo hombre que presentara resistencia. Esto dio pie para que Obregón en su arrogante discurso que pronunció desde el balcón del Palacio Nacional tildara de cobardes a todos los capitalinos, y en un desplante de bufón muy propio de su carácter, dijera que, por falta de hombres valientes entregaba su pistola a una mujer, que era la única "hombre" en la Capital. Esta fue la que el pueblo dio en llamar burlescamente "María Pistolas", María Arias, maestra socialista de infeliz memoria.

Obregón entró a México en plan de conquistador, duro, sanguinario, vengativo. Vomitó veneno contra la administración de Huerta y molestó de cuantos modos estuvieron a su alcance al sufrido pueblo, exigiéndole préstamos forzosos e insultándolo soezmente bajo cualquier pretexto. No faltaron también molestias y vejaciones para súbditos extranjeros radicados en México.

El 20 de agosto el Primer Jefe entró en la Capital. A su lado iba sólo Obregón, pues Villa no había llegado y Pablo González no quiso ir, porque Obregón no aceptó dejarle la derecha de Carranza en el desfile. Alguno de los que estuvieron presentes en aquella procesión del silencio, me contó que alcanzó a oír cómo Obregón decía a Carranza: "Señor ¿no le parece que vamos demasiado descubiertos?" "Así es", -dijo Carranza-. Inmediatamente los más cercanos apretaron las filas, no fuera ser que aquella procesión silenciosa se convirtiera en cortejo fúnebre...

Todavía en la luna de miel de su apoteosis, Obregón y Carranza tuvieron que beberse la pócima amarga que les mandó su cariñoso padrino Wilson, haciéndoles saber que el Gobierno de los Estados Unidos los haría a ellos personalmente responsables de cualquier daño que sufrieran las vidas o los bienes de los norteamericanos. Aquella "amable" nota debió saberles a purga de ruibarbo, porque nunca Wilson había enviado tan cáustica advertencia a Huerta, sin duda porque no sentía sobre él derechos de padrino.

Al día siguiente, sin forma legal alguna, Carranza se hizo cargo del Poder Ejecutivo de la Nación. Tal apropiación por la sola fuerza de las armas sumió al País en la más caótica anarquía.

* * *

Bien advirtió Pancho Villa la sucia política de Carranza respecto a él, dictada por la ambición personal y la enconada envidia del Primer Jefe hacia el Centauro del Norte, cuya fama estaba entonces en el cenit. Sin embargo, Carranza no se resignaba al rompimiento con Villa, porque éste, que había ganado la mayor parte de las batallas contra Huerta, le era necesario para consolidar su posición. Así pues, mandó a Obregón que entonces era de los suyos, para que entrevistara en Chihuahua a Villa y buscara un entendimiento con él. Al entrar Obregón a la presencia de Villa, quien se hallaba rodeado de sus famosos "Dorados", se miraron uno al otro como dos coyotes que mutuamente se enseñan los dientes, y Villa dijo a Obregón: "Mira, compañerito, si vinieras con gente armada, ya nos estaríamos dando de trancazos; pero como vienes en son de paz, no puedo hacerte nada; Villa no es un traidor". Pasaron ambos a conferenciar y lo hicieron acaloradamente, sobre la candente cuestión de quién debería ser nombrado Presidente de la República. Villa se plantó en que ningún militar debería ser Presidente, y Obregón por su parte se obstinó en que ningún ciudadano podía ser despojado de sus derechos, y que los militares eran ciudadanos como todos. Los ánimos se caldearon y se pusieron al rojo vivo; aquí Villa fue presa de uno de esos arrebatos furiosos y sanguinarios que solían acometerle, y tratando a Obregón de traidor, dio orden a un pelotón de que lo fusilaran en el acto. Pero a los pocos minutos se soltó a llorar y dijo a Obregón: "Compañerito, la tormenta ha pasado; ven a comer conmigo". Obregón, vuelto a la vida cuando ya se sentía en los infiernos, abrazó llorando a Villa y ambos guardaron sus rencores para mejor ocasión. Todos los historiadores narran con más o menos detalles esta entrevista entre Obregón y Villa; fue de veras una emocionante comedia, sólo que era una comedia entre tigres.

Viendo Carranza que había fracasado su intento de reconciliación con Villa, convocó a los Generales y Gobernadores a una convención que tendría lugar en la Capital, el 1º de octubre de 1914, a fin de trazar un programa de gobierno, con las necesarias reformas políticas y sociales, y así dar satisfacción a todos los revolucionarios haciendo desaparecer las diferencias existentes que tanto mal causaban. Pero los Zapatistas, Vilistas y Maytoenistas no quisieron participar en el convención de México por

considerar la Capital como terreno francamente dominado por Carranza. En efecto, cuando don Venustiano depuso en manos de los jefes reunidos, todos ellos carrancistas, sus poderes como Jefe del Ejército y del gobierno, fue nombrado de nuevo por aclamación. Los disidentes no dieron a este nuevo nombramiento validez legal alguna. Para satisfacer sus reclamaciones y demandas, convocó Carranza a una nueva convención en Aguascalientes, considerada como terreno neutral. Esta convención se tuvo del 10 de octubre al 13 de noviembre y se le dio el nombre de "Convención Soberana Revolucionaria". A ella asistieron carrancistas, villistas y zapatistas. Nos podemos imaginar a tales delegados sin la más elemental noción de sistema parlamentario, hablando y gritando todos a la vez. La confusión fue indescriptible. No se llegó al acuerdo apetecido, antes bien, se deslindaron netamente los dos bandos ya existentes: Villa y Zapata contra Carranza y Obregón. Los delegados determinaron que tanto Villa como Carranza dejasen sus puestos respectivos. Villa aceptó, pero Carranza no. Entonces Villa dijo que la única solución era que lo fusilaran a él junto con Carranza, o que los dos se suicidaran. Ni lo uno ni lo otro aconteció.

De Aguascalientes fue enviado Obregón con algunos comisionados para informar a Carranza que la Convención lo deponía; pero él replicó negando la autoridad de la Convención para deponerlo. Los "libertadores de la Patria", habían jurado solemnemente ante la Bandera de México atenerse a lo que decidiera la Convención Suprema Revolucionaria; pero les faltó añadir a su juramento un inciso limitativo: "con tal de que la Convención decidiera a favor de su respectivo interés o ambición personal" que era en realidad lo que cada uno perseguía. Los actores de aquella comedia probaron feacientemente que no tenían un miligramo de patriotismo. Por eso lo que salió de allí fue una neta declaración de partidos y cada uno se retiró a su madriguera para seguir luchando, no ya por el bien de la Patria, sino por su personal ambición. Obregón había confiado en que sería nombrado "Jefe del Ejército Constitucionalista"; pero resultó designado Villa y entonces Obregón se unió a Carranza para luchar contra Villa. Por su parte, Zapata y los zapatistas volvieron a Morelos a seguir luchando por sus intereses bajo la bandera de "Tierra y Libertad", y comenzaron a buscar un acercamiento con Villa.

La Convención nombró como Presidente Provisional al Gral. Eulalio Gutiérrez, un tipo barrigón y de cabeza pequeña, apasionado de las mujeres y del vino, que vivía en una casa del Paseo de la Reforma, que para este objeto había sido confiscada, o digamos mejor "carranceada", porque en aquellas circunstancias, cuando no había gobierno legítimo, impropriamente podríamos hablar del fisco. Resultó así, un Presidente Provisional que no

reconocía a Carranza, y un "Primer Jefe" que no reconocía a Eulalio, y además un Zapata y un Villa que no reconocían a nadie: en resumen, un caos indescriptible...

* * *

Entre los discursos pronunciados en la Convención, destacaron el del zapatista Antonio Díaz Soto y Gama, vehemente orador y gran comediante, quien arrancó dramáticamente la bandera y tuvo que terminar su discurso entre nutrida balacera; pero sobrepasó la perorata de Villarreal, Gobernador carrancista de Nuevo León, aquel prepotente sacrilego que saqueaba iglesias y quemaba imágenes de santos y confesonarios en la plaza pública. Ahora como miembro destacado de la Convención exigía que se confiscaran todos los bienes del clero y de otros señalados católicos. Como alguien le objetara que la Constitución Mexicana prohibía tan sumarias confiscaciones, pronunció la frase lapidaria que ha quedado como definición del caos revolucionario: "¿La Constitución nos prohíbe que confisquemos? Pues por eso QUEREMOS VIVIR UN POCO DE TIEMPO SIN CONSTITUCION". Tal fue, de hecho, la situación que vivió México durante el período llamado "preconstitucional". Un pueblo sin Constitución no es ya una nación; sólo queda un conglomerado de salvajes que viven bajo la ley de la selva. Todos los historiadores, consignan las palabras de Villarreal, porque son mucho más que el desplante jactancioso de un ladrón: son en boca de un energúmeno una declaración oficial de la muerte de la Patria, el fúnebre final de "LA AGONIA DE LA NACION".

* * *

Mientras esto acontecía, la situación en Puebla era tensa. La paz de que gozaba el Seminario era solamente un gracioso favor del Gral. Pablo González, quien distaba mucho de ser un ángel tutelar. El 8 de septiembre se desató el terror; se suspendió el culto público en la ciudad y sus alrededores y los templos fueron cateados y cerrados; también fueron clausurados los colegios particulares y sus edificios quedaron en poder de los carrancistas. Se prohibió la administración de los sacramentos y la celebración de la Misa, fuera de los domingos, bajo pena de muerte. Esta pena fue conmutada dos días después por fuertes multas y otras sanciones que resultaban más fructíferas. Las denuncias, los cateos, la prisión y otros mil atropellos estaban a la orden del día. Lo que tuvieron que sufrir las religiosas enclaustradas horroriza la imaginación y es imposible consignarla por

escrito. Los sacerdotes del Seminario se levantaban a las 2 ó 3 de la mañana para celebrar la misa. En aquellos días se vieron en Puebla, escalofriantes escenas de terror. Los revolucionarios convirtieron el espacioso atrio de la Catedral en lugar de fusilamientos. Se convocaba al pueblo para que fuera a presenciar las ejecuciones. La multitud, encaramada en las rejas del atrio como en un circo, asistía al horrible espectáculo. Fueron sacrificados seis sacerdotes. La intención declarada del carrancismo era quitar al pueblo "su fanatismo y su ignorancia". Para ello se organizó una mascarada al estilo calvinista: Sacaron del templo de San José un confesonario, y con gran acompañamiento de curiosos fue llevado por las calles de la ciudad. Una caja mortuoria iba por delante con cintas pendientes que llevaban letreros ofensivos a la religión católica y al clero. Presidía la grotesca e impía caravana un protestante, Marciano González. Al llegar la mascarada al atrio de la Catedral, se improvisó una tribuna y el tal González, arengó a la multitud con frases blasfemas, terminando la fiesta con la quema del confesonario.

Evidentemente, los días del Seminario estaban contados. El Rector, en previsión de lo que pudiera pasar, ordenó a los Padres que vivían en el Seminario que sacaran sus pertenencias y mandó a los alumnos menores a sus casas; solamente quedaron unos 60 alumnos mayores. Especial peligro corría el P. Félix por su condición de extranjero, por lo cual el Ilmo. Sr. Ibarra, suplicó al P. Vicente Sedeño que se lo llevara a vivir en el anexo del templo de La Concordia, donde podía estar menos expuesto, ya que ese local se había disfrazado con la presencia de Doña Petra Munive y su tía Doña Gertrudis con las mujeres de servicio. Se pasó, pues, el P. Félix al anexo de La Concordia y le dieron una pieza en el departamento de Petrita, quien lo recibió con inmensa alegría. Para que estuviera mejor atendido, pusieron muy cerca de su recámara la cama de Moisés, por si algo necesitara el P. Félix durante la noche.

Ya el 25 de agosto, cuando el P. Félix llegaba al Seminario, se había cruzado en el cancel de la entrada con Moisés Lira, alumno externo que terminaba el 4º curso de latín. El P. Félix, no paró mientes en el pequeño muchacho de 20 años que salía con sus libros bajo el brazo; en cambio Moisés recibió viva impresión de la figura venerable del sacerdote auvernés que lo saludó con amable sonrisa y lo miró brevemente por debajo de sus tupidas cejas. Al verlo y saludarlo, sintió que le daba un vuelco el corazón. Pocos días después, el P. Félix que solía dar pláticas y conferencias a los seminaristas en cumplimiento de su cargo de director espiritual, creyendo ya preparado el terreno, se decidió a hablarles de la vida religiosa. Les hizo ver con palabras convincentes nacidas de su propia experiencia, la hermosura de

una vida consagrada totalmente a Dios, en el feliz despojo total que el religioso hace por la profesión de sus votos para consagrarse con entera libertad a la salvación de las almas. Allá en su interior, le parecía que no era él mismo quien hablaba; era el viejo obispo Mons. Eloy hablando en el patio de La Cartuja de Le Puy. Continuando la misma secuencia de aquel inolvidable día que marcó su propio destino, pronunció las palabras decisivas: "Si alguno de ustedes quiere venirse conmigo para hacerse Misionero del Espíritu Santo, levante la mano"... ¡Nadie, nadie...! El P. Félix paseaba sus ojos sobre aquel pequeño grupo de futuros sacerdotes: ¡nadie, nadie...! Moisés, igual que el P. Félix 35 años atrás, sintió en su alma un inmenso rubor por la cobardía de sus compañeros: ¡"Qué poco hombres! ¡Yo levante la mano!".

Volvió la cara el P. Félix hacia el muchacho y le dijo:

-¡Ah! ¿Usted sí quiere?

-Sí Padre, yo sí quiero...

-Bueno, ya hablaremos en particular.

Acabó la plática que estaba dando el P. Félix a los seminaristas y a la salida hablaron los dos.

-¿Usted de veras quiere? dijo el P. Félix.

-Pues mire, Padre; la verdad es que yo nunca había pensado tal cosa; pero me dió vergüenza de que nadie contestó y por eso levanté la mano. Déjeme madurar el asunto.

Los ojos azules del auvernés miraron hasta el fondo los ojos negros del mexicano. ¡Cómo se veía retratado de cuerpo entero en ese pequeño azteca! ¡El también, por impulsivo había levantado la mano, y también por vergüenza de la cobardía de sus compañeros! Pero él dijo una vez que sí y allí se plantó definitivamente. En cambio, este mexicanito le estaba resultando más calculador.

-Bueno, bueno... quiere decir que hay algo... algo que debe madurar.

Vaya en paz, Moisés; seguiremos orando y volveremos a hablar...

Pocos días después, se volvieron a encontrar.

-¿Qué hay, Moisés, qué dice, qué ha pensado?

- Pues, precisamente eso... estoy pensando...

Y ¡vaya que estaba pensando! Ya traía la cabeza calenturienta de tanto pensar. Desde aquellos ejercicios espirituales que el jesuita Padre Camacho había predicado a los alumnos del Seminario, Moisés se había decidido a irse de religioso. Pero en esa decisión no había alternativa: se iría con los jesuitas y sería como ese maravilloso Padre Camacho, elocuente, santo y sabio... valía la pena entregar a Dios la vida para ser como él. Ahora en cambio, Moisés se pasaba las noches en claro, porque ya frente a la figura

del P. Camacho estaba la del P. Félix, que mirándolo hasta el fondo del alma con mirada indescriptible le decía: "¿Usted, de veras quiere?..."

Moisés traía ojeras de insomnio y ya aquello se le estaba volviendo idea parásita. Siempre que le era posible, se metía en su recámara, cerraba la puerta y la ventana y en la oscuridad seguía pensando: "¿Con los jesuitas o con los Misioneros del Espíritu Santo?..." Moisés veía en ambas opciones un noviciado con muchos compañeros igualmente apasionados por un ideal. Soñador como todos los muchachos que se encuentran en la encrucijada de la vida, se forjaba castillos en el aire, castillos en los que abundaban las aventuras y los heroísmos. ¡Pobre Moisés! No sabía que el P. Félix era otro soñador que se estaba lanzando a una aventura mil veces más arriesgada y más heroica, y que aquella maravillosa Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo existía sólo en la mente del Padre Félix... ¡y en la mente de Dios...!

Y era Dios precisamente quien realizaba sus designios por caminos insospechados. Aquella inseguridad y zozobra que se respiraba en el Seminario, obligó al P. Félix a ponerse bajo el amparo de Doña Petra Munive, muy cerca del muchacho que pensaba y pensaba...

Pared de por medio estaba el P. Vicente de Jesús Sedeño, Superior de los Padres Filipenses y sobrino de Petrita. Tenía el P. Sedeño perfiles bien definidos de santo y no es raro que ambos hayan sentido desde el primer momento una recíproca simpatía que pronto se convirtió en amistad profunda. Solían ambos santos conversar sabrosamente, porque sus almas eran afines. El P. Félix le contó sus proyectos y sus intenciones respecto a la ya inminente fundación de los Misioneros del Espíritu Santo. Luego recayó la conversación sobre los posibles candidatos que apenas comenzaban a despuntar. Como quien no quiere la cosa, dijo el P. Félix tímidamente:

- Ese muchacho que vive con Doña Petra ¿lo está preparando Ud. para su Congregación?

-No, Padre Félix; Dios ha querido que yo prepare a Moisés para que sea su hijo primogénito. A pesar de la gran diferencia en el físico, Moisés es con Ud. un alma gemela: es recto, sincero, transparente, generoso, apasionado por la salvación de las almas. Así como lo ve, tan humilde, tan pequeño, tiene un corazón de oro; ¡de veras que es digno de ser su primogénito. !

Desde aquella conversación, comenzó el P. Félix a creer que Moisés sería su primogénito. Por esos días escribía al P. General de los Maristas: "Dios va abriendo caminos. Por mi parte, estoy dispuesto a comenzar la fundación, aun cuando sea con un solo novicio". ¡Dios le había preparado ese único novicio: pequeñito, de valor inapreciable... todo un diamante!

El 23 de octubre de 1914, se despidió el P. Félix del P. Sedeño, de doña Petra y de Moisés. Tenía urgencia de conversar con Mons. Ibarra, sobre los detalles de la fundación y deseaba buscar en México otros candidatos para la obra. A las 10 de la mañana salió de Puebla cargando sus ocho cajones de libros y al anochecer, después de diez años de ausencia se presentó en la casa de la Sra. Armida. A manera de saludo, le dijo: "Concha, aquí me tiene: soy el mismo para las Obras de la Cruz!"

* * *

Dios sacaba al P. Félix de Puebla en el momento preciso. El 28 de octubre sucedió lo que tanto se había temido. A las 7:30 de la noche, los soldados carrancistas irrumpieron estrepitosamente en el Seminario, pusieron presos a los profesores y alumnos que en ese momento se encontraban ahí y "carrancearon" en beneficio propio todo lo que pudieron encontrar en las habitaciones. El P. Ruperto Rubio que había salido, regresó a ver unas revistas que le habían llegado por Correo; estaba examinándolas en la portería y fue el primero que cayó preso. Los asaltantes pusieron vigilancia en la puerta de la entrada para que nadie pudiera escapar. Con el Rector y los demás profesores fueron hechos prisioneros otros padres que estaban de visita hospedados en el Seminario. En la invasión fueron balaceadas dos estatuas que adornaban el patio principal, una de la Inmaculada Concepción y otra de Santo Tomás de Aquino, patronos de la institución, valiosas esculturas repujadas en metal imitación bronce procedentes de Suiza. Estas imágenes con los impactos de las balas, se encuentran actualmente en el salón del trono de la Catedral.

Al tercer día de la invasión, los alumnos fueron puestos en libertad; en cambio los profesores pasaron 49 días en la cárcel, sufriendo con valor, entereza y alegría cristianas el mal trato y los insultos de la soldadesca. Entre los presos estaban Mons. Enrique Sánchez Paredes y Mons. Luis Ma. Altamirano, futuros arzobispos de Puebla y Michoacán, respectivamente.

Moisés Lira, por ser alumno externo, se encontraba con los de La Concordia y no fue apesado. Al saber lo ocurrido, sacó de donde pudo colchones y cobertores y los estuvo llevando a los presos, arreglándose con los celadores con súplicas acompañadas de alguna moneda convincente. A mediados de diciembre, los zapatistas se acercaron a Puebla con intención de arrebatarla a los carrancistas. Estos, no sintiéndose suficientemente fuertes para resistir el ataque, abandonaron la plaza el 14 de ese mes al amparo de las tinieblas de la noche y emprendieron la marcha hacia Veracruz, para ponerse a la sombra de los americanos que ya habían

evacuado el puerto, pero desde sus acorazados vigilaban a prudente distancia. Cuando los carceleros de Puebla se dieron cuenta de la huida de los carrancistas, se pusieron a temblar de miedo temiendo que el pueblo los linchara. En efecto, las gentes de la ciudad, al ver que los carrancistas habían huido, se amotinaron a las puertas de la Penitenciaría resueltas a sacar de ahí a los sacerdotes. Tan luego como se reunió un regular número, comenzaron a vociferar. La gritería iba en aumento, por lo que el Director del Penal, con toda la cortesía y amabilidad que le comunicaba el miedo, suplicó al P. Ruperto Rubio que saliera a calmar los ánimos. Tan luego como los amotinados vieron al P. Rubio, le gritaron que saliese pronto sin admitir dilación ni promesa alguna. Tuvo el carcelero que abrir las rejas de la prisión y salieron en seguida todos los presos, contentos y felices de verse libres entre las aclamaciones de la multitud. Una vez en libertad, se dirigieron inmediatamente al Seminario a ver qué había quedado. Encontraron que felizmente la biblioteca estaba intacta.

Cuando cayeron presos los padres del Seminario, Doña Petra Munive comenzó a temblar por su sobrino, el P. Vicente Sedeño. Siendo éste uno de los sacerdotes más conspicuos en la ciudad, pensó con razón que los carrancistas lo buscarían con especial empeño. Era necesario tomar una determinación inmediata, antes de que fuera demasiado tarde. Decidieron pues, de común acuerdo emprender la huida por Veracruz con ánimo de embarcarse para Cuba donde esperarían hasta que amainara el temporal. En los primeros días de noviembre, tomaron el tren de Veracruz el P. Vicente Sedeño con su primo el Licenciado Cano, otro padre de apellido Campos, doña Petra Munive y su tía doña Gertrudis; con ellos iba Moisés con intención decidida de meterse en cualquier casa religiosa de México, de Cuba o de cualquier otro país del mundo. Sabrosamente cuenta el Padre Moisés en sus memorias la terrible aventura:

"De Puebla a Veracruz nos fuimos en el tren, y en la estación de Soledad, ya muy cerca del puerto, a las ocho de la noche nos bajaron, porque de Puebla habían teleografiado y allí detuvieron el tren. Unos hombres que iban repartidos en el carro lo pararon y se subieron unos soldados y otras gentes. Aquellos hombres fueron a ver a los padres y los bajaron junto con los demás de la comitiva. Al ver que los bajaban a todos, me bajé yo también. Rodearon los soldados a los padres, al licenciado, a Petrita y a su tía. Yo hice por meterme también en el cerco de los soldados, pero me dieron un empujón y me sacaron. Les dije: 'yo también vengo con ellos'. Entonces me metieron con todos al cuartel y nos pusieron en el corredor. La soldadesca de Carranza nos interrogó uno por uno. Acabaron a la una de la mañana. Nos quitaron todo. Yo leía 'Fabiola' para fomentar

en mí el valor de dar la vida por la religión. Nos registraron, me quitaron mi libro y los tres centavos que llevaba. A los Padres y a Petrita les quitaron \$5.000.00 pesos en oro. A mí me dijeron horrores; pero yo no me dejaba y les contestaba. Me amenazaron: 'Te vamos a encerrar y a chin... chin, para que sepas lo que es cajeta'. Y yo todavía les dije: 'No, porque es pecado'. Petrita, por su parte, me decía: 'No vayas a decir esto y lo otro'. Yo le decía: 'No sé decir mentiras; se me conoce lo que soy'. Me preguntaron mis 'generales' y para qué estudiaba. 'Para sacerdote', les contesté. '¿Qué vas a hacer a Veracruz?' Lo que yo veía que no debía decir, no lo decía y no más le respondía: 'Pos, no sé'.

Me pusieron el viborilla, porque me preguntaron: '¿Por qué los han detenido?' y yo les contesté: 'Por odio a la religión y no por otra cosa, ¡viejos sinvergüenzas!' Me pusieron también 'lorito' por lo diestro en contestarles y por mi simpleza.

Nos desvistieron, nos revisaron hasta los zapatos. Nos tuvieron con un centinela de vista hasta la una de la mañana. Nos dejaron en un corredor, sin cenar, y allí pasamos toda la noche. Hasta mediodía del siguiente se les ocurrió darnos de comer. Nos llevaron con patrulla a una fondita, luego nos volvieron al cuartel y en la noche nos llamaron por lista. Nos formaron, nos hicieron traer nuestras cosas y nos llevaron fuera de la ciudad, oscureciendo la noche. A los de nuestro grupo les dio miedo y todos se confesaron. Petrita quería que yo me confesara; pero yo no tenía miedo, porque nada habíamos hecho y no nos podían matar. Ya en el monte, en despoblado, me dijo Petrita: '¿No tienes miedo de que te maten?' -'No, porque no hemos hecho nada'. -'¿Y nuestros pecados?' -'Bueno, eso es otra cosa', le dije.

Llegamos al campamento de los soldados y nos llevaron a una ladrillera que tenía piso de tierra y allí nos metieron. Había unos palos y allí estaban dos señores de Puebla, también presos. El suelo estaba húmedo, no podíamos sentarnos ni acostarnos. A Petrita y a su tía les consiguieron unos catres de lona; a los padres les pusieron unas tablas en el suelo y se sentaron en ellas, apoyados en las petacas. A mí no me dieron nada por muchacho. Me quedé tranquilo, apoyado en un palo. El centinela se compadeció de mí y me trajo unos costales y me acosté en ellos. Al día siguiente estaba adolorido por la humedad.

Al otro día, a gritos nos despertaron y a gritos contestamos ¡presente! Con un cuerpo de patrulla fuimos a formarnos, y al grito de 'traigan sus cosas', fuimos por ellas. Y, otra vez, al pueblo de Soledad. Más tarde nos metieron en un carro de tren, con los señores Bretón de Puebla, todos en el mismo carro, pero con soldados. Llegó la máquina, la pegaron al carro y nos llevaron a Córdoba, en el momento en que iba a pasar por ahí

Carranza. Era ya el 26 de noviembre de 1914. Córdoba estaba adornada; había cohetes y campanas. Nos llevaron custodiados entre unos hombres, por en medio de la calle y nos metieron en otro cuartel. Llevaron a las señoras al Hospital en calidad de presas, a los padres, a una caballeriza y a mí y a otro muchacho nos pusieron en un cuarto enladrillado. Alguien fue a ver al jefe para que nos cambiaran y accedió. Allí pasamos hasta el seis de diciembre. No nos daban de comer; entraban vendedores de comida. Al Lic. García Cano le habían dejado casualmente una moneda de oro de \$20.00 y él estuvo haciendo los gastos de todos los que eran amigos. Los soldados tocaban el clarín para dar órdenes. Nos llevaron a declarar a Palacio como presos, uno por uno. Fue entonces cuando me quitaron mi libro 'Fabiola' y los tres centavos que tenía. Al sexto día nos mandaron a la cárcel. ¡Eso sí que es feo: con los presos y comer del 'rancho', la comida toda sucia, con los criminales y demás delincuentes. Estábamos en un cuarto, los padres junto con las muchachas; las señoras en el Hospital, todos incomunicados. Yo me puse nervioso ya no tenía esperanzas de librarme de los soldados y estaba pidiendo sin cesar a Nuestro Señor para que nos sacaran de ahí. Le hacía mil promesas para que nos sacaran.

Un día, a las 8 de la noche, tocan el cuarto y nos llaman a cada uno por nuestro nombre y sin más nos dijeron que quedábamos libres...! ¿Qué había sucedido? El Párroco que era americano, hizo gestiones para que nos sacaran. Cuando salimos, estaban allí Petrita y su tía, también libres. A los padres se los llevó el Sr. Cura; a Petrita y a su tía las mandaron al asilo. El muchacho que había ido también desde Puebla le pidió a Petrita que le diera dinero de lo que les devolvieron y los dos nos fuimos a pasear..." Hasta aquí el relato del P. Moisés.

Al día siguiente, ya libres, tomaron el tren para Puebla. Todavía en Huamantla les cortaron el tren y allí se dividió la comitiva. En Puebla estaban los zapatistas que no perseguían a la Iglesia; pero el P. Sedeño, creyó prudente volver a La Concordia y fue a esconderse cerca de Analco, con una familia que era dueña del "Mesón del Angel". Demasiado había sufrido él y más sus hermanos filipenses con la incertidumbre de lo que hubiera podido sucederle en el azaroso viaje. De veras que fue un milagro escapar vivo de las manos de los carrancistas que mataban sin piedad al sacerdote que caía en sus manos.

Petrita y su tía Doña Gertrudis juntamente con Moisés, llegaron a Puebla el 18 de diciembre; pero apenas se asomaron a la casa de La Concordia. Petrita veía carrancistas detrás de cada esquina y creyó prudente cambiar de residencia. Echándose a cuestras las infinitas complicaciones de un cambio de casa, se llevó a toda su familia a la calle de San Cayetano N°

8. Sobre las espaldas de Moisés ya molidas por las peripecias de cuarteles y cárceles, cayeron ahora los ajetreos del traslado. Buena preparación para las heroicas aventuras que se aproximaban.

* * *

¿Qué había sido entretanto del P. Félix y de su anhelada fundación? Vimos ya cómo salió providencialmente de Puebla el 23 de octubre, cinco días antes del asalto del Seminario. Llegando a México, comenzó en seguida a buscar vocaciones entre los seminaristas de la Arquidiócesis. Consiguió entusiasmar a un joven sacerdote llamado Domingo Martínez que había sido ordenado ese mismo año, el 28 de marzo. Era una excelente conquista, pues el P. Domingo, era muy espiritual y hombre inteligente; por tales cualidades lo tenía el Arzobispo como maestro en el Seminario.

Pero la situación política era una verdadera pesadilla. El 3 de noviembre, como ya hemos apuntado, había decretado la Suprema Convención Revolucionaria de Aguascalientes que Carranza cesara en sus funciones de Jefe del Poder Ejecutivo y había nombrado presidente interino al Gral. Eulalio Gutiérrez. Cuando Carranza no acató la decisión, fue declarado rebelde el 10 de noviembre. Entonces Eulalio Gutiérrez nombró a Francisco Villa jefe de todas las fuerzas convencionistas y Carranza huyó a Veracruz de donde acababan de retirarse los yanquis invasores. Allí estableció Carranza su gobierno, a la sombra de los acorazados americanos que se veían en el horizonte.

Con el cambio de gobierno y la retirada de Carranza a Veracruz, vió el P. Félix un tanto despejado el panorama político y concibió esperanzas de que pronto se podría abrir el noviciado que tanto anhelaba. El 3 de noviembre escribía el P. Félix al P. Raffin: "Las campanas tocan a vuelo y anuncian la elección del nuevo Presidente, Eulalio Gutiérrez. Creemos que va a comenzar una nueva era, que será la aurora de la paz civil y religiosa". ¡Qué ilusión y qué amargo desengaño! Apenas comenzaba México el largo camino de su calvario; pronto volvería Carranza con enconado rencor a castigar, no ya a los que habían derribado a Madero, sino a los que tan contentos se habían puesto cuando tuvo que salir él a Veracruz.

Eulalio Gutiérrez, queriendo ganar amigos, ofreció amnistía general y prometió paz y prosperidad. Lo creyeron ingenuamente Mons. Ibarra y el P. Félix y resolvieron inaugurar el noviciado el 25 de diciembre próximo.

Pancho Villa, con el nombramiento de Jefe Supremo del Ejército Convencionista, se dejó venir con gran rapidez desde Chihuahua para encontrarse en la Capital con el ejército del Sur capitaneado por Zapata.

Los zapatistas le habían tomado la delantera y habían entrado ya en la Capital el 10 de noviembre al echar fuera a Carranza. Se ganaron la simpatía de los capitalinos, pues no cometieron los desmanes que éstos estaban temiendo creyéndolos feroces bandoleros, matones y violadores. En cambio, pedían de comer de casa en casa, pero sin violencia, por lo cual los carrancistas los motejaban llamándolos pordioseros miserables. Emiliano Zapata, el Caudillo del Sur y Pancho Villa, el Centauro del Norte, se dieron el gran abrazo de amigos y aliados en Xochimilco, la bella ciudad de las chinampas, en los primeros días de diciembre. El domingo 6 del mismo mes hicieron su entrada triunfal por el Paseo de la Reforma. En ese desfile sí hubo cohetes y repiques de campanas con gritos entusiastas de ¡Viva Villa! ¡Viva Zapata! La gente se sentía contenta, mucho más que con Carranza y Obregón, y se divertía añadiendo coplas a "La Cucaracha", canción de moda que todos coreaban entre burlas y risas: "Ya se van los carrancistas, ya se van p'al extranjero, a bailar la cucaracha con la suegra de Madero... Con las barbas de Carranza voy a hacer una tortilla, pa ponérsela en la panza a Zapata y Pancho Villa... La cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar; porque no tiene, porque le falta mariguana que fumar..."

Villa y Zapata se hartaron y hasta se indigestaron con tantos vivas, cohetones, repiques de campanas, redobles de tambores, músicas militares y clarinadas de guerra. Llegados al Palacio Nacional, Villa se hizo retratar majestuosamente sentado en la silla presidencial, como rey de opereta; Eulalio Gutiérrez debió sentirse molesto con tamaña farsa; pero era muy poca cosa para impedirlo. Zapata, por su parte, se contentó con corretear a Carranza en su huida a Veracruz y tomó la ciudad de Puebla el 15 de diciembre.

Después de sus efímeros triunfos, los dos caudillos se encontraron sin saber qué hacer, pues ninguno de ellos se sentía capaz de ocupar la Presidencia de la República. Villa, pensaba en Maytorena y Zapata, en León de la Barra; ambos candidatos eran ya cartuchos quemados y resultaban totalmente inaceptables. Zapata ahogaba en licor su frustración mientras que Villa, daba escándalos públicos queriendo flirtear con cajeras de restaurantes. El destino, la ocupación y el deporte de ambos era la guerra. Se volvieron pues a sus respectivas guaridas: Villa a Chihuahua y Zapata a Morelos, dejando libre el campo al Varón de Cuatro Ciénegas, amado pupilo de Wilson.

* * *

En tales condiciones políticas, se acercaba por momentos, el día

señalado para la fundación de los Misioneros del Espíritu Santo. Cinco días antes, el domingo 20 de diciembre, emprendió el P. Félix el viaje a Puebla para traer a su primer novicio, con quien tenía cita concertada de antemano. Se dirigió al Seminario, a donde acababan de regresar los maestros liberados de la cárcel. Mons. Enrique Sánchez Paredes le informó de las peripecias y aventuras que habían sufrido y cómo apenas acababa de regresar Moisés de su frustrado viaje hacia Cuba. ¡Por poco se quedaba el P. Félix sin su novicio, si no hubiera sido por la intervención de los carrancistas que por esta vez se pusieron al servicio del Espíritu Santo!

Mons. Sánchez Paredes envió a Moisés un papelito con el recado: "Moisés, el P. Rougier te anda buscando". Moisés, que andaba trasportando muebles y enseres al nuevo domicilio de Petrita, se dio una palmada en la frente, diciendo: "Válgame Dios! ¡Ya se me había olvidado que teníamos cita para el día 20!" Fue corriendo al Seminario. Allí estaba el P. Félix, con su mirada penetrante y su inmovible decisión de fundar...

-¡Buenos días, Padre Félix!

-¡Buenos días, Moisés! ¿Qué ha pensado?

-¡Írme con usted... sí, írme con usted!

En realidad, nada había pensado. Eso de "írme con usted", comenzó Moisés a pensarlo desde que recibió el recadito. Antes de eso, nada había pensado, ni era posible pensar en asunto tan sustancial cuando cuatro días antes andaba preso de los carrancistas y luego, ya en Puebla, ocupado en cargar los muebles de Petrita, tampoco había pensado nada; porque los cargadores son burros que nada piensan, y él había andado así, como burro y nada más.

-¿De veras quiere irse conmigo para siempre?

- Sí, Padre; ya lo he resuelto y estoy en lo dicho.

-Bueno, bueno. ¡Bendito sea Dios! La fundación la vamos a hacer en México el día 25. Yo estaré aquí en Puebla unos días y pienso regresar a México el día 23. ¿Está Ud. listo?

-Sí Padre, estoy listo; nos vamos, sí, sí...

-Entonces, vaya a arreglar sus cosas. El día 23 lo espero sin falta en la estación del Interoceánico. El tren sale a las 10 de la mañana en punto. Allí nos veremos.

-Sí, Padre, allí nos veremos. Si tengo que dar dote, espero que Petrita me la dará. Le ruego que Ud. le avise.

-¿Qué, no le ha dicho Ud. nada? Eso a Ud. le toca: yo no hablaré con ella para no presionar su voluntad. A usted le tiene que costar hablarle y conseguir lo que espontáneamente quiera darle. Hable con ella y yo rogaré a Dios que le ayude a decir lo que convenga y sea oportuno. Bueno, vamos

ahora al sagrario a encomendar a Dios este asunto tan importante.

Delante del sagrario oraron padre e hijo por algunos minutos en profundo silencio. Luego, se levantó el P. Félix y dijo a Moisés: "Voy a darle mi primera bendición de padre; es como la bendición que Isaac dio a Jacob, porque usted es mi primogénito!"

Salió Moisés de la entrevista radiante de alegría y bien determinado a seguir al P. Félix hasta la muerte. Pero llevaba una molesta espina clavada en carne viva. ¿Cómo decirle a su protectora, a la que era para él padre y madre, que se iba y jamás volvería a su lado? Sabía perfectamente que Petrita Munive lo había rodeado de un cariño especial, mucho más que a otros que ella había protegido. El la había visto llorar de alegría al entregar a sus protegidos al servicio de Dios, el día de la ordenación sacerdotal. ¡Qué fácil hubiera sido para el P. Félix dar a Petrita la noticia y convencerla con esas palabras tan incisivas que a él mismo lo habían conquistado! Pero el P. Félix insistía en que "eso le tocaba a él, a Moisés, y que tenía que hacerlo aunque le costara mucho". Daba vueltas y vueltas al asunto, hasta que al fin, como quien se arroja de picado en un estanque, se presentó con decisión ante Petrita y sin más le expetó la noticia:

-Me voy de religioso. Ya hablé con el P. Rougier y me voy el 23 a las 10 de la mañana en el tren de México...

Petrita se quedó como una estatua. En su interior bullía un huracán de sentimientos encontrados y de sus labios estaba a punto de salir la palabra INGRATO! No, no pronunció esa palabra; hubiera sido una puñalada para el corazón de ese muchacho que ella quería con toda el alma. Prefirió guardar silencio; un silencio que sumió a Moisés en la incertidumbre. Ansiosamente esperaba de ella una palabra que le revelara la impresión que le había causado la decisión por él tomada. Pero ella guardó silencio... sólo silencio...

La víspera del día señalado para la partida, Petrita mandó llamar a Moisés y con la misma resolución lacónica con que él le había expetado la noticia, ahora ella le dijo:

-NO TE VAS, HASTA QUE VEAS A TU PADRE!

Moisés le correspondió en perfecta reciprocidad, guardando ahora él, hermético silencio. Pero, en su interior pensó: "SI ME VOY, porque tengo compromiso y los hombres debemos cumplir nuestros compromisos". Luego, sin decir palabra, se dirigió a su cuarto y se tumbó boca abajo en la cama para una noche de insomnio... "Me voy, sí, me voy. Pero ¿cómo? ¿Tendré que fugarme, como aquella noche que salí de la casa del P. Javier? No, a Petrita no le voy a hacer eso; ella ha sido para mí una madre y no le voy a pagar de esa manera. ¡Dios mío, dame luz para poder seguir tu voz

que me llama, sin cometer una ingratitud con quien más me quiere en este mundo!". Eran ya las altas horas de la noche y Moisés daba vueltas y vueltas en el lecho sin poder conciliar el sueño. Por fin vino la luz del cielo: "Ya sé, -pensó-, el director espiritual de Petrita, es Mons. Sánchez Paredes: él sabe también el compromiso que tengo con el P. Félix y siempre me ha secundado en mi resolución de irme con él. ¡Ya sé, ya sé! Temprano iré a verlo y él me sacará del apuro... ¡El Espíritu Santo me inspira esta idea..."

El día 23, se levantó temprano; esperó que Petrita saliera a misa y en seguida salió a carrera tendida hacia la iglesia de Belén. Mons. Sánchez Paredes estaba en la sacristía con el bonete en la cabeza y el cáliz en las manos. Hizo la acostumbrada reverencia al Crucifijo y al dirigirse hacia la puerta de la iglesia, lo atajó Moisés, quien después de alocada carrera, apenas tenía aliento para hablar.

-¡Monseñor, Monseñor, necesito hablar con usted!

-Pero, Moisés, ¿no ves que voy a celebrar la misa? En este momento no puedo oírte. Será cuando termine la misa.

-No, padre mío, no puedo esperar, porque tengo que irme.

-No, hijo, en este momento no puedo; será después.

-No padre; tengo los minutos contados, no puedo esperar, me urge.

-¡Ay, Moisés! ¿Es cosa de vida o muerte o qué es? ¡Quítate de mi camino y déjame pasar. ¿Qué cosa traes, pues?

-Que en estos momentos me voy con el P. Félix que va a fundar la Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo.

-Ya sé todo y estoy de acuerdo. Te bendigo.

-Pero, el problema es que Petrita no quiere dejarme ir. Anoche me dijo terminantemente que no me iré hasta que hable con mi padre y él está en Cholula. El P. Félix me espera a las 10 en la estación.

Monseñor se quedó un instante pensativo. Conocía de sobra a Petrita, su ilustre dirigida...

-Bueno, Moisés; arregla tus cosas.

-Si ya las tengo arregladas.

-Bueno, siendo así, vete y dile a Petrita que ya me avisaste, que yo hablaré con ella. Dile que te deje ir a la fundación y que después podrás venir, si algo hay que arreglar con tu padre.

-¡Gracias Monseñor, muchas gracias! ¡Adiós!

-¡Adiós, Moisés. Híncate para darte mi bendición!...

Otra vez a correr como loco por las calles de Puebla. Hay que comprar el pan para el desayuno y llegar a casa antes que Petrita. Pero ¿cómo revelarle la decisión tan precipitada? Le diré que me encontré con Monseñor y que le dije... y que él me dijo... ¡bueno, que Dios me ayude!

Subió Moisés a su cuarto a preparar "sus cosas", que por cierto no eran muchas: una camisa limpia y un misal viejo. Las envolvió en un papel de periódico y las puso disimuladamente en una maceta. Bajó al desayuno. Petrita debió notarlo callado y nervioso, probando apenas el alimento. No le extrañó, al recordar lo de la víspera. Dio el reloj las 8:30... las 9... las 9:30! ¡Era imposible esperar más! Moisés tembloroso, se enfrenta a Doña Petra...

-¡Petrita, perdone Ud.! Cuando fui a comprar el pan, me encontré con el Señor Sánchez Paredes, y yo le dije... y él me dijo... que le dijera a Ud. que por lo pronto me deje ir con el P. Félix, que si algo queda pendiente con mi padre, podrá venir a arreglarlo después de la fundación. Y ya me voy, porque el tren sale a las 10.

Miró Petrita el reloj: ya pasaba de las 9 y media...

-¡Válgame Dios, Moisés! ¡Mira no más lo que haces; a qué hora me lo vas diciendo. Ya no hay tiempo para nada!

-Es que no me animaba a decírselo, porque no quería darle un disgusto.

-Sí, y ahora me lo das mayúsculo y ya sin tiempo de hacer nada. ¡Qué barbaridad! ¡Esas cosas no se arreglan así, Moisés! ¿Cómo vas a salir de esta casa así no más?

-Pues es que Monseñor me dijo que me fuera, porque tengo compromiso con el P. Félix. Que él vendrá después a explicarle esto.

-Bueno, ya tú arreglaste las cosas a tu modo. Ya no hay remedio... Está bien...

Sin perder un minuto subió Moisés a su cuarto, se lavó la cabeza con un chorro de agua y se echó sus cosas bajo el brazo. Doña Petra, lo esperaba pensativa cerca de la entrada.

-Petrita, dijo Moisés, usted ha sido mi mejor madre, deme su bendición...

Trazó Petrita la señal de la cruz sobre la cabeza de Moisés. Luego sacó del bolsillo un billete de cinco pesos y lo alargó a Moisés diciendo:

-Toma hijo, siquiera para tu pan...

Desde el umbral de la puerta vio Petrita una capa morena que flotaba con el roce del viento, y debajo de ella a su hijo Moisés, que a carrera tendida y sin voltear para atrás iba derecho a la gran aventura de su destino. Cuando lo perdió de vista, se enjugó con el dorso de ambas manos dos gruesos lagrimones indiscretos, se sonó las narices, y entró con paso tembloroso en la casa que en diez minutos había quedado inmensamente vacía...

* * *

A las nueve y minutos del 23 de diciembre de 1914, llega el P. Félix a la estación del Ferrocarril Interoceánico de la ciudad de Puebla. Es un viaje histórico. Ha llegado por fin la hora mil veces soñada a través de 10 años de espera entre mil contradicciones. Dios ha sido fiel a su promesa; ya todo está arreglado. Ahora sí vamos por fin a fundar la Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo que Dios mismo va a suscitar en su Iglesia para la salvación de los hombres. Comenzará en la forma más humilde, en la pobreza, en la persecución y con un solo novicio, pequeño, morenito... "así me lo ha escogido mi Jesús".

"Sin duda que ya estará Moisés en la estación con la maleta de sus cosas, listo para el viaje. Sí, -piensa el P. Félix- es hombre de una palabra y no me va a fallar. Lo he visto firme, entusiasta, decidido... Pero ¿qué pasa? Moisés no ha llegado aún. Bueno, bueno... estará arreglando su equipaje. Todavía faltan tres cuartos de hora. Por lo pronto hay que comprar los boletos".

En la ventanilla de segunda clase se apretuja la gente repartiendo codazos y gritando desesperada al impasible taquillero: "¡Yo quiero dos boletos para San Martín!" "¡Déme dos a Chiautla! ¡Yo uno a Río Frío!" "¡Por favor cuatro a Teotihuacán!"... El P. Félix se acerca entre la bola; él no puede repartir codazos, pero le ayuda su gran estatura. "Por favor, dos boletos a México". Recibe los boletos y paga la enorme suma de \$14.00... su bolsillo ha quedado casi vacío. Ya con los boletos en la mano, va a sentarse tranquilamente en la banca de la sala de espera; no tardará Moisés en aparecer. El P. Félix toma su Breviario y se pone a rezar la hora de Tercia y luego el Itinerario de los Clérigos. Cuando termina, el reloj marca las 9:45. ¿Qué pasará? Ya es hora de que Moisés estuviera por aquí. El tren no espera y un viaje de esta naturaleza no se arriesga así como así. El P. Félix comienza a ponerse tenso; se levanta y se pone a pasear nerviosamente por el andén. Después de cinco minutos, saca nuevamente del bolsillo su reloj: ¡las 9:50!... Mira ansiosamente hacia la puerta de entrada; en cada persona que entra cree ver la figura diminuta de su Moisés... ¡Dios mío! ¡Son ya las 9:55! Comienza a sonar la campana de la locomotora, ya los empleados ordenan a los visitantes bajar de los coches y empiezan a gritar: ¡Vámonos...! Al P. Félix, se le nublan los ojos... ¿Todo se va a perder? ¿Cómo se va a fundar la Congregación si falta el único novicio?... Cierra los ojos y allá muy adentro oye una voz que le dice: "Mi Félix, ¿qué te pasa? ¿por qué miras tanto tu reloj? ¡Tú siempre has confiado en Mí y nunca te he fallado: NO SUCEDERA NI MAS NI MENOS DE LO QUE TENGO

DECRETADO DESDE TODA LA ETERNIDAD!" "¡Perdón, perdón, mi Jesús! ¡Tú lo sabes todo, Tú todo lo tienes dispuesto; pero yo no soy más que un pobre mortal que no conoce tus planes! ¡Sea ahora y siempre lo que quieras Tú!".

Una paz inmensa inunda el alma del P. Félix, y desde el fondo de ella repite con entera convicción: "¡Estamos en manos de Dios.. y son buenas manos...!"

En ese preciso instante aparece Moisés jadeante y sudoroso.

-¡Moisés, Moisés, bendito sea Dios que ha llegado! Pero, ¿dónde está su equipaje? ¿Qué no ha venido para irse conmigo a la fundación?

-Sí, sí, mi Padre Félix. Perdone que llegue a última hora; pero no sabía cómo despedirme de Petrita. Aquí traigo mi equipaje: una camisa limpia y un misal, para la misa de la fundación. ¿Necesito algo más?

-Bueno, bueno... en realidad lo único indispensable es su persona. Vamos arriba, en el tren platicaremos largo.

Ya comienza el tren a caminar, cuando padre e hijo se trepan de un salto, y un minuto después ya van a toda máquina: ¡A MEXICO... Y A LA INMORTALIDAD...!¹

* * *

A las 4:30 llegaron a la estación Colonias y se fueron derechos a las calles de Bucareli, al convento de las Visitandinas, donde estaba oculto Monseñor Ibarra. El P. Félix y Moisés venían radiantes de alegría, dispuestos a contar al Arzobispo las mil aventuras recientes. Pero se quedaron mudos cuando encontraron a Monseñor deshecho en lágrimas; estaba arrodillado ante el sagrario y se veía que había llorado mucho.

-Padre Félix, bendito sea Dios que ha llegado. Usted me dará consuelo, porque Satanás me ha sarandeado poniéndome mil dudas y escrúpulos a causa de esa fundación que proyectamos. ¿Será cierto de veras que Dios quiere esa obra? ¿Y cómo vamos a comenzarla en las circunstancias que ahora vivimos? Mire, yo no puedo asomarme a la calle porque me aprehenden y me mandan al extranjero. Ya Ud. sabe cómo han asesinado a seis de mis sacerdotes y han dispersado mi seminario. ¿Qué se espera de esta tierna plantita que vamos a poner en el suelo de la Iglesia? Mire, mi Padre Félix, yo no tengo otra cosa que ofrecerle que mi

¹ Todo lo que narramos aquí sobre la despedida de Moisés y su llegada a la estación en el último minuto, es rigurosamente histórico. La imaginación del narrador se reduce a darle vida y colorido.

humildísima casa de peregrinos del Tepeyac. Los peregrinos son gente sencilla acostumbrada a dormir a campo raso; pero ¿cómo alojar en esa bohardilla el primer novicio de la Congregación que tanto hemos soñado? Me parece algo enormemente indigno...

-Monseñor, -contestó vivamente el P. Félix-, eso que a Ud. le parece indigno, es cabalmente lo que despierta en mi alma un grandísimo entusiasmo. ¿Cree su Señoría que la casita de peregrinos del Tepeyac esté más desnuda y más pobre que el portalito de Belén? Nuestro Señor nos está llenando de sus predilecciones al disponer que esta amadísima Congregación siga literalmente sus pasos: nace el día de la Navidad, en extrema pobreza; nace perseguida y oculta; pero lo que es incomparablemente dichoso: inace en el regazo de María...!

-Padre Félix, usted le busca el lado bueno a las cosas; usted ve glorias celestiales en las tribulaciones de la vida terrena. Con razón dice doña Concha que tiene usted una fe "peor" que la de Abraham.

-Gracias por su buena opinión, Monseñor. Yo no merezco tales elogios. Pero la verdad es que si no vemos en todo la mano de Dios, estaríamos completamente perdidos. Ojalá no nos falte nunca esa confianza en Dios.

-Bueno, bueno, mi Padre Félix; llévese hoy con Ud. a Moisés y mañana temprano vayan a la Villa de Guadalupe a dar una barrida a su flamante noviciado. Llévelo este recado escrito al P. Flores para que le preste la mejor pieza y que ponga en ella dos catres de lona y unas sillas; ya iremos ajuareando poco a poco su desnudo "Portal de Belén". Haremos la fundación, como habíamos pensado, el día 25 muy temprano. Ya Doña Concha, ha conseguido de los señores Alvarez Icaza, que nos presten la Capilla de las Rosas. Habrá que adornarla y arreglarla para la "gran ceremonia de la fundación". ¡Dios lo quiere así... Dios lo quiere así!

De acuerdo con lo convenido, el P. Félix y Moisés se levantaron temprano, celebraron la misa y después del frugal desayuno emprendieron el viaje hacia la Villa de Guadalupe y se fueron derechos a postrarse ante la milagrosa imagen. Ahí oraron sin prisa, meditando una y mil veces las amorosas palabras que Ella había dicho a Juan Diego, "su embajador muy digno de confianza": "¡Hijito mío, mi zocoyote, el más pequeño de mis hijos; no temas ni te preocupe cosa alguna, ¿no estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta?"... ¡Qué hondo resonaban en el corazón del P. Félix aquellas maternales palabras, ahora que desprovisto de todo iba a comenzar la gran obra que Dios quería encomendarle...!

Terminada la oración, siguiendo las instrucciones precisas de

Monseñor Ibarra, se encaminaron al cerrito del Tepeyac y comenzaron a subir la cuesta que lleva al cementerio. Al llegar a la primera curva del camino, se encontraron frente a una puerta grande, graciosamente adornada con trozos de cerámica multicolor; pedazos de loza que en un tiempo fueron platos, jarras, y tazas: era la famosa "Casa de los Tepalcates", subida del Tepeyac, Número 14. Todo el exterior de la casa era de adobe sin reboco, solamente tenía ripios de laja en las juntas, aparte de los "tepalcates" sobre el dintel de la entrada. La puerta era grande y a la derecha había dos ventanas de madera sin pintura; seguía una larga barda de los mismos adobes. Tenía aspecto de un humilde mesón. ⁽²⁾ Eso era, cabalmente: un mesón que Mons. Ibarra había adquirido para los peregrinos que venían a visitar a la Madre del Tepeyac. Mons. Ibarra, había sido el creador de las peregrinaciones guadalupanas que comenzaron en los primeros años del presente siglo. Esas larguísimas filas de humildes romeros que en la actualidad contemplamos y se alargan por kilómetros y kilómetros, comenzaron por iniciativa de aquel santo Arzobispo de Puebla. En sus principios, eran pequeñas caravanas de cien o doscientos hombres, casi todos obreros o campesinos. Los peregrinos, después de postrarse ante la Madre Guadalupe, pasaban a la Casa de los Tepalcates a descansar de las fatigas del viaje. En los soportales de la casa o en los corrales a la luz de las estrellas, extendían los mismos jergones que los habían acompañado en el camino y dormían a pierna suelta, como suelen dormir los pobres que gozan de buena conciencia y de buena digestión. Cuando llegó el P. Félix, acababan de pasar las fiestas guadalupanas del 12 de diciembre, y la Casa de los Tepalcates, se había visto repleta de huéspedes. Todavía flotaban en el ambiente los rumores y los aromas de tantos devotos roncadores.

Llegó el P. Félix, provisto del mensaje de Mons. Ibarra que entregó

² Conocí la "Casa de los Tepalcates" en 1931, cuando íbamos con frecuencia a la Villa de Guadalupe con ocasión de las fiestas del 4º Centenario de las apariciones de la Virgen de Guadalupe. La casa había sido ya enajenada y convertida en vecindad. La contemplábamos con gran interés, sabiendo que había sido la primera casa de la Congregación. Estaba siempre cerrada y nunca pasamos al interior. Pero en 1942, se comenzó a construir la Escuela Apostólica de Tlalpan y el Superior de ella. P. Juan Manuel Gutiérrez, quiso que la primera piedra fuera precisamente de la "Casa de los Tepalcates". Entonces fui comisionado para conseguir la piedra y logré pasar al interior de la casa. Sin duda que ya había sido mutilada, pues era imposible que en las dimensiones que tenía entonces, pudieran haber cabido varias familias y además el P. Félix con su novicio. Sin embargo, estaba intacta la pieza que ellos ocuparon, a la derecha de la entrada. Había también un corredor sobre postes de madera y en el fondo de él, una cocina de humo. Lo demás era solamente un patio de tierra limitado por magueyes y nopales, como el más humilde patio de indígenas.

al custodio de la casa, P. Flores, que vivía allí acompañado de sus dos hermanas. En obsequio de las órdenes de Monseñor, cedió a los distinguidos huéspedes el mejor cuarto, que estaba a la derecha de la entrada; les prestó dos catres de lona con sus respectivos jergones y completó el mobiliario con dos sillas de tule. No había más que ofrecerles porque en ese albergue no se conocían mesas ni roperos. El P. Flores, estaba confuso, porque tan humilde casa le parecía indigna del venerable sacerdote, antiguo Superior de la Parroquia Franco-Americana de México; pero más confuso estaba el P. Félix, porque aquello le parecía demasiado, ya que María y José no habían encontrado lugar en el mesón de Belén y a él en cambio, le estaban cediendo con grandes muestras de veneración, el mejor cuarto del mesón del Tepeyac...! Pusieron sus equipajes sobre las camas: el P. Félix, una vieja petaca con sus enseres personales y Moisés su envoltorio con la camisa limpia y el misal. Luego pidieron escoba y agua y se pusieron a barrer y a sacudir. El cuarto comenzó a cambiar de aspecto. Terminado el aseo, prestó el P. Félix a Moisés un libro de temas espirituales y pasó al comedor del P. Flores para redactar sobre la mesa, con minuciosidad y elegancia el horario del gran día de la fundación. Por la tarde, fueron a la Capilla de las Rosas, donde encontraron a Conchita que como madre solícita andaba adornando el altar para la ceremonia del día siguiente. Había traído en profusión azucenas, rosas, gasas y listones. Presidía en lo alto el Espíritu Santo, arriba del sagrario, reposaba el Niño Jesús entre las pajas.

La Capilla de las Rosas, tenía su historia, muy sugestiva por cierto, Según la tradición, recibida de los mismos labios de Juan Diego, fue en ese preciso lugar donde la Virgen Santísima, le salió al paso cuando él pretendía esquivarla para que no lo entretuviera, ya que le urgía llevar los auxilios espirituales a su tío Juan Bernardino que se encontraba moribundo. Allí fue donde Ella le dirigió las más tiernas y amorosas palabras que jamás hayan salido de labios maternos y desde allí lo envió a cortar las rosas del milagro. Esperó la Virgen Santísima a su embajador a la sombra de un casahuate, árbol de flores blancas característico de la estepa mexicana.

Cuando Juan Diego, regresó de la cumbre del cerrito con las flores en su tilma, Ella las tomó entre sus manos y ordenó a Juan Diego que las llevara al Obispo en señal de la veracidad de su embajada. Fue, pues, el lugar de la última aparición de la Virgen a Juan Diego.

Con el tiempo, el árbol envejeció y quedó reducido a un tocón apolillado. A fines del siglo XVIII, el Arzobispo de México don Alfonso Núñez de Haro y Peralta, mandó erigir en el sitio que ocupaba el casahuate una estela con una inscripción alusiva a los hechos que registra la tradición. Frente al lugar se había erigido ya la bellísima capilla del Pocito; pero poco

a poco, fueron surgiendo en el contorno pequeñas habitaciones pueblerinas en abigarrado desorden. Para colmo de profanación, surgió en el preciso lugar de la última aparición de la Virgen Santísima, nada menos que una pulquería.

La estela misma de Mons. Núñez de Haro y Peralta quedó empotrada en la pared del bullicioso recinto. Dice el refrán que "mal de otros, consuelo de tontos". Así nosotros, con sublime tontera, nos consolamos recordando que sobre el sacratísimo lugar del Calvario y del Santo Sepulcro, erigieron los paganos, por orden sacrílega del Emperador Adriano un templo a la abominable diosa Venus, templo que estuvo en pie hasta el siglo IV; con esto, no encontramos demasiado extraordinario que en el lugar que guardaba el perfume de las rosas del milagro guadalupano, por sugestión del mismo demonio, erigieran unos estúpidos ignorantes, un "templo" al más mexicano de los descendientes del dios Baco...!

En el siglo IV, suscitó Dios una piadosa mujer, Santa Elena de la Cruz, madre del Emperador Constantino el Grande, para que fuera a rescatar de manos de los paganos los lugares santos y venerados de la cristiandad. De modo similar, a fines del siglo XIX, puso en el corazón de otra egregia mujer, doña Catalina, esposa de don José Alvarez e Icaza, el deseo ardiente y la determinación de rescatar el venerado lugar santificado por la presencia de María, de las manos de los imbéciles profanadores. Tuvo doña Catalina que pagar enorme suma; pero no se arredró ante la codicia de los pulqueros que exigieron un precio exorbitante.

Levantó en el estrecho predio una capilla que fue llamada "Capilla de las Rosas". Mandó hacer un hermoso altar tallado en madera de avellano y buscó al más afamado artista de la época para que perpetuara el milagro de las rosas en una hermosa pintura. Fue el notable paisajista mexicano don José María Velasco, el agraciado creador del bellísimo óleo que había de presidir la fundación de los Misioneros del Espíritu Santo.

* * *

Después de una "Noche Buena" de oración y de dulces insomnios, amaneció por fin el día señalado en los eternos designios. La situación política apenas podía ser más angustiosa. Venustiano Carranza había huido a Veracruz y desde allí acechaba la oportunidad de regresar a la Capital. Zapata y Pancho Villa, dueños de la ciudad durante aquellas semanas, cuidaban celosamente la presa que tanto les había costado; buscaban carrancistas hasta debajo de las piedras. Sin embargo, para consuelo y alivio de los protagonistas de la fundación, la ciudad de México presentaba el

aspecto característico de las primeras horas del día de Navidad. En la Noche Buena todo mundo se desvela: unos rezando y cantando; otros comiendo y bebiendo. Para el caso, es lo mismo, pues son muy pocos los que tienen el mal gusto de levantarse antes de las nueve de la mañana. Nadie andaba en la calle a las siete, a no ser algún borracho que se hubiera quedado boca abajo en el quicio de una puerta.

Poco a poco, fueron llegando los invitados. Primero el P. Félix, el P. Domingo y Moisés, quien se puso a observar envuelto en su capa trigüeña apoyado en un poste. Los que llegaban, pasaban inmediatamente al interior de la capilla y se cerraba la puerta. En pocos minutos estuvieron todos reunidos. Mons. Ibarra llegó acompañado del P. José Villa, quien conducía un Esex de fabricación inglesa. Con ellos venía la Abadesa y otra religiosa del monasterio de la Visitación, donde estaba oculto Monseñor; todos venían disfrazados de seglares, simulando una familia. Conchita Armida llegó muy a tiempo con dos religiosas de la Cruz: Guadalupe Monterrubio y María Albarrán. Estuvieron también los dueños de la Capilla de las Rosas, don José Alvarez e Icaza y su esposa doña Catalina. Tan luego como entraron todos, se echó llave a la puerta y comenzó la ceremonia en ambiente de catacumbas.

En primera fila estaba el P. Félix y los dos novicios. Monseñor Ibarra, celebró la misa ayudado por el P. Villa, a media voz en el silencio mañanero del día de Navidad. Se escuchaban los latidos de los corazones; había lágrimas en los ojos y todos estaban a punto de éxtasis. Tres de ellos, recordaban los largos y dolorosos pasos que habían recorrido, sostenidos por una fe que ahora veían coronada por el cumplimiento de las promesas en las que habían creído y esperado contra toda esperanza.

Conchita meditaba en los 20 años que habían transcurrido desde aquel día que creyó oír la voz del Señor que le decía: "Habrá también una Congregación de hombres; pero de ella, a su tiempo hablaré"... luego, de vez en cuando, en sus diálogos a través de los años, solía el Señor hacer alusión a ese lugar de su descanso, a los "sacerdotes de la Cruz", que serían apóstoles del amor y del dolor para infundir en los corazones el espíritu del sacrificio amoroso: "Deseo misioneros perfectos enamorados del Espíritu Santo y de la Cruz, para que incendien el mundo con ese fuego divino que ansío ver arder en las almas"... Eran muy grandes las promesas del Señor para ese grupo escogido que, decía se multiplicaría como las estrellas del cielo...

El P. Félix, por su parte, recordaba aquel encuentro de 10 años atrás, cuando su vida cambió y él se volvió loco de amor sabiendo que el Señor había dicho: "Quiero que mi Félix sea el fundador... pero antes tendrá

que sumergirse en un mar de amargura y esa futura Congregación nacerá en la agonía de la Nación..."

Monseñor Ibarra, a duras penas lograba dominar su emoción; él también había creído y por eso había entregado su vida a las Obras de la Cruz; no le habían arredrado las dificultades, las calumnias, las malévolas interpretaciones. Él había cruzado varias veces el océano, había suplicado, había insistido, perseverado, aclarando lo que estaba oscuro y enderezando lo que andaba torcido; él se había puesto como parapeto para recibir burlas y afrentas y no había hurtado el rostro a los escupitajos de los ministros de satanás. Ahora no sólo veían, sino que los saturaba hasta el fondo del alma la satisfacción del cumplimiento de las promesas del Señor. Pero, de veras que era necesario creer y seguir creyendo. ¡Qué nacimiento tan insignificante, tan humilde, tan absurdamente pequeño! ¡Unas cuantas personas en una capilla casi oscura y a puerta cerrada, mientras afuera se mascaba el miedo...!

La misa fue breve, tal como lo pedían las circunstancias. Después de la comunión, Mons. Ibarra, pronunció una alocución conmovedora haciendo alusión a un triple nacimiento que estaban celebrando en ese lugar: el Nacimiento de Cristo por ser día de Navidad; el nacimiento de la imagen Guadalupana que en ese lugar se había pintado en la tilma de Juan Diego, y el nacimiento de la Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo, que providencialmente nacía en ese día y en ese lugar. A continuación leyó el Rescripto Pontificio que él mismo se había traído de Roma un año antes, y luego pronunció las palabras solemnes de trascendencia creadora: "En virtud de las facultades que me ha otorgado la Sede Apostólica, declaro desde este momento FUNDADA EN LA IGLESIA LA CONGREGACION DE LOS MISIONEROS DEL ESPIRITU SANTO". En ese preciso instante comenzó a existir la Congregación por la que tanto habían suspirado sus fundadores. Ahora les parecían breves los largos años de espera y dulces los rechazos, negativas y tropiezos de aquel largo camino. Todos estaban radiantes de alegría. Moisés y Domingo, comenzaban apenas a entender que Dios los había elegido para cimiento de una obra que El mismo había inspirado y ante ellos se agigantaba la figura del P. Félix a quien Mons. Ibarra acababa de designar como maestro a quien debían imitar y obedecer. De Conchita, no sabían nada; pero poco a poco irían conociendo la parte fundamental que le correspondía como elegida por Dios para comunicar un mensaje de salvación que iba cristalizando en las diversas Obras de la Cruz.

El primer acto de la Congregación recién fundada, fue la entrega total en manos de María, exactamente como el niño que al nacer se confía

a las manos maternas. Hicieron el P. Félix, el P. Domingo y el Hno. Moisés una solemne consagración a la Santísima Virgen: "Aquí venimos, ¡Oh Madre!, a consagrar esta naciente Obra de Misioneros del Espíritu Santo... en tus manos ponemos hoy esta humilde Congregación que nace el mismo día del nacimiento de tu Hijo Divino... míranos siempre, Madre, como a hijos pequeñitos... las luchas, las persecuciones nos esperan; pero tú, María, ayúdanos, protégenos y cúbrenos siempre con tu manto bendito".

A continuación rezaron todos el Te Deum, el himno de gratitud que habría de seguir resonando en los labios y el corazón de todos los que vendrían más tarde a disfrutar de la gracia que en esos momentos nacía como fuente inagotable para la eternidad.

Así terminó la fundación de los Misioneros del Espíritu Santo. Rápidamente pasó Mons. Ibarra a la sacristía donde tomó una taza de café y salió con todo sigilo por la pequeña puerta trasera. Conchita y las Religiosas de la Cruz recogieron las flores del altar para guardarlas como recuerdo del gran acontecimiento. Las demás personas salieron también sin hacer ruido y se volvió a cerrar la puerta. La fundación estaba hecha; el diablo y los revolucionarios no se enteraron...

El P. Félix y sus dos novicios pasaron a la Basílica de Guadalupe, donde celebraron entre muchas lágrimas la misa de acción de gracias. Pasaron largas horas a los pies de la milagrosa imagen de la Guadalupana y salieron a celebrar el banquete de la fundación. Los comensales iban a ser tres; pero el P. Domingo tuvo que volver al Seminario a despachar asuntos urgentes. Por lo tanto, el P. Félix y su inseparable Moisés, buscaron una "elegante" fonda donde se sentaron a la mesa con gran solemnidad. Las viandas fueron típicamente mexicanas, por lo que correspondió a Moisés el principal consumo, ante la mirada complaciente del P. Félix que admiraba y celebraba aquel apetito de náufrago. Los gastos del banquete ascendieron a la estratosférica suma de \$ 1.50. ⁽³⁾

De regreso a la "Casa de los Tepalcates", elevada ahora a la categoría de Noviciado, nombró el P. Félix al Hno. Moisés, "reglamentario" y le entregó las insignias de su cargo: una hoja de papel con el horario de cada día, un reloj de bolsillo y una campana para convocar a la "comunidad". El que era ya Hno. Novicio, tomó conciencia de su gran responsabilidad y de su alta investidura, y con toda seriedad comenzó desde esa tarde a tocar la campana en los momentos señalados por el reglamento. A cada acto de

³

Las minuciosas cuentas del economato que llevaba el P. Félix apuntan para el 25 de diciembre de 1914: "alimentación para dos en la fonda, \$ 2.50, pero como es la única partida para alimentación en ese día, creemos que la cantidad hay que dividirla en tres comidas.

comunidad, acudía puntualísima la entera Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo. Este ingenuo detalle que hará sonreír a más de uno, tenía para el P. Félix un significado simbólico de máxima importancia; porque en su mente estaba forjando el molde acabado de los futuros noviciados en los que se observaría con exactitud ejemplar el reglamento, viendo en él la expresión de la voluntad divina. Por eso quería que ese primer noviciado, desde el momento mismo de su fundación, fuera perfecto paradigma de observancia religiosa. Así lo comunicaba a Mons. Ibarra el día 29 del mismo mes: "Nuestro Noviciado lleva ya cinco días de vida y funciona con regularidad y exactitud, observando el reglamento con toda formalidad".

El horario del noviciado señalaba cena a las 7:00 de la tarde. Había que cumplir, aunque no hubiera cocina, ni refectorio. Llamó el P. Félix al Hermano Moisés y le entregó 50 centavos para que fuera a comprar lo necesario. No hubo que caminar mucho. En el primer estanquillo compró Moisés dos piezas de pan y 200 gramos de queso. Vuelto a casa, colocó en el centro de la pieza un cajón jabonero, lo cubrió con un papel de periódico y puso encima una vela en el pico de una botella. Hizo dos partes de las provisiones, y llegada la hora de la cena, tocó la campana para convocar a la comunidad. Muy contentó acudió el P. Félix y rezó con solemnidad las preces rituales: "Bendícenos, Señor, y bendice estos dones que hemos recibido de tu liberalidad, por Cristo Nuestro Señor". Moisés había aprendido a contestar: "Iube, Domine, bendicere". Que equivale más o menos a decir: "Señor, échales, pues, la bendición". El P. Félix agregó: "Que el Rey de la Gloria, nos haga comensales del banquete celestial". Con tan solemne bendición crecieron al infinito el pan y el queso de la primera cena del noviciado. Pronto dieron cuenta de la comida, tomaron un vaso de agua y se levantaron para rezar con la misma seriedad ritual las preces conventuales de acción de gracias. Definitivamente, en aquella cena hubo más oraciones que comida.

Terminada la cena, pasaron a la recreación que atinadamente marcaba el reglamento en beneficio de una buena digestión. La "opípara cena" no exigía mucho movimiento; pero había que imponer la costumbre de pasear yendo y viniendo mientras se conversaba. Eso sí que fue sabroso: comentar de mil maneras, ponderando y saboreando las impresiones de aquel día. Ya en esos momentos comenzaba a fructificar en el alma de Moisés, una gracia singularísima que habría que sostenerlo en medio de las pruebas. Desde los días de su convivencia con el P. Félix en la casa de Petrita Munive, y más durante las pocas horas que habían transcurrido desde que abordaron el tren en Puebla, Moisés había sido testigo de la extraordinaria virtud del P. Félix. Había conocido y tratado muchos hombres

virtuosos y santos: Monseñor Ibarra, el P. Vicente Sedeño, Mons. Enrique Sánchez Paredes, el P. Luis María Altamirano y algunos otros. Pero este Padre Félix tenía algo especial: todo lo veía a la luz del amor infinito del Padre Celestial; todo lo que acontecía, era para él manifestación de ese amor; los mínimos detalles de la vida diaria le traían siempre un mensaje cariñoso de aquel Padre que constantemente lo miraba: "Dios... Dios... Dios" El Padre Celestial y su amadísima voluntad, alimento y respiración del P. Félix... Dios Hijo, Verbo Divino Encarnado, su Jesús amadísimo que un día lo había llamado "mi Félix"... El Espíritu Santo, Amor Personal de la Trinidad, alma de su alma, y María, reflejo purísimo del amor divino que le llegaba a través del prisma de un amor maternal... El P. Félix hablaba de todo esto con tanta naturalidad, con tan profunda convicción... se notaba que sus palabras expresaban la experiencia ininterrumpida de su diálogo con Dios; por eso sin duda conmovían, convencían y contagiaban. Ya Moisés había contraído el contagio incurable de lo divino; ya podía pasar por todas las pruebas de pobreza y persecuciones, de cárceles y hambre si un día llegara la ocasión. Sin que él lo pretendiera, se arraigaba más y más en su alma la decisión de seguir a aquel hombre de Dios hasta la muerte...

¡Qué pronto acabó la recreación! Moisés miró su reloj y con grandísimo dolor tocó la campana anunciando el fin del recreo. En la recámara, a la luz de la vela, rezaron de rodillas las oraciones de la noche y se acostaron en sus camastros.

Pronto hicieron efecto en Moisés la juventud y las fatigas de la jornada; su respiración rítmica y acompasada anunciaba que dormía el sueño de los justos. Pero el P. Félix no dormía; imposible acallar en su corazón las incomparables emociones de ese día. Cuando estuvo seguro de que Moisés dormía profundamente, salió de puntitas de la recámara. Bien hubiera querido ir a vaciar su corazón a los pies de un sagrario, pero en esa pobre casa no lo había. En cambio, desde el patio se gozaba del majestuoso espectáculo de un limpio cielo invernal iluminado por la luna en el cuarto creciente de su carrera. ¡Qué mejor templo para conversar con Dios que el cielo infinito tachonado de cintilantes estrellas! Allí, con la vista perdida en el inmenso firmamento, se extasió en la presencia de Dios, recordando uno a uno los incidentes del camino largo y escabroso que había recorrido hasta llegar al momento presente en que eran ya realidad las promesas del Señor. "¡Qué insondables, Señor, son tus secretos y qué irrastreables tus caminos!" ¡Desde aquel día en que por impulso misterioso levantó la mano para irse de misionero a la Oceanía... y luego su noviciado y su enfermedad y el milagro de Don Bosco... su ordenación sacerdotal y los años de Barcelona y las amadas misiones de Colombia... y la muerte de su madre lejana!... y su

viaje inesperado a México y el encuentro providencial con la Señora Armida... y aquella voz del Señor que tan profundamente había resonado en su corazón llamándolo a fundar una nueva Congregación que tendría un espíritu y una misión delineados por el mismo Dios. ¡Cómo le parecían ahora breves los larguísima años de la espera, llenos de rechazos, humillaciones y burlas de sus Superiores y Hermanos! Y luego, la gran aventura de su regreso a México, cuando el demonio venía pisándole los talones para detenerlo. Y por fin ¡la fundación mil veces soñada!...

Dios había sido fiel a sus promesas: aquí estaba ahora en su "flamante" noviciado que nada tenía que ver con el majestuoso edificio de Saint-Foy-les-Lyons. ¡Cómo recordaba sus años juveniles y sus horas de sagrario en aquella capilla del noviciado marista, la capilla más hermosa que jamás había visto papá Benoit! Ahora aquí estaba en su nuevo noviciado, pisando la tierra viva del Tepeyac, la tierra más sagrada de México, su nueva Patria. ¡Su noviciado tan humilde y tan sublime! ¿Acaso no había él mismo asegurado a Mons. Ibarra y a su Padre General, que comenzaría el noviciado, aun cuando fuera con un solo novicio? Dios le había tomado la palabra: allí a unos cuantos pasos, durmiendo como un niño, estaba su único novicio, tan pequeñito, tan huérfano y tan pobre... la mínima expresión de un novicio! ¡De veras que Dios le había tomado la palabra! El mismo le había escogido a su primogénito, humilde, desnudo de excelencias humanas; pero egregiamente adornado de galas divinas: todo un hombre sin doblez, de alma limpia y con una fe de diamante!

El P. Félix, recordaba y soñaba y todo su ser se convertía en un inmenso himno de acción de gracias. Por delante de él volvía a contemplar un horizonte infinito: "¡Cuenta las estrellas, si puedes: así de numerosa será tu descendencia...!"

Veloces e imperceptibles pasaron las horas. Cuando ya la luna había traspuesto el horizonte, vinieron a sacarle de su éxtasis las doce campanadas del reloj de la Basílica: ¡Tan, tan...! Cuando se perdió el eco de la última en el silencio trasparente de la noche, volvió en sí el P. Félix y supo que el primer día de la existencia de su amada Congregación había pasado a la historia.

FOTOSTATICAS

Madrid, 16 de Agosto de 1914

Mi querido y amadísimo padre:

El otro día, a las 10, llegué de Vera Cruz y vine directamente aquí a ponerme a sus órdenes.

Vivo en San Cristóbal con los Padres, pero he juzgado prudente, para no llamar la atención en esta casa, y por más seguridad, depositar mi equipaje en el hotel, y hacerme dirigir allí la correspondencia.

Fui, esta mañana, por consejo del P. Superior, a ver al Sr. Decano para pedirle la dirección de S. S. J. que había pasado este ya de aquí para México a la 1.ª de tarde a hablar con S. S. J. — Me dijo que no sabía la dirección, que no creía prudente ir hoy a la capital, y a ofreció hacer llegar una carta mía a las manos de él.

Me he puesto de aquí, sin haber ninguno visto, y a S. S. J. me escribirá si puedo irle a ver, lo que será para mí muchísimo consuelo y una gran alegría.

Vengo, a pesar de todo, lleno de confianza y de esperanza.

Soy de S. S. J. con Nuestro Señor Sacramento, muy respetado y afectuoso hijo que beso sus manos y le pide su bendición.

Félix Rougier,



No devolvió:
F.º Félix Rougier
Hotel de Francia
Madrid.

Mi dirección
Sr. Félix Rougier
Hotel de Francia
Puebla

+Puebla, 16 de agosto de 1914.

Ilmo. Señor y amadísimo Padre:

Anoche, a las 10, llegué de Vera Cruz y vine directamente aquí a ponerme a sus órdenes.

Vivo en San Cristóbal con los Padres, pero he juzgado prudente, para no llamar la atención en esta casa, y por más seguridad, depositar mi equipaje en el hotel, y hacerme dirigir allá la correspondencia.

Fui esta mañana, por consejo del P. Superior, a ver al Señor Arcediano para pedirle la dirección de S.S.I. pues había pensando salir yo de aquí para México a la 1:40 de la tarde a hablar con S.S.I. Me dijo que no sabía la dirección, que no creía prudente ir hoy a la capital, y me ofreció hacer llegar una carta mía a manos de S.S.I.

No me muevo de aquí; no hago ninguna visita, y S.S.I. me escriba si puedo ir a ver, lo que sería para mí muchísimo consuelo y una grande alegría.

Vengo, a pesar de todo, lleno de confianza y de esperanza.

Soy de S.S.I. en Nuestro Señor Jesucristo, muy respetuoso y afmo. hijo que besa sus manos y le pide su bendición.

Félix Rougier

Veni, Sancte Spiritus!

Bucella, 4 de Septiembre de 1914

Ilustrísimo Señor y muy amado Padre:

Le escribo entre las tristezas de la persecución, pues desde el domingo hasta hoy, había amenaza de muerte para el sacerdote que celebraría la Santa Misa durante la semana - desde hoy, sólo será "castigado severamente" según la orden spiss que recibí, para comunicarla, el sacerdote nombrado "Jefe eclesiástico" por el poder actual. Ha habido de todo, desde la quema de los confesionarios, catcos en la Iglesia, o cambio en cuantiles (San Pedro, día el Domingo) y otras cosas, aun más feas - sea todo por Dios, que como Padre, nos castiga porque nos amas, y luego después pondrá el remedio.

Benzo el gran gusto de decir a S. P. D. que ya cumplo con sus deseos en el Seminario desde que est. aquí - Confieso a los alumnos, y si se quedan, luego a principiar la conferencia.

Estoy dando diariamente dos clases de francés, una para los alumnos, otra para los profesores - de 10 a doce -

Todo lo que he visto, veo y oigo en esta ciudad.

UNIVERSIDAD CATOLICA ANGELOPOLITANA
PUEBLA. MEXICO

Veni, Sancte Spiritus!

Puebla, 9 de septiembre de 1914

Ilustrísimo Señor y muy amado Padre:

Le escribo entre las tristezas de la persecución, pues desde el domingo hasta hoy, había amenaza de muerte para el sacerdote que celebraría la Santa Misa durante la semana -Desde hoy, sólo será "castigado severamente" según la orden oficial que recibí para comunicarla, el sacerdote nombrado "jefe eclesiástico" por el poder actual. Ha habido de todo, desde la quema de los confesonarios, cateos en la iglesias, su cambio en cuarteles (San Pedro, desde el domingo) y otras cosas aún más feas - sea todo por Dios, que como Padre, nos castiga porque nos ama, y luego después pondrá el remedio.

Tengo el gran gusto de decir a S.S.I. que ya cumplo con sus deseos en el Seminario desde que estoy aquí - Confieso a los alumnos, y si se quedan, luego a principiar las conferencias.

Estoy dando diariamente dos clases de francés, una para los alumnos, otra para los profesores - de 10 a doce.

Todo lo que he visto, veo y oigo en esta santa

Casa me edifica y me instruye. ¡Echis su historia dñi, en medio de sus grandes penas, por tener un Seminario con tales profesores y alumnos!

Recibí ayer la visita de los dos Padres guadalupanos sacerdotes, P. P. Martín Galicia y Esteban Jiménez. Vinieron por la mañana y me los presentó el R. P. Rector. Por la tarde, ayer, recibí la visita al P. Galicia y visité por primera vez el Calvario. Me gustó mucho la casa por su situación, el silencio, el aislamiento de la ciudad y sus numerosas y piadosas capillas.

Convenimos en que cada jueves, por la tarde, a las 3, los iremos a confesar y llamar cada uno en dirección; y cada Domingo, a la misma hora, los haremos una conferencia sobre la vida religiosa.

Hoy fui a visitar, en la gloria de Guadalupe al Padre Jiménez. El R. P. Galicia y él me gustaron mucho por su humildad y su afable trato. El primero, en el Calvario, me presentó los jóvenes que tiene allí, — uno que unos 9 — y diciéndoles no más me dió ganas de haber todo el bien que el Señor promi dando su gracia.

Espero tener alguna oportunidad para preguntar a S. I. J. qué relaciones debo conservar con B. Luce y las hermanas de la Cruz, respecto a esto, como en el haber enteramente su voluntad.



casa me edifica y me instruye. ¡Feliz Su Señoría Ilma., en medio de sus grandes penas, por tener su Seminario con tales profesores y alumnos!

Recibí ayer la visita de los Padres guadalupanos sacerdotes PP. Martín Galicia y Esteban Jiménez. Vinieron por la mañana y me los presentó el R.P. Rector. Por la tarde, ayer, devolví la visita al P. Galicia y visité por primera vez el Calvario. Me gustó mucho la casa por su situación, en silencio, el aislamiento de la ciudad y sus numerosas y piadosas capillas.

Convenimos en que cada jueves, por la tarde, a las 3, los iré a confesar y llamar a cada uno en dirección; y cada domingo, a la misma hora, les haré una conferencia sobre la vida religiosa.

Hoy fui a visitar, en la iglesia de Guadalupe al P. Jiménez. El R.P. Galicia y él me gustaron mucho por su humildad y su afable trato. El primero, en el Calvario, me presentó los jóvenes que tienen allí -creo que unos 9- y viéndolos no más me dio muchas ganas de hacerle todo el bien que el Señor permita dando su gracia.

Espero tener alguna portunidad para preguntar a S.S.I. qué relaciones debo conservar con D^a Concha y las hermanas de la Cruz, dispuesto en esto, como en todo a hacer enteramente su voluntad.

Requiere a S. S. D. una traducción que hace en estos días de una oración que escribió el Beato María Guignoni de Monty que llaman "Prière embrasée". ¿No le parece a S. S. que sería muy útil hacerla imprimir para darla a leer a los señores que son juzgados susceptibles de entrar al Noviciado de los misioneros del Espíritu Santo? Suplico a S. S. D. que me permita hacer las correcciones con lápiz, tengo la honra de haberlo hecho, el R. P. Rector.

Quedo de S. S. D. en Nuestro Señor, su muy amado y fiel hijo que besa sus manos y pide su bendición.

Félix Rougier. S. M. I.



Remito a S.S.I. una traducción que hice en estos días de una oración que escribió el Beato María Grignón de Montfort que llaman "Prière embrasée". "¿No le parece a S.S. que sería útil hacerla imprimir para darla a leer a los juzgados susceptibles de entrar al Noviciado de los Misioneros de Espíritu Santo? Suplico a S.S.I. me diga su parecer. Las correcciones con lápiz, tuvo la bondad de hacerlas el R.P. Rector.

Quedo de S.S.I. en Nuestro Señor, su muy amante y humilde hijo que besa sus manos y pide su bendición.

Félix Rougier S.M.

+ 0 aux, etc, que nunca!

Puebla, lunes 21 de Dic. de 1914

Mi querido y muy amado padre en Jesús:

Ayer escribí brevemente a S.S. la noticia que puede saber.

Habían exagerado los males — aunque siempre fueron grandes.

Aquí, la biblioteca intacta, la Iglesia y las capillas respetadas, ningún cuadro dañado, el busto de S.S. en pedestal y los dos palmieritos intactos, ni un cristal roto, ni una reproducción en las paredes.

Llevaron a la Universidad el Estado el aparato tipográfico y algún otro instrumento, pero se podrá pasar aquí otra vez.

En Ocotlán he sido teniente, y la palabra no entendida fue el Sr. Villa le dijo lo que nos ha costado dieciséis horas y media a Pedro José María Sandoz, primo del Rector y mi...

Me he hospedado en la Universidad; y estoy solo aquí, nadie ateniéndome a que dem de modo, sobre de extra diámetro y de ciertos, aunque para todo se calma.

Ayer, sin embargo pidieron otra vez parte del ayuntamiento pero se logró que abandonaran el instante. Yo me dije al Sr. Sandoz, el de aquí, por el día lo pase en la Universidad y está pendiente de todo, en mucha actividad.

Ahora voy a dar cuenta a S.S. de lo que he escrito ayer y voy a leer hoy, Dios mediante.

+ O crux, ave, spes única!

Puebla, lunes 21 de Dic. de 1914

Ilmo. Señor y muy amado padre en Jesús:

Ayer escribí brevemente a S.S.I. las noticias que puede saber.

Habían exagerado los males - aunque siempre fueron grandes.

Aquí, la biblioteca intacta, la Iglesia y las capillas respetadas, ningún cuadro dañado, el busto de S.S. su pedestal y las dos palmeritas intactos, ni un cristal roto, ni una degradación en las paredes.

Llevaron a la Universidad del Estado el aparato sismográfico y algún otro instrumento, pero se podrá pasar aquí otra vez.

En Ocotlán ha sido terrible, y la palabra no es demasiado fuerte. El P. Villa le dirá lo que nos ha contado durante hora y media el Padre José María Sánchez, primo del Rector de aquí.

Me he hospedado en la Universidad y estoy solo aquí, nadie atreviéndose a quedarse de noche, salvo dos estudiantes y dos criados, aunque pasa todo en calma.

Ayer, sin embargo, pudieron otra vez parte del arzobispado pero se logró que abandonaran el intento. Eso me dijo el P. Sánchez, el de aquí, pues el día lo pasa en la Universidad y está pendiente de todo, con mucha actividad.

Ahora voy a dar cuenta a S.S.I. de lo que hice y voy hacer hoy, Dios mediante.

...Aygo sí las siguientes razones.

P. Sanchez, (de Ocoacán)

Está muy bien dispuesto. Le gusta muchísimo la obra. Dice que no tiene el suficiente talento ni bastante ciencia. La prima de P. Sanchez dice que sí, y en todo caso, en dos años se podría como se permite (hasta si no) una hora de estudio diario, en reparando su taloga moral, acética y mística. Creo, por lo que me dice el Sr. Sanchez, podrá estudiar muy pronto.

Padre Rubio (Superior de Misiones)

Aygo larga conferencia con él. Siempre tuvo aspiraciones en este sentido. Está dispuesto a estudiar luego luego. Es una alma muy hermosa, muy amante de Nuestro Señor. Tiene 30 años. Su mamá, para su consentimiento. Tiene una hija p. la padre es de buen talento y persona muy buena.

Moisés Lira

2a. año - está por empezar el curso de filosofía. El doctor Sanchez (Empire) lo conoce bien diez años y de él... muy buena informes. Anoché hablé con Sr. Petra Manilla con quien está hace 7 años y de quien recibí alimentación, casa y otros... su familia es muy buena, dirigida del P. E. Sanchez. Este mes se le ha de venir. Por cuenta y al Sr. Sanchez de lo que dijo la familia, le está listo para verse conmigo del 12 de ahora, para el 25.

...Los que voy a ver hoy son los siguientes.

Ayer vi las siguientes vocaciones.

P. SANCHEZ, (de Ocotlán)

Está muy bien dispuesto. Le gusta muchísimo la obra. Cree que no tiene le suficiente talento ni bastante ciencia. Su primo el Dr. Sánchez dice que sí, y en todo caso, en dos años de noviciado, como se permite (hasta se ordena) una hora de estudio diario, irá repasando su teología moral, ascética y mística. Creo, por lo que me dice el Dr. Sanchez, podrá entrar muy pronto.

PADRE RUBIO (Profesor en esta Universidad)

Ayer larga conferencia con él. Siempre tuvo aspiraciones en este sentido. Está dispuesto a entrar luego luego. Es un alma muy hermosa, muy amante de Nuestro Señor. Tiene 30 años. Su mamá dará su consentimiento. Tiene mucha fe - Ese padre es de buen talento y predica muy bien.

MOISES LIRA

20 años. Está por empezar el curso de filosofía. El Doctor Sánchez (Enrique) lo conoce hace diez años y da de él muy buenos informes. Anoche habló con D^a Petra Munibe con quien está hace 7 años y de quien recibe alimentación, casa y vestidos. Esa Señora es muy buena, dirigida del P.E. Sánchez. Esta mañana a la 6 1/2 me vendrá a dar cuenta y al P. Sánchez de lo que dijo la señora. Estaría listo hasta para venirse conmigo del todo ahora, para el 25.

Los que voy a ver hoy son los siguientes.

Caballero (guadalupano) a sus señores conyugales.

P. Mendoza (Papano) actualmente capellán de la
Santísima

P. Manuel Muñoz (Papano)

P. Francisco Mazzocco, italiano - incontinente
- le ríenno, más de lo que es el año
me acuerdo mucho la noche de P. Sancho

Procuran en el P. Galicia y los guadalupanos, pero más que un
grande tiempo. Intenno así por mañana. Vea' a' esta hora
Guad. hoy que pueden venir por a humano

Proposición

Después de habulo consultando con el P. Enrique Sancho,
por prudencia y mi acierto, haga a' S.S.D. la proposición
siguiente

Que me permita S.S.D. llevar conmigo a' México, sea por
misión, sea para hermanos recogidos, los que encuentro entre los de qui
acabo de hablar, con el fin de hacer efectiva el rescate de
Nuestro Señor que se empieza el 25 de Noviembre en la Villa.
Aunque fuera sólo con 2 o 3 siempres se habría empezado la
obra, habiéramos así obedecido a' ellos, y atracciones
la bendición a' Dios sobre la obra. Congo nuevo, nuestro

CABALLERO (guadalupano) a ver si nos conviene.

P. MENDOZA (Profesor de aquí) actualmente capellán de la Santísima)

P. MANUEL MUÑOZ (profesor de aquí.)

P. FRANCISCO MAZZOCCO, italiano - incardinado a los diócesis, donde llegó a la edad de 12 años. Me aconsejó mucho le hable el P. Sánchez.

Procuraré ver al P. Galicia y los guadalupanos, pero dudo que me quede tiempo, Entonces será para mañana. Veré si entre los Guad. hay que puedan servir para hermanos.

PROPOSICION

Después de haberlo consultado con el P. Enrique Sánchez, por prudencia y más acierto, hago a S.S.I. la proposición siguiente.

Que me permita S.S.I. llevar conmigo a México, sea para misioneros, sea para hermanos coadjutores, los que encuentre entre los de quienes acabo de hablarle, con el fin de hacer efectivo el deseo de Nuestro Señor que se empice el 25 el Noviciado en la Villa. Aunque fuera sólo con 2 ó 3 siempre se habría empezado la obra, hubiéramos así obedecido de lleno, y atraeríamos la bendición de Dios sobre la obra. Tengo miedo, mucho,

no le quite al Señor, no hagamos cuanto sea de nosotros por
 empezar realmente, maxime pudiéndolo hacer como hijo de
 Dios. Si no lo hacemos, contando solo la palabra, cómo esperen
 después que se viva siguiendo sus guías?

Si le parece a S. I. D. que se haga así le suplico me
 haga poner un telegrama por el P. Villa en uno 4
 palabras.

Cruz trigo (puro) y maíz (humano).

Cruz trigo - significaría no llevar humano, solo padre.

Si no recibo ningún telegrama, comprenderé que no
debo llevar a nadie.

Si mandan telegrama lo entenderé diciendo: lleva.
 Si me entenderen en seguida, suplico a mi padre (como le
 costumbre tanto transcurrir) hacerme repetir el telegrama.
 Si no me entenderen ya, será señal que no lo recibiré
 nada.

Dirigir el telegrama así (sin poner mi nombre)

León Rodríguez

114 Lechería.

Yo pasaré varios días a enterarme, y avisaré al P. Rodríguez.
 Suplico a mi amado padre me bendiga y me cuide.
 Amén a Dios

Muy respetoso y afmo hijo

Felipe Rodríguez

El P. León Rodríguez a recibido aviso de la obra, por vía de S. I. D. —

no le guste al Señor, no hagamos cuanto sea de nosotros para empezar realmente, máxime pudiéndolo hacer como dijo Jesús, y si no lo hacemos, contando sobre Su Palabra ¿cómo esperar después que se sirva siguiéndonos guiando?

Si le parece a S.S.I. que se haga así le suplico me haga un telegrama por el P. Villa con esas 4 palabras

Traiga trigo (padres) y maíz (hermanos) Traiga trigo - Significaría no llevar hermanos, sólo padres.

Si no recibo ningún telegrama, comprenderé que **no debo** llevar a nadie.

Si mandan telegrama lo contestaré diciendo: **Llevaré**. Si no contestare en seguida suplico a mi padre (como la cosa tiene tanta trascendencia) hacerme repetir el telegrama, pues de no contestar yo, sería señal que no he recibido nada.

Dirigir el telegrama así (sin poner mi nombre)

León Rodríguez

14 Echeverría.

Yo pasaré varias veces a enterarme, y avisaré al Sr. Rodríguez

Suplico a mi amado Padre me bendiga y me encomiende a Dios

Muy respetuoso y afmo. hijo

Félix Rougier

El P. Enrique Sánchez es **decidido amigo** de la obra, gracias a Dios y a S.S.I.



Guadalupe, 24 de Dic. de 1916.

Reglamento del 25 de Dic.^{ino}

- 11.00 Levantarse. Oficio. Matines y laudes. Santa Misa. Acostarse
 5.00 Levantarse - Ofrecimiento del día.
 5.20 Oración - meditación.

6.20 Prima

6.30 Salir a la Capilla de las Rosas. Preparación

7.15 Santa Misa. Será celebrada por nuestro Padre
 el Sr. y Rmo. P. D. Remon Ibarra y González
 dignísimo Arzobispo de Puebla.

8.00

Consagración

Nuestra Señora de Guadalupe,

10 Santa Misa de Acción de Gracias en la Basílica.

tiempo libre.

11.45 Examen particular

12 Comida. Recreo.

1.30 Presbiterio - Pasco.

5 Oración mental.

6 Cena. Recreo.

7 Oración de la noche. Examen.

7.30 acostarse.

Guadalupe, 24 de dic. de 1914.

REGLAMENTO del 25 de DIC^{lem}.

- | | |
|-------|--|
| 11.00 | Levantarse. Oficio: Maitines y Laudes. Santa misa. Acostarse. |
| 5.00 | Levantarse. Ofrecimiento del día. |
| 5.20 | Oración. Meditación. |
| 6.20 | Prima. |
| 6.30 | Salir a la capilla de las Rosas. Preparación |
| 7.15 | SANTA MISA. Será celebrada por nuestro Padre el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Ramón Ibarra y González dignísimo Arzobispo de Puebla. |
| 8.00 | CONSAGRACION A NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE. |
| 10.00 | Santa Misa de Acción de Gracias en la Basílica. Tiempo libre. |
| 11.45 | Examen particular. |
| 12.00 | Comida. Recreo. |
| 1.30 | Breviario. Paseo |
| 5 | Oración mental. |
| 6 | Cena. Recreo. |
| 7 | Oración de la noche. Examen. |
| 7.30 | Acostarse. |

Noviciado
de los Misioneros
del
Espíritu Santo.

ENTRADAS

= = = = = = = =

1914-1915

Diciembre - Enero

| | | |
|---------|---|-------------|
| Dic. 25 | Recibí de Mñor. Dr.D. José Ibarra y G. para gastos del Noviciado | \$100.00 |
| - 26 | Por haber subdiaconado la misa de doce en "Capuchinas". | 1.00 |
| - 27 | Limosna de la Señora D ^a Manuela Olegaray de Clark | <u>1.00</u> |
| | Suma | 102.00 |

SALIDAS

| | | |
|---------------|--|--------------|
| Dic.25 | Alimentación para 2 en la fonda | 2.50 |
| | Limosnas | 0.20 |
| Enero(3)26-2 | Alimentación del 26 al 2 de Enero (Hnas. Flores) a \$1.50 diario para dos | 24.00 |
| 27-31 | Comidas, cena 1 desayuno (PP. Rubio y Martínez) | 3.50 |
| Enero 3 | Suplemento exigido por las Sritas. Flores, compra de carbón, etc. | 5.00 |
| - 5 | 2 escobas a 0.30 | 0.60 |
| - 7 | Efectos de escritorio | 0.80 |
| - del 25 etc. | Alumbrado, espermas, velas | 2.50 |
| - | Tranvías, Guadalupe-México, etc. | 2.80 |
| Enero 3 | A la Sacristana de las Rosas | 1.00 |
| Enero 8 | Ropa interior para el Hno. Moisés Lira | 4.00 |
| - | 6 sobres papel a \$0.80 y 24 cuadernos para los novicios | 10.00 |
| - | 4 "carnets" pequeños, sólid. encuad. p. oraciones | 4.00 |
| - | Alimentación, gastos suplementarios en panes y biscochos | 4.80 |
| Enero 9 | Sellos de correo | <u>1.50</u> |
| | <u>Pasan \$</u> | <u>67.20</u> |

+
 Crux, ave, spes unica!
NOVICIADO
 de los **MISIONEROS DEL ESPIRITU SANTO**

MOISES LIRA Y SERAFIN
 (Nació el día 15 de Septiembre de 1893)

Nota.

El Noviciado de los
 Sacerdotes Misioneros del
 Espíritu Santo, fue erigido
 canónicamente por S.S.

Ilma. el Doctor y Maestro D.
 Ramón Ibarra y González,
 Dignísimo Arzobispo de Puebla,
 en la Capilla de Nuestra Señora
 de Guadalupe, llamada **de las**
Rosas, el día de Navidad,
 Viernes, 25 de Diciembre de
 1914.

B. Félix Rougier, S. M. Pbro.

El Viernes, 25 de
 Diciembre de 1914, día de
 Navidad, entró al Noviciado de
 los Misioneros del Espíritu Santo,
 el Señor

D. MOISES LIRA Y SERAFIN,

natural de Zacatlán, (Estado de
 Puebla). El 15 de Septiembre,
 1893. Nació en Zacatlán, y fue
 bautizado en la Parroquia.

Sus Padres: D. Pedro G. Lira,
 que vive actualmente en San
 Mateo Cuanalá, (Distrito de
 Cholula - Estado de Puebla).
 D^a Juliana Seraffín, que pasó a
 mejor vida en 1898.

Villa de Guadalupe, 25 de
 Diciembre de 1914.

Benito Félix Rougier, S.M. Pbro.
 Maestro de Novicios.

Moisés Lira.

F-111



Moisés de Jesús.

Acuéntate, hijo muy amado en Jesús,
 que viviste en la amara...
 que Jesús lo bendijo en la primera Lopa.
 que fuiste el primer llamado
 y el primer amado,
 y el primer bendecido...
 Las primeras gracias,
 Las primeras oraciones...
 El primer amor...



¡Cuánta correspondencia te he hecho!
 ¡Cuánto amor!

Siga por los senderos de la fraternidad,
 de los sacrificios amorosos,
 de la entrega total de sí mismo...

Adelante y arriba,
 Mi querido Moisés

que Jesús de Jesús, lo quiere y lo desea más perfecto.
 J. de Jesús.

MOISES DE JESUS

Acuérdate, hijo muy amado de Jesús
que viniste en la aurora...
Que Jesús lo bendijo en la primera hora
que fuiste el primer llamado
y el primer amado,
y el primer bendecido...
las primeras gracias,
las primeras caricias...
El primer amor...
¡Cuánta correspondencia de su parte!
¡Cuánto amor!
Siga por los senderos de la penitencia,
de los sacrificios amorosos,
de la entrega total de sí mismo...
Adelante y arriba,
Mi querido Moisés
Que Jesús su Jesús, lo quiere
y los desea más perfecto.

Afmo. Padre en Jesús
F. de Jesús

¡ Ven, Ven, Espíritu!

Guadalupe, martes 29 de Dic. de 1914

Muy amado Padre en el Señor:

Ya van 5 días de noviciado!

Cinco días de dicha interior, de verdadero consuelo, de paz y de absoluta confianza en Dios.

Cinco días de vivo agradecimiento hacia el Señor, nuestro Amado Jesús, y también hacia S. S. J. que es nuestro padre y nuestra Providencia visible.

No puedo pensar en la mi padre muy amado, sin enternecerme al pensar á tantas penas, tantos trabajos, tantos esfuerzos que le hemos costado para traernos aquí, tras largos años de luchas, en este mundo del Espíritu Santo.

¿Cuándo tendremos la dicha de poseerle aquí entre nosotros, para manifestarle más nuestro filial cariño, nuestro más apasionado agradecimiento?

Mil gracias por los libros. Nos van á servir asegúndase.

Con el P. Flores he hablado detenidamente de los G. y de su contabilidad.

Luego escribiré á S. S. J. un informe sobre el caso. También hoy mismo otra conferencia sobre el Justicador.

¡No nos falta nada, gracias á Dios.

Me da miedo llamar la atención cuando voy al ir. Todos cada mañana á la preciosa capilla de las Rosas. ¿Podemos esperar tener aquí al

+ Veni, Sancte Spiritus!

Guadalupe, martes 29 de Dic. de 1914

Muy amado Padre en el Señor:

Ya van 5 días de noviciado!

Cinco días de dicha interior, de verdadero consuelo, de paz y de absoluta confianza en Dios.

Cinco días de vivo agradecimiento hacia el Señor, nuestro amado Jesús, y también hacia S.S.I. que es nuestro padre y nuestra Providencia visible.

No puedo pensar en Ud. mi padre muy amado, sin enternecerme al pensar a tantas penas, tantos trabajos, tantos esfuerzos que le hemos costado para traernos aquí tras largos años de luchas, en este nidito del Espíritu Santo.

¿Cuándo tendremos la dicha de poseerlo aquí entre nosotros, para manifestarle más nuestro filial cariño, nuestro más afectuoso agradecimiento?

Mil gracias por los libros. Nos van a servir enseguida.

Con el P. Flores he hablado detenidamente de los G. y de su contabilidad.

Luego escribiré a S.S.I. un informe sobre el caso: tendremos hoy mismo otra conferencia sobre el particular.

No nos falta nada, gracias a Dios.

Tengo miedo llamar la atención cuando seremos 3 ó 4 al ir todos cada mañana a la preciosa capillita de las Rosas. ¿Podemos esperar tener aquí altar y

muerto Jesús en una capilla que haríamos en el fondo del gran salón de arriba, estableceríamos todos en el mismo, pero hay lugar suficiente y sobra... y es tan tranquilo...
 Arriba, sólo el comedor y allá delante el levantón para ir... cada año una vez! (¡buena suerte!)

Aunque no es prudente tener hábitos, tal vez allí se podría, siquiera desde el levantón hasta después de Misa. No quisiera S.D. pensar si sería a propósito, o no, darle el hábito el día de dulce Nombre de Jesús, caso de que nuestro mismo Padre pudiera venir a dárselo?

Al mismo se visitan a S.D. arregla, según su consejo, con el P. Fleus y sus hermanas, la alimentación. Lo caro y no es caro por el precio a que es todo - \$1.50 por día y por persona, en la forma de bajar cuando seamos más numerosos.

Cuanto tengamos ese servicio propio se gastará mucho menos, pero para dos personas, y vista la zona que damos, era difícil dar menos. Tener de una fuente costaría más. No emplear las horas del P. F. no parecería bien.

Por ahora esta cuestión parece arregala lo mejor que podía.

Para el acto de erección conviene al noviciado, reunir en las fechas de la, o de las, bulas o breves, pero no con frecuencia el borrador. Cuando tenga los datos lo pasará en el cuaderno grande y cuando venga Martín padre nos lo firmará.

Que mi Jesús bendiga mil veces a mi padre, le de salud y lo haga feliz y muy santo.
 Su hijo y aprendiz, P. L. C.



nuestro Jesús en una capilla que haríamos en el fondo del gran salón de arriba, estableciéndonos todos en el mismo, pues hay lugar suficiente y sobra, y es tan tranquilo. Arriba, sólo el comedor. Y allá delante el locutorio para ir cada año una vez! (dichosa suerte!)

Auncuando no es prudente tener hábito, tal vez allí se podría, siquiera desde el levantarse hasta después de la Misa. ¿No quisiera S.S.I. pensar si sería a proposito, o no, darles el hábito el día del dulce Nombre de Jesús, caso de que nuestro mismo Padre pudiera venir a dárselo?

Al venirme de visitar a S.S.I. arreglé, según su consejo, con el P. Flores y sus hermanas, la alimentación. Es caro y no es caro por el precio a qué es todo - \$1.50 por día y por persona, con la promesa de rebajar cuando seremos más numerosos.

Cuando tengamos ese servicio propio se gastará mucho menos, pero para dos personas, y vista la pena que damos, era difícil far menos. Traer de una fonda costaría más. No emplear la herm. del P.F. no parecería bien. Por ahora esta cuestión parece arreglada lo mejor que se podía.

Para redactar el Acta de erección canónica del Noviciado, necesitaría las flechas de la, o de las bulas o breves. Pero no corre prisa. Tengo el borrador. Cuando tenga los datos lo pasaré en el cuaderno grande y cuando venga nuestro padre nos lo firmará.

Que mi Jesús bendiga mil veces a mi padre, le dé salud y lo haga feliz y muy santo.

Su agradecido y afmo. hijo

Félix Rougier

Señor y Amado Señor Sr. Raimundo Ybarra y González

+ Credo in Spiritum Sanctum

Guadalupe, 31 de Diciembre de 1914.

Amado Señor y amadísimo Padre:

En mi nombre y en el de mi compañero
vengo a ofrecerle mis mejores sentimientos de afcción
filial a ocasión del año nuevo.

Deseo que en 1915 tenga su Señoría días felices
para Ud. y su amada Dyloria de Puebla, días de paz, de
tranquilidad, de dicha, que le hagan olvidar las tristezas
y las amarguras de estos últimos años.

Mañana, en la Santa Misa, suplico a Jesús, cobree
todos sus deseos, le conceda todo lo que le pide y lo
haga muy feliz.

Aquí todo bien. Procuramos mucho silencio y mucha
regularidad. Hacemos nuestras adoraciones ante el Santísimo
sacramento siempre expuesto, en la Capilla anexa a la Besi-
lica.

Anoche vino a cenar aquí y pasar el recreo con nosotros
el P. Domingo de la Luz Martínez. Quedó el Sr. Leon de Paula
hasta el sábado en "Lettera Ximissiva" y tal vez se podrá ve
el 2 o 3 de Enero.

El P. Rubio parece que está aquí en Mexico, y lo
espero a todas horas.

Ilmo. y Rmo. Señor Dr. D. Ramón Ibarra y González

+Credo in Spiritum Sanctum.

Guadalupe, 31 de Diciembre de 1914.

Ilmo. Señor y amadísimo Padre:

En mi nombre y en el de mi compañero vengo a ofrecerle mis mejores sentimientos de afección filial a ocasión del Año Nuevo.

Deseo que en 1915 tenga su Señoría días felices para Ud. y su amada Iglesia de Puebla, días de paz, de tranquilidad, de dicha, que le hagan olvidar las tristezas y las amarguras de estos últimos años.

Mañana, en la Santa Misa, suplicaré a Jesús, colme todos sus deseos, le conceda todo lo que le pide y lo haga muy feliz.

Aquí todo bien. Procuramos mucho silencio y mucha regularidad. Hacemos nuestra adoraciones ante el Santísimo Sacramento siempre expuesto, en la Capilla anxa a la Basílica.

Anoche vino a cenar aquí y pasar el recreo con nosotros el P. Domingo de la Luz Martínez. Quedó el Sr. Can. Dr. Paredes darle el sábado sus "Litterae Dimessoriae" y tal vez se podrá venir el 2 ó 3 de Enero.

El P. Rubio parece que está aquí en México, y lo espero a todas horas.

La comida buena, suficiente y servida con mucha exactitud.
 Comiendo cocina propia habría notable economía.

Muchas preguntas tendría que hacer a mi padre, pero como no es fácil, ni conviene que vaya allí le voy a matar con una hoja separada, dejando espacio para que tenga la bondad de contestarme.

Estando en Saint-Chamond, empleaba este sistema con mi Director (en Barcelona) que vivía muy ocupado. Así ganaba el tiempo, y yo tenía más pronto las contestaciones.

Suplico una vez más a mi padre, tenga la bondad de hacerme todas las observaciones que juzgue a propósito, de lo que he de hacer, lo que debo evitar, lo que no he hecho bien, etc. etc.

Estoy infinitamente a hacer todo lo que me indique mi padre y a obedecer con toda energía, buena voluntad y prontitud sus órdenes y sus menores deseos.

Suplico a mi amado Padre, en el principio de este nuevo año, me mande, y al noviciado, su más paternal bendición.

Pélex Rougier, S. N. S.



La comida buena, suficiente y servida con mucha exactitud. Teniendo cocina propia habría notable economía.

Muchas preguntas tendría que hacer a mi padre, pero como no es fácil ni conviene que vaya allá le voy a mandar una hoja separada, dejando espacio para que tenga la bondad de contestarme.

Estando en Saint-Chamond, empleaba este mismo sistema con mi Director (en Barcelona) que vivía muy ocupado. Así ganaba él tiempo, y yo tenía más pronto las contestaciones.

Suplico una vez más a mi padre, tenga la bondad de hacerme todas las observaciones que juzgue a propósito, de lo que he de hacer, lo que debo evitar, lo que no he hecho bien, etc. etc.

Estoy dispuestísimo a hacer todo lo que me indique mi padre y a ejecutar con toda energía, buena voluntad y prontitud, sus órdenes y sus menores deseos.

Suplico a mi amado Padre, en el principio de este nuevo año, me mande, y al noviciado, su más paternal bendición,

Félix Rougier, S.M.



Moisés de Jesús.

Acuérdate, hijo muy amado en Jesús,
que viniste en la amara...

que Jesús lo bendijo en la primera hora,

que fuiste el primer llamado

y el primer amado,

y el primer bendecido..

Las primeras gracias,

Las primeras caricias..

El primer amor...

¡Cuánta correspondencia a mi parte!

¡Cuanto amor!

Siga por los senderos de la penitencia,

de los sacrificios amorosos,

de la entrega total de sí mismo...

Adelante y arriba,

Mi querido Moisés

que Jesús, su Jesús, lo quiere
y lo desea más perfecto.

afmo padre - Jesús
J. de Jesús.

